

JAVIER ARIAS ARTACHO

EL GENERAL MALDITO

¿Se puede regresar de entre los muertos?
Nada es lo que parece. Su pasado tampoco



Lectulandia

¿Se puede regresar de entre los muertos? Nada es lo que parece. Su pasado tampoco. Vespasiano es nombrado emperador y su hijo Tito será el encargado de finalizar la guerra de Judea y de destruir Jerusalén en el año 70 d. C. Uno de sus generales, Marco Grato, al mando de la duodécima legión, desaparece en el desierto tras una cruenta emboscada donde mueren todos sus hombres. También a él le dan por muerto, pero inexplicablemente aparece a los pocos meses sin recordar nada de lo sucedido ni de su vida pasada y sin saber quién es él mismo en realidad. Su vuelta a Roma ahonda en el misterio. Su esposa y sus esclavos constatarán que no solo su carácter y su voz han cambiado, sino también su expresión. Aferrados al temor a los espíritus que rondan la villa, comenzarán a sospechar que el dominus ha muerto y que quien habita bajo su piel ya no pertenece al mundo de los vivos. Pero ¿acaso se puede regresar de entre los muertos? El general, sintiéndose un intruso en su propia casa, afrontará esas sospechas en silencio, sumido en una intrigante amnesia que, además, le oculta los secretos de su familia. Nada es lo que parece en su vida y en su pasado... tampoco.

Lectulandia

Javier Arias Artacho

El general maldito

ePub r1.0

Titivillus 25.04.16

Título original: *El general maldito*
Javier Arias Artacho, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



más libros, más libres



ANIVERSARIO



epublibre



A Silvia,
la única que hace posible el milagro
de la literatura en mi vida.

*Pasmo siento de pensar que sea la muerte
encontrar al misterio cara a cara
y conocerlo. Por fatal que sea
la vida y el misterio de vivirla
y la ignorancia en la que el alma vive,
peor relampaguea por mi alma
la idea de que al fin todo será
sabido y claro...*

FERNANDO PESSOA, *Primer Fausto*

PRIMERA PARTE

DE ENTRE LOS MUERTOS

Jerusalén, finales de junio del año 70 d. C.

Marco elevó la mirada e intentó comprender el vuelo de los gavilanes, aunque la muerte no se llegase a sospechar y mucho menos a comprender. Las aves atravesaban el cielo rabiosas y se precipitaban como dardos alrededor de la herrumbre de la ciudad, pero él no sintió ninguna conmiseración después de tanto tiempo de guerra. Más bien fue alivio y un profundo deseo de preparar su ansiado regreso a Roma, junto al general Tito.

Miró al aurúspice, expectante, y comenzó a cansarse. Llevaban allí desde antes que se asomase el sol. Quería partir pronto, pero aquel augur continuaba sin moverse, observando en silencio. De sobra sabía que no podía hablar ni hacer nada que entorpeciese aquel rito, pero ya se había producido el toque de la trompeta y el foro iba agitándose con el movimiento de algunos soldados. Ambos se mantenían en pie bastante cerca de la tienda del *praetorium* sin que nadie se atreviese a acercarse, mientras las rapaces planeaban lejanas, a veces merodeando por encima de sus cabezas.

—Pronúnciate de una vez. —Al fin se atrevió a interrumpir inquieto e irritado.

El aurúspice lo ignoró durante algunos instantes y continuó oteando el firmamento con una expresión que a Marco le pareció de impertinente soberbia, hasta que acabó por pronunciarse.

—Puedes partir —declaró apartando los ojos del cielo—. Marte y Júpiter te protegerán.

Los ojos del adivino chispeaban arrogantes, pero apenas pudieron soportar la mirada del general.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondió hosco.

—Sabes que es importante el silencio para los auspicios, y ya desde hace algún tiempo en el campamento no paran de armar bulla.

El augur negó con su cabeza y afirmó.

—Es muy claro. La mayoría volaban desde nuestra izquierda. No hay duda, no me equivoco.

Su gesto le pareció poco convincente y Marco creyó percibir el temblor de un titubeo al contestar.

—No podían volar hacia ningún otro sitio... —Iba a llamarle imbécil, pero se contuvo—. Vuelan a Jerusalén, el olor de los cadáveres y los desperdicios quizás puedan más que tus augurios.

El aurúspice lo miró irritado y tragó saliva como si se hubiese engullido una piedra. Pero el filo de la mirada del general diluyó rápidamente su altivez.

—Eso es que los dioses están contigo —insistió sin vehemencia, volviendo a elevar la mirada al cielo, pero esta vez para no volver a encontrar los ojos del general—. No debes preocuparte. Puedes partir tranquilo. —Hizo una pausa y luego agregó—: Además, aquí ya no quedan rebeldes vivos. Creo que lo puedes tomar como un paseo.

El mohín del general fue de tal ironía que el aurúspice comprendió que se estaba burlando de él. Levantó los hombros, arqueó sus labios hacia arriba y se dio media vuelta para alejarse sin pronunciar palabra alguna. En el fondo, Marco Grato no entendía muy bien por qué había permitido aquel augurio cuando ni él mismo se fiaba de ellos, y mucho menos de aquel taimado. Sin embargo, lo había hecho. El rumor de un presentimiento le había ido ronroneando sin apenas darse cuenta, y aquello lo desconcertó.

Se dirigió hacia el *praetorium* bordeándolo desde el foro del campamento. Aquella tienda era redonda, una urdimbre de pieles que llegaban hasta el suelo, sujetas por estacas y, una vez en la entrada, simplemente apartó la cortina con la mano y entró en ella. El general Tito estaba sentado ante una mesa rectangular tomando su *ientaculum*, acompañado de dos tribunos y tres legados: Marco Tittio Frugi, Sexto Vettuleno Cerealis y Marco Ulpio Trajano. Un par de sirvientes llenaban sus copas de un oscuro vino en un ambiente amplio, con una decoración lujosa, casi inverosímil para una campaña militar, presidido por un cómodo triclinio y adornado por cortinajes bermellón y almohadones de colores.

—¡Ven, siéntate antes de que no te dejemos nada! —le dijo el general Tito.

Marco Grato se dejó caer en un taburete junto al general, y este le pasó una fuente con pan y queso, mientras los sirvientes le traían una copa de vino y un plato con cerdo salado. Marco sujetó un trozo con la mano y comenzó a masticarlo con deleite.

—¡Qué bien sabe la comida después de una victoria! —dijo el legado Tittio Frugi.

—¡Sabe a Roma! —pronunció el general Tito con la boca llena.

Entonces levantó la copa de madera lentamente y los otros seis lo acompañaron también.

—¡Por la victoria! —dijo el general.

—¡Por la victoria! —repitieron los otros.

Mientras la bebida se derramaba por su paladar, a Marco se le vino a la cabeza que allí fuera brindarían con agua avinagrada, aquel sucedáneo que les recordaba lo duras que eran las campañas, y aquel vino le supo mucho mejor.

—Saldré ahora mismo —dijo después de apurar su copa, mientras el sirviente volvía a llenársela—. ¡Te traeré noticias de Jericó, Tito!

—¡No lo entiendo, Marco! De verdad, no puedo entenderte. ¿A qué demonios quieres ir a Jericó?

—Es algo personal, y lo sabes bien. Solo puedo decirte que ahora es el momento.

Pronto pediré un licenciamiento para volver una temporada a Roma. Llevo casi cinco años en esta región y es algo que quiero hacer desde antes de que tú tomaste el mando. Ahora, con el fin de la guerra, ha llegado el momento. No puedo decirte más.

—Yo que tú me andarías con cuidado. Jerusalén ha caído, pero no me extrañaría que algunos zelotas continúen insistiendo en su rebeldía. Debes ir con mucho cuidado. Creo que no debemos confiarnos como al inicio de la guerra.

Marco hizo una señal con la mano para que el sirviente le volviese a llenar su copa de vino. Luego sonrió ufano y miró a todos los comensales con aplomo.

—¡Los hemos arruinado, Tito! No lo dudes. Llegué aquí desde Siria con Cestio Galo. Conozco muy bien toda la región. Los hemos aplastado y toda la gloria será para ti. ¡Tu padre estará orgulloso! Esto se ha terminado. Sin Jerusalén, los focos rebeldes que queden se extinguirán como un cirio al amanecer.

El general Tito bajó la mirada, buscó un trozo de queso e hizo una pausa. Su gesto dubitativo se fue relajando en una mueca que no llegaba a dibujar una sonrisa. Luego insistió:

—¡Es muy extraño tu empeño por atravesar el desierto, Marco!

—¡No lo conoces bien! —intervino Marco Ulpio Trajano—. Es el militar más testarudo que conozco. ¡Hubiese ido a Jericó sin tu permiso si fuese necesario!

Marco Grato interrumpió su trago de golpe y lo fulminó con la mirada.

—¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡No te lo permito!

Trajano lo miró sorprendido, intentando demostrarle que lo había dicho con camaradería. Sin embargo, de pronto, temió su reacción.

—Hubiese esperado a mi licenciamiento, puedes estar seguro.

—Desde luego, lo sé. No lo dudes. ¡Por Júpiter! No quieras interpretar mal mis palabras.

—Conozco Judea muy bien. —Y el legado dirigió su mirada hacia el general Tito—. Creo que no hay que darle más vueltas a esto. Interpreta este viaje como si fuese una patrulla o un correo hacia el este. Nada más. No entiendo de dónde vienen tantas dudas. ¡Hemos ganado la guerra!

De improviso, el silencio se llenó del bullicio del campamento, mientras los siete se dedicaron a masticar a dos carrillos. Nadie se atrevió a insistir en el tema, y comenzaron a debatir sobre cómo debían organizar las próximas jornadas, hasta que, sorpresivamente, Marco Grato se puso en pie.

—En tres o cuatro días estaré de vuelta —dijo, dirigiéndose hacia la salida.

Entonces el general Tito también se levantó y le gritó con la boca llena:

—Espera, Marco... ¡Espera un momento, por Júpiter! ¡No puedes irte así!

—Lépido estará al mando de la duodécima durante estos días. No temas por mis hombres.

—¿Puedes esperar, Marco? —insistió—. ¡Te lo ruego!

El general Grato se detuvo y aguardó a que Tito se acercase. Cuando lo hizo, le pasó el brazo por el hombro y lo condujo fuera atravesando la cortina de piel. Se

alejaron de los dos centinelas como si fuesen dos amigos. El general Tito era algo más joven que Marco, pero apenas se notaba la diferencia. Se llevaban bien, y Vespasiano, su padre, antes de partir hacia Roma le había dicho que Marco Grato era un oficial temido en la legión, pero que él podía confiar en su lealtad. Y él mismo había constatado que no se había equivocado.

—¿Acaso una mujer? —le sugirió—. ¿Se trata de una mujer?

—¿Por qué habría de ser una mujer?

—Quizás tengas alguna allí.

—No es una mujer. Si fuera una mujer, la habría hecho venir más cerca de Jerusalén, como hacen otros tribunos y legados.

—Entonces, ¿qué buscas allí? Necesito saberlo. Soy tu general. ¿Qué menos te puedo pedir?

Él titubeó, se rascó la barbilla y miró a Tito a los ojos. Se quedó un momento en silencio y luego arrancó las palabras en tono confidencial.

—Necesito encontrarme con alguien.

—¿En Jericó?

Marco Grato negó con su cabeza, como si comprendiese que confesarle su cometido era inevitable para iniciar la marcha.

—¿Cómo piensas que puedo permitir que te vayas así como así? —le insistió Tito—. ¡Por Júpiter! Es tu obligación ser más claro conmigo.

Marco soportó la mirada del general mientras las dudas lo incendiaban.

—Dímelo de una vez. ¡No seas terco! ¡Por todos los dioses, Marco! Te prometo que nadie lo sabrá. Solo yo.

—Es algo personal, una intuición, quizás nada... Te prometo que al volver te contaré los detalles de lo averiguado.

—¡Eres un obstinado, Marco! No me obligues a dejarte marchar así. Por el respeto que te tengo, no he puesto problemas para tu partida. Pero sabes que no debería autorizarla sin saber el motivo. ¡Debes confiar en mí!

El general Grato volvió a callar y cerró los ojos, como si fuese a entregar su honor. Hasta que se lo dijo. El general lo escuchó sin interrumpirlo y Marco apenas fue capaz de levantar el vuelo de sus ojos hacia los de Tito, como si su mirada fuese un ave muerta. Lo narró lo mejor que pudo y, al acabar, los ojos del general Tito estaban confusos.

—Te ruego que no se lo digas a nadie —le pidió después de su confesión—. Por la amistad que me une a tu padre, confío en ti.

—Tienes mi palabra, Marco.

—¡No quiero que esto trascienda!

El otro asintió.

—Tienes mi palabra, ante todos los dioses. Nadie lo sabrá.

Marco se lo agradeció estrechándole la mano y se alejó con pasos rápidos y seguros, obstinado con su misión, sin imaginar que no iba a volver.

Avanzaron por la calle principal. Marco Grato presidía el trote en fila de los caballos. Los soldados se ajustaban los cascos displicentes. Las cotas de hierro resplandecían con la luz de la mañana y cubrían una larga túnica roja que les llegaba hasta las rodillas. Los afilados *gladii* colgaban de los cinturones de cuero que se escondían tras los ovalados escudos con el águila romana. Marco trotaba entre las tiendas con ritmo pausado y se entretuvo con la imagen de aquella ciudad militar que acabarían desmontando en pocas horas cuando el general diese la orden. Las carpas se multiplicaban ordenadas, acurrucadas junto a las estrechas callejuelas, con sus cubiertas a doble vertiente y sostenidas por listones trabajados deprisa y entrecruzados. El color de la piel de las cabras les daba un aspecto inofensivo.

En el cruce de una de aquellas calles saturadas de tiendas y penates de la legión, su mirada se entretuvo en un altar con las figuras del águila, el lobo, el minotauro y unos jabalíes desordenados y caídos, como si el descuido de algún soldado los hubiese derribado con la prisa y sin querer. Marco tuvo la tentación de descender y acomodar aquellas figurillas que representaban a Júpiter, a Marte y a Quirino, como si aquello le supusiese un mal augurio, pero solo fue una sombra en su imaginación, porque pronto apuró el trote como si su destino le fuera en ello.

Atravesaron la empalizada sustentada por un parapeto de tierra y piedras, trotando por una pequeña rampa de madera que descansaba sobre la *fossa* que rodeaba al campamento. Desde allí, desde el Escopon, a siete estadios al norte de Jerusalén, Marco podía otear con deleite aquella ciudad asediada. Habían sido más de tres años de acoso y vaivenes. La duodécima legión había acampado mucho más cerca de la ciudad rebelde que las demás, la quinta, la décima y la decimoquinta a unas pocas leguas más atrás.

Marco Grato y sus diez hombres descendieron por aquel terreno ya allanado por los continuos avances de las legiones. La ciudad era un revuelto de piedras derrumbadas donde la Fortaleza Antonia se mantenía visiblemente en pie a primera vista, pero más allá, donde alguna vez había resplandecido el Templo, ahora solo había vacío. Entre el monte Sión y el Moriá yacía la ignominia de los judíos, toda su terquedad, su más humillante derrota: la devastación.

Bordearon la ciudad entre los escombros de las murallas. Solo se mantenían en pie los muros al norte y al este, y tres torres emblemáticas: la de Hípico, Fasael y Mariamne. Marco no dejaba de husmear entre la debacle de una urbe que acababa de ser engullida por los arietes y el fuego, aparentemente desierta, mientras algunos de sus habitantes pululaban intentando dar sepultura a sus muertos. Pese a todo, no se conmovió por aquel infierno. En su cabeza estaba Jericó y la maldición de aquel anciano mientras lo crucificaban frente a Jerusalén.

Sin tiempo para más dilaciones, el general dio la orden de avanzar más rápido. Donde alguna vez habían existido colinas reverdecidas de olivos, ahora solo veían su obra: tocones, ramas resacas y tierra ennegrecida. Al galope, escogieron el camino que conducía hacia el mar Muerto. Las llanuras fértiles que rodeaban a la antigua Jericó parecían un espejismo del desierto, una promesa que sabían dormía más allá de aquel pedregal yermo, entre colinas grises, endurecidas, torneadas por un viento ancestral que a veces moldeaba oquedades extrañas. Al general Marco Grato no le sorprendió la sinuosidad de aquella ruta estéril, ni aquel baldío que amarilleaba con la fuerza del sol, porque ya había hecho aquel trayecto otras veces. El sol pulía el paisaje. Un sol invencible al que solo se le resistían algunas dunas polvorientas. Marco estaba acostumbrado a los paisajes de Siria, y quizás por ello la cota de hierro le oprimía menos. Sabía que podía aguantar con la brisa de la calina golpeándole en el rostro, mientras espoleaba al caballo y a sus hombres con él.

El general tuvo tiempo para entregarse a sus pensamientos, para divagar, interpretar, sospechar... Aquel judío no mentía. Se lo había visto en sus ojos. Mucho menos cuando no tenía nada que perder, porque la cruz lo sujetaría con su suplicio hasta el otro mundo. Gritaba y escupía maldiciones mientras su sangre goteaba negra y espesa para que toda Jerusalén supiese lo que harían con los rebeldes, para que todos aquellos tercos comprendiesen cuál era su destino si no claudicaban y no cesaban su resistencia inútil.

—Te acodará de mí, traidor. Yo te maldigo... Te maldigo con todo lo que me queda de vida. —Le soltó entre espasmos, delirando su calvario, ahogándose.

No debía haberle hecho caso, no debía ni siquiera recordarlo, como a tantos otros. Pero aquel viejo chispeaba en su memoria sin querer, una y otra vez, y Marco Grato estaba decidido a acabar con su maldición, con aquella absurda obsesión que no podía confesar a nadie.

Por eso marchaba a Jericó, con su destino a cuestas. Quizás fuese una locura, quizás nada tuviese sentido, pero no solo lo había maldecido. No solo lo había atravesado con su mirada. Le había dicho algo más, un imposible que él debía constatar, e iba a hacerlo. No obstante, el torrente de su memoria de pronto cesó y una lluvia de hombres cayó sobre ellos en una especie de desfiladero. Era la *hora quarta* y únicamente en aquel preciso instante llegó a comprender que se había equivocado. Fue al oír sus gritos y ver sus polvorientas sandalias desplomándose como lanzas desde el cielo, solo en ese momento supo que no debería haber atravesado por aquel paso, que ni siquiera tendría que haberse fiado de aquella guerra avanzando con un puñado de hombres por el desierto, y que Tito se lo había advertido. Fue entonces cuando fue consciente de que había cometido una torpeza, que había sido una necedad dar crédito a aquel rebelde que quizás no ansiaba más que burlarse de él, y todo aquello estalló en su cabeza a la vez que aquella horda armada con cuchillos y palos se lanzaba sobre ellos como lanzas.

¡Qué estupidez!, pensó.

No tuvieron oportunidad de ordenarse para una buena defensa. Una nube de polvo, golpes y gritos los envolvió como un vendaval en una noche espesa. Los legionarios apenas pudieron defenderse de la muerte. A la mayoría los degollaron mientras Marco luchaba por desasirse de dos hombres que intentaban derribarlo de su caballo. Pero no lo consiguió.

Fue entonces cuando sintió el filo del acero atravesando su estómago, y supo lo que iba a suceder.

—Maldito aurúspice. —Fue lo último que gritó.

Y se entregó a su muerte y a su destino.

Noviembre, año 70 d. C.

Cuatro meses después, la ciudad todavía era un revuelto de piedras derrumbadas, de calles desfiguradas por la guerra. Jerusalén parecía desdentada, con sus muros parcialmente demolidos por los arietes romanos. Solo se mantenían enteros hacia el norte y hacia el este. La ciudad habitaba desangelada, destripada de gran parte de su pueblo, vigilada por la Fortaleza Antonia y por las tres torres que todavía se erguían en pie.

—¿Qué es aquello, Rufo?

—¿De qué hablas? —le contestó uno de los legionarios de aquella cuadrilla.

—Mira bien.

Señaló con el dedo hacia un tumulto que parecía formarse a menos de un estadio. Con la misma mirada, los soldados podían contemplar el perfil de la explanada del Templo, entre el monte Moriá y Sión, ennegrecido por el ultraje, demolido por las zarpas de la guerra que lo habían decapitado de toda su dignidad.

Espolearon a los caballos, los hicieron trotar hacia aquel disturbio y distinguieron un pequeño gentío junto a unos escombros, cerca de la puerta del Pescado, al norte de Jerusalén. Aquella horda parecía apiñarse alrededor de algo como los buitres sobrevuelan la carroña. Sin embargo, al acercarse, no vieron ningún linchamiento, ni ninguna reyerta, sino un cuerpo cubierto de polvo, inconsciente y sangrando.

—*Quid factitatum est?*^[1]

Aquella comitiva se apartó y los legionarios pudieron constatar que se trataba de ancianos y mujeres, malviviendo como los perros hambrientos recorriendo la ciudad.

—*Paries cecidit*^[2] —farfulló un anciano en la lengua de los soldados.

Los romanos miraron aquel bulto tumbado boca arriba, inmóvil y dudaron si debían intervenir. Pero uno de ellos intuyó que aquellos harapientos se disputaban algo ocultamente.

—*Quid vestis lates?*^[3] —preguntó.

Todos se quedaron petrificados, alejándose de lo que parecía un cadáver, y comenzaron a retroceder.

—*Si vos non loquuntur...*^[4] —Y desenfundó su espada de su cinturón para apuntar hacia ellos.

—*Nihil habebat*^[5] —le dijo el viejo dejando colgar una talega de cuero al revés.

Los legionarios bajaron de sus caballos e inspeccionaron el cuerpo. Rufo, el centurión, cogió aquella bolsa y observó que no quedaba ni un as en ella. Nadie se

atreví a huir, ni a hablar. Excepto aquel anciano que conocía algo el *latium*.

—Lo han limpiado —dijo, dirigiéndose a sus soldados—. Fijaos si respira.

La mirada de Rufo se nubló y, como si el viejo fuera responsable de aquello, se encaró hacia él. Sabía que lo habían matado por dinero, y aquello lo irritó.

—*Nos autem non hominem hunc occidimus*^[6]. —Se adelantó el viejo con tono suplicante.

Entonces fue cuando uno de los legionarios advirtió al centurión:

—No está muerto, Rufo. Respira.

El viejo volvió a repetir que no lo habían matado y, con torpeza, fue explicando cómo habían visto derrumbarse parte de aquel muro que todavía se mantenía en pie, y aquello se lo juró por Yahvé, que ellos habían gritado y que aquel hombre había llegado a correr, pero hacia atrás, con tan poca fortuna que había conseguido esquivar el derrumbe, aunque al caer se había golpeado la cabeza con una roca muy afilada.

El centurión echó un vistazo a los restos del muro y a la posición del hombre, y de pronto aquella explicación le pareció sorprendentemente verosímil.

—¡Está bien! —exclamó furioso, estrellando la talega en el polvo del camino—. Largaos de aquí ahora mismo.

El viejo se esfumó corriendo a trompicones y el resto del tumulto lo siguió por instinto y temerosos, justo al tiempo que uno de los legionarios gritaba:

—Rufo, este hombre lleva una de nuestras placas de metal al cuello.

El cuerpo estaba envuelto en un manto claro y solo vestido con una túnica. A ninguno de aquellos legionarios podría habersele ocurrido que se tratara de uno de los suyos.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Míralo tú mismo.

El legionario tiró del hilo que la sostenía, y el metal brilló plateado ante sus ojos. Luego hizo una mueca de extrañeza y se la pasó a su mando.

—Lee, Rufo. No te lo vas a creer.

Entonces fue cuando pudo leer los datos del general Marco Grato y se acercó a él para reconocer su rostro sucio de polvo y sangre.

—¡Es el general! —exclamó uno de ellos.

El centurión no salía de su asombro.

—¡Es imposible!

—Está vivo, Rufo. Por todos los dioses, ¡está vivo!

Y al tribuno le dio por pensar que, si no hubiesen aparecido ellos, jamás habrían vuelto a saber nada de él, porque aquella recua lo hubiese apedreado al descubrir que se trataba de uno de los suyos.

El sol en los ojos, el brillo del silencio, la ausencia... Esa pesada ausencia venciéndolo, sin poder entender, sin poder saber...

Voces. Voces que son ecos. Ecos, ecos... que se pierden... Sin más.

Y nuevamente la nada.

Abrir los ojos, despegar los párpados, como piedras de molino, como muros oprimiendo una existencia, y no poder... Y no poder comprender, y no poder ver, y no poder ser más que un vaho de rumores...

Como si no fuera...

Como si no existiera...

Y no poder.

Oscuridad.

—¡General! ¡General!

De nuevo los pinchazos de la luz. De nuevo las voces latiendo entre las sienas... Y aquel vacío. Aquella nada sin principio ni fin. Aquella...

Nada.

Silencio.

Intentar llegar, intentar avanzar, intentar aferrarse a aquel dolor punzándole la cabeza...

Querer ver...

—¡Despertad, general! Vamos, abrid los ojos. ¡Ya estáis a salvo!

A salvo, a salvo, a salvo, a salvo...

El silencio.

Dolor, sabor a sangre, y el polvo entre los labios. El polvo, la saliva... La saliva espesa, amarga, y el dolor. Dolor húmedo, dolor quemando sobre la piel, empapándolo, y frío...

—Incorpóralo, Cato. ¡Por Júpiter! Vuelve a mojarlo.

La luz. El sol. Los párpados pesando sobre los ojos, y el vapor de la realidad aumentando, iluminándose y creciendo...

Creciendo, creciendo, hasta estallar en un resplandor.

—Marco, Marco... Despierta...

No contesta, pero puede verlos. Son rostros sudorosos, hirsutos y hablan el *latium*, puede reconocerlo.

—Muy bien, Marco, muy bien... —le dice uno de ellos—. Ya estás de vuelta.

El cielo es de un añil sucio, y sus párpados por fin pueden alzarse. Los hombres visten cotas de hierro sobre túnicas rojas, grebas hasta las rodillas y sandalias negras. Le han humedecido el rostro con un paño y siente alivio. Puede sentirlo. De pronto, comprende que se encuentra sobre un patio porticado de columnas dóricas, extenso, tendido boca arriba sobre el empedrado. A su alrededor se mueven legionarios, caballos y algunos sacos de cuero se extienden cerca de su cabeza. Sobre una espuerta puede distinguir una sierra, una hoz, una azada, hachas y cadenas. Las herramientas están polvorientas, y se las queda mirando algo ido.

—Has recibido un fuerte golpe en la cabeza, Marco. El médico tiene que coserte.

Pero él no acaba de comprender, y se incorpora. Su harapienta túnica color castaño está sucia y ensangrentada. Vuelve la cabeza alrededor y sigue sin comprender.

—¿De dónde vienes? —insistió su interlocutor.

La luz del sol lo deslumbra, pero por fin intenta desatar su boca empastada.

—*Ei mi-zeh bat?*^[7] —preguntó en arameo.

—¿Qué has dicho?

Entonces pensó y reelaboró sus palabras.

—No entiendo lo que me dices —les dijo esta vez en la lengua de ellos.

El legionario lo observó boquiabierto.

—¿No me reconoces, Marco?

—No... —titubeó—. Creo que no.

—Mírame bien. Soy Sexto —le dijo, acuclillándose frente al general Grato—. Soy Sexto Vettuleno Cerealis, y estoy de oficial al mando de la duodécima por encargo de Tito, que ha partido hacia Alejandría. ¡Soy yo, Marco!

Cerró los ojos, los apretó e intentó recordar. Pero al abrirlos no lo consiguió.

—¿Dónde estamos? —masculló.

—En la Fortaleza Antonia, Marco —contestó preocupado—. En Jerusalén. ¿Qué te ha sucedido?

Calló y meditó un momento.

Su mente era una sombra en blanco, y apenas podía comprender. Solo sentía el dolor de sus contusiones, y aquella era la única certeza de la realidad.

—No lo recuerdo —contestó al fin.

—Has recibido un golpe demasiado fuerte, Marco. Has salvado tu vida porque los dioses están contigo. Estás algo aturdido.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Acaso tú no lo sabes?

Nuevamente enmudeció y volvió a intentar cavilar. Pero fue inútil.

—No recuerdo absolutamente nada.

Sexto agigantó sus ojos y miró a los legionarios que rodeaban el cuerpo del general sentado sobre el empedrado. No sabía qué decir.

—Date tiempo, Marco —replicó finalmente—. Ahora vamos a curarte.

Y él pareció asentir, aturdido. Luego, el legado dio un par de palmadas para que reaccionaran los soldados que lo escoltaban.

—Entradlo. El médico de la legión no tardará.

Entre dos lo sujetaron pasando sus cabezas por debajo de sus axilas.

—Regresas de entre los muertos, Marco —le dijo Sexto—. ¡Jamás pensamos que pudieses haber sobrevivido!

Pero él no supo qué contestar. No podía recordar de dónde venía. Todo su pasado se había esfumado, aunque apenas se atrevió a decir nada. Un temor extraño se apoderó de él, y solo supo que algo nuevo se agitaba en su interior.

Y decidió callar.

Aquel fue el inicio de una zozobra que Marco Grato todavía no podría resolver y, con la ausencia del general Tito, ni siquiera sería capaz de descifrar su verdadero destino en Jericó. Solo a él le había confesado su misión. Sin embargo, el hijo del emperador ya no estaba. Había esperado algunas semanas, hasta que hubo de darlo por muerto y partir hacia Alejandría. Marco únicamente supo con certeza lo que le aseguró el médico. Nadie podía comprender lo que le había sucedido en el desierto, ni cómo era posible que hubiese tenido tanta fortuna al derrumbarse aquel muro. Era inaudito que no tuviese el cuerpo triturado como un grano de trigo bajo el yugo de la piedra. Aquellos cascotes que habían llovido sobre él no le habían fracturado ni un solo hueso. Aquel galeno militar estaba harto de inmovilizar con vendajes de harina y cera por mucho menos. Pero a él no. Al general Grato apenas nada, como si los dioses se hubiesen aliado con él. ¿Qué importaba su cuerpo tumefacto? ¿Qué importaba una hemorragia que había cesado después de secar con hilas, limpiar con vinagre y coser con una afilada aguja de cobre? ¿Qué importaba para alguien que regresaba de la muerte y luego salía indemne de debajo de los muros de Jerusalén?

Todo era inexplicable, y él comenzaba a intuirlo.

Marco Grato había vuelto de entre los muertos como una sombra sin pasado, y durante aquel invierno merodeó por la fortaleza ausente y receloso, como si ya nada fuese lo mismo.

Nadie confiaba ya en él. Ni siquiera los que habían sido sus hombres. Y él también lo sabía.

—¡Es como si se le hubiese borrado su pasado, Tulio! —oyó decir al general Cerealis poco antes de dejar la ciudad—. ¡Ojalá estuviese Tito para verlo! Es como si Grato ya no fuese el mismo.

Marco lo había escuchado escondido, callado como un espectro cerca de la puerta del dispensario médico de la fortaleza, igual que una alimaña que tuviese algo que temer.

—Nunca había visto nada igual —le dijo el médico—. He conocido muchas amnesias, pero ninguna como la de Grato.

—¡Pero si ni siquiera es capaz de sujetar la espada como un hombre! ¿Dónde está uno de los militares más valientes de la guerra de Judea? ¿Dónde ha quedado? Dímelo.

—Es evidente que el golpe en la cabeza tiene que haber sido muy fuerte, Sexto. Más de lo que podamos imaginar.

—¿Un golpe puede hacer eso, Tulio? ¿Un golpe?

—Por eso llevamos casco, Sexto. Un golpe puede cambiarlo todo.

Marco no pudo evitar llevarse sus dedos a la calvicie que le habían producido los

puntos y recordó cómo sonreían algunos legionarios a sus espaldas. Los mismos que antes debían temerle. De todos modos, él ya no tenía el valor ni para reprenderles. Era verdad. Ni siquiera era capaz de sostener su escudo, y su *gladius* era tan inofensivo que los contrincantes hubiesen podido acabar con él como un soldado podría ejecutar a un imberbe. Por eso, cuando unos días atrás había terminado burlado varias veces sobre el empedrado del patio, el general al mando de la duodécima lo obligó a cesar su entrenamiento.

—¡Es demasiado extraño, Tulio! —insistió nuevamente Sexto—. No solo se trata de su amnesia, sino del maldito desierto. ¡Tú sabes cómo encontramos a sus hombres! Pero de él, ni un rastro. ¿Cómo no íbamos a darlo por muerto? Dímelo.

—Nadie te niega nada. Ha tenido mucha fortuna. Es innegable.

—Creo que no es solo fortuna, ¿sabes?

—¿Qué insinúas, Sexto?

Marco oyó cómo callaba y rodeaba aquella habitación con sus pasos inquietos, mientras él, instintivamente, buscaba su identificación de bronce que pendía del cuello.

Entonces, al repasar su nombre tallado en la plaquita, sintió como si palpara el epitafio de una tumba.

—Me cuesta creer todo esto —insistió—. Es eso, nada más. No tengo más respuestas.

—No debes darle más vueltas. Marco Grato está vivo y cuando recupere la memoria quizás podamos comprender el porqué de tanta fortuna. Hasta entonces...

—¿Crees que la recuperará?

El médico pareció meditar un momento.

—Es imposible saberlo, pero siempre se acaba recordando algo.

Y nuevamente percibió el silencio de la duda.

—Yo lo único que sé es que el general Grato está perdiendo el tiempo aquí. No sé qué hubiese hecho Tito estando con nosotros, pero yo pienso licenciarlo, Tulio. En Judea está perdiendo el tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo. Debes embarcarlo hacia Roma cuanto antes.

Y Marco, al oírlo, sintió retumbar su corazón de miedo. Roma le pareció demasiado lejana, aunque supiese que Sexto tenía razón. Aquello no tenía sentido. Sus recuerdos eran un caos incomprensible, un galimatías de imágenes y sensaciones que todavía no podía descifrar. Aquel aleteo de sombras y recuerdos inconclusos le evocaba una vida muy diferente a la que él imaginaba, quizás ajena a aquel pórtico de la Fortaleza Antonia, donde las cohortes se entrenaban como lo harían los gladiadores en los anfiteatros.

—El invierno se está cerrando, Tulio. Tengo que hablar con él. Probablemente en Cesarea ya estén listos los barcos. Vamos hacia el buen tiempo.

—Él también estará deseando regresar —le dijo el médico.

—Quizás.

—Me han contado que tiene una hermosa villa. Aquel espacio junto a su familia le ayudará. Estoy seguro.

Sin embargo, Sexto Vettuleno Cerealis seguía dándole vueltas a sus dudas, sin poder imaginar lo que sucedía en la mente del general, a quien, al fin y al cabo, le daba igual estar aquí o allá, porque cuando ahondaba en su interior, sabía que sus recuerdos eran sombras de un mundo que todavía no tenían nombre, ni lugar.

Roma, abril del año 71 d. C.

—Debe de ser aquella villa —le dijo el general a su ordenanza.

Intentó indagar detrás del pinar y descubrió una vivienda como no recordaba haber visto jamás en su vida. Era de un blanco nacarado que parecía relucir entre aquel verde mediterráneo de los bosques. Estaba construida a dos plantas, rectangular, con ventanales hacia el exterior en la parte superior, un gran portón a la izquierda y una sencilla puerta hacia la derecha. El rojizo del tejado rodeaba a la propiedad como un cinturón a una ancha cintura.

Los caballos trotaron mansos por un camino flanqueado por olmos frondosos que parecían escoltar a los legionarios. Ambos vestían solo una túnica blanca y un cinturón de cuero de donde pendían sus *gladii*. Un asno los seguía cabizbajo cargado con los bultos de una vida que el general todavía no podía encajar. Los nervios cosquilleaban en su ánimo desde mucho antes de embarcar en aquella vieja chalana que había remontado el Tíber desde Ostia hacia Roma, y luego, nada más atravesar la ciudad en dirección al norte, comenzó a descubrir la campiña y sus villas entre las orillas del Anio, y su corazón comenzó a desbocarse como ya no podía recordar.

El sol apuntaba que habían superado el mediodía, probablemente la *hora octava*. Comenzaba la primavera.

Los dos desmontaron de sus caballos y el soldado se acercó hacia la puerta de madera para golpear tres veces sobre ella con la aldaba de bronce. Marco quiso recuperar algo del aplomo de su vida militar, pero su cuerpo tembló como una hoja otoñal zarandeada por el aliento helado del sur. Un joven delgado, vestido con una impoluta túnica blanca, les abrió la puerta, y con una rápida mirada, se fijó en el jumento cargado y comprendió que venían de fuera de la ciudad.

—¿A quién buscáis?

—¿Esta es la villa de los Grato? —dijo el soldado.

El esclavo asintió con la cabeza y apenas se entretuvo con el rostro del hombre que permanecía impassible ligeramente detrás de quien le hablaba.

—¿Cuánto hace que sirves aquí, muchacho?

—¡Desde pequeño, señor!

El ordenanza se apartó y permitió que la figura del general se le mostrase en primer plano.

—¿Y acaso no reconoces a tu amo?

El joven analizó al visitante por primera vez y su rostro se fue transformando en una mueca de espanto que lo empalideció.

—Es, es, es... —comenzó a tartamudear.

Marco lo miró fijamente, como si ya pudiese reconocerlo, y el muchacho dio un par de pasos hacia atrás sin dejar de examinarlo.

—¡Es el amo! —pronunció al fin.

—No lo mires así —lo reprendió el soldado—. Salúdalo como se merece.

El muchacho cayó arrodillado ante él y, temblando, se puso a limpiarle sus polvorientas sandalias con sus manos.

—Déjalo ya —le dijo el general por primera vez—. Levántate, y ve a llamar a la señora.

—Por supuesto, mi amo. —Hizo una reverencia, poniéndose en pie—. Por todos los dioses, no tardaré.

El esclavo corrió como un ratoncillo merodeando por la hacienda, y Marco contempló el atrio de la villa. Ante sus ojos se iluminó un patio a cielo abierto, peristilado y de una belleza conmovedora. En las paredes, tras las columnas, el general pudo admirar los mosaicos decorados con diferentes especies de aves. En el espacio central, un *impluvium* rectangular rodeado de setos recortados entre figuras geométricas, mientras los surtidores arrojaban el agua a cierta altura provocando un murmullo que lo hubiese podido llegar a adormecer y, en su interior, isletas recrecidas y rellenas de tierra que permitían el cultivo de plantas.

De pronto, desde una de aquellas puertas de dos hojas por donde se había introducido el muchacho, comenzó a rondar jaleo. Marco pudo percibir claramente el chasquido de los azotes y el sonido del latigazo de una mano estrellándose contra la piel, y luego, como si hubiese sido impelida por aquel fragor, una mujer salió de allí a paso ligero y con el rostro agitado, avanzando hacia ellos seguida de un séquito de esclavos que se mantuvieron expectantes a mucha distancia, incluido el siervo con la cara enrojecida.

A Marco le pareció una mujer hermosa, con su estola dorada ceñida a la cintura y un tocado que no impedía que algunos rizos se le escapasen y se balancearan viniendo hacia él.

—¡Te haré castigar, embustero! —le gritó sin dejar de caminar hacia ellos—. ¿Cómo te atreves a decir esas idioteces?

Pero, súbitamente, sus pasos se aletargaron, justo en el momento que comenzó a identificar las facciones de su marido, hasta que se detuvo. Observó a Marco y sintió que la realidad la petrificaba como si una avalancha de lava se le echase encima. Entonces la *domina* agigantó sus ojos y se llevó su mano derecha hacia la boca y gritó su nombre ahogadamente, sin apenas poder creerlo.

—¡Marco! ¡Marco! —Sus pupilas comenzaron a vidriarse y sus palabras se entrecortaron—. ¡Marco! ¡Por el gran Júpiter!

Se abalanzó sobre él y el general la abrazó con desafección, como si no tuviese ninguna otra opción.

—¿Cómo es posible, Marco? —insistió sin soltarlo—. ¡Estás vivo!

Pero él no le contestó.

La *domina* se apartó de él y miró su rostro con sorpresa.

—Estás, estás... —No dejaba de palpar su cara con sus manos—. ¡Eres tú! ¡Eres tú!

—Sí —contestó secamente—. He vuelto, Annia.

Ella volvió a abrazarlo, pero esta vez con más fuerza. Marco Grato respiró hondamente, miró al soldado de reojo y luego apartó a su mujer suavemente.

—Tenemos que hablar... —le dijo.

La *domina* percibió su voz menos áspera, sin aquel eco de gallardía que siempre había tenido, pero en aquel momento todavía no podía comprenderlo. Solo atinó a admirarlo incrédula, acariciando su rostro como si intentase reconocerlo.

—No puedes imaginar lo que supuso tu... —se interrumpió conteniéndose—. Tu... tu desaparición.

Y él asintió, como si comprendiese.

—Durante el invierno, el general Tito envió un mensajero expresamente para que me comunicasen tu muerte. Me aseguraron que ya no volverías, y yo...

No pudo acabar sus palabras. La emoción borboteó en su boca y tuvo que respirar profundamente para que no la viese llorar. Annia Publia no era de aquellas mujeres que les gustaba llorar en público, pero el recuerdo de su funeral la hizo temblar. ¿Y cómo podría no haberlo hecho? De ninguna manera iba a permitir que el dios de los muertos no recibiese a su marido en el Aqueronte, y por ello lo dejó todo en manos de un vidente. Sabía que debía enterrar una parte de él para que se cumplieran los honores póstumos, fuese como fuese, pero solo pudieron encontrar un mechón de niño que había heredado entre los recuerdos de su infancia. Fue lo único que introdujeron en una urna que sepultaron en el jardín. Después inmolaron una cerda a Ceres, la rociaron con el agua lustral e hicieron libaciones de leche y sangre, hasta que aquel aurúspice dijo que era suficiente. Al banquete habían asistido más de cien personas.

—Tenemos que hablar —insistió, apartándose de ella lentamente.

La expresión del general era tan triste como vacía, y Annia Publia sospechó que algo no iba bien.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó, dando unos pasos hacia atrás.

El general intentó hablar pero, al hacerlo, se detuvo sin pronunciar nada. No sabía cómo decírselo, y Annia sintió palpar la tensión bajo su pecho. La emoción se iba diluyendo. No podía dejar de observar a su marido, y en aquel momento le pareció una sombra de quien se había marchado.

—Será mejor que nos sentemos, Annia.

—¿Qué sucede?

Y en ese momento él calló, y la atravesó con la mirada.

Para él todo fue un repiqueteo de nombres, un asedio de recuerdos que se estrellaban en su cabeza sordos, como los golpes de un timbal cuando su piel se ha perforado. El mundo estaba cubierto por un cendal extraño que oscurecía su memoria, pero con su regreso esperaba que la verdad volviese a rasgar su vida, como aquellos relámpagos que parecían árboles pelados que se resquebrajaban sobre el mar mientras su navío avanzaba hacia Ostia.

Sin embargo, Marco Grato ya hacía tiempo que comenzaba a percibir los destellos de un pasado oculto y callado, aunque no habría de contárselo a ella. A Annia Publia solo le explicó el desconcierto de sus últimos meses, cómo el invierno había retrasado su regreso a Roma, y le repitió varias veces todo lo que a él le habían contado. Pero nada le dijo de lo sucedido antes de que lo encontrasen enterrado entre los escombros de Jerusalén.

—Tenemos que hacer venir a un médico, Marco.

El asombro y la decepción zarandearon a la mujer. Parecía comenzar a sentir que tenía a un extraño delante de ella.

—Todo es cuestión de tiempo, Annia. Mi herida en la cabeza ya ha cicatrizado por fuera. Para sanar lo de dentro, solo hay que esperar. El médico de la fortaleza ya me lo advirtió.

—¡No me importa! —Intentó imponerse—. Quiero que te vea uno de la ciudad. Quizás ellos puedan ayudarte ya que no han podido hacerlo en aquella polvorienta tierra.

El general calló un momento y se la quedó mirando. Su belleza comenzaba a eclipsarse con los años. En sus ojos negros y alargados nacían las primeras arrugas en sus pliegues, y sobre sus finos labios también se le fruncía la piel. Pero Marco no dudó de que se tratase de una mujer hermosa.

—Esperaremos, Annia —acabó sentenciando él, pero esta vez sin mirarla, clavando sus ojos en los mosaicos de un suelo color mármol y salpicado de puntos ocres—. Será mejor así.

Un brillo de impotencia refulgió en la mirada de la *domina*, y el general comenzó a pasear su mirada por aquel *triclinium* inundado de luz y abierto hacia el jardín con grandes ventanales. Y junto a aquel gran salón, un *tablinum*, presidido por una gran pintura de Aquiles con una serpiente rondando su sepulcro, justo sobre una gran mesa rectangular ocupada con libros, tablillas de cera, rollos y un tintero. Marco sospechó que ella había estado trabajando allí al ver un papiro extendido y un cálamo sobre él. Los frescos coloridos de las paredes le parecieron acogedores, aderezados por un triclinio bermellón, taburetes a juego y un aparador de madera con cristalería y objetos de plata.

—¿Recuerdas la villa?

—Sé que es muy hermosa.

Los ojos de la mujer se llenaron de asombro.

—Entonces, ¿la recuerdas?

Marco continuó con su mirada revoloteando por todos lados.

—Sí, creo que sí.

Y ella sonrió aliviada.

—Será mejor que Mevio suba tus cosas a la habitación.

Annia Publia dio un par de palmadas y el esclavo corrió hacia ellos para recibir las órdenes de la mujer. Luego salió hacia el patio guiando a su amo y dispuesto a cargar sus bultos, pero los otros siervos, al ver al *dominus*, cayeron de rodillas cuando pasó ante ellos. Entonces Marco se detuvo y los fue obligando a levantarse con una amabilidad nada propia de su trato, hasta tal punto que acabó irritando a la *domina*.

—Tus esclavos cumplen con su deber, Marco. Deberían llorar por haberte visto. —Y los miró con desprecio—. Has de permitirles que se inclinen ante ti.

Marco se volvió hacia su esposa y la miró indiferente.

—Hablaremos más tarde, Annia —le contestó, reanudando la marcha tras Mevio—. Ahora necesito descansar.

La *domina* se quedó pasmada. Su marido no solía dejarla con la palabra en la boca, ni ella tolerarlo delante de los esclavos. Solo lo volvió a ver al atardecer, cuando se presentó ante ella sorpresivamente. En el silencio se permeaba el murmullo del jardín, el huerto y la campiña. En el centro, un *impluvium* surtía agua desde la boca de cuatro grandes peces de piedra que entrecruzaban su reguero. Un laberinto de setos dibujaba senderillos que se perdían en un huerto. Ella no pudo percibir su presencia, como la alargada sombra de un atardecer. Simplemente imaginó que habría estado observándola desde la lejanía, sentada en el banco de piedra, discutiendo con Lucio, nerviosa y agitando sus manos, y que lo habría visto a él intentando abrazarla, mientras Annia lo apartaba con brusquedad para revolotear como si estuviese enjaulada. Comprendió todo aquello al percatarse de su llegada. Estaba de pie, junto a ellos, y la *domina* no pudo entender cómo había transitado aquella avenida tan silencioso. Solo los bojés, romeros, mirtos, rosas y azucenas que bordeaban el camino podían saberlo.

—¡Marco! —Se sobresaltó con temor—. ¡Eres tú!

Él asintió y se quedó mirando al hombre que estaba con su mujer. Vestía uniforme militar. La cota de hierro resplandecía sobre su túnica roja, alargada hasta las rodillas, y el manto blanco se sujetaba con una hebilla plateada bajo el cuello. A Marco Grato no le pasó desapercibido un escorpión tallado en el metal del cinturón.

—Es tu hermano —le dijo la mujer.

Tenía unos ojos de un azul transparente como el agua, y lo observaban inquieto.

—Siento no haberte reconocido —le dijo, alargándole la mano—. Annia te lo habrá explicado.

—Por supuesto, hermano. ¡Qué alegría saber que estás vivo!

El legionario lo atrajo hacia sí y lo estrechó en un abrazo.

—Te veo cambiado, Marco —le dijo al soltarlo. Estás más delgado.

—Lo sé.

Lucio lo analizó de arriba abajo y arrugó su frente feliz, pero sorprendido.

—Has cambiado, hermano. Has cambiado mucho —repitió, palmeándole un hombro y sonriendo.

Sin embargo, el semblante del general apenas fue una mueca, y los miró a los dos largamente, hasta que bajó los ojos para esconder su mirada, y Annia comenzó a sentirse incómoda.

—Lucio es oficial de la Guardia Pretoriana del emperador. Nada más retirarte, envié un mensajero para que supiese de tu venida. Lleva un rato esperándote.

—Te lo agradezco.

—Es asombroso todo lo que me ha contado —insistió en su tono cordial—. Estoy convencido de que Roma te ayudará a recordar.

El general asintió como un autómatas, mientras su hermano no cesaba de analizarlo como si aquel cuerpo hubiese ascendido del Hades.

—Annia ha sufrido mucho tu ausencia.

—Lo imagino —contestó, paseando rápidamente su mirada sobre los dos, y en aquel momento sus rostros parecieron languidecer.

—No ha sido fácil para ella —agregó el pretoriano, irguiéndose—. Le dijeron que estabas muerto.

—Lo sé.

Luego el general calló, bajó su cabeza y dejó que su mirada se balanceara por los guijarros del suelo. Después, elevó sus ojos para otear el huerto colmado de morales, higueras y una viña. Estaba próxima la noche.

El comeción del silencio enredaba las manos de la *domina*, cada vez más nerviosa.

—Imagino que tú la habrás acompañado también, ¿verdad? —le dijo, desafiándolo con unos ojos que no dejaban de ser mansos.

El gesto de Lucio se nubló y, sin poder evitarlo, sus ojos se volvieron fugazmente hacia Annia, con la misma rapidez que un parpadeo, como si no acabara de comprender lo que estaba sucediendo. Pero ella se mantuvo imperturbable.

—Mi esposa Drusila también estuvo pendiente. Annia nunca estuvo sola —le contestó con naturalidad.

Fue entonces cuando apareció el joven esclavo que lo había recibido por la mañana. Venía corriendo por la avenida, obediente como un can moviendo su cola, decidido a aparecer solícito ante su amo y, al llegar ante los tres, se cuadró firme ante Marco.

—Si el amo quiere, en la cocina le pueden preparar lo que desee. Todos sabemos que tendrá mucha hambre, señor.

Al escucharlo, la ira de la *domina* estalló como si un cristal se estrellara en mil

añicos sobre el suelo. Con los ojos inyectados le descargó un sonoro bofetón en el rostro del muchacho y el estrépito del golpe retumbó en el silencio. Pero Mevio se mantuvo en pie, con sus labios tumefactos y el rostro enrojecido.

—¿Qué te has creído, imbécil? ¿Acaso yo he dejado de ser tu ama para presentarte aquí ignorándome de esta manera?

Entonces, herida por la indignación, preparó su brazo para lanzarle otro golpe, pero Marco lo detuvo sujetándola con su mano izquierda.

—Ya está bien, Annia —le dijo con serenidad.

La mujer miró a su marido severamente.

—¡Es un maleducado, Marco! —Rabió ella—. ¿Acaso no lo ves?

—No volverá a pasar, ¿verdad, muchacho? —Y al decirlo miró a su esclavo que estaba temblando.

—No, mi amo —se apresuró a contestar el esclavo—. No volverá a pasar.

Marco le hizo una señal con la cabeza, y el jovenzuelo desapareció como un vendaval, y el silencio volvió a amordazarlos, pero esta vez con más fuerza.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo ella.

El general volvió a hundir su cabeza en el suelo y con sus sandalias comenzó a mover los guijarros como si jugase con ellos. Marco no mostró ningún nerviosismo y, sin amedrentarse, esta vez elevó su rostro para atravesarla con la mirada.

—No quiero que trates así a nuestros esclavos —le ordenó.

Annia agigantó sus ojos y sintió la saña endureciendo su gesto mientras su respiración se aceleraba.

—¿Te has vuelto loco?

—Son esclavos, Annia, pero son hombres.

La *domina* no atinaba a mesurar lo que estaba escuchando, y se le secaron las palabras en la boca. ¿Era su marido quien la humillaba así? ¿Era aquel Marco Grato? ¿El que había torturado a un siervo como jamás había visto a nadie?

—Veo que has cambiado mucho, hermano, y hasta creo que ya ni eres diestro.

Marco elevó la palma de su mano izquierda y se la quedó observando con calma.

—Es como si te manejaras mejor con ella.

El brillo de las pupilas oscuras de Marco se clavó en las de Lucio, que mantuvo el pulso ante aquellos dardos.

—Eso parece —le contestó al cabo de un instante.

Y los dos se miraron con desconfianza.

Aquella misma noche, Annia Publia intentó olvidar su afrenta. Simplemente quiso aferrarse a su regreso y saborear que Marco estaba vivo. Ella lo amaba. Siempre lo había amado, hubiese sucedido lo que hubiese sucedido. Debía intentar comprender. Lo que le estaba ocurriendo era muy grave. Marco había sobrevivido y estaba enfermo. Pero aun así, era su esposo. ¡Con lo que había luchado por él! Entonces la *domina* creyó que solo debía pensar en ello, y en que había sobrevivido, y nada más debía importarle.

Por eso, más allá de la *hora duodécima* se coló en su habitación como si fuese su amante, como si fuesen todavía jóvenes y tuviese que callar para amarlo en lo escondido. Lo vio tumbado en su cama boca arriba, junto a la luz del candil y cerró la puerta tras de ella con los ojos impasibles de Marco apuntando a su llegada.

—¿Puedo quedarme contigo?

Su mirada era fría, casi vacía. Pero asintió. Luego se movió a un lado de su ancho camastro.

Annia se tumbó junto a él y se quedó mirando la penumbra del candil oscilando en el techo, pero Marco calló una vez más. Sin embargo, aquella noche ella iba a insistir, y esperó expectante, paciente, deseosa de que él tomase la iniciativa, hasta que fue ella la que decidió acariciarle su mano.

Pero él continuó en silencio.

—Todo volverá a ser como antes, Marco —le dijo susurrándole al oído—. Solo es cuestión de tiempo.

Se sentó frente a él y desajustó su estola. Su cabello oscuro y ensortijado se fue derramando por sus hombros desnudos, y el general contempló su belleza, imperturbable, como si su ansia se hubiese desvanecido igual que la de un eunuco.

—Te he echado de menos, Marco —le susurró.

Aquella noche el general parecía no sentir el deseo hurgándole el estómago, ni su sangre bullendo hasta enardecerlo como a un hombre. Pero Annia iba a perseverar, como si fuese un muchacho tímido, pero con el corazón deseoso.

—Quizás esto te ayude a recordar.

Sabía que su voz comenzaría a embaucarlo, mientras la suave faja de lino que realizaba sus pechos caía lentamente al suelo. Entonces Marco descubriría su cuerpo maduro, pero contorneado por senos todavía firmes, y se recrearía con los brazaletes tintineando en sus muñecas y con aquel collar ensartado con piedras preciosas y gotas de oro rodeando su cuello. Y al sentirla arrodillada sobre la seda del lecho también intuiría el entrechoque de las ajorcas en sus tobillos.

—¡Marco! —le susurró—. ¿Acaso ya no me deseas?

Buscó su mano derecha y la condujo por las aureolas de sus pechos, hasta hacerla

ascender hasta sus labios.

—Jamás pensé que podría volverte a amar —le susurró ella.

Annia lo atrajo hacia su boca y lo besó con pasión, pero luego casi con rabia, mientras en el cabezal del camastro Príapo con su falo exageradamente enorme los vigilaba enmarcado en bronce y se recreaba en el espejo situado en la pared opuesta al lecho.

—Pronto todo volverá a ser como antes, Marco.

Ella lo ayudó a deshacerse de su túnica, y después de su calzón, mientras ella se desataba el lino que cubría su pubis. Annia repasó con sorpresa su cuerpo desnudo y lo encontró flácido, falto de aquel vigor de sus músculos, como si una larga postración hubiese ablandado su fuerza. A la *domina*, a simple vista, le pareció una anatomía extraña, y echó de menos que la atenazara con sus brazos fornidos y tomara las riendas del deseo. Pero se engulló su decepción y se dejó caer sobre él, esperando que el instinto animase a su esposo, mientras ella se dedicaba a jugar con su boca, intentando atraerlo cada vez más, provocando que el general perdiese el control hasta que la sometiese con furia, como cuando se reencontraban después de largos periodos de separación.

—¡Marco! —gimió la *domina*.

Pero el general no estaba allí, porque el recuerdo había fogueado su memoria. Era inútil que Annia quisiese arrancarle la pasión, porque el velo de sus sombras se estaba rasgando en aquel momento, una vez más, como le venía sucediendo desde tiempo atrás. El hálito de su neblina se esfumó y su pasado rugió con fuerza. Él mismo fue desgarrando aquel céfiro de oscuridad, como un artesano atravesando el tejido con su estilete, descosiendo aquellos hilos entrelazados como un muro cegador.

—¡Marco! —Ella continuó suspirando sobre él e inhalando el aroma dulzón de las resinas que aromatizaban el *cubiculum* desde un brasero.

Pero la mirada de su esposo estaba vacía.

—¿Qué te sucede? —le preguntó, deteniéndose, pero todavía levitando en busca del placer.

Y fue en aquel instante cuando el general pudo entrever el rostro de otra mujer. Su cuerpo delgado se estremecía bajo el suyo, trémulo, indefenso como un gorrión. Su tez era oscura, sus facciones orientales y Marco podía llenar su rostro de besos mientras ella le sonreía y se dejaba abrazar.

Casi pudo oler su presencia. Casi rozarla...

—¿Qué te pasa? —inquirió Annia enfurecida—. ¡Marco!

Pero él no quería ni pestañar. No quería mentar nada. Nada que desvaneciese aquella nitidez que estaba sintiendo. Nada que alterase aquel recuerdo plácido que ya no podía retener, porque ya le era imposible atraparlo, como si hubiese sido imbuido por un huracán que atravesara su interior sin dejar nada.

Nada, excepto el rostro desencajado de Annia sobre él, rugiendo su desprecio en sus ojos.

—¿Es que acaso has olvidado tu hombría? —le espetó, apartándose de él encrespada—. ¿Es que acaso ya no soy mujer para ti?

Entonces Marco volvió a naufragar en aquella media luz de su *cubiculum*, y sintió que aquel mundo no era el verdadero, como si su existencia estuviese anclada mucho más allá de aquel mundo.

Y el silencio los aplastó a los dos tumbados sobre la seda blanca.

—¡Jamás me habías humillado de esta manera! —Le arrojó a su oído con odio, como si le echase una maldición.

Él apenas reaccionó, y de su boca no gotearon excusas.

—No sé qué te he hecho para que me trates así. Debería haber quedado algo de amor dentro de ti, algo de lo que sentías cuando estábamos juntos.

La mujer no quería llorar, pero su silencio ardía en sus ojos.

—Hay cosas que todavía no entiendes, ni yo tampoco —le dijo finalmente, incorporándose del lecho.

Su voz le pareció profunda, cavernosa y desconocida a la vez, como si en aquel momento tuviese la certeza de ello. Y al contemplarlo de perfil, observó sus facciones hinchadas, diferentes a como ella las recordaba. Y una idea estremecedora comenzó a rondar su cabeza, como la sombra de un ave planeando sobre ella, amedrentándola y amenazándola como una rapaz.

Pero intentó espantarla.

Su mirada se recreó en su espalda, en aquel cuerpo sin vigor, y fue en aquel momento cuando lo vio. Exactamente en el instante en que intentó encontrar los rugosos lunares que siempre habían resaltado cerca de su hombro derecho. La *domina* los había acariciado muchas veces, situados en forma de triángulo, bien visibles, como si fuesen una marca de nacimiento.

Sin embargo, ya no estaban.

Entonces un escalofrío recorrió todo su ser, pero en silencio.

Idalin llevaba casi toda su vida en la villa de los Grato y casi podía decir que aquel era su hogar. Había llegado siendo casi una niña, cuando todavía no se resignaba a olvidar los valles del Elba, un bosque que alfombraba las riberas de un río que culebreaba entre montañas reverdecidas y fértiles. De su infancia tenía recuerdos limpios, tan vívidos que en los momentos de zozobra sabía cómo regresar a su Germania natal y corretear por los caminos de su aldea. Podía sentir la humedad de la hierba empapada, el frío aroma del valle, la espesura oscura del río alejándose por un horizonte amurallado de colinas oscuras, perfiles negros por donde se asomaba el sol entre nubarrones preñados todavía por la lluvia. Sin embargo, ya hacía demasiado tiempo que había sido arrancada de cuajo de aquella ribera, ya hacía demasiado que solo podía regresar apretando los ojos y quedándose muy queda, para que nada agitase su mundo.

Idalin había sido conducida a Roma como esclava en tiempos de Tiberio, después de que el cónsul Julio César Germánico atravesara el Rin y avanzara con saña hasta el Elba. No solo recuperó las águilas que se habían perdido tras la derrota en el bosque Teutoburgo algunos años antes, cuando tres legiones romanas fueron aniquiladas en una emboscada germana, sino que acabó con su caserío, su mundo y su familia. Creía recordar que apenas tenía doce años, los suficientes para comprender demasiado, los suficientes para no saber olvidar del todo.

Pero tuvo que hacerlo. Cuando el padre de Marco Grato la compró en el mercado de Roma, el tratante obtuvo muy pocos denarios por ella. Era un ratoncillo de piel blanca, cabellera negra y aspecto sucio. Hacinada en aquella jaula junto a otros hombres y mujeres de tribus panonias y germanas, no pudo imaginar su futuro, pero sí su escaso valor. Apenas habían pagado por ella y, por tanto, seguramente no hiciesen nada por ella. Durante el cautiverio del viaje, bien había escuchado las narraciones de los hombres del norte encadenados junto a la muchacha. Ya sabía en qué consistía el trance de la esclavitud e imaginó que aquellas monedas le garantizaban hambre y desdicha. Pero no fue así. Valerio Grato la condujo a una *domus* del barrio del Aventino donde la niña creció entre los quehaceres de la vivienda, arropada por otros esclavos, hasta que, pocos años después, fue destinada a aquella villa al norte de la ciudad, rodeada por la campiña y serpenteada por el río Anio. Allí era donde el padre de Marco había decidido retirarse para un descanso tranquilo tras una vida militar repartida entre la Galia, Siria, Judea y Egipto.

El general Grato parecía no recordarlo, pero Idalin llevaba allí desde que él era un niño. Su padre le encomendó su celo y la esclava lo había criado junto a Lucio como una perra amamanta a una camada de leones. Marco, el mayor, que había pasado un poco más de tiempo con ella, jamás llegó a ser cariñoso con Idalin, como si siempre

hubiese sabido que aquella mujer de piel pálida había nacido para ser una ilota del norte y, por tanto, despreciada e ignorada. Para el general Grato no significó nada su afecto, su prudencia y su silencio y, cuando llegó el tiempo de la toga viril, la esclava se esfumó de sus ojos, hasta convertirse en un siervo más, como lo sería para su hermano Lucio.

No obstante, apenas unos siete años atrás, Marco le había concedido la manumisión después de toda una vida de entrega y sacrificio. Fue de pronto, sin haber mediado ninguna promesa desde la muerte de su padre. Un día, sin más, se lo lanzó, así, sin cavilar demasiado, como si ya comprendiese su torpeza para el trabajo duro, mientras ella todavía se doblaba en el suelo para conseguir lustrar los mosaicos.

—Ya eres demasiado vieja para estar aquí, Idalin. Es hora de que hagas tu vida. Mi padre hubiese querido que te liberase.

La anciana se lo quedó mirando boquiabierta. No sabía si reconocer piedad o el resquicio de un mezquino cariño que nunca había vislumbrado, ni siquiera de niño. Solo le bastó aquel insignificante gesto para sentir una pírrica honra en su corazón. De todas formas, la germana no tenía ni adónde ir, ni tampoco sabía vivir de otra manera.

—No, mi señor —le dijo—. Si esta humilde esclava durante todos estos años ha conseguido la gracia de obtener el más mínimo afecto por parte vuestra, solo así, mi señor, os ruego que me permitáis quedarme hasta que muera. Os juro por todos los dioses que no os daré problemas y trabajaré hasta mi último día.

Fue un guiño de conmiseración que nunca llegó a comprender. Él no solo no la echó, sino que comenzó a pagarle unos seiscientos sestercios al año, quizás para acallar su conciencia, quizás para congraciarse con el espíritu de su padre. Al fin y al cabo, aquel puñado de monedas lo concebía como una ofrenda más al larario, nada importante, ya que a Idalin apenas le aportaba para comprar una mula cada año. Pero para quien nunca había tenido nada, aquella dádiva era demasiado, y la guardó celosamente por si algún día le tocaba sobrevivir sola.

Pero desde aquello habían transcurrido más de cinco años y la anciana jamás imaginó que volvería a verlo en la cocina, ni en ningún otro lugar de aquella villa. Fue la mañana siguiente de su regreso. Idalin estaba en su mundo, una lóbrega estancia con un par de ventanucos abiertos a un rincón del jardín. La germana casi podía repasar aquel ambiente con los ojos cerrados. Las paredes estaban salpicadas de cacerolas, ollas de cobre y, en medio de la estancia, un alargado banco de cocción con cuatro trípodes de metal sobre las brasas. En una esquina se apilaba la leña, y al lado, se acomodaba una alacena donde acumulaban diferentes salazones, grano, aceites, frutas y diversas especias. Junto a ella, un estrecho pasillo que conducía a los establos y a la cámara de calefacción, la cual caldeaba el agua caliente que circulaba por gran parte de las estancias de la villa y templaba un pequeño baño en la primera planta.

Idalin limpiaba un recipiente repleto de coles, puerros, acelgas, rudas, achicorias y cohombros, gran parte de la comida de los esclavos para las próximas horas. La

anciana manipulaba las hortalizas sobre un banco bajo la ventana que daba hacia el jardín, mientras otras dos esclavas se esforzaban en fregar los trípodes de metal donde más tarde se depositarían ollas y marmitas. Una de aquellas dos tenía el vientre hinchado, puntiagudo, como si su parto fuese inminente, y cuchicheaban silenciosas en la parte central de la habitación, con sus cabellos recogidos con burdas pinzas de hueso sobre sus cabezas.

Al oír los pasos del amo, las tres se quedaron inmóviles, sin saber cómo reaccionar, temerosas de continuar con su faena y, a la vez, inquietas por esquivar la ira del *dominus* quien odiaba verlas ociosas. Era la primera vez que se les presentaba desde su regreso, y ellas solo lo habían husmeado en silencio, como sombras en su presencia, con la certeza de que con él volvían las penas.

—Buenos días —dijo él.

Las muchachas apenas murmuraron un saludo atemorizadas.

El *dominus* clavó sus ojos en una de ellas y el terror tembló en sus manos. La esclava sintió como uno de los trípodes se le resbala al suelo, pero se recompuso rápidamente y reanudó su trabajo nerviosa, como si nada hubiese sucedido.

—¿En qué podemos ayudaros? —le preguntó la vieja esclava, acercándose hacia él y llamando su atención.

El general volvió la cabeza y se olvidó de la joven que estaba observando.

—Solo os miraba. Nada más.

El silencio se imponía por donde el amo pasaba.

—Soy Idalin, mi amo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Muchos años, señor. Muchísimos. Toda una vida. Yo, yo... Yo os vi crecer.

El general la escrutó con rapidez, pero sus ojos nuevamente buscaron a la otra cautiva. Entonces su corazón volvió a agitarse de sorpresa, como la noche anterior al recordar a aquella muchacha sin nombre, y sintió que aquel perfil temblaba nuevamente en su memoria, aunque esta vez algo más frágil.

La muchacha en cuanto percibió el interés del amo, se inquietó y reanudó su quehacer nerviosa, como si el *dominus* no existiese, escondiendo sus ojos y protegiendo su desvalida existencia del peligro.

—Vuestro padre fue muy generoso trayéndome a esta casa, señor —insistió la vieja, procurando desviar su atención y así proteger a la muchacha.

Pero el *dominus* no cesó en su interés, ni siquiera en disimularlo, y la anciana temió lo peor.

—Lo siento, mujer. No puedo recordarte —le dijo, avanzando hacia la muchacha.

Idalin se sintió entonces impotente, e intuyó que todo volvería a ser como antes, como siempre que el *dominus* volvía a aquella villa. No lo había olvidado todo, y Atia sintió que sus piernas se arqueaban.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Pero ella no se giró. Las palabras parecían habersele enredado en su boca, y

tembló como un animalillo al sentir las garras del buitre rozando su piel.

—Ha sufrido mucho, señor. Atia ha sufrido demasiado. —Casi murmuró resignada, comprendiendo que ya nada podía hacer ante lo inevitable.

Y al decirlo fue como si de repente Idalin también pudiese recordar, como si pudiese ver aquel verde valle junto al Elba, como si lo pudiese ver con los ojos abiertos, humeando, con cendales oscuros elevándose entre el bosque, con el mohín pálido de su madre inerte, atravesada por un *pilum* en su resistencia, y el resto de su familia desaparecidos en la refriega. Era como si volviese a suceder, sintiendo lo olvidado y proyectándose nuevamente ante su vista cansada. Sin embargo, para ella era diferente. Para Idalin las callosidades del tiempo diluían su sufrimiento, pero a Atia no le sucedería lo mismo.

—¿Acaso no sabe hablar? —insistió él.

Atia pudo sentir su respiración cerca de la oreja y sus fauces a punto de devorarla. Pero arrancó el valor de algún lugar de sus entrañas y se mantuvo en pie, sin interrumpir su trabajo junto a la otra esclava. ¿Quién sabía? Quizás, quizás solo quería inquietarla, ponerla nerviosa, como si no hubiese olvidado tanto como había asegurado Idalin y deseara hacerla pagar por lo que había tenido que morir su padre.

—¿De dónde vienes, muchacha? —volvió a insistir con suavidad, acercando su mano hasta su barbilla, intentando que volviese el rostro hacia él y así poder reconocerla mejor.

Pero ella continuó sin contestar y, mordiéndose los labios, dejó que su cara se volviese hacia la del *dominus*. Sus manos temblaron y tuvo que soltar los trípodes de hierro para que no se le cayesen nuevamente. Idalin retorció sus dedos observando aquella escena, mientras Marco mudaba su semblante ante la joven. La miraba fijamente, como si no quisiese olvidar ningún detalle de sus facciones, y la vieja pudo constatar su estupor, e incluso podría haber jurado la sombra del dolor en su expresión de sorpresa.

—¿Me temes? —le dijo casi rozándola con su aliento.

Las tres mujeres se estremecieron.

—Los esclavos temen a sus amos —le dijo ella al fin.

Marco se adentró en sus ojos negros y el vaho oscuro de su pasado pareció difuminarse muy levemente.

—Te recuerdo.

Entonces la esclava volvió el rostro hacia su izquierda, como si lo desafiara y dejó bien visible la mejilla que el *dominus* todavía no había inspeccionado. Fue un gesto de valor y rebeldía, pero solo Idalin y la otra joven supieron reconocerlo en aquel momento.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó, repasando con sus dedos una profunda cicatriz ya sanada, pero demasiado visible.

Idalin no estaba muy segura de que Marco no estuviese jugando con ellas, y no se atrevió a moverse. Solo deseó que Atia supiese atar su ira, que supiese cómo ligar

aquel odio que la vieja temía que acabase por vomitar.

Pero la muchacha no le contestó.

—¿Quién te ha hecho esto? —insistió con determinación.

La esclava no pudo contenerse y le escupió las palabras, como si pudiese herirlo con ellas.

—Ha sido el amo. Quizás también deberíais recordarlo.

Marco dio un paso atrás con expresión confusa y la anciana pudo verlo con claridad. C.nocía muy bien a aquel hombre. Lo había cuidado como al hijo que nunca había tenido y podía reconocer todos sus gestos, pero esta vez le fue algo más difícil y percibió con nitidez que en los ojos del *dominus* no había desprecio, sino conmiseración. Verdadera conmiseración.

—¿Tan terrible he sido? —exclamó, separándose de ella.

Pero ninguna de las tres contestó.

Él asintió con su cabeza confuso, como si se respondiese a sí mismo.

—Lo entiendo —dijo—. Continuad con vuestro trabajo.

Luego se alejó sin decir nada más y buscó el estrecho pasillo que conducía al establo y a la sala de calefacción y desapareció como un león manso alejándose de sus presas.

Idalin llevaba la mirada del *dominus* latiendo en su mente. Era demasiado extraña, como si ya no fuese Marco Grato quien observaba a través de aquellos ojos. Ellas también habían estado en su funeral, y aquello no podrían olvidarlo, como tampoco su voz más suave y su cuerpo endeble. Por eso se sobrecogió cuando pensó en él. No entendía lo que estaba sucediendo y, sobre todas las cosas, si debían temerle.

Y en especial Atia, quien jamás podría olvidar lo que le había hecho a su padre, como tampoco ninguno de los que habitaba aquella villa.

Lo que más le sorprendió a Annia Publia no fue que su marido hubiese vuelto, sino que lo hubiese hecho de aquella manera. Su actitud fría y esquiva era tan desconcertante como dolorosa. Como su cuerpo, como su piel, como su voz... Fue entonces cuando comenzaron a aletear sobre su mente recelos incomprensibles que zarandeaban sus certezas como los buitres sobre la carroña, y la sospecha de que su amnesia ocultaba algo, para ella todavía insondable, fue creciendo.

Sin embargo, la *domina* aún no se atrevía ni a mentarlo. Más bien intentó creer que aquello pasaría pronto y, olvidando la humillación a la que la había sometido la última noche, Annia Publia salió a su encuentro y le relató su vida como si se la narrara a un desconocido. Así supo de su juventud, de sus primeros destinos, de su familia... Su esposa le habló de su madre, de cómo había muerto muchos años atrás, antes de que alcanzara su mayoría de edad, y que su padre lo había hecho algunos años después de que ella y él contrajesen matrimonio en Roma. Supo de su fortuna, y que no solo la había heredado por las posesiones de su progenitor, sino también por los importantes recursos de la legión y con la ayuda de la buena gestión de Annia Publia. La *domina* le contó a qué dedicaba el tiempo durante su ausencia, y cómo se encargó de aumentar los arrendamientos de varias *insulae* que les pertenecían, en las que hacinaban inquilinos como si los embutiesen en colmenas.

Marco Grato escuchó los detalles de todo aquello casi en silencio, mientras Annia intentaba vislumbrar el misterio que entrañaba su regreso forzando preguntas que él esquivaba entre silencios y negaciones. Marco no podía recordar, pero parecía haberse acostumbrado a aquello.

—Daré la orden para que me ensillen un caballo —le dijo poco después del mediodía.

—¿Para qué? —le preguntó ella.

—Quiero ver la campiña, trotar por estas colinas, y tal vez incluso llegar hasta Roma.

Annia agrandó sus ojos y luego asintió con una imperceptible sonrisa.

—Siempre te ha gustado cabalgar y yo te acompañaba muchas veces. No solo en Roma, sino también en cualquier lugar. Solíamos hacerlo en Dalmacia, e incluso en Damasco.

Y al decirlo, la *domina* buscó algún eco en él, pero Marco le devolvió una mirada impasible, e inmediatamente ella comprendió que ya no sería igual que antes, cuando recorrían colinas cercanas durante sus estancias en la villa, o bien un lustro atrás, por las inmediaciones de Salona, cuando iba a pasar largas temporadas a Dalmacia.

Entonces eran felices. O, al menos, así se lo parecía a ella.

—Te acompañaré —le dijo su mujer.

—Como quieras —le contestó casi indiferente.

Aquella tarde trotaron por la *via Cassia*, en dirección a Arretium, alejándose de aquella zona de pequeñas fincas que nacían a las puertas de Roma. El Janículo, el llano del Vaticano, el Esquilino y las orillas del Anio estaban cubiertos de villas familiares donde se cultivaba la tierra con pocos esclavos. Eran explotaciones de trigales, olivares y viñas, llenos de huertos como el suyo, preñados de coles, puerros, acelgas, rudas y achicorias. Los dos esposos cabalgaron por las pulidas losas de la calzada, con el repiqueteo de los cascos marcándoles el ritmo, y Marco pudo distinguir la fisonomía de las villas vecinas, ornamentadas con vastos pórticos, plantas abiertas sobre terrazas y ventanas acristaladas al exterior. Pero Annia Publia abandonó rápidamente aquella vía y el tráfico de carros y caballos disminuyó. Los animales pisaron aquella grava compactada que se iba estrechando entre los bosques, hasta que acababa despejándose en prados poblados de rebaños y caballos engordándose con la tibieza de la primavera.

Al principio trotaron juntos, pero Marco pronto decidió adelantarla, y su caballo avanzó delirante por la calzada que trepaba una colina.

—¡No corras tanto, Marco! —le gritó ella—. ¡Detente!

Nada parecía detenerlo. Era como si hubiese ensordecido, y ella pensó que cabalgaba de la misma forma que intentaba arañar su pasado, como si así pudiese abrir los surcos definitivos en su memoria, igual que un terco labrador arando una tierra dura. Hasta que una jauría de perros salió del bosque como una bandada de pájaros y comenzó a perseguirlo. Entonces el general aminoró su galope por miedo a enredarse con ellos, al tiempo que un silbido lejano frenaba a los animales, que rápidamente decidieron desandar su carrera.

Marco se volvió para mirar hacia atrás.

—Ha sido culpa mía. —Oyó los gritos de un hombre barbiespeso que salía del bosque. Su voz retumbaba en el eco de los árboles—. Ha sido un descuido, señor.

Marco miró a Annia trotando hasta él, hasta que lo alcanzó.

—Ese cazador debería andar con más cuidado —le dijo ella—. Esos perros son capaces de bregar con las piezas más robustas o de alcanzar a las liebres a la carrera.

Entonces, pudieron percibir una robusta *raeda* asomándose desde la espesura, y Marco cabalgó hacia allí por curiosidad, y cuando estuvo frente al carro, pudo distinguir todos los arreos que llevaba, desde venablos, lanzas y espadas, hasta cuchillos y redes enrolladas de cualquier manera.

Marco desanduvo algo del camino hasta llegar a él.

—Tienes que tener más cuidado —le dijo el general, acercándosele despacio—. Esos perros podrían haber lastimado a mi caballo.

—Lo sé, y debéis disculparme. Fue mi hijo el que los soltó —dijo, y señaló hacia el bosque—. Viene por ahí.

—¿Habéis conseguido algo? —le preguntó interesándose.

—Mirad —le dijo, descubriendo parte del carro tapado por una manta.

Marco pudo observar los colmillos ensangrentados de un jabalí con los ojos abiertos. La pieza era enorme.

—Hemos tenido suerte.

—Pero debes andar con más cuidado, ¿entiendes?

—Vuelvo a pedirte disculpas, señor. Suelo llevar pavos, grullas, faisanes o marmotas. Por Júpiter que si tuviera alguna pieza os la regalaba.

—No te preocupes. No necesito nada. Solo te pido que ates a tus perros la próxima vez.

—Ahora me ayudará mi hijo. Quedaos tranquilo. Él es un poco descuidado —le dijo jocoso—, pero ya no lo puedo cambiar. Mi mujer me lo ha parido así.

Marco sonrió su ocurrencia.

—¡Es lo que tienen los hijos! —le dijo riendo.

Luego se despidió agitando la mano y se alejó al trote para reunirse con Annia.

—¿Atará esos perros? —le preguntó al llegar.

Marco asintió.

—Está esperando a su hijo para que lo ayude.

La *domina* frunció el ceño disgustada.

—No quiero que nos alejemos demasiado, Marco. Esperemos a que los aten, y luego desandemos el camino.

—Está bien. Para mí ha sido suficiente.

El general desmontó de su caballo y ayudó a su esposa a bajar del suyo también. Luego los ató a un roble junto a la calzada y se sentó a la sombra del camino, recostándose sobre un tronco.

Ella permaneció de pie observándolo.

—¿En qué piensas? —le preguntó la *domina*—. ¿Acaso recuerdas algo?

Pero él no contestó. Simplemente agitó la cabeza negativamente.

El rumor del bosque era rasgado por los ladridos esporádicos de alguno de los animales que se arremolinaban junto a su amo.

—¿Por qué nunca tuvimos hijos?

Para Annia fue como si la hubiesen lanceado como a un jabalí, y se quedó callada durante unos instantes. Luego se atrevió a contestar.

—Nunca te ha importado.

—No entiendo cómo a un hombre no le puede importar tener descendencia, Annia.

La *domina* se mordió el labio inferior y suspiró hondamente.

—A ti nunca te ha importado. Ya te lo he dicho.

—¿Y si hubiese dejado de importarme?

La rabia comenzó a roer el ánimo de la mujer.

—Lamentablemente, solo Cibeles puede concederlo, y nosotros nunca quisimos pedírselo.

Las palabras caían lentamente, y Annia comenzó a mirar hacia el camino,

deseando que desapareciesen los perros y zanjar aquella conversación de una vez. Pero él quiso continuar.

—Te equivocas.

—¿En qué me equivoco?

—Creo que siempre quise tener un hijo. Creo que eso lo sé.

Annia calló, apretó los puños e intentó alejar los malos espíritus de su memoria.

—¡La guerra te ha cambiado! —le dijo con firmeza—. La guerra te ha cambiado demasiado, Marco.

Él levantó la cabeza y buscó sus ojos.

—Quizás sea la muerte la que lo ha cambiado todo, Annia.

La *domina* agigantó sus ojos y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—¿Por qué hablas así? ¡Me asustas, Marco!

La voz del general era temblorosa.

—Hay cosas que no puedo evitar sentir. Solo es eso.

Ella estaba sobrecogida.

—Solo es tu memoria. Cuando comiences a recordar, todo será diferente. Ya lo verás.

—No solo es mi memoria, no te engañes —replicó, mirándola a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—La muerte está mucho más cerca de lo que pensamos. Convive con nosotros sin darnos cuenta, como un espectro al que no sabemos distinguir.

El silencio lo inundó todo y a Annia se le erizó la piel.

—No me gusta que hables así, Marco. Ya te lo he dicho. Hablar de la muerte puede atraer a los lémures.

—Pero yo sé que no le temo a la muerte, Annia. Sé que existe el día y la noche, el bien y el mal. Sé que no es temible, pero también soy consciente de que la vida se va muy rápidamente, casi sin darnos cuenta, como un reloj de arena se consume sin que uno pueda intervenir. Entonces, al final, uno ansía haber dado frutos, perpetuarse y haber sido semilla de futuro.

—No vuelvas con lo mismo, por favor. Nunca te importó.

—Pero ahora sí —se apresuró a decirle—. Ahora sé que sí.

Annia tragó saliva y fue como si tragase tierra. Le parecía estar escuchando a un desconocido.

—Soy estéril, Marco —le dijo sin ocultar su rencor—. Por eso no tienes hijos, y porque nunca me los pediste. ¿Lo entiendes ahora?

Pero él no agachó la cabeza, ni esquivó el fuego de su mirada, desafiante y confusa, barruntando cada vez más quién sería aquel hombre que había vuelto ayer a su vida, y la sospecha comenzó a enloquecerla.

No se atrevía ni a mencionarlo, pero solo de pensarlo sintió que su piel se emborronaba una vez más.

Y por primera vez tuvo miedo.

Al tercer día, casi a la *hora quinta*, Marco volvió a encontrarse con su hermano Lucio por segunda vez, pero cuando supo que venía para llevarlo ante el emperador, incomprensiblemente algo comenzó a revolverse bajo su piel.

—Vespasiano está muy sorprendido por tu regreso —le dijo el pretoriano.

Annia observó la mirada profunda de su marido, como si estuviese arañando recuerdos. Sin embargo, una vez más, el general se engulló sus palabras y se apartó de ellos para prepararse para la partida. La *domina* condujo a Lucio hacia el *tablinum*, bajo la pintura del sepulcro de Aquiles, como si aquello fuese una premonición de lo que quería transmitirle.

—Quiero que te fijes en el cuerpo de tu hermano —le susurró.

En los ojos de Annia se apreciaba el nerviosismo. Lucio los conocía muy bien.

—¿Qué estás diciendo?

—Tienes que verlo tú mismo. Su cuerpo es otro.

Lucio le sujetó las manos y se las acarició suavemente, pero ella volvió a apartarlo como la última vez.

—¿No entiendes que todo ha cambiado? —lo reprendió con severidad.

—Quizás...

—Ahora no, Lucio. —Lo rechazó, dándole la espalda—. Quiero que subas. Tu hermano ya no es el mismo. Estoy segura.

—¡Por todos los dioses, Annia! ¿Qué estás insinuando?

—Quiero que lo veas tú mismo.

El pretoriano subió a su habitación y, cuando los esclavos estuvieron preparados, se dedicó a observarlo tras el marco de la puerta. El joven Mevio sostenía una jofaina y la esclava Velina lo afeitaba con una navaja en forma de media luna. El hierro templado de la cuchilla se paseaba por su piel húmeda, mientras Marco se dejaba hacer frente a un espejo.

—¡Que no sangre, torpe! —le gritó Annia, irrumpiendo en la habitación como una ventisca.

Velina movió la cabeza nerviosa, asintiendo, y continuó con su trabajo con aquella comitiva observándola en silencio, hasta que sujetó una pinza y comenzó a arrancarle los pelillos que sobran, desde la nuca hasta la cejas.

—Ya está, mi amo —concluyó finalmente.

—Gracias —le contestó Marco mirándola a los ojos.

Pero aquella gratitud con sus esclavos volvió a soliviantar a la *domina*, quien masticó la misma indignación que cuando había abofeteado a Mevio.

—¡No seas tan lenta, Velina! —rugió furiosa—. ¿A qué esperas? Prepara la toga inmediatamente. El señor no tiene tiempo que perder esta mañana.

—Sí, mi ama.

—¡Y también otra túnica!

La esclava se dirigió hacia el *arca vestiaria* nerviosa, poco acostumbrada a tantos ojos para realizar su trabajo, mientras Marco continuaba callado, y la tensión volvió a crecer entre los tres.

Luego se puso en pie, se deshizo de la túnica, se la dio a su esclavo y pudo percibir todas las miradas sobre él.

—Ya no soy el de antes, ¿verdad, Lucio? —comentó sorprendentemente.

El pretoriano no supo qué contestar.

—El desierto me ha cambiado. Todos lo sabemos.

Annia apretó los puños y Marco les dio la espalda desnudo, solo tapado por un *subligar* que cubría su ingle. Iluminados por la diáfana luz del ventanal al exterior, los dos repasaron su cuerpo laxo, con los pliegues del vientre y sus pectorales demasiado flácidos, hasta que volvió a cubrirse con la otra túnica. Pero al pretoriano poco le importó todo aquello. Sabía que en el gimnasio del *Castra Praetoria* podía volver a ser el de antes. Su estado de forma cambiaría con los entrenamientos, pero otras cosas jamás, y pronto comprendió lo que Annia Publia le había advertido.

—Tuviste una emboscada en el desierto, camino a Jericó, y toda tu guardia murió atravesada por las espadas de los judíos —comenzó a decirle.

El general escuchó inmutable, limitándose a guardar silencio. Era capaz de dilatar su mutismo hasta estallar dentro de todos y comportarse como nunca lo había hecho.

—Encontraron los cuerpos degollados y malheridos. Menos el tuyo. Todos estaban mutilados, todos estaban traspasados... Pero tú no, Marco. Tú no tienes nada, ni el más mínimo rasguño en tu cuerpo.

Velina iba colocándole la toga cada vez más incómoda, y Mevio clavó sus ojos en el suelo, deseoso de desaparecer de allí. El silencio parecía una afilada daga deslizándose entre ellos, pero la esclava no se detuvo y continuó con su trabajo. Apoyó la toga sobre sus hombros como si fuese una manta, dejando el extremo derecho mucho más largo que el izquierdo, hasta colgar hasta el suelo. Luego, con delicadeza, sujetó ese extremo y lo pasó por debajo de la axila para dar una vuelta alrededor del tórax del general, hasta la cerviz. Con habilidad, la colocó alrededor del cuello y fijó la prenda con un broche de plata a la altura de su clavícula. Pero no fue suficiente y, mientras Annia y Lucio intercambiaban gestos de incredulidad, Velina le dio otra vuelta alrededor del cuerpo, remetiéndola bajo los ruedos anteriores.

—Sabes que no recuerdo nada —le dijo al fin—. Es inútil que insistas.

—No tienes ni una herida, ni una cicatriz —volvió inquisitivo—. Es como si jamás te hubieses enfrentado a un enemigo, como si jamás hubieses combatido. ¿Por qué no luchaste, Marco?

La voz del general no tembló. Su mirada era de hielo.

—Ya te lo he dicho. No lo recuerdo.

—Todos los legionarios acaban con cicatrices. La vida militar es dura, siempre

hay cicatrices. Pero tú no las tienes.

La esclava escuchaba atónita y temerosa, pero no cesó su trabajo hasta calzarle unos elegantes zapatos cerrados y Marco Grato se puso en pie volviéndose hacia su mujer como si no hubiese oído aquello.

—¿Cómo me ves? —le preguntó indiferente.

Pero ella no llegó a contestarle. Solo se giró y bajó las escaleras nerviosa.

Annia no fue la única que comenzó a sospechar. Durante aquel amanecer, horas antes de que llegara su hermano, Marco había vuelto a la cocina como lo había hecho en la jornada anterior, aunque esta vez encontró a las esclavas arrodilladas en un pequeño rincón, junto al leñero y la despensa.

El sol era penumbra.

Idalin, Atia y Velina rezaban frente al larario, una capilla de madera de pino donde unas figurillas parecían observar el desdichado mundo de los vivos retorcidas en su esencia de barro, rodeadas de pelotas de lana, tantas como los siervos a los que los manes debían proteger. Sobre el altar, un pequeño fuego humeaba como hilos transparentes para que las primicias matutinas de tortas, pan y miel agradasen a aquellos diosillos, a aquellos lares que debían ayudarlas a sobrevivir desde el más allá.

Marco Grato entró silencioso, como una sombra, y vio las mantas revueltas por el suelo, las esclavas dobladas sobre sí mismas y el murmullo de sus plegarias royendo el silencio. De pronto se sintió ligero como un espíritu, como si levitara invisible para ellas y aquella quietud lo tranquilizase a él también, drenando su alma de una paz que anhelaba. Permaneció inmóvil durante algún tiempo, hasta percibir aquel sentimiento de ausencia que a veces lo invadía, como si aquel fuese un gran escenario donde no llegaba a encajar. Entonces avanzó lentamente hacia las tres mujeres, con el sigilo de aquellas almas a las que estaban invocando y, cuando estuvo detrás de ellas, Velina se giró y un grito ahogado ajó aquella paz.

—¡Por Vesta! —Se llevó las manos a la boca intentando contenerse.

Marco reconoció perfectamente el terror en sus ojos. Las tres lo miraban espantadas, sin apenas poder moverse. Un temor inexplicable les erizaba la piel.

Pero el general no pronunció palabra y se quedó observándolas. En la penumbra, su gesto era frío y su mirada demasiado oscura.

Solo Idalin se atrevió a romper el miedo.

—¿Señor?

Marco Grato la escuchó extrañado, como si a aquella *hora secunda* todavía no pudiese reconocerse completamente, como si no fuese él mismo, como si aquella voz invocara a otro.

—Soy yo —contestó al cabo de un rato.

La tensión oprimía la cocina y a ellas les costaba hasta respirar, pero la vieja germana se levantó en busca de un candil, intentando espantar aquel temor en sus compañeras. El día comenzaba a clarear, pero aquella media luz parecía insostenible.

—¿Qué hacéis aquí tan temprano? —le preguntó mientras manipulaba la lámpara de aceite. Las dos muchachas se habían erguido para escabullirse como culebras y

desaparecieron rápidamente, sin ánimos de contemplar con claridad el rostro del *dominus*, como si nada les importase lo que le sucediese a Idalin, demasiado vieja como para temer.

—No podía dormir.

La anciana consiguió iluminar y con el candil se acercó a una mesa que había en medio.

—No creo que lo necesites, mujer. El sol se está asomando.

—Lo sé.

—¿Y entonces?

La vieja germana avanzó hacia Marco, se detuvo frente a él y lo miró a los ojos.

—Es mejor así. La oscuridad atrae a los muertos, señor.

Idalin se interrumpió sin dejar de mirarlo.

—A algunos debemos temerles, señor. Algunos están demasiado cerca de nosotros.

—No entiendo lo que dices, mujer. Habla claro.

La anciana tragó saliva, bajó la mirada y meditó un momento.

—No me hagáis caso, pues. Soy demasiado vieja y a veces percibo cosas extrañas.

Marco Grato se sentó en un taburete junto a la mesa y con su mano derecha le indicó a la anciana que hiciese lo mismo.

—Siéntate, por favor.

—Esta vieja nunca debe sentarse junto al amo. Él mismo me habría apaleado.

—Pues ahora te estoy pidiendo que te sientes, mujer. Obedece... Por favor.

Idalin entrecerró los ojos y frunció el ceño. No solo dudaba, sino que no dejaba de sorprenderse.

—¿A quién rezabais las tres? Dime.

La luz del candil iluminaba los detalles del rostro del *dominus*. La luz temblaba en una penumbra que se iba extinguendo como la bruma que acampaba en la campiña. A Idalin, su aspecto le pareció más envejecido.

—A nuestros muertos, mi amo. A los que se han ido, y a Vesta, la que protege nuestra villa, señor. Deberíais saberlo.

Y él lo sabía. Eso sí que lo sabía, aunque sus recuerdos se enquistaran en su memoria. Sabía por qué se arrodillaban en los lararios, sabía por qué había uno en el atrio y otro en el establo, entre aperos, yugos, arados y azadas. Aquellos lares vagaban por la vivienda protegiendo a los vivos, y sabía que en ocasiones podía llegar a inmolárseles cerdos cebados, aunque casi siempre, a la máxima ofrenda que podían aspirar era a tortas fritas.

—No sé a qué muertos invocas. Créeme que no los recuerdo.

—Ya los iréis recordando, señor —replicó, traspasándolo con su mirada—. A otros jamás, porque han pertenecido solo a nuestras vidas y siempre han permanecido en nosotras.

—¿Mi padre está entre ellos?

—Valerio Grato está entre ellos, claro que sí. Fue bueno conmigo y la villa le pertenece.

—Me alegra saberlo —le dijo, forzando una sonrisa.

—Él es quien más nos protege de los lémures. Estoy segura.

Marco esbozó un gesto de extrañeza.

—¿Lémures?

La anciana germana lo miró intrigada, como todos los que se topaban con él. Marco Grato se había convertido en un hombre demasiado extraño.

—No los recuerdo, mujer. No sé quiénes son.

—No hay que recordarlos, señor. Hay que temerles.

—Háblame de ellos, por favor. Háblame de todos.

—Hay poco que decir en realidad. Son difíciles de descubrir, pero muchos los han visto.

—Explícate —le dijo, removiéndose en su asiento algo inquieto.

—¿De verdad que no recordáis nada?

Marco Grato guardó silencio, cerró sus puños y por primera vez Idalin le reconoció un gesto de ira.

—¡No sé por qué sois todos tan tercos! Cuando digo que no recuerdo, ¡es que no recuerdo! Contesta a lo que te pregunto.

La germana entrecerró los ojos y luego los abrió lentamente, como si elevara sin prisa un estandarte de los que el general habría portado durante la guerra.

—Cada uno de nosotros tiene su *genius*, pequeños dioses que nos vigilan desde que nacemos hasta que morimos. Algunos creen que nacen y mueren con el hombre, pero yo sé que no es así. A la muerte de cada uno, su *genius* se cierne sobre el sepulcro y puede permanecer como un espíritu bueno o bien como un espíritu malo. Los buenos espíritus son los manes, señor. Los temibles, los lémures.

—Entiendo...

—Vuestro padre es uno de esos manes que nos protegen de los malos espíritus. Su *genius* permanece con nosotros. Lo sé.

El hombre guardó silencio y observó la claridad que parecía amanecer a su alrededor. Luego la detuvo nuevamente en Idalin.

—¿De qué lémures os protege mi padre?

La germana lo volvió a mirar entre dudas. No sabía por qué, a veces tenía la sensación de que jugaba con todos, y que el *dominus* se reía de ellos en silencio, como si los estuviese poniendo a prueba.

—No conocemos sus nombres. Pero existen. Sabemos que existen.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

Marco Grato calló, bruñido por la luz del candil. Entre algunas sombras que se plegaban por su boca, la mujer no supo exactamente si aquel hombre le había

dibujado una mueca mordaz. Y por primera vez, sintió el escalofrío del miedo, como le había sucedido a su ama.

—Quiero que me cuentes algo, Idalin —la llamó por su nombre. Era la primera vez que lo hacía desde jovencito, antes de que lo invitiesen con su toga viril.

Ella asintió y lo volvió a mirar algo inquieta y sorprendida.

—Tú dices que me has criado, ¿no es así?

—Así es, señor. Vuestro padre me encargó que os cuidase. A ambos, primero a vos, y luego a vuestro hermano Lucio.

—Quiero hablar con alguien que me conozca, con alguien que sepa quién soy. Por eso te he buscado.

—La señora sabe quién sois. La señora puede hablaros bien de quién fuisteis. Yo soy una vieja liberta a la que se le van agotando las fuerzas.

—Ya escucho a mi esposa, descuida. Pero hay cosas que sé que no podré averiguar a través de ella.

Idalin abrió sus pequeños ojos oscuros como si fuesen dos ciruelos y nuevamente sintió que su piel se erizaba.

—¿A qué os referís, señor?

—Tú sabes a lo que me refiero.

La vieja se irguió asustada y trémula, sin acertar a comprender quién era realmente aquel hombre, como si en cada una de sus frases le planteara un acertijo, como si la estuviese probando, como si él ya también supiese de los sufrimientos que se enterraban en aquella villa. ¿Pero cómo habría de saberlo? Nadie lo sabía, y él menos que nadie. Aquel recuerdo no debía existir para él. Solo ella era conocedora de aquel secreto, solo ella sabía lo que sucedió aquel día. Solo ella, y la *domina*. No quería ni pensarlo. Había jurado callarlo y ni siquiera osaba recordarlo. Lo había jurado, y aquello había sido borrado de su memoria.

¿Cómo podía saberlo el *dominus* sin apenas recordar nada? ¿Cómo podía?

De repente, Idalin palideció y la lengua se le secó como una piedra e, instintivamente, se giró hacia el larario todavía humeante y revisó la presencia de aquella figurilla retorcida, como si el barro la hubiese arrugado más de lo acostumbrado, con un gesto grotesco y cruel. Ella estaba allí, apartada, como siempre, pero muy visible. Aquel espíritu era vengativo, ella lo sabía, y su lémur acabaría haciéndoles daño.

—¿Por qué temes, mujer? ¿Acaso crees que voy a hacerte daño? —insistió Marco.

Idalin no contestó, bajó su cabeza observando sus manos callosas, anudando sus dedos como flecos agarrotados que buscaban el remanso del regazo de su túnica.

—¿Qué temes? —Elevó algo más su voz—. Soy tu amo, y prometo no molestarte por nada que me digas. Ni siquiera ya eres esclava, Idalin. Tú sabes muy bien cómo era, tú sabes muy bien por qué me teme aquella muchacha. Tú puedes decirme la verdad.

La anciana levantó rápidamente su cabeza, lo miró asombrada y exhaló su miedo por la nariz. Entonces pareció relajarse, como si por fin comprendiese lo que aquel hombre le quería decir.

—¿Os referís a Atia?

—Me refiero a la esclava con la cara marcada. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Idalin asintió mecánicamente, como si al fin hubiese descifrado sus palabras entre una maraña de dudas.

—Fue vuestra esclava. Es vuestra esclava... y ha sufrido por ello —se atrevió a decirle.

Sin embargo, se detuvo. Apenas se atrevía ni a recordar aquella crueldad.

Al salir de la villa, Marco se encontró con un carro tirado por dos caballos blancos y cuatro jinetes pretorianos como escolta. Subió al vehículo y se acomodó de pie junto a su hermano que, con un grito acompañado del movimiento de las riendas, hizo mover a los animales tras el trote de los legionarios.

Luego el silencio lo llenó el traqueteo.

El carro rodó veloz hasta alcanzar la *via Flaminia*, donde el empedrado de la calzada parecía hacerlos volar. Rodaron hacia Roma, en sentido opuesto a Ariminium, y después de atravesar el Tíber sobre el puente Milvio, pronto pudieron divisar los primeros perfiles de la ciudad que acabó devorándolos. En ese instante, en las pupilas de Marco volvió a resplandecer Roma, aquel laberinto de callejuelas serpenteando entre enormes colmenas que trepaban entre cinco y seis pisos, desafiando la altura de los templos que recorrían la ciudad como gigantes de mármol. Y el carro se fue zambullendo entre la muchedumbre, un enjambre de hombres y mujeres que se iban congestionando a medida que se acercaban al Foro.

Los ojos del general contemplaron aquella gran explanada de un blanco sobrecogedor. Era nívea como el Olimpo, agitada por el hormigueo de un pueblo que se conducía entre gritos, empujones e insultos. El espectáculo de la inmensidad de los templos, escalando la ladera del Capitolio, era la imagen más extraordinaria que podía recordar, como la de aquellos dos enormes edificios, altos, macizos como montañas, pero bellamente esculpidos entre la piedra y el mármol, y con diferentes niveles de columnas y arcadas. Se trataba de la Basílica Emilia y de la Basílica Julia, donde se reunían el Senado y los tribunales respectivamente.

Lucio agitó las riendas del carro y continuó dejándose guiar detrás de los pretorianos que se abrían paso entre el gentío. El traqueteo silencioso de las ruedas sobre el enlosado de travertino blanco envolvía a Marco en aquel paroxismo que lo imbuía como si se pasease ante los mismísimos dioses, pululando insignificante a los pies de sus columnas de mármol. Así avanzaron con dificultad junto a las hermosas estatuas ecuestres de los emperadores, hasta que una gran columna dorada resplandeció a los pies del templo de Saturno. Era el *Miliarium Aureum*, donde estaban grabadas las distancias a las principales ciudades del imperio, cerca de los grandiosos templos de Juno y Júpiter.

Luego abandonaron el Foro, y los jinetes aceleraron el ritmo hasta girar hacia la izquierda y conducirlos en la dirección del Circo Máximo. Sin embargo, en lugar de detenerse ante él, buscaron los palacios imperiales erigidos enfrente, con sus lujosas construcciones deslumbrando desde la colina del Palatino.

Y fue allí donde el carro se detuvo. Los dos hermanos ascendieron las escalinatas solos, dejando a los legionarios atrás y se condujeron hacia la *Domus Flavia*. En

aquel momento, Vespasiano ya había ordenado levantar un nuevo palacio en lo alto del Palatino, pero mientras lo construían, no había acabado de decidirse dónde realizar sus recepciones oficiales: bien en la parte de la *Domus Aurea* que había sobrevivido al incendio del año 64, o bien en la *Domus Flavia*.

Sin embargo, durante aquellos primeros meses de su gobierno había optado por esta última.

—¡Querido amigo! —Les salió al paso un hombre vestido simplemente con una bella túnica—. ¿Qué te trae por palacio?

—¡Querido Marco! —exclamó Lucio—. No esperaba verte.

Los dos se saludaron llevándose su brazo al pecho.

—Ha sido casualidad. Solo estaba paseando.

—Es el general Marco Grato —le dijo señalando a su hermano—. ¿Lo recuerdas?

—¡Por supuesto, Lucio! Además, todos estamos al tanto de lo que le ha sucedido al general. Estamos muy sorprendidos.

Luego se acercó para estrecharle la mano a él también.

—Ojalá te recuperes pronto, por el bien y el honor de Roma que estima a sus generales más valientes.

—Muchas gracias —respondió Marco.

—El mismo emperador me ha hablado de tu valor recientemente. Seguro que pronto las cosas volverán a ser como antes. Los dioses estarán contigo.

Lucio se volvió hacia su hermano y le dijo:

—Este es Marco Arrecino Clemente, el prefecto principal de la Guardia Pretoriana. Actualmente, toda la seguridad del emperador está en sus manos. Aunque tú no lo recuerdes, os conocéis.

El prefecto asintió con orgullo y dibujó una sonrisa de satisfacción. Todos sabían lo que significaba ser pretoriano. No solo era dirigir a las cohortes del emperador, sino el poder que ello conllevaba, incluso para desgraciar a sus mandatarios si era menester. Calígula había sido depuesto y asesinado por los pretorianos, Nerón se había dirigido ante ellos para su nombramiento y, solo unos meses antes del ascenso de Vespasiano, también Galba había sido reconocido como emperador por ellos y, más tarde, rápidamente abandonado porque habrían de seguir a Otón.

—¿A quién buscas, Lucio?

—Tenemos una audiencia con el emperador.

—¿Lo sabe Partenio?

—Sí, desde luego. Fue él mismo quien organizó la reunión.

—De acuerdo. No te preocupes, yo mismo te conduciré ante el emperador. Imagino que te estará esperando, y Partenio con él.

Los tres penetraron en el edificio y se adentraron en un inmenso peristilo marmóreo, rodeando una fuente en forma de laberinto octogonal. Hacia el norte, se abrían dos amplias estancias: el *auditorium* y el *Aula Regia*. Sin embargo, el general Marco Grato nunca llegaría a conocer las tres naves de aquel auditorio, divididas por

columnas corintias con amplios ventanales que permitían disfrutar de las dos fuentes ovaladas que manaban en estancias contiguas. El prefecto principal los condujo directamente hacia el *Aula Regia*, donde el emperador se suponía que departía algunos asuntos con su consejero Partenio.

—Esperad un momento —les dijo Marco Arrecino Clemente—. Voy a confirmar la audiencia.

Los dos hermanos permanecieron a la espera y Marco observó los rostros imperturbables de los cuatro pretorianos que vigilaban la puerta de acceso.

Lucio lo miraba con desconfianza y el general era consciente de ello.

—Mira, hermano —le dijo el pretoriano al fin—, yo no sé lo que está sucediendo aquí, pero el honor de nuestro padre está en juego. ¿Lo entiendes?

Marco Grato nuevamente asintió sin hablar.

—Debes tener mucho cuidado con lo que le dices a Vespasiano. No solo tú arriesgas mucho.

Marco miró a su alrededor y Lucio creyó intuir que titubeaba. Ya no parecía tan seguro como antes, incluso pestañeaba algo nervioso. Era evidente que podía comprender la trascendencia de aquel momento.

—Poco le puedo decir, Lucio. Sabes que no lo recuerdo —le contestó sin convicción.

Y su hermano sospechó por primera vez que le mentía.

Idalin le contó que fue antes de que partiese hacia Siria, cuando todavía no imaginaba que acabaría luchando contra los judíos. La anciana no entendía muy bien por qué se había atrevido a soltar la lengua, aunque no lo dijese todo. Había velado algunas verdades que todavía no se atrevía a confesarle, como que su padre, Valerio Grato, jamás hubiese permitido aquel ensañamiento con uno de sus esclavos. Pero al *dominus* se lo habían llevado los dioses prematuramente algún tiempo después de la boda de Marco, tras un ataque al corazón sorpresivo y afilado como un puñal. Todo había sucedido un par de años antes, cuando su hijo Marco había regresado de su destino en Dalmacia, donde había pasado el último verano junto a su esposa. Aquel muchacho hosco y reservado había vuelto para organizar sus asuntos antes de conocer su nombramiento, antes de que imaginase que estaba a punto de embarcarse hacia el oriente.

Marco siempre había tenido un carácter enérgico, pero aquel día la liberta constató toda su acentuada crueldad, y comprendió que aquel muchacho a quien ella había criado se había convertido en un legionario sin escrúpulos. Nadie podría haber imaginado en la villa aquello, y muchos menos su padre, Valerio Grato, quien se habría removido bajo tierra junto a su monumento en el jardín. Pero aquel día Idalin supo todo el poder que podían llegar a tener los lémures, y cómo aquellos espíritus malignos alargaban sus tentáculos entre los vivos.

Pero aquello tampoco se lo contó al *dominus* entonces.

Durante aquellos meses sin destino, Marco Grato se encargó de todos los asuntos de su padre y de la villa, y dio muestras de severidad hacia todos sus esclavos, pero ninguna como la infringida a Abel, el padre de la esclava Atia, a quien vio morir guardando algún secreto que la joven nunca llegó a entender. Pero Idalin sí.

Aquella mañana, el *dominus* había estado merodeando por el pequeño cobertizo junto al establo donde Abel dormía con cuatro esclavos más: Esdras, Helvio, Antio y el pequeño Mevio que había sido comprado con apenas diez años. Idalin no estaba segura de por qué el amo se había sumergido en aquel mundo de esclavos, pero la liberta siempre sospechó que un lémur le rondaba, susurrándole al oído y guiándolo por donde Marco no debía estar, por aquel escondrijo de pobres, entre utensilios, arneses, canastas y ropas de obrero.

Allí mismo, entre cañizos, carbón y bellotas para los cerdos, donde los hombres se apretaban por las noches, Marco Grato encontró un botín escondido entre ropajes, y aquel hallazgo le encendió la sangre como nunca jamás había visto la vieja germana. Se trataba de dos brazaletes de oro, con dos cabezas de serpiente enfrentadas con los ojos esmeralda, pendientes en forma triangular con perlas en los extremos y un collar de oro con la imagen de la diosa Isis. Ella no lo vio, pero casi

podía imaginar cómo sus ojos se hincharon de odio y el fuego de la ira atizó sus piernas. El amo corrió hacia el huerto, donde Abel se arrodillaba junto al pequeño Mevio para podar la pequeña extensión de viñedos que tenía aquella villa, y se detuvo frente a ellos. Nada más verlo, el padre de Atia comprendió que en sus ojos había tempestad y, de un salto, se puso de pie temiendo su presencia.

—¿Qué es esto, esclavo?

Marco extendió las joyas en la palma de su mano derecha y Abel palideció entre temblores, y supo que estaba perdido. Sin embargo, negó mudo.

Pero Marco lo fulminó con la mirada.

—¿Dónde está? —le preguntó lentamente, masticando su rencor—. Dime dónde está.

Abel se arrodilló ante él y continuó negando, cada vez más rápidamente, suplicando con las manos juntas, implorando lo imposible. Pero Marco lo cogió de su túnica y lo levantó como si arrancara una mala hierba. Luego lo sujetó del brazo y lo sacudió.

—¿Dónde está ella? —le repitió, mostrándole los dientes—. ¿Dónde está Domitia, maldito?

Pero Abel negó con la cabeza una vez más, como si intentase espantar alguna maldición. Estaba mudo y temblando.

—¿Quieres enfurecerme más, imbécil? —le dijo, soltando los aderezos en tierra para asestarle un puñetazo en toda su sien, como si se tratase de uno de aquellos pesados arietes con los que habría de derrumbar los pesados muros de Jerusalén años después.

—No lo sé, señor —respondió—. Ni siquiera sé de quién son.

—¡No te creo! ¡No te creo!

Y lo empujó al suelo dándole patadas hasta cansarse, porque el recuerdo de aquella mujer lo enfurecía cada vez más.

El pequeño Mevio lo miraba todo boquiabierto, con sus pequeñas manos negras y sus ojos irritados de miedo.

—Más te vale que me digas la verdad, ¿entiendes? Si no, yo te la arrancaré antes de que llegues al Hades.

Pero Abel no fue capaz de decir nada más, y el *dominus* lo arrastró enajenado hacia fuera, a unos metros de la entrada a la villa y ordenó a Esdras, a Helvio y a Antio que clavarán un poste en medio del camino, entre los olmos. Allí lo desnudaron completamente y lo ataron con las manos hacia atrás, con la cuerda bien presionada, hasta apenas dejarlo respirar. El esclavo gritaba con rabia y movía las piernas como un insecto, hasta que se las sujetaron también y quedó completamente inmóvil, solo ladeando su cabeza.

La *domina* llegó junto Idalin y las otras esclavas antes de que comenzaran a torturarlo. Al ver aquella escena, la pequeña Atia intentó correr hacia su padre, pero Velina la capturó entre sus brazos y se la llevó al interior de la villa tapándole la boca

para que sus gritos no despertasen también el interés de su amo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Annia.

Marco le extendió un saco con los brazaletes, los pendientes y el collar, y antes de que su esposa pudiese identificarlos, se lo dijo:

—Eran de ella. Él debe saber dónde está.

Annia Publia miró al esclavo con repudio. La *domina* sabía perfectamente quién era *ella*. La maldijo en silencio y observó aquel rostro hinchado, con contusiones rojizas y un hilillo de sangre que babeaba con sus labios tumefactos. Abel no dijo nada, pero en su expresión desesperada brilló la esperanza de que la *domina* lo salvara. Pero ella rápidamente le negó la mirada.

—¿Qué piensas hacerle?

—Voy a torturarlo hasta que me diga lo que sabe —le dijo, clavando sus afilados ojos en los de Annia.

Ella le sostuvo la mirada durante un momento. Había un odio irrefrenable, un deseo de venganza que Marco no podía contener, y la *domina* supo rápidamente que Abel tendría que sufrir. Había sido un esclavo fiel y disciplinado, pero no podía hacer nada por él.

—Está bien. Pero déjame hablar con él primero. Quizás yo pueda arrancarle la verdad antes de que lo mates.

Marco la miró dubitativo, pero prefirió no discutir con su esposa. El odio crepitaba en su sangre como aceite hirviendo, y se alejó en busca de la daga que sostenía el esclavo Esdras a más de diez pasos. Pero nada más recibirla en sus manos oyó el salivazo que el esclavo le soltó a su esposa.

Annia, que apenas había llegado a decirle unas pocas palabras, cuando sintió su flema en la cara, se apartó rápidamente de él y se dirigió a su esposo limpiándose aquel espumarajo con la *palla* que cubría su cabeza.

—Así es como me paga todo lo que he hecho por él —se lamentó—. Tienes razón. Algo sabe. Haz lo que tengas que hacer.

Entonces Marco Grato avanzó hacia él sin control, dispuesto a todo para saber la verdad.

Idalin le contó que Abel lloró a gritos mientras la daga le arrancaba las orejas ante la mirada obligada del resto de los esclavos. Se las fue mutilando lentamente, prolongando el dolor y procurando que los nervios desatasen su lengua. Pero Abel no dijo nada. Solo gritó y gritó, cada vez más desgarradoramente, a medida que aquel legionario le suministraba un dolor cada vez más profundo. Primero lacerando sus extremidades, hundiendo la daga hasta que se lo impedía el hueso, repitiéndole el nombre de Domitia una y otra vez, y después amputando algunos de los dedos de sus manos con una pinza.

Pero él callaba obstinadamente, hasta que el *dominus* le mostró aquel puñal ensangrentado ante sus ojos y luego lo fue dejando caer surcando su piel, hasta detenerse en su escroto.

—Si me dices qué le has hecho, te prometo que ahora mismo cesa tu sufrimiento, infeliz —le dijo Marco bien cerca de su rostro, aproximando sus labios a aquellos orificios ensangrentados por donde todavía continuaba oyendo.

Abel apretó los dientes con fuerza y, mareado por la desesperación, lo intentó.

—No sabía que eran de la joven Domitia, mi amo. Los encontré cerca de la calzada que conduce a la ciudad. Los guardé para poderlos vender algún día. Solo fue eso, solo eso.

Marco esbozó una sonrisa sardónica y su crueldad comenzó a azuzarlo nuevamente.

—¿Crees que soy imbécil? —le gritó—. Dime, ¿crees que soy imbécil?

Abel negó con la cabeza al tiempo que sentía cómo le arrancaba los testículos con el puñal, y un líquido tibio se vaciaba por sus piernas. Entonces la espada del suplicio lo atravesó de arriba a abajo.

Y un alarido atravesó la campiña.

—¡Por Júpiter! ¡Qué alegría volver a verte, Marco!

Tito Flavio Vespasiano avanzó hacia el general con pasos rápidos, descendiendo de su estrado casi a zancadas, dejando atrás el ábside de la cabecera donde se situaba el trono. Era un hombre de mediana estatura, corpulento y de acentuada calvicie.

—¡Dame un abrazo, hombre! Eres al primer oficial que puedo saludar desde la caída de Jerusalén.

El general Grato abrazó al emperador contenidamente, pero lo hizo callado, ante la atenta mirada de su hermano.

—¡Qué cambiado estás, Marco! —le dijo mientras se alejaba de él y lo sostenía con las dos manos de los hombros, repasándolo con la mirada de arriba abajo—. ¡Con qué rapidez has perdido tu estado de forma! ¡No debí dejarte solo!

El emperador soltó una carcajada que Lucio fingió acompañar generosamente, pero que Marco solo pudo corresponder con una tímida mueca, como si no reconociese el buen sentido del humor de Vespasiano.

—Veo que tu seriedad no la has perdido. ¡Siempre tan lúgubre, Marco!

—Debéis disculparme, señor. Es que están siendo unos días muy difíciles para mí.

—¿Qué es eso de tratarme con esa lejanía, Marco? Dirígete a mí con respeto, pero con la misma cercanía de antaño. No necesitas reverenciarme, al menos tú. Háblame como lo has hecho siempre.

—Lo intentaré.

El general Grato estaba pasmado por el encanto de aquella estancia embellecida por ocho nichos, tres a cada lado y dos enfrentados al trono, enmarcando la entrada. En cada una de aquellas oquedades, reinaban dioses de basalto. Llevaba un largo rato comprendiendo que se encontraba en el centro del mundo y en su mente chispeaba un temor que había enardecido su hermano. Entonces algunos recuerdos inconexos resplandecieron en su memoria, pero una vez más procuró callarlos.

—Sentémonos —dijo el emperador, que señaló un triclinio unos escalones más abajo del trono.

Los tres se acomodaron, cada uno en una de las partes, permitiendo al emperador que los presidiera. El rostro de Vespasiano dibujaba un gesto de esfuerzo que Marco quizás no reconocía, pero que era natural en él. Su nariz grande y afilada se conjugaba perfectamente con su mandíbula acentuada, aportando a su expresión un tono hosco que escondía su buen trato y proximidad.

—¡No creáis que este imperio no pesa, hermanos Grato!

Lucio se revolvió en la parte de su lecho, algo desconcertado.

—¿Quién puede pensar algo así? —dijo el pretoriano.

—Alguien que no conozca la situación de Roma. Desde la frontera del Danubio,

los dacios no nos dejan de incordiar. Pero también lo hacen los germanos y los partos, mientras la revuelta báltava persiste en la Galia. Y, además, para colmo, el pueblo protesta por la subida de impuestos. Pero hay que conocer el estado de las cuentas para juzgar mis acciones.

Los dos hermanos ratificaron con la cabeza, como hubiesen hecho ante cualquier otra cosa que hubiese dicho el emperador.

—Pero no te he traído para hablar de Roma, Marco. Tu hermano me ha puesto completamente al tanto de tu regreso. Fue por eso que quería verte. Aunque no lo recuerdes, tu padre y yo fuimos grandes amigos, y por otra parte, tú fuiste uno de los generales más sagaces durante la guerra de Judea. Roma te debe mucho, y yo también.

Marco asintió complacido, pero nuevamente fue incapaz de decir nada.

—Tu pérdida de memoria es absolutamente increíble, Marco. En el *Castra Praetoria* nadie recuerda un caso igual al tuyo, pero todos confiamos en que puedas recuperarla aquí, en Roma, y así poder recordar toda la gloria que te mereces por haber sido uno de los generales que, junto a mi hijo, doblegaron a Jerusalén.

—Sinceramente, así lo espero yo también —se pronunció por primera vez el general Grato.

—¿En verdad no recuerdas nada del asedio?

Marco Grato volvió a callar y, antes de responder, dirigió una rápida mirada hacia Lucio, quien lo contemplaba con manifiesta desconfianza.

—No, no lo recuerdo.

—Pues tiene que haber sido impresionante, Marco, y fue gracias a nuestro trabajo, ¿sabes? Jerusalén solo podía caer después de haber controlado la región como lo hicimos nosotros antes.

—Es cierto —afirmó Lucio, intentando complacerlo.

—Aquella guerra debería haberla acabado yo, Marco. ¡Bien lo sabe Marte! Pero Roma era un caos como no te puedes imaginar, y si no llegamos a vencer a Vitelio, la ciudad y el imperio se hubiesen sumido en una terrible guerra civil.

El emperador jugaba con las manos al hablar y acompañaba cada una de sus afirmaciones con el movimiento rotundo de los gestos que construía con ellas. A Marco le parecía que se expresaba con sinceridad y decisión.

—Gracias al gran Tito Flavio Vespasiano, Roma ha sobrevivido al caos y a la barbarie —volvió a intervenir el oficial pretoriano—. Aulo Vitelio Germánico no solo iba a prolongar la anarquía de Galba y Otón, sino que habría acabado desangrando Roma.

Vespasiano asintió y en un momento se asomaron a su recuerdo aquellos últimos meses de desconcierto. ¿Cómo no dirigirse a Roma cuando las mismas legiones de Oriente lo ensalzaban como emperador? ¿Cómo podía quedarse para beber de la gloria que había bebido su hijo en una situación así? ¡Claro que le hubiese gustado ser él quien derribase los muros! ¡Por supuesto! ¿Quién lo dudaba? Pero Roma no era

únicamente una oportunidad para su futuro, sino una obligación moral con su pueblo y con todos los dioses. ¿Quién podía concebir tres emperadores en menos de un año? El último, Aulo Vitelio, había sido nombrado emperador por las legiones de la Germania Inferior, aquellas que se negaron a reconocer al emperador Servio Sulpicio Galba, asesinado por los partidarios de Marco Salvio Otón. Vespasiano sabía muy bien que había sido en ese momento cuando Vitelio entró en negociaciones con el nuevo emperador *de facto*, para evitar un enfrentamiento entre ambos. Sin embargo, la excesiva ansia de poder de Vitelio impidió cualquier acuerdo, y con el apoyo de la Galia, Hispania, la Retia y Britania, las legiones de Aulo Vitelio marcharon al encuentro de Otón y lo derrotaron. Fue entonces cuando este acabó suicidándose, como meses antes había hecho Nerón, en junio del 68. Y fue en ese momento cuando las legiones de Oriente se sublevaron y lo proclamaron emperador. Así, sin las reservas de trigo de Egipto, las tropas de Vitelio fueron exterminadas en Cremona por el ejército del Danubio, y Aulo Vitelio Germánico fue conducido a Roma para ser decapitado y su cuerpo arrojado al Tíber.

Eran absurdas aquellas sombras en su memoria, pero a Tito Flavio Vespasiano le hubiese gustado acabar su guerra y, por qué no reconocerlo, envidiaba a su hijo Tito, aun siendo el emperador. Pero no había tenido otra opción, ni siquiera se la había planteado. En aquel momento, hacía apenas unos meses, su honra solo tenía un camino: Roma. El Senado lo había enaltecido en el invierno del año 70 y él se había embarcado desde Egipto para tomar el control del imperio. En aquel momento ya sabía cuál sería el destino de Jerusalén, tal como le había transmitido a su sucesor. La ciudad debía caer antes del verano.

—¡Me hubiese gustado estar allí, Marco! —exclamó el emperador—. Pero no pudo ser. Y tú, que sí estuviste, no puedes recordarlo. ¡Parece una burla del destino!

El emperador Vespasiano sonrió contenidamente, sin pretender contagiar a los dos hermanos Grato, sino fruto de aquella ironía que se presentaba ante él. Entonces Lucio expandió sus labios ampliamente, intentando acompañar aquella tibia risa del emperador, pero Marco mantuvo su semblante imperturbable, como si no acabase de entender sus bromas.

—En fin, es una simpleza. Ya lo sé, Marco.

—¡Oh, no! De ninguna manera, general —comentó, intentando evitar algún malentendido—. Realmente es muy doloroso que no pueda recordar algo por lo que luché con tanto esfuerzo.

—Sí lo es, Marco. Sé que habrás ayudado a mi hijo Tito como siempre lo has hecho conmigo. Estoy convencido, como cuando tomamos Jericó...

Y al decir el nombre de aquella ciudad se interrumpió, como si su lengua hubiese sido mordida por la duda. De pronto, el emperador se lo quedó mirando fijamente, como si hubiese descubierto a Marco Grato por primera vez, como si él también hubiese constatado el misterio que entrañaba su regreso.

—¡Por Júpiter! —exclamó el emperador—. ¡No puedo creerlo! Ya no tienes la

cicatriz de Jericó.

Marco entrecerró los ojos y lo miró expectante, pero en su interior comenzó a nacer un recuerdo que desvaneció su atención. Fue algo sorprendente, como si hubiese sido cegado por un fogonazo. Entonces el pasado se le inflamó como nunca y los muros de la ciudad se iluminaron en su memoria como si emergiesen de un caos, invictos, rodeando a una población sembrada de alheñas y sicomoros, entre barriadas de callejuelas estrechas, pero llenas de rosas, como las que crecían en el valle del Jordán. Y en aquel momento pudo reconocer con nitidez aquel vergel a las puertas del desierto.

—Marco, ¿qué te sucede? ¿Estás bien?

La voz del emperador evaporó su pasado como las siluetas de las nubes son disueltas por el viento.

—¿Acaso recuerdas Jericó?

El general Marco Grato sacudió negativamente la cabeza antes de que sus labios pudiesen pronunciarse. Sentía una inefable luz en su espíritu, como si una voz que no le perteneciera lo fuese horadando en secreto, hormigueando lentamente.

—No, no recuerdo nada —dijo al fin.

Pero Tito Flavio Vespasiano sí que recordaba todo lo que había acontecido en aquella ciudad. Habían llegado allí hacía tres años, casi en el verano del año 68. El objetivo era sitiar a la capital judía, por eso sus legiones pacificaron Perea y luego las últimas ciudades de Samaria y Judea, donde algunas poblaciones como Antipatris, Lidia, Yamnia, Emaús o Siquem continuaban rebeldes. Fue entonces cuando se dirigieron hacia Jericó, uno de los enclaves más indómitos que persistían armados. Sin embargo, ante el avance de los legionarios, sus habitantes huyeron y Vespasiano solo tuvo que tomar una ciudad desierta.

—No hubo batalla más fácil, Marco. Cuando llegamos a Jericó no resistían más que los perros y algunos ancianos. La mayoría huyó antes de que llegásemos. Por eso desfilamos por una ciudad desangelada y llena de ecos. No hubo que luchar, no hubo que derramar sangre... Excepto la tuya.

El general Grato agrandó sus ojos inquieto y expectante, mientras el emperador forzaba aquella pausa para observar sus reacciones.

—No lo recuerdo —admitió al cabo de un instante—. ¿Qué me sucedió?

—Un loco, un viejo demente agazapado en una azotea apuntó hacia nosotros con una ballesta. Todos habíamos bajado la guardia y los escudos porque ya sabíamos que habían huido, pero fue entonces cuando oímos aquel zumbido silbando muy muy cerca, justo en el momento en que aquella saeta rozaba tu pómulo y te abría una brecha que comenzó a sangrar como si te hubiese atravesado el rostro. Pero no lo hizo. Una vez más los dioses demostraron que estaban contigo, porque aquel dardo fue directamente a morir entre los guijarros del suelo. Todos comprendimos que no había sido nada cuando bajaste del caballo, pero tú corriste hacia donde creías que estaba tu enemigo. Y lo encontraste. Aquel anciano casi no opuso resistencia cuando

lo atravesaste con tu *gladium*.

Lucio no sabía cómo ponerse. La tensión comenzó a presionar sus sienes mientras inspeccionaba los pómulos ligeramente enrojecidos de su hermano, pero ajenos a cualquier cicatriz visible. Aquello lo desconcertó y, sin pretenderlo, pensó en Annia.

—¡No te queda ni un rastro de ella, Marco! —exclamó el emperador—. ¿Cómo es posible que haya cicatrizado tan rápido?

Asombrado, el general Grato repasó sus mejillas con sus dedos y luego los pómulos.

—Era en la derecha. Pero no te esfuerces, no tienes nada. ¡Es admirable!

En la mirada del emperador comenzó a regarse el mismo estupor que permeaba en todos los que se acercaban a él.

—Yo la vi con mis ojos, Marco, y cuando en el invierno del año pasado nos despedimos todavía eran visibles los tres puntos con los que te cosió el médico en la mismísima Jericó.

Marco intentó dominarse, pero el brillo de la duda también parecía relumbrar en los ojos del emperador, igual que le había sucedido a su hermano.

—Por algún motivo mis heridas cicatrizan con rapidez —le dijo al fin.

Lucio miró severamente a Marco, pero este no pudo constatarlo. Parecía atrapado en aquel dilema que no podía desentrañar.

—Es algo que le sucede desde muy niño —intervino, intentando ayudarlo.

El general se volvió hacia su hermano y lo miró agradecido. Pero el emperador no cesó en su curiosidad.

—También es algo muy extraño, ¿no crees?

Y Marco se limitó a asentir.

—¡Quién tuviera tu suerte! —le dijo sonriendo—. Algunas mujeres matarían por ella.

El general Grato dibujó una mueca complaciente y volvió a asentir.

—Imagino que no habrás tenido tanta fortuna con las heridas de la emboscada en el desierto —agregó con naturalidad—. De hecho, no dejo de preguntarme cómo lograste sobrevivir aquel día. Me informaron que todo fue una carnicería.

El silencio llenó la sala y Marco bajó los ojos cavilando.

—Ojalá pudiese recordarlo...

—Tiene que haber sido terrible. ¿Quién sabe? Quizás no fue en Jerusalén donde perdiste la memoria, sino en aquel momento.

—Es posible...

—Solo tus cicatrices te pueden hablar de aquello. Imagino que ya lo habrás pensado.

El general se estrujó sus manos, inquieto, y miró a su hermano. Pero esta vez Lucio bajó los ojos, y lo dejó solo.

—No tengo cicatrices —dijo lacónico—. Por algún motivo no me hirieron.

El rostro del emperador se ensombreció, y el que había sido general de la

duodécima legión percibió su asombro. Entonces, como si las palabras brollaran desde muy dentro, incontenibles, Marco intentó excusarse y se pronunció tan decidido como imprudente.

—Ignoro por qué sobreviví a mis hombres. Solo sé que toda mi vida dedicada a Roma debería ser suficiente para acreditar mi lealtad. Todos mis años junto al emperador en la guerra de Judea tendrían que ser suficientes para comprender que este general tampoco entiende algunas cosas, pero aun así, siempre ha sido leal a Roma.

Vespasiano apoyó su codo sobre el reposabrazos, buscando una postura más cómoda e intentando aparentar distensión. Pero no lo estaba.

—¡Por Júpiter, Marco! ¿Quién te acusa de deslealtad? ¡Nadie ha dicho tal cosa! Simplemente no he podido dejar de admirarme ante la ausencia de tus heridas. Todo lo has dicho tú. Solo tú... Y no entiendo por qué.

Entonces supo que no había sabido dominarse, tal como le había sugerido Lucio, y había acabado hablando más de la cuenta.

—Lo siento, mi señor —se disculpó por primera vez—. Estoy demasiado confuso. Solo es eso.

—Nadie debería dudar de tu lealtad, Marco.

Sin embargo, esta vez su tono fue hosco, muy distante de la cordialidad de momentos antes.

—Ojalá pudiera...

—No te preocupes —lo interrumpió—. Tarde o temprano sabremos la verdad. Sabes perfectamente que a mí no me gusta dejar cabos sueltos. Si tú no recuerdas, acabaremos averiguando qué sucedió allí. Pocas cosas hay que queden sin saberse con el tiempo.

El filo de aquellas palabras desorientó al general y por un momento dudó de que aquello no fuese una amenaza. En aquel instante, Vespasiano dirigió una rápida mirada hacia Lucio. La expresión del pretoriano era pétrea, y un silencio embarazoso sobrevoló sobre los tres.

—Agradezco mucho tu presencia, Marco —dijo precipitadamente y poniéndose en pie—. Pero ahora tengo que resolver algunos asuntos urgentes con mi consejero. Solo quería verte con mis propios ojos, querido amigo.

Los dos hermanos hicieron lo mismo y asintieron con respeto.

—Quiero que en los próximos días me mantengas informado de tus progresos, Marco —le pidió, acercándose para ofrecerle un corto abrazo.

—Así lo haré.

—Lucio, gracias por acompañarlo.

—Cumpló con mi deber —le contestó, juntando los talones y llevando su mano a la coraza.

Luego los dos se volvieron hacia la salida del *Aula Regia*, por donde habían entrado hacía poco tiempo. Lucio sabía que el emperador había acabado la audiencia

mucho antes de lo que pensaba, y que la sombra de una inexplicable sospecha había alertado su prudencia. No porque aquella sutura hubiese cicatrizado más rápidamente de lo esperable, sino porque Marco había mentado una traición que nadie podía imaginar. Al menos hasta entonces. Y la historia de Roma estaba tejida de traiciones, traiciones invisibles para los ojos de un emperador poco precavido, pero no para Vespasiano. No había que confiar solo en los íntimos, y en la Guardia Pretoriana lo sabían muy bien. La mayoría de aquellas felonías peligrosas acababan por desenmascarse por quien menos uno imaginaba, pero cuando ya era demasiado tarde.

—Te advertí que cerraras la boca —le dijo su hermano al salir.

Y esta vez Marco tampoco le contestó. Pero lo supo.

—¿Confesó? —le preguntó Marco.

La anciana negó con la cabeza.

—No confesó. Abel se llevó al Hades la verdad.

—¿Nadie sabe lo que le sucedió a Domitia?

Idalin apoyó sus antebrazos sobre la mesa de la cocina y acercó su boca al candil. Luego sopló con fuerza hasta que la llama expiró rápidamente, como había sucedido con el tiempo, con la vida... Todo era un instante, un largo e inexplicable instante que cesaba así, de pronto, casi sin darse cuenta, cuando la luz de la mañana ya lo llenaba todo. Todo era lento y efímero a la vez, y ella cada día lo comprendía un poco mejor.

—Nadie, señor —le dijo mirándolo fijamente, como si supiese que aquel hombre sabía mucho más de lo que decía. Como si sospechase que le estaba mintiendo en silencio—. Dicen que fue cosa de su esclavo... Pero tampoco lo encontraron a él.

Marco se quedó rumiando callado, como le sucedía cuando quería hilvanar los delgados hilos de su memoria.

—Pero Domitia está muerta. Tú lo sabes —le dijo él sorprendentemente a la liberta.

La anciana se quedó petrificada y nuevamente un escalofrío recorrió todo su cuerpo. El *dominus*, a la luz del día, era menos sobrecogedor, pero sentía cada vez con más fuerza que aquel hombre era un intruso, alguien desconocido para ella, del que no estaba tan segura que dijera toda la verdad.

—¿Qué queréis decir, amo?

—Que esa mujer... Que Domitia está muerta, y que Abel no podía devolverle la vida.

Idalin sintió el frío de su piel atravesando su cuerpo. Casi rozaba la certeza de un miedo sobrenatural. Todo parecía verdadero, todo parecía humano. Pero no lo era.

No lo era, y ni se atrevió a pestañear frente a él.

—¿Acaso recordáis algo? —le preguntó lenta y temerosamente—. ¿Acaso podéis recordar algunas cosas?

Pero Marco entrecerró los ojos, dejando caer toda su vida con ellos, hasta abrirlos enérgicos de golpe. Idalin vislumbró una oscuridad extraña en ellos.

—No, mujer. No lo recuerdo. No sé por qué me lo preguntas tantas veces. Pero es evidente que está muerta. No lo recuerdo, pero con lo que me has contado, lo sé. ¿Cuántos años lleva desaparecida?

—Seis años.

—Ninguna patricia puede desaparecer tanto tiempo, y sin sus joyas, Idalin. ¡Es evidente! Aquel hombre debía saber algo.

Idalin tragó saliva, hizo una pausa y luego agregó:

—Parece evidente, señor. Así lo creísteis vos.

—Cualquiera lo hubiese entendido así. Imagino que tú también.

—Lo que opinase una esclava poco importaba, amo.

El recelo era como un gusanillo que iba recorriendo todo su cuerpo, sin certezas, pero cada vez más convencida de que nada era lo que parecía.

—Dime cómo lo maté. Cuéntamelo —insistió.

Idalin sabía que se hacía tarde. Estarían comenzando la *hora tertia* y era momento de preparar el *ientaculum*. A la *domina* no le gustaría su retraso, ella querría su fruta, su queso, sus huevos, algo de miel, tortas y, por qué no, un poco de vino. Pero, al fin y al cabo, si todo se retrasaba no sería por ella, sería por... él. ¿Acaso no era el *dominus*? ¿Acaso no era también para él aquella primera comida del día? No debía temer su cólera, no debía temerle... De todos modos, ansiaba que regresaran las atemorizadas esclavas o que la mismísima *domina* irrumpiera allí aquella mañana.

—No sé cómo habéis podido olvidarlo... Quizás hayáis visto demasiadas muertes en la guerra de Judea, pero para nosotros fue espantoso.

Idalin hizo una pausa esperando que Marco comentase algo, pero no fue así. Él se la quedó mirando expectante.

—¿Cómo lo hice? —Acabó por insistir imperativamente—. Dímelo, por favor.

—Como se entretienen en el circo con algunos maleantes, amo. Pero frente a nosotros. —Se le escapó del corazón.

La anciana le contó que cuando Abel ya deliraba de dolor, castrado, mutilado y desangrándose, ni siquiera en aquel momento fue capaz de explicar nada sobre Domitia. Entonces el *dominus* se hartó y envió a Antio en busca de grasa de cerdo y una antorcha. Al esclavo le tembló la expresión, pero bajó la cabeza y caminó hacia la hacienda atravesando el portón. Esdras, Helvio, Idalin y el pequeño Mevio contemplaban la tortura cabizbajos, junto a un puñado de curiosos que murmuraban en silencio. Marco Grato había obligado a los esclavos a permanecer allí, obedientes, conscientes de lo que significaba la traición. Mevio no podía contener el llanto y el *dominus* lo abofeteó.

—¡Nunca olvides quién manda en esta villa! ¿Lo entiendes?

El niño asintió hipando.

—¡Y ahora cállate! —le rugió—. O morirás tú también.

Los lamentos de Abel ya parecían un sollozo apagado, contenido, un susurro penoso. Pero fue entonces cuando Marco se dio cuenta de que Atia y Velina no estaban allí y, con toda la ofuscación que nublaba sus intenciones, envió al joven esclavo en busca de sus compañeras. Fue en aquel momento cuando Idalin sospechó que todo podía ser mucho peor y que la vida de aquella muchacha también parecía amarrada al poste donde sufría su padre.

El primero en llegar fue Antio. Venía cargado con un cubo de madera y una antorcha ya encendida. Idalin pensó que aquel desgraciado dudaría si encenderla, pero imaginaría que, de llevarla apagada, la ira del *dominus* lo aplastaría a él también. A fin de cuentas, Abel parecía sentenciado.

—Úntalo —le ordenó al esclavo mientras le sostenía la antorcha.

Antio se arrimó obediente al poste y con un paño sucio repasó el cuerpo del reo con una grasa espesa y blanca, intentando no dejar ninguna de sus partes limpias.

Abel gritaba desgarradoramente, como un puerco agonizando en su inmolación, y la comitiva observaba incrédula lo que estaban presenciando. Sin embargo, nadie se atrevió a decir nada, y mucho menos los esclavos, que apretaban los ojos como si quisiesen borrar de su memoria lo que iba a suceder.

Todos sabían que aquel crimen era inevitable, y que ya ni los dioses podrían salvarlo.

—¿Qué haces, Marco? —le gritó su esposa.

Atia acababa de llegar a la entrada de la villa junto a Velina, entre alaridos de rabia y desconcierto. Velina e Idalin intentaban contenerla, pero la muchacha gritaba enrojecida, y cuando el *dominus* la arrastró del brazo hacia el escenario de aquella ejecución, ellas no pudieron hacer ya nada. Solo la *domina*, que acababa de aparecer para presenciar aquella venganza, podría detenerlo.

—¿Qué haces? —Annia Publia insistió enérgica—. Dímelo.

Pero Marco no le contestó y situó a la muchachita frente al padre atormentado.

Abel babeaba sangre, la niña llanto y horror.

—Como no me digas qué sabes de Domitia, tu hija será ejecutada junto a ti, ¿me entiendes?

El esclavo ladeó la cabeza y replicó una y otra vez que no, algo exhausto, con su voz desgastada de sufrimiento, pero todavía rugiendo su rabia.

—Has perdido la cabeza, Marco Grato —le gritó la *domina*, tironeando del otro brazo de la muchacha—. Juro por todos los dioses que si matas a esta esclava, tendrás que hacerlo conmigo también.

El *dominus* la miró desconcertado, chispeando odio por sus pupilas, masticando las palabras adecuadas para no enfrentarse a su joven esposa delante de todos sus siervos y algunos curiosos que se habían arracimado allí.

—¡La muchacha no tiene culpa de lo que haya hecho este imbécil! Y si me hubieses preguntado, te hubiese dicho que creo que Abel tampoco.

—¿Qué estás diciendo, Annia?

—¡Lo que oyes, Marco! —gritó enardecida y vehemente—. ¡Ya sabes que nunca olvidaré aquel día! Domitia estuvo aquí, ¡eso ya lo sabías! ¡Pero se fue con su esclavo! ¡Se fue igual que vino, y Abel estuvo con nosotros en todo momento! No sé de dónde obtuvo esas joyas, pero muy probablemente sea verdad lo que dice.

—¡No sé cómo no te das cuenta, Annia!

—¿De qué?

—De que es imposible que no sepa nada más. ¡Es imposible! Es ridículo. Nadie puede creer que las encontró escondidas junto a una calzada.

Annia se mordisqueó los labios y pareció odiarlo por un instante. Luego le dijo:

—Es evidente que Domitia te continúa enloqueciendo aún después de... —Pero la *domina* se contuvo y se interrumpió abruptamente.

Marco le devolvió la mirada furioso, sospechando la humillación que aquello significaba para él delante de esclavos y vecinos.

—¡No te permito que me hables así o...! —Ahora fue él el que se interrumpió.

Esta vez la mujer calló, como si no estuviese dispuesta a dar un paso más y

traspasar el umbral de la prudencia.

—Quiero a esta esclava, Marco —dijo con voz calmada y decidida—. Lo siento. No puedo permitir que la mates. El destino del esclavo está en tus manos, pero el de ella no.

Y al decirlo, buscó la mirada ida del reo, como si así intentase transmitirle algo. Luego tironeó de la muchacha y comenzó a andar hacia la casa con ella, sin dar posibilidades de réplica a un *dominus* que entonces parecía dudar.

—Deja vivir a ese hombre, Marco —le gritó mientras se alejaba con Atia—, no creo que le arranques nada más. ¡Ese hombre no sabe nada!

—Puedes salvar la vida de tu esclava, Annia, pero no puedes convencerme de que este miserable no sepa nada más —le respondió furioso.

—Haz lo que quieras. —Casi se oyó un eco alejándose.

—Conseguiré que me lo diga —sentenció él.

Abel solo gemía. Aquel episodio había encendido un pequeño pábilo de esperanza en su interior. Pero cuando Marco Grato se volvió hacia su esclavo, su afilada mirada sentenció su destino.

—Dame esa antorcha, Antio —le exigió estirando el brazo y sin mirarlo.

Y el esclavo obedeció.

El *dominus* se dirigió a Abel por última vez:

—Sabes que lo haré. Sabes que será una muerte dolorosa y terrible. Te doy una última oportunidad. Solo una más. Dime lo que sabes de Domitia, o no lo dudaré —le dijo agitando la tea ardiendo casi transparente a plena luz del día.

Pero él, por última vez, entre el llanto y la sangre que le resbalaba por la cara, una vez más le dijo que no lo sabía, que no lo sabía, agitando la cabeza de un lado a otro, febril y temeroso.

Entonces Marco Grato no medió más palabras y, mientras el esclavo Abel arrancaba de sus entrañas su último alarido, acercó la antorcha a sus pies y el hombre se encendió como una hoguera, hasta que las llamas lo envolvieron como una túnica dorada, con una espiga negra ahogándose entre gritos que se fueron consumiendo con el crepitar de la carne.

Una hora después, el cuerpo de Abel quedó tendido junto al poste, humeante y carbonizado, consumido como un muñeco de trapo retorcido, con el rictus de la muerte asomándose en su calavera, pero antes de que las cuerdas dejaran de sostenerlo, Marco corrió al interior de la villa, furibundo, desquiciado por no haber podido saber nada más, y sus pasos lo condujeron a la cocina, a aquel ambiente de esclavos donde cuatro años después Idalin le narraría lo que había hecho, porque el *dominus* parecía haberlo olvidado todo, porque el *dominus* parecía un intruso en su propia hacienda y en su propia vida.

—Fue entonces cuando lo hice, ¿verdad?

Esta vez Idalin no se atrevió a preguntarle si lo recordaba. Se limitó a asentir.

—Así es. Ella estaba sola, hecha un ovillo en ese rincón. —Y señaló la despensa

—. Lloraba desconsoladamente. Yo la vi, porque os seguí y vi cómo la levantabais, cómo la zarandeabais y le gritabais que no se olvidara de aquello, que no se olvidara, se lo dijisteis gritando. Enloquecida, Atia intentó zafarse de vos, escurrirse de vuestras manos fuertes, imagino que para no gritaros a la cara que erais...

Se interrumpió, lo miró e intentó medir sus palabras. Pero no supo hacerlo.

—Continúa —dijo él—. No te preocupes. Dime toda la verdad.

—Atia temía hablar. Os temía. Por eso intentó escapar, señor. Pero vos sacasteis la daga y, con un movimiento rápido y ágil, rozasteis con su acero la mejilla. Fue suficiente para que comenzase a sangrar y para que ella no olvidase quién era el que mandaba en su vida. —Idalin tragó saliva y respiró profundamente—. No entiendo cómo podéis haber olvidado aquello, pero Atia nunca lo hizo ni lo hará jamás.

Marco Grato se puso en pie. Su rostro carecía del fuego de antes. Los flecos de luz que se filtraban por la ventana lo iluminaban pálido y blando como la nieve del norte. No había expresión en su mirada.

—Volveremos a hablar —le dijo despidiéndose.

Ella asintió y el *dominus* buscó la salida de la cocina, quizás abrumado por su pasado, quizás callando muchas otras, y la germana continuó sentada allí, con la mirada vacía, como si ante ella hubiese pasado un espectro. No podía dejar de pensar.

Se giró, buscó con su mirada el larario y, como si hubiese recibido un fogonazo, su mente se agitó. Fue como si hubiese tenido una revelación, una sospecha. Súbitamente comprendió que aquel hombre quizás no jugaba. Quizás, simplemente todavía no sabía muy bien quién era o por qué estaba allí. Tal vez se tratase del *genius*, ese genio que tiene cada uno de los hombres al nacer, el que lo vigilaba durante su existencia y en su muerte, aquel espíritu que aleteaba inquieto sobre su sepulcro para continuar en el mundo como hacían los manes, protegiendo a los vivos.

No obstante, a veces los *genii* también podían revolverse entre sus despojos, desbocados por una vida indigna, y entonces aquellos espíritus se tornaban lémures, demasiado temibles para tenerlos cerca, siempre buscando el mal, a veces tramando venganzas.

Algunos no estaban seguros, pero Idalin, sí. Algunos decían haberlos visto y, recordando al *dominus* frente a ella, sintiendo su presencia pacífica, casi podía imaginar cómo los lémures podían llegar a apoderarse de otros cuerpos, cómo podían llegar a anidar en ellos sin que nadie pudiese percibirlo. Solo se necesitaba un cadáver sin sepultura, expuesto a cielo abierto, como cuando se muere en un desierto camino a Jericó y los despojos de un hombre quedan como alimento de los buitres.

Entonces los malos espíritus se apoderan de los cuerpos. Entonces los genios se transforman en lémures.

La anciana liberta se estremeció y se levantó para espantar aquellos malos pensamientos. Pero no pudo. A lo mejor se trataba de eso, quizás el amo todavía no lo sabía, quizás no podía imaginar que ya no era él y que bajo su piel habitaba un rostro oculto.

Solo tenía que averiguar para qué había vuelto y por qué se comportaba de una manera tan mansa. E Idalin llegó a la conclusión de que todo era apariencia. Solo apariencia.

Como si la realidad se fuese engarzando en un delicado collar de perlas griegas, Annia Publia comenzó a sumar miedos que se le precipitaron encima como si estuviese enloqueciendo. La *domina* ya no sabía ni qué creer ni qué pensar, solo podía observar con espanto que su marido ya no era el que ella había conocido. Casi todo en él parecía diferente. Aquel cuerpo flácido y débil no era ni la sombra del que ella recordaba a la perfección. Zurdo, con voz tenue, sin sus lunares habituales, ni cicatrices visibles. Ese ser despojado de su temperamento de fuego se había convertido en un desconocido para ella, y cuanto más cavilaba, más se ofuscaba. ¡Ni siquiera el emperador se explicaba cómo había sobrevivido! Aquella mañana lo había enviado llamar para ver con sus propios ojos lo que nadie podía entender: un hombre amnésico que había perdido su pasado, su carácter y hasta había mutado su cuerpo como si un espíritu se estuviese apolillando entre sus carnes.

¡Era imposible no enajenarse! ¡Imposible no comenzar a creer lo que jamás hubiese imaginado!

Entonces no supo qué hacer y, atolondrada con pensamientos incomprensibles, pensó que Idalin conocía a Marco incluso mejor que ella misma, y que nadie mejor que la anciana podría guiarla hacia la verdad.

—Sé que has hablado con él —le dijo.

—Yo solo estoy para servir, mi ama.

—¡No juegues conmigo! —Elevó su voz—. ¡Sabes de sobra de lo que te hablo!

La liberta soportó aquella mirada como si fuese un naufragio, y luego le dijo sin temor.

—¿Qué le has notado? Dímelo.

—El amo está cambiado. Es verdad.

La *domina* tragó saliva y aguardó tensa a que la anciana germana continuara. Se la quedó mirando con insistencia, decidida a permanecer allí hasta que le arrancase lo que quería saber.

—Su enfermedad es muy extraña, ama.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo que a todos. Que no recuerda... Ni siquiera de cuando mató a Abel.

Annia parpadeó nerviosa, pero no se amedrentó.

—No le habrás dicho nada, ¿verdad, vieja?

Idalin titubeó, y luego contestó:

—Jamás se me ocurriría, mi ama.

Las dos se miraron. El miedo y el odio temblaban en las pupilas de una. El cansancio y la resignación, en las de la otra.

—El pasado es mejor dejarlo atrás, vieja.

—Sí, mi ama.

—Eso espero... —Y al decirlo expiró con fuerza.

Luego, la *domina* insistió:

—Dime qué sucede.

—Solo sé que el amo está enfermo, ama. Solo sé lo que veis vos, lo que vemos todos.

—¡No juegues conmigo, vieja! —le gritó, zarandeándola de un brazo—. ¡Te conozco!

—No lo hago —le contestó sin perder la calma—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Acaso no estás viendo lo mismo que yo? ¡Dime! ¿O eres estúpida?

—No sé a qué os referís.

—¿Quieres que te despida de esta casa? —La amenazó, presionándole su brazo con unas uñas que llegaron a traspasar la túnica.

—Soy feliz aquí. Sabéis que no quiero irme.

—Pues no juegues conmigo, Idalin. ¡Te lo aconsejo!

La germana la miró con sus ojos arrugados y cansados, como si comprendiese la desesperación de Annia.

—El amo ya no es el mismo, señora.

—¡Eso ya me lo has dicho! —le dijo irritada.

—Creo que ya nunca volverá a ser el mismo.

Annia la soltó, miró alrededor para comprobar que nadie más las escuchaba, y se decidió a soltárselo.

—Creo que no es él, vieja —le dijo en confidencia.

Pero ella calló.

—Creo que aquel Marco ya no existe. Solo quiero saber si tú... Si tú has observado algo que te haga pensarlo.

—No lo sé, mi ama.

Annia Publia la abofeteó furiosa.

—¡Deja de hacerte la cínica, vieja! ¿Quién es el hombre que ha vuelto?

—No lo sé, ama —contestó temerosa—. ¿Qué es lo que queréis que os diga?

La *domina* midió sus palabras e intentó presionarla.

—¡Quiero que me digas lo que sabes!

—No puedo saber más que vos. Creedme.

—¿Quién habita bajo su piel? —Casi le gritó, histérica.

Idalin la miró a los ojos confusa, esperando otro bofetón.

—¿Quién es él? —insistió—. ¿Quién crees que es? Dímelo.

La germana dudó, pero al fin se atrevió a desatar la lengua.

—No es él, mi ama.

La *domina* agrandó los ojos, pero sin horror. Era como si alguien confirmara sus sospechas.

—¿No es él?

—No, creo que no lo es.

—¿Quién es, vieja?

—No lo sé, ama. Ya os lo he dicho. Es difícil saber quién es. Incluso creo que él tampoco lo sabe.

—¿Qué quieres decir, Idalin?

—Creo que en el cuerpo del amo vive un *genius* que ni él conoce.

—¡Él sabe perfectamente quién es! —aseveró Annia altiva—. ¡Tiene que saberlo!

—Creo que no, mi ama... —respondió la anciana quedamente—. Pero no estoy segura.

La *domina* rehuyó su mirada, se giró y comenzó a revolotear nerviosa, hasta que volvió a acercarse a la liberta nuevamente, pero esta vez más serena.

—¿Dónde está?

Idalin la miró confusa.

—No os entiendo.

—¿Qué fue de Marco?

—Creo que el amo ha muerto —le contestó casi sin meditarlo.

—¿Muerto?

Idalin asintió.

—Creo lo mismo que vos, ama, que es él y no es él, porque el espíritu que lo habitaba ya lo ha abandonado.

La piel de Annia comenzó a erizarse ante aquella quimera, como si la vieja hubiese traducido lo que ella venía sintiendo durante las últimas horas.

—¿Quién es él, Idalin? Dime si es un lémur. Dímelo. ¡Por todos los dioses!

—No lo sé. Nadie puede saberlo todavía. Ignoro si es bueno o es malo. Solo creo que ha venido...

Y de pronto se interrumpió, como si temiese su reacción.

—Dilo, vieja. Te lo ordeno. ¿Para qué ha venido?

—Creo que no ha vuelto por casualidad, ama —le contestó, clavándole sus cansados ojos como puñales—. Creo que ha venido para algo, aunque todavía no lo entendamos.

Annia volvió a ponerse nerviosa y nuevamente la sujetó con fuerza.

—¡Tú sabes más de lo que dices! ¿No es verdad?

—No sé nada, mi ama, ni estoy segura de nada, creedme.

La *domina* la soltó y le dio la espalda, como si ya no le importase nada más. Idalin apenas podía darse cuenta de que temblaba y que Annia Publia ya sospechaba quién estaba oculto en él.

—¡Ya hemos dicho demasiadas locuras, vieja! Dile a Mevio que prepare el carro. Va a acompañarme a Roma.

—De acuerdo, ama.

Las sospechas se hinchaban dentro de ella y, si Marco ya no existía, iba a dar los primeros pasos para averiguarlo.

¿Acaso los lémures realmente podían anidar bajo la piel de los vivos? Ella siempre había cuidado a los muertos en su larario, siempre había respetado a aquellos espíritus inquietos que la gente decía que danzaban por las casas. Sin embargo, para Annia Publia no había sido una certeza, sino más bien una tradición que le costaba creer, y aunque a veces los espantase lanzándoles habas negras, vivía poco convencida de aquellos manes protectores y, aún menos, de esos lémures que atormentaban a las gentes.

De todas formas, todo había comenzado a desencajarse en su vida y, dos días después del regreso de su esposo, no sabía ni qué pensar, ni qué creer, y tuvo la intuición de que ya no podría vivir enterrando su pasado. Quizás estuviese enloqueciendo, pero nadie más que ella sabía que tenía motivos para inquietarse.

—¡Estás perdiendo el juicio! —recitó en voz alta, como si sus conjeturas se le fuesen evaporando por la boca.

—No os entiendo, ama —le dijo Mevio, tirando del pequeño carro donde iba sentada la *domina*.

—¡Son cosas mías! —le gritó incómoda, algo irritada por sus nervios demasiado exacerbados—. Haz tu trabajo.

El esclavo empujaba el *chiramaxium* por una callejuela que era un enjambre de hombres y mujeres fluyendo en ambas direcciones, como dos afluentes se entrelazan al subir y al bajar a la vez, pero aquí entre túnicas y velos coloridos, emanando tanto perfumes exóticos como ásperos y penetrantes, mientras las tiendas se desbordaban de mercaderías bajo las *insulae* y los viandantes entraban y salían de ellas. La calleja estaba bien iluminada bajo un sol vertical que apenas permitía que el desfile de edificios y balcones por el que transitaban aportasen alguna sombra. Fue por eso por lo que Annia Publia abrió su parasol blanco, mientras el sudoroso Mevio se afanaba en mantener el paso, intentando que el chirrido de las ruedas no cesara.

—¡No te entretengas, hombre! —le ordenó Annia—. No quiero volver demasiado tarde a la villa.

—No os preocupéis, ama. Ya casi estamos.

Parecía una locura lo que quería pedirle a Glycon, pero ¿por qué no iba hacerlo? Aquella era una muy buena oportunidad. Hacía mucho tiempo que debería haberse ocupado de aquello, y con el regreso de Marco había llegado el momento que quizás había postergado demasiado. ¿Acaso podía quedarse de brazos cruzados? Tal vez aquel sinsentido que le rondaba por la cabeza no fuese más que un falso recelo. A pesar de todo, su corazón latía con fuerza cuando se dibujaba aquella quimera en su mente y pensaba que Marco ya no estaba y que aquel cuerpo solo pertenecía a un espíritu que se había apoderado de él sin saber bien cómo. Y era verdad que aquel era

un pensamiento de esclavos, lo sabía. Sin embargo, en su pecho, aquella incredulidad comenzaba a clavársele como una espina, y su interior repicaba como martillazos aplastando el cobre.

—Ya estamos, señora.

El carro se detuvo frente a la entrada de una *insula* por donde pululaba una pandilla de niños que comenzaban a dispersarse entre los bastonazos del portero. Este, al ver a la *domina*, se detuvo en seco y dejó que la pequeña turba se desperdigara por un callejón.

—¡Señora Annia! Bienvenida a vuestra casa, ¡por todos los dioses!

—Busco a Glycon —replicó ella, descendiendo del carro y cerrando su quitasol.

—¡Oh! No está... ¡Pero lo localizaré rápidamente! No os preocupéis.

El viejo guardián estaba calvo, con algunas hebras canosas desordenadas sobre sus orejas, y al sonreír nervioso para congraciarse con la *domina*, fue visible que le faltaba uno de los incisivos y que algunos caninos y molares le lucían amarilleados y negros.

—Buccio, Buccio —gritó hacia la gavilla de niños que se había arracimado en una frutería continua a aquella entrada—. ¡Rapaz! ¿No me oyes?

Un muchacho que no superaría los diez años se escabulló de aquella horda, mientras el frutero también los espantaba con una vara de hierro que podría descalabrarlos solo con rozarlos, como habría sucedido ya más de una vez.

—¿Estás sordo, sabandija?

—¡Si me acabas de llamar! —le contestó con osadía, mientras daba el primer mordisco a una manzana.

—¡No me contestes! —le dijo el viejo soltándole un manotazo en la nuca—. ¿Acaso el maestro no te enseña educación?

—¿Qué quieres? —insistió el niño con desfachatez.

—Ve a buscar a Glycon. Debe estar en uno de los edificios de las calles siguientes.

El ratoncillo con el pelo casi rapado entrecerró los ojos, ladino, y al portero no le hizo falta saber más.

—¡Te daré un as! —le soltó, sabiendo que su oferta era turbadora para el niño—. ¡Pero quiero que lo encuentres lo más rápido posible!

—Hecho —contestó.

Entonces el arrapiezo se lanzó a la carrera descalzo, mirando de reojo a Annia, como si sus pies le quemaran sobre las losas de basalto que asfaltaban la ciudad.

—¡Dile que la señora está aquí!, ¿me oyes? —le gritó—. Si no, no tendrás la moneda de cobre.

El pequeño le hizo un gesto con la mano mientras se escabullía entre el gentío, y Annia y el portero supieron que había oído aquella última orden.

—¡No os quedéis ahí fuera! —le dijo el viejo a Annia—. ¡Su esclava nos abrirá su apartamento!

Ella ni le contestó. Dejó atrás a Mevio y se introdujo en la portería de aquella *insula* color crema que estaba invadida por un intenso hedor a orines. Aunque intentando esconderse bajo el tramo de la escalera, era visible una esclava detenida frente al *dolium*, vaciando sobre el depósito el contenido de varios recipientes de barro rebosantes de los restos de la noche y la mañana. Aunque Annia ni quiso ni pudo verlo, solo al imaginar aquella tinaja burbujeando espesa, tibia y amarillenta, sintió tanta repugnancia que no pudo evitar escupir un reproche al viejo.

—¡Podría haberme esperado un poco! ¿No crees, necio?

El portero detuvo su ascenso por la escalera y se disculpó volviendo a lucir su boca putrefacta. Pero ella le chasqueó los dedos con desdén, indicándole que no se detuviese. Ya tenía bastante con aquel ambiente maloliente, con algunas paredes desconchándose, las huellas de algunas manzanas grasientas acompañando todo el recorrido y todos aquellos dibujos infantiles garabateando cualquier rincón, como si los muros fuesen un recreo para sus fantasías de gladiador.

El portero llamó a la puerta y al poco tiempo se destrabó el cerrojo del *cenaculum*. Una muchacha de aspecto oriental les abrió y la *domina* entró apartándola de un manotazo, como si aquel sitio le perteneciese y no necesitara más explicaciones.

—Es el ama de todo esto —le dijo el viejo a la muchacha—. Ya la habrás visto alguna vez, ¿verdad?

La esclava asintió y bajó los ojos sumisamente.

—Esperará a tu amo aquí.

Y ella volvió a callar anuente.

Con una primera mirada, la esposa del general recorrió aquel espacio diáfano y bien acomodado: el *tablinum*, a la derecha, el *triclinium*, a la izquierda, y unos tres *cubicula* que se mostraban al fondo, uno de ellos con un balcón que desde la calle podía verse recubierto de violetas, narcisos, rosas y laureles. Amplios ventanales acristalados inundaban de luz las estancias y el apartamento parecía amueblado sobriamente con una mesa rectangular de madera y mármol, ribeteada con garras de bronce en sus patas y adornada con un gran jarrón con rosas descoloridas; sillas acolchadas, algunos arcones, cortinajes pastel y unos sillones en el comedor. El suelo del *cenaculum* estaba recubierto por mosaicos con rombos negros, aportando una apariencia de lujo y cierto mal gusto.

—Tráeme algo fresco —le ordenó la *domina* a la muchacha. Su tono era malhumorado y altanero.

La esclava se inclinó ante ella y la dejó en el *tablinum*, sentada frente a la mesa. Annia miraba el ventanal absorta en sus miedos, sin llegar a comprender qué hacía allí sola, exponiéndose a toda aquella gentuza. Pero sabía que era la desesperación, y que estaba comenzando a perder los nervios de una manera imprudente. Ya no estaba segura de si era sugestión o locura. Lo único que sabía era que no podía dominarse.

La *domina* enrolló sus dedos entre los rizos que caían por su frente, sabedora de

que aquel gesto no acabaría con el adorno que embellecía su cabello. Estiraba el mechón nerviosa, como si la punzada de dolor en el cuero cabelludo la ayudase a despertar, a recordar que ella no deliraba, porque tenía suficientes indicios como para pensar que en él había algo demasiado extraño, y que hacía lo correcto.

—Una limonada, señora —le dijo la esclava dejándole un vaso de cristal sobre el mármol de la mesa y frente a ella. Había venido tan sigilosamente que su aparición la sobresaltó y la rescató de sus cavilaciones con un perceptible temblor.

—Déjame sola —le contestó irritada.

La esclava volvió a irse y Annia intentó espantar de su cabeza aquella ansiedad, intentando imaginar que Glycon llegaría de un momento a otro. ¡Cuánto le debía aquel usurero! ¡Cuánto había hecho por aquel esclavo que ella misma había emancipado! Solo había que ver cómo vivía entonces. ¡Mucho le debía aquel avaro liberto! Pero lo cierto era que hacía bien su trabajo y le proporcionaba a su fortuna unos seiscientos mil sestercios anuales, todo un negocio que ella ya supo ver hacía casi seis años.

Fue poco después de que Marco volviese a Dalmacia por última vez, y de la desaparición de Domitia. Había invertido gran parte de su fortuna personal en la construcción de dos *insulae* convirtiéndose en promotora de aquel nuevo negocio. Marco dudaba de que aquello fuese mejor inversión que los campos de trigo y cebada, pero Annia Publia pronto comprendió que su marido había sido entrenado para la guerra, pero poco para el comercio. Por ello se arriesgó ella sola. Roma era una ciudad de arriendos, que cada año crecía un poco más hacinando a la gente en colmenas de más de cuatro plantas. ¿Cuánto tardaría en recuperar lo invertido? ¿Un año? ¿Dos? Luego todas serían pingües ganancias, tal como había sucedido.

Evidentemente, cada *cenaculum* era diferente. ¡Ya hubiesen querido todos los inquilinos tener el apartamento de Glycon! Pero entonces, ¿dónde hubiese estado su ganancia? En las primeras plantas solo podían vivir ricos mercaderes, empleados de la administración pública o bien constructores. Pero el resto no era así. ¡Claro que no! Había que estrechar los espacios para apretar a más arrendatarios. Por ello, cuanto más se ascendía, más pequeño, sucio y desportillado era todo, con rellanos colmados de desechos y moscas. Vidas turbias lañadas de gritos e improperios que siempre acababan transmitiendo por la columna vertebral del edificio, una escalera sórdida y oscura.

Sin embargo, ella jamás había llegado a ver a aquellos desheredados que anidaban en las cumbres. Eran criados, obreros, albañiles, hombres que muy probablemente habían sido esclavos, pero que pagaban aquella libertad mísera e indigna sobreviviendo como podían, aunque enriqueciéndola a ella, a la *domina*, que desde luego no se encargaba de aquellos negocios, porque para ello tenía un administrador. ¿Quién se ocuparía, pues, de tapiar la entrada de un *cenaculum* cuando un arrendatario se retrasase en el pago? ¿Quién lo haría? Aquel no era su mundo, y cada vez que lo pisaba se encontraba indigna e incómoda, y por ello se paseaba poco por

aquel suburbio donde alguna vez podía llegar a toparse con alguna de esas familias desahuciadas que habían sido desarraigadas por los hombres de Glycon, muchas veces sin piedad, con palizas sin testigos y con las pertenencias destrazadas.

Esa era la ley de la *insula*, la que a la *domina* le convenía, la que había amortizado su inversión.

Y sumida en aquellos pensamientos llegó Glycon, azorado, inquieto y sudoroso. Annia Publia no solo comprendió que había subido a zancadas por las escaleras, sino que había trotado por las callejuelas como un perro en busca de su amo. Y aquello la satisfizo.

—Cuando aquel granuja me dijo que habíais venido, casi no le creo —le dijo, exhalando sonoramente por la boca y la nariz.

Aquel liberto intentaba recuperar el aliento mientras con la manga de su túnica secaba su frente perlada. Su aspecto era orondo, de mofletes rollizos, como si su rostro se estuviese derritiendo por su peso cebón.

—¡Cada día estás más gordo, zángano!

La *domina* lo miraba sin disimular su repugnancia.

—Estoy intentando ponerme a dieta, pero no es fácil. —Y sonrió bobaliconamente apartando la mirada.

—¡No será por tu trabajo!

Él sonrió bonachón, pero después bajó su cabeza humillado.

—Me gusta comer, señora. ¡Vos lo sabéis!

—Pues no quiero que te mueras antes de que me vuelvas a ayudar —le dijo, poniéndose en pie y andando hacia el ventanal con los postigos de madera abiertos.

El trajín de barullos, gritos e imprecaciones colmaba el *cenaculum*.

—¿Qué decís, mi ama? ¡Estoy fuerte como un león!

Pero ella no contestó. Le daba la espalda divisando los balcones de la *insula* de enfrente. Estuvo meditando las palabras que iba a pronunciar, hasta que decidió comenzar por lo elemental.

—Mi marido ha vuelto de Judea, Glycon. Inexplicablemente está vivo.

Ella no vio su rostro, pero oyó el silencio de la sorpresa.

—¿Me estáis diciendo que el general Grato está vivo, señora?

—Como lo oyes.

—¡Es increíble! —exclamó el hombre, sonriendo embobado—. ¡Por Júpiter! ¡Cuánto me alegro! De verdad... Es una gran noticia, señora.

Annia continuó de espaldas, negándose a contemplar su figura sebosa y pestilente, como si ignorarlo enalteciese su dignidad y diese más sentido a aquella visita. Glycon reconocía su desprecio, pero no le importaba. A aquella mujer le debía todo lo que era.

—No he venido a hablarte de Marco. Solo quería que lo supieras.

—Entiendo. —Casi masculló, pero realmente sin comprender.

La *domina* volvió a atar su lengua y dejó que el vocerío callejero engullese sus

últimas palabras. No sabía cómo continuar y aquel administrador liberto aguardó silencioso e inmóvil, como una rapaz en la cima de su peñasco, oteando un valle conocido, pero siempre incierto.

—Necesito que me ayudes, Glycon.

—En lo que necesitéis, señora. Ya sabéis que podéis contar conmigo.

—Por eso he venido.

—No deberíais haberlo hecho. Con haber...

—No importa, Glycon —lo interrumpió—. ¡Tenía que venir, y lo hice!

—Como vos consideréis, ama. Sois bienvenida en mi casa. Siempre.

Esta vez no contestó y volvió a callar durante unos instantes.

—Quiero que hagas lo que deberías haber hecho hace muchos años.

Glycon elevó sus pestañas y sus ojos pequeños chispearon dentro de aquellas cuencas enormes.

—No os entiendo, señora.

—Quiero que vayas a buscarla.

El estupor estalló bajo su piel y el fuego de aquel pasmo azoró su semblante preocupado.

—No os entiendo, ama —repitió.

—Sí que me entiendes. Quiero que vayas a buscarla. Ya es hora.

Annia se volvió y avanzó hacia su administrador decidida, con sus pupilas encendidas de determinación y odio. Él ahora la miraba mudo, sin atreverse a replicarle.

—¡Ya es hora, Glycon!

La turbación del liberto lo obligó a remangarse la túnica y a sacudir la prenda desde el cuello, intentando henchirse de aire como si accionase un fuelle.

—No os entiendo —volvió a repetir como un autómatas.

—¡No te hagas el imbécil! —Le escupió, furiosa—. ¡Sabes perfectamente de quién te hablo!

Pero él no se atrevía ni a asentir. Solo sentía el peso de su copioso desayuno ardiendo en su barriga.

—Ya es hora de que vayas a buscar a Domitia, Glycon. Quiero que lo sepas, porque cualquier día de estos te enviaré llamar. —Annia Publia hizo una breve pausa y se cercioró de que la esclava no estuviese cerca. Entonces se lo dijo en voz baja—: Es hora de ir a buscar a Domitia Sulla, Glycon.

Aquella misma noche el *dominus* entró en la cocina y dio una orden que Atia ni podía esperar y mucho menos comprender. Se había esforzado en odiarlo, en aborrecerlo en silencio, maldiciendo su recuerdo cuando estaba en Siria y en Judea. La imagen de su padre atado y rugiendo su muerte la había acompañado desde su edad más núbil, y que el *dominus* la hubiese elegido a ella para desfogarse antes de partir hacia Siria había enquistado su rabia como una espina escondida bajo su piel. El único desahogo de la esclava había sido que no había permanecido demasiado en la villa, y que a Annia Publia nunca le había gustado que yaciese con ella en secreto.

Sin embargo, a Marco Grato ya no lo podía abominar como antes, aunque Atia luchara contra aquello. En el fondo, la muchacha estaba convencida de que el amo jugaba con ellas, y con todos, pero aun así, ya no le era tan fácil retener todo aquel rencor que llevaba dentro.

—Ya no dormiréis más aquí —les dijo Marco—. Esta noche, ya no.

Aquel día, sorpresivamente, Velina se había tumbado boca arriba, exhausta, con su vientre abultado tan hinchado que parecía que iba a parir en cualquier momento. La vieja Idalin y Atia sacaban brillo a los mosaicos del suelo antes de dormir y, al oírlo, creyeron reconocer a aquel *dominus* de antaño, aquel que alguna vez las había obligado a dormir a la intemperie para castigarlas. Pero esta vez su voz ya no era el bronco temblor al que las había acostumbrado.

—Tú no puedes dormir ahí —dijo, señalando a Velina, sin dar apenas oportunidad a alguna réplica—. Apenas podrás descansar. ¡Debería haberlo visto antes!

—El amo no tenía que darse cuenta de nada —contestó ella, mientras se incorporaba lentamente, dejando caer todo su peso sobre su brazo derecho. Su expresión era de un profundo agotamiento, y Marco creyó intuir un mohín de dolor.

Pasaba la *hora duodecima*.

—¿De cuánto estás?

—Ya debo cumplir, amo —le contestó cansada y con tristeza.

Marco le alargó la mano y la ayudó a levantarse. La manta de lana cayó a sus pies y la ilota se dispuso para volver a agacharse y sujetarla, pero el *dominus* se le adelantó y con un rápido movimiento, como si fuese un gancho, sujetó el abrigo con su mano derecha. Idalin y Atia observaron la escena estupefactas e incrédulas, sin llegar del todo a comprender las intenciones de aquel hombre al que ya no reconocían.

—Seguidme —les ordenó.

Marco Grato salió al jardín y se condujo hacia el patio peristilado, dejando atrás los senderillos floreados y el laberinto de setos. A su paso, se erguían lámparas de una luz blanca y oscilante en medio de la noche, y ellas lo seguían como sombras, a la luz

de aquellos farolillos de aceite que también rodeaban el atrio, e incluso iluminaban la hablilla de los surtidores del *impluvium*.

—He pedido a Esdras y a Helvio que preparen unos jergones —les dijo, empujando la puerta de roble que los introducía en un *cubiculum*.

Las tres esclavas se asomaron a aquella pequeña habitación que había estado vacía durante años y vieron dos pequeños camastros de madera hinchados por un armazón de heno forrado con lienzos de lino. Sobre cada uno, un par de mantas, y entre ambos, a la cabecera, una mesita con una lámpara. Las paredes estaban lisas, de un color ocre imperceptible.

—Aquí estarás más cómoda —le dijo dirigiéndose a Velina—, e Idalin podrá estar pendiente de ti.

Las mujeres no salían de su asombro. Jamás habían tenido un *cubiculum*, ni un camastro, ni siquiera una atención como aquella.

—Desde aquí tenéis un rápido camino hacia la cocina, por eso elegí estas dependencias, por ser de las primeras estancias.

Las esclavas estaban petrificadas, casi sin poder hablar.

—La señora quiere que estemos en la cocina, mi amo —comentó Idalin con pesar—. No creo...

—Yo soy el amo, mujer. Si yo digo que dormís aquí, lo hacéis. Y si digo allá, también lo hacéis.

Su tono fue enérgico, con aquel eco de antaño, cuando su voz era de tormenta. Sin embargo, no fue su intención, porque luego continuó con una cadencia templada, incluso cercana.

—Annia lo entenderá. Es mi voluntad.

—Como vos digáis, amo —contestó Idalin.

Ellas lo miraron agradecidas, pero poco convencidas de aquella merced nada propia de un esclavo. Sus miradas se pasearon por la habitación con ternura, como un muchacho acaricia la suave y larga guedeja de su primer caballo el día de la entrega de su toga viril.

—Era muy pequeña para que entrarais las tres —continuó Marco mientras se dirigía al recinto contiguo—. Por eso también han preparado esta.

Una vez más abrió la puerta y esta vez se encontraron con un solo camastro, acompañado de un taburete y una lámpara de aceite sujeta a la pared y encendida.

—Es para ti, Atia —le dijo mirándola a los ojos—. Idalin tal vez pueda ser más útil si Velina lo necesita.

La muchacha no pudo aguantar el vigor de sus ojos limpios y tuvo que entornarlos asintiendo obediente. Aquellos ojos no eran los suyos, y ella en aquel momento estuvo segura de eso. A pesar de todo, no le dirigió ni una palabra. Ni quería, ni se atrevía. Atia no podía permitir que su odio se diluyese en su interior, pero una tibieza sobrenatural la estremeció desde la punta de sus pies hasta su nuca.

—¡Muchas gracias, amo! —le dijo Idalin, intentando arrodillarse ante él.

Pero el general no lo permitió, y con rápidos reflejos, como si todavía pudiese esquivar los envites de los enemigos en el campo de batalla, la sujetó de los codos y evitó que se hincara.

—¡No hace falta! Déjalo ya.

Las tres parecían pajarillos indefensos bajo sus túnicas color hueso. Ninguna se atrevía a entrar, como si aquello no estuviese sucediendo, como si necesitasen una orden para obedecer y encerrarse allí. Pero a Velina le costaba sostenerse en pie.

—Es hora de que descanséis —insistió Marco, observando la pesada imagen de la esclava preñada—. Tú la primera.

Y Velina asintió con una mueca de dolor.

Luego comenzaron a acomodarse, cada una en su *cubiculum*, por primera vez en sus vidas, temerosas todavía no sabían muy bien de qué, como si se tambalearan por el delgado e imperceptible limen entre la vida y la muerte, sabedoras de que el *dominus* auténtico jamás podría ejecutar aquel mandato. Era una sensación que masticaban silenciosas, con la misma sumisión con la que recibían cualquiera de las órdenes de la *domina*.

Solo Idalin se volvió, desanduvo sus pasos y evitó que el general cerrara la puerta de roble.

—¿Qué te sucede, mujer?

Ella no habló. Entreabría la boca como si el retumbo de las palabras fuese a surgir, pero solo lo miró a los ojos, como si buscase traspasarlos, como si intentase entrever qué espíritu moraba en él, con la certeza de que los manes y los lémures rondaban por la villa, y que ella estaba ante uno de ellos.

Idalin apenas supo cómo pudo desatar su lengua, pero al fin lo hizo, convencida de que ya había vivido demasiado y no debía temer.

—¿Quién sois vos, señor? —Casi le susurró.

Marco agigantó los ojos y mutó su expresión tranquila.

—¿Qué estás diciendo?

—Necesito saber quién sois vos.

—No sé qué me quieres decir, mujer.

La anciana liberta se hinchó de valor y buscó las blancas manos del *dominus*, y Marco permitió que las sujetara y las amasara con tímidas caricias, como cuando era un niño, cuando su padre lo trajo por primera vez a la villa y lo puso a su cuidado.

—Buscad en vuestro interior, buscad... Todavía no recordáis, pero ya no sois el mismo, amo. Tomaos vuestro tiempo, cerrad los ojos y...

Marco no los cerró, pero en ellos vibró una emoción que Idalin pudo percibir muy bien. Luego bajó los párpados y se quedó en silencio.

—Tenéis que saber que todos lo vemos, pero ya no somos capaces de distinguir quién es el que ha vuelto. Quizás el amo tampoco lo sepa todavía, pero debéis buscar en vuestro interior, y pronto descubriréis de dónde venís y por qué.

—Todavía no puedes saberlo, Idalin —le respondió sereno—. Todavía no.

De pronto, como si un latigazo de terror hubiese rozado su rostro, el gesto de la hermana cambió y se arrugó mucho más. Sus ojos se quedaron sostenidos sobre el hombro de Marco, y rápidamente intentó zanjar aquel diálogo.

—Yo pronto lo sabré —le dijo con temor e intentando que su mirada llegase más allá—. Comienzo a estar segura.

Luego se escabulló dentro del *cubiculum* y se parapetó tras la puerta. En aquel instante Marco se giró y comprendió la expresión de la esclava. Annia Publia surgía sombría, envuelta en una *palla* oscura como la noche, detenida junto al *impluvium* de aquel atrio, entre la penumbra de las lámparas, como el verdugo observa a su víctima.

Marco caminó hacia ella con pasos lentos, pausados y, cuando estuvo frente a su esposa, pudo respirar su miedo... Pero también su rencor.

Sus ojos brillaban. No eran lágrimas, sino emoción.

—¿Qué has hecho, Marco?

Él no contestó. Su mirada ya no era limpia, sino oscura como un abismo. Y la tensión aumentó.

—¿Ya no cuenta mi opinión en esta villa?

—Creí que era lo mejor —le dijo.

—Seremos el hazmerreír, Marco. ¡Son esclavas! ¡Solo son esclavas!

—Me da igual, Annia. Las habitaciones estaban vacías y una de ellas está a punto de dar a luz.

—¿A mí sí me molesta, Marco!

—A mí no —le respondió contundente.

—Entiendo —contestó humillada.

Annia tragó su inquina y asintió como si todo hubiese quedado claro. Luego se dio media vuelta y comenzó a andar removida por la rabia y, aunque Marco no pudiese percibirlo, por el pánico también. Pero todavía tenía valor, aún le quedaba todo aquel arrojo que siempre había tenido, por eso se lo soltó alejándose y dándole la espalda, como si aquella actitud escondiese el peligro ante sus ojos.

—¡Ya no eres tú! —pronunció amenazante—. ¡Yo ya lo sé!

Y Marco sintió que su vida se enredaba demasiado.

Atia abrió los ojos lentamente y consiguió adaptarse a la penumbra. La claridad de un ventanuco apenas fluía en el *cubiculum*, pero pudo distinguir perfectamente aquel techo plano y estrecho. Al principio no comprendió dónde estaba, pero luego recordó que el *dominus* las había conducido hasta allí. Estaba confusa, todavía meciéndose en el letargo del sueño, intentando volver a encajar la realidad. No sabía por qué le había sobrevenido aquel insomnio, simplemente estaba inquieta, con su espíritu alborotado de miedos e incertidumbres.

¿Quién era aquel hombre? Desde luego, a ella no le importaba la opinión de Idalin. Para Atia, su recuerdo era cruel y sombrío. Le había arrebatado todo lo que para ella era importante, y aunque no entendía por qué las había llevado hasta allí, estaba convencida de que no debía fiarse de él.

Su madre se había desvanecido de su memoria. Había muerto en la villa tendida boca arriba en el cobertizo, donde morían los esclavos. Idalin le había contado que se la había llevado una tisis que a Valerio Grato le importó demasiado tarde. Su padre, Abel, la vio expectorar la vida lentamente, al principio con esputos infectados, después sangrando, hasta llegar a ser más claros y purulentos. Cuando el peso del pecho se le hizo insoportable y las uñas comenzaron a encorvarse, el padre de Marco por fin envió a buscar a un médico. Sin embargo, aquel cirujano ya no pudo hacer nada. Su madre se fue delirando en fiebre, mientras la esclava germana sostenía las manitas de Atia, que comenzaba a balbucear sus primeras palabras.

—Era hermosa como tú —le había dicho siempre Idalin.

—Era esclava como todas —le respondía ella.

Para ella, su madre significaba la nostalgia de un sueño inalcanzable, pero su padre Abel le evocaba la tristeza de un hogar aniquilado. Para Atia era su refugio, la lumbre que velaba por ella. Eran siervos, pero junto a él no le había faltado de nada. Y cuando algunas noches su padre entonaba su flauta mientras Esdras y Helvio agitaban los sistros en el cobertizo, los esclavos se encendían de ritmos y aromas que ella jamás podría olvidar, tarareando poemas a la diosa Ceres, unidos como una misma familia, entre vino y tortas de miel, ajenos a sus vidas y a sus destinos.

Atia se negaba a renunciar a aquella inquina que envenenaba su sangre. ¡Ya le daba igual lo que hiciese el amo! Ella no era como Idalin. Ella no lo había criado como a un hijo. Ella solo lo había sufrido, y aquello jamás se le olvidaría. Había demasiadas cosas para no olvidar, como aquellos meses después de la muerte de su padre. Cerraba los ojos y podía volver a verlo. Atia hacía pocas semanas que había sangrado por primera vez, aunque su cuerpo ya había germinado núbil, pero voluptuoso, y aquello lo había comprendido en la mirada de los esclavos y en el deseo del amo. Ella no sabía si fue avidez o expiación, desenfreno o revancha, solo

supo que la primera vez la había arrastrado hasta el establo cuando la villa bullía de trabajo.

—Desnúdate —le dijo, mirándola con desprecio después de haber atrancado la puerta.

Ella balbuceó su impotencia y sintió cómo los ojos se le hinchaban de lágrimas. Pero se quedó rígida, sin atreverse a pestañear junto a las cuadras de los caballos.

—Desnúdate —le repitió enérgico.

La muchacha podía percibir el jadeo de su odio como si fuesen relinchos. El amo parecía desbocado, ebrio de rabia y lujuria. Era una bestia decidida a embestirla, y a ella no le bastaría con cubrirse el rostro con las manos.

Pero no se movió.

—¿Acaso crees que puedes desafiarme? —le preguntó, soltándole un cachetazo que la dejó sentada sobre la tierra apisonada y el forraje.

Un hilillo de sangre descendió de su labio y la desesperación explotó su llanto. Marco la levantó y le rasgó su túnica como si despellejara un animal. Su cuerpo púber y cobrizo tembló como un tallo en primavera mecido por un vendaval, y tampoco en ese instante fue capaz de moverse. Las manazas del amo tañeron sus pechos y arrancaron su *subligar* con ansia. Luego la empujó nuevamente al suelo, se levantó su túnica y la sometió.

La muchacha recordaba con asco y rabia aquel día. Pero no fue el último. A partir de entonces y hasta que marchó hacia el oriente, el *dominus* aprovechó cada ausencia de Annia Publia para poseerla. Sin embargo, ya no fue lo mismo. El amo la hacía subir a su *cubiculum* y allí desataba sus ganas. Atia se acostumbró a aquella humillación en silencio, segura de lo que sería capaz si se resistía. No obstante, la última vez que estuvieron juntos, algo cambió en él.

—Bésame —le pidió.

Ella se estremeció confusa bajo las garras de su cuerpo.

—Te prometo que no te haré más daño. Pero bésame.

Aquel día su mirada también fue limpia. La muchacha podía recordar el filo de sus caricias, la ternura de su violencia, la mansedumbre de sus gestos. Tampoco aquella vez entendió si jugaba con ella o se trataba de una debilidad. Lo recordaba muy bien. Fue aquella duda la que la aferró a su instinto, y lo complació con temor por su vida, como lo hizo la primera vez en el establo. Entonces sus besos fueron torpes y su terneza esquiva. Pero aquel día el amo la poseyó con calma y mirándola a los ojos.

Y recordarlo todavía le encendía su desprecio.

—Ya no debes temerle —le repetía Idalin.

Atia no sabía si era amnesia o embuste. Solo podía recordar su ruindad.

—Siempre temeré a esa bestia. La conozco muy bien.

La anciana negó con su cabeza.

—Escucha lo que te digo, Atia. Soy demasiado vieja para mentiras. El amo ya no

es el mismo.

—¡Pero volverá a serlo! ¡Lo conozco!

—Yo también lo conozco, y sé que un espíritu distinto habita bajo su piel.

La muchacha la había mirado conmovida. Sabía cuándo Idalin decía la verdad, y al escucharla sintió un escalofrío.

—¡No conseguirás asustarme!

—No quiero asustarte. No debes temerle, Atia. Estoy convencida de que es un espíritu bueno que se apoderó de su cadáver en el desierto.

—Juega con nosotras, Idalin —le dijo Atia.

—También yo lo he pensado, pero ¿por qué iba a hacerlo?

La muchacha meditó un instante, como si en su cabeza pudiese encontrar alguna respuesta.

—Solo él puede saberlo.

—Da igual lo que creas, muchacha. Pronto lo descubrirás tú misma.

La vehemencia de la germana hostigaba su certeza, pero no podía derrumbarla.

—Él todavía no sabe quién es, Atia. Él cree que es el amo, pero no lo es. En cuanto el espíritu que lo habita decida emerger completamente, la *domina* temerá definitivamente su regreso.

La muchacha sintió el frío erizando toda su piel.

—¿A qué te refieres?

La anciana sonrió satisfecha.

—Todavía no estoy segura. Pero pronto lo sabremos. Ya lo verás.

Sus pensamientos fluían solos, extraños, incómodos. Mirando boca arriba con sus ojos bien abiertos, sin apenas comprender qué hacía en aquel *cubiculum*, intentando volver a zambullirse en el sueño y esquivar el insomnio. No tenía ningún sentido la actitud del *dominus*, y menos con ella, la hija de Abel, el esclavo que había arrastrado al Hades el destino de la joven Domitia. Pero Atia no podía ceder, ni iba a hacerlo. Pronto todos volverían a ver su verdadero rostro, y ella volvería a sufrir.

Entonces buscó otra posición y se giró hacia su derecha, poco acostumbrada a la lenidad de aquel jergón, a la suavidad de aquel contacto con el sudario de lino que debería entregarla a un sueño plácido. Un descanso del que nunca habría de haberse despertado. Hasta que lo comprendió de súbito, y su insomnio tuvo sentido.

Fue como una ráfaga que la arrasó.

En sus ojos, su imagen se irguió oscura y espectral.

Él estaba allí.

Aquella noche también Annia Publia estuvo inquieta, y echó de menos a Lucio por primera vez desde que su marido había vuelto. Se sentía sola. Marco dormía en el *cubiculum* contiguo al de ella, y el miedo se le erizaba en su espíritu. No podía conciliar el sueño imaginando su figura allí dentro, observándola desde la penumbra y en silencio, como si pudiese atravesar las paredes, midiéndola como una serpiente calcula a su presa. Era un temor insensato, pero real.

Se incorporó y se sentó sobre el camastro, junto a la mesita de mármol contigua, adornada con exquisitas patas en forma de delfín. Estiró su mano y vació parte de una jarra de plata en una copa de cristal y, al beber, cerró los ojos, como si aquel manantial pudiese purificar su espíritu, vertiéndose por su garganta hasta limpiar todas sus sospechas. Sin embargo, lo que sintió aquella noche fue un profundo temor.

No pudo soportarlo y se puso en pie para dirigirse hacia la puerta para comprobar que estaba cerrada con el cerrojo. Deseaba intentar descansar. No quería verlo de ninguna manera. Solo ganar tiempo para pensar, para buscar una salida a todo aquello, aunque a Lucio le pareciese una insensatez.

Para el pretoriano todo tenía una explicación cuerda. Pero él todavía no podía comprender. No podía porque ignoraba los secretos que enterraba aquella villa y sus ojos estaban ciegos, completamente ciegos. Pero ella no. Annia sabía lo que había sucedido y por ello estaba amedrentada, porque tarde o temprano aquel lémur iría a hacerle daño, aunque Lucio todavía no lo sospechase. Ella sí lo sabía, y solo por ello temblaba al pensarlo.

—Quédate. Quédate, por favor —le había dicho a Lucio en el *tablinum* aquella misma tarde—. ¡Te lo suplico...! Tengo miedo.

—¿Que Annia Publia tiene miedo? —se sorprendió al decirlo—. ¿Miedo? No te reconozco.

Él la abrazó durante un momento y la *domina* esta vez se dejó cobijar en el nido de sus brazos, aprisionada contra la suavidad de su túnica. Ya no le importaba la aparición de Marco. Ya no le importaba la aparición de ese hombre.

—¡Estás perdiendo el juicio, Annia! —le había dicho con cariño—. Sabes de sobra que no puedo hacerlo.

—Ese intruso no es tu hermano, Lucio.

—¡No quiero oírte hablar así, Annia!

—¿Cómo puedes tratarme como a una demente? —Casi le había suplicado—. ¿Por qué no puedes creerme? ¡Tú has visto su cuerpo! ¡Tú oyes su voz! ¡Tú ves lo blando que se ha vuelto su carácter y lo esquivo que está conmigo!

—Solo se trata de una pérdida de memoria. Nada más que eso... Pronto volverá a ser el de antes.

—¿El de antes? Entonces, ¿cómo explicas la ausencia de cicatrices, Lucio? —le preguntó decidida—. ¿Cómo explicas lo de sus lunares? Dímelo, y te creeré.

El pretoriano la miró preocupado. El acero de aquella mujer parecía ondularse como un junco, y supo que lo que Annia creía se había arraigado en su interior como un veneno que se conduce por todo el cuerpo hasta paralizarlo. La separó de él y clavó sus ojos en los de ella.

—Nunca estuve en el oriente, Annia. Tú lo sabes. Pero he escuchado muchas historias de soldados que pasaron algunos años en aquellas provincias.

—¿A qué te refieres?

—Marco desapareció en el desierto de Judea, y allí está el mar de Sal, Annia.

—¿El mar de Sal? —arrugó su expresión con asombro—. ¿Qué tiene que ver el mar con lo que le sucedió a Marco?

—No es un mar cualquiera, Annia. Dicen que tiene tanta salinidad que el cuerpo de los hombres no se hunde, y que sus propiedades curativas son conocidas por todos los que habitan la región.

—¿Qué estás diciendo, Lucio? ¿Acaso crees que eso explica lo que le sucede a Marco?

El pretoriano meditó un momento e intentó medir sus palabras.

—Es una explicación lógica, Annia. Él estuvo perdido varios meses en el desierto y me consta que no es una leyenda las cualidades de esa agua sobre la piel. Es una posibilidad mucho más creíble que la tuya. ¿No es más sencillo que creer que es un espíritu?

—¡Yo no he dicho que sea un espíritu, Lucio! Creo que hay otro espíritu en él, uno de los muchos que se mueven por nuestro mundo, tal como nos enseñaron nuestros padres, y que por ello su cuerpo ha mutado y su carácter también.

—Yo no puedo creer eso, Annia. Sencillamente, no puedo.

—Crees que he perdido el juicio, ¿verdad?

—No he dicho eso.

La *domina* apretó los ojos con fuerza y murmuró algo incomprensible, como si masticara la rabia.

—¡Si hasta el emperador ha dudado de tu hermano, Lucio! —exclamó furiosa al fin—. ¡Tú me lo has dicho!

—Lamentablemente para nosotros, se trata de otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—Vespasiano solo vislumbró una traición, ¿entiendes? Nada más. Eso sería mucho peor que estar muerto para él, y para todos.

—¡Eso sí que es una locura! —sonrió nerviosa.

—No, Annia. Yo no estaría tan seguro.

—Lo que estás sugiriendo ofende la memoria de mi marido y de tu hermano, Lucio. Un general con su trayectoria no merece esas sospechas.

—¿Acaso es más plausible lo que tú crees? Pues olvídate de ello, Annia, porque

Marco no está...

El pretoriano se volvió a interrumpir intentando encontrar el vocablo más adecuado.

—Dilo. A mí ya no me avergüenza decirlo. Dilo: muerto —acabó interviniendo decidida—. Tu hermano está muerto.

—¡Te estás confundiendo, Annia! La amnesia de Marco es demasiado extraña para nosotros. ¿No se te ha ocurrido que puede que nos oculte la verdad?

—¿De qué verdad me hablas, Lucio? Dime.

—Quizás mi hermano haya participado en alguna intriga contra el general Tito, ¿entiendes? En este momento todavía resiste en el desierto de Judea una fortaleza llamada Masada, donde se atrincheran cientos de rebeldes con sus familias, pero armados todavía no se sabe muy bien con la ayuda de quién. Porque nos consta que están armados, y con material de nuestro ejército. El emperador no me lo ha dicho, pero aquella increíble sublevación en una cima inexpugnable del desierto es tan increíble como la historia de Marco.

—¿Por qué razón iba a maniobrar contra el hijo del emperador después de haber conseguido la victoria en Judea? ¿Después de haber sido aliado de su padre? ¿Por qué? ¡Es absurdo lo que sugieres!

—La política se teje entre conjuras, Annia. Solo Júpiter sabe lo que se le puede haber cruzado por la cabeza a Marco.

La *domina* inspiró profundamente e intentó contener su frustración negando con su cabeza indignada. El jefe de los pretorianos no le creía, ni iba a creerle.

—Me da igual lo que digas —zanjó finalmente—. ¡No entiendo cómo puedes ser tan incrédulo! ¡Como si fuese fácil para mí! ¿Acaso yo he sido propensa a creer en los espíritus a lo largo de mi vida? Dime.

Lucio la miró en silencio. Pero ella continuó.

—No, y lo sabes. ¡Y esto sí debes creerlo! Pero escucha bien lo que te digo, Lucio Grato, escúchalo bien porque estoy convencida de que ese hombre no es tu hermano. Y tarde o temprano, lo comprenderás tú también.

—¡Te estás obsesionando, Annia! ¡Es una locura lo que crees!

—No, Lucio. Ese intruso tiene el cuerpo de mi marido, pero es un espíritu inmundo, una asquerosa rata que lo elevó de entre los muertos para... para... —Y se contuvo, porque no debía mentar más su suerte—. Créeme: es un lémur. Yo lo sé, y mis esclavos también lo sospechan. Su cuerpo sencillamente ya no es el mismo.

Ojalá hubiese podido convencerla de lo contrario y aquella noche no se hubiese sentido tan sola. Pero no fue así, ni lo sería. Él todavía no podía comprender lo que ella sabía. Entonces, al mirar el *cubiculum*, volvió a echar de menos al pretoriano. Todo le fue familiar: el color pastel de las paredes, el fresco sobre el cabezal con aquel amante exhibiendo su falo amorosamente, la manta bordada con franjas doradas y engalanada con almohadones, el arcón con patas de león sobre los mosaicos blancos. Sin embargo, Lucio ya no estaba junto a ella.

El céfiro oscuro del recelo enturbió los buenos momentos que había pasado en aquel dormitorio junto a él. Annia se había dejado seducir algunos años atrás como si fuese una niña, y no fue porque hubiese olvidado a Marco, sino porque su vida era demasiado monótona y anodina en Roma, e imaginó que su esposo también se habría desfogado con concubinas en Dalmacia, Siria o Judea. Y aquella certeza agitó su libertad.

Por eso había aprendido a amar a Lucio. Al principio, fue únicamente como una aventura excitada por la pasión. Su cuerpo vigoroso la había poseído sobre aquellos sudarios de seda con una entrega febril, como solía hacerlo Marco, pero aquel pretoriano no solo la hería de placer, sino que la arrullaba con terneza, como el halito del volcán fertiliza la tierra que acabará lamiendo con su fuego. Así, con el tiempo, ya no solo gozaba de sus embestidas aguerridas con actitud entregada y paciente, como el campo fértil espera preparado para la labranza, sino que también disfrutaba de su mirada trasparente y de esos besos que desde la muerte de Marco había comenzado a celar de su esposa Drusila, la madre de sus tres hijos.

Por eso, aquella noche, al mirar su camastro, no ansió solamente su presencia, sino que también tembló al pensar en su pasado, y en la maldita Domitia.

¿Acaso Annia no había hecho lo mismo que ella? ¿Acaso no había hecho lo mismo con Lucio? ¿Qué sucedería si Drusila llegase a sospechar que se había convertido en la amante de su marido? Era lo mismo, lo mismo por lo que había condenado a la amante de Marco, y la *domina* lo sabía. Claro que lo sabía. Ella sí, pero Lucio no. Por eso era tan escéptico. Por eso tejía sospechas tan humanas y racionales, pero absurdas.

No obstante, ella sí sospechaba la verdad, y Annia estaba casi convencida de que detrás de aquel temible demonio estaba aquella culebra de Domitia.

Y se estremecía solo de pensar que había regresado para vengarse.

Atia se había quedado sin aliento, sin atreverse ni a pestañear. Él estaba allí, y ella lo sabía. Su contorno oscuro permanecía de pie junto al lecho, observándola en la penumbra, con los pliegues de su túnica realzando su blancura entre aquellas sombras.

Era el amo.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, y ni siquiera si era real, pero su espíritu se iba helando y no tuvo aliento para hacer nada. Las palabras se le ahogaron en la garganta y todas sus dudas se vaporizaron de su mente.

No podría recordar el tiempo que estuvo paralizada de aquella manera, narcotizada por un terror que solo alcanzó a rasgar un aullido sordo que surgió de su garganta. Únicamente sabía del dolor de sus músculos tensos y de su piel erizada como si hubiese sido rozada por los lémures. El rostro del amo estaba engullido por la oscuridad, pero Atia sabía que era él. Lo sintió en el estrépito de su corazón y en el frío de su rostro. No atinaba a entender lo que le sucedía, y no comprendió el porqué de su mudez, ni cómo la habían maniatado las tensas correas del miedo.

Intentó serenarse y encajar su mandíbula esclerotizada. Respiró profundamente y esperó que algo sucediera. Y él, como si lo hubiese sabido, comenzó a avanzar lentamente hacia ella, y un quejido gutural regurgitó de la boca de la muchacha, como si se ahogase.

—Debes tranquilizarte —le dijo.

Su voz era oscura y áspera y, cuando aquel hombre se sentó sobre un taburete junto a ella, Atia creyó que iba a morir.

—Quiero hablar contigo.

Ella no se atrevió ni a removerse bajo las mantas, y él observó aquella parálisis con la misma frialdad con la que la había tratado siempre. En ese instante, Atia percibió cómo la gasa de luz que atravesaba el habitáculo llegaba hasta el lecho como una revelación, como un destello del más allá.

—Sé por qué me temes, pero no voy a hacerte daño.

La esclava podía oír el silbido sordo de su respiración y el aroma acre de su sudor.

—Escúchame, por favor.

Su piel se erizaba hasta herirla.

—Quiero que olvides lo que le hice a tu padre. —El corazón de la muchacha tamborileaba con más fuerza, casi rabioso—. No puedo cambiar el pasado, lo único que puedo cambiar es el futuro. Creo que ya no soy el que fui. Sé que no soy él.

Ella seguía muda, pero iba recuperando su aliento lentamente. No solo se había acostumbrado a la penumbra, sino también al miedo.

—Sé lo que sucedió, pero también tengo la certeza de que no todo fue dolor entre

nosotros, Atia.

La esclava abrió desmesuradamente los ojos en la oscuridad, y una lanzada atravesó su corazón como lanceaban a los jabalíes en los bosques cercanos.

—Recuerdo pocas cosas, pero a ti no he podido olvidarte.

El odio burbujeó entre las paredes de su cuerpo y por sus venas volvió a agitarse el pasado. Por un momento había creído que Idalin le había advertido bien, que la germana no se equivocaba cuando decía que en el *dominus* aleteaba otro ser. Sin embargo, en aquel momento lo entendió todo mucho mejor. Aquel hombre era el de siempre, y le había preparado aquella estancia para poseerla como antaño.

El ánimo de la muchacha osciló del miedo a la desesperación, y supo que el amo no tardaría en arrancarle la ropa. No podía distinguir sus facciones, pero sí imaginar su mueca de placer, el jadeo de un deseo que acabaría vaciando sobre ella.

—Recuerdo que te amaba, Atia.

Inexplicablemente, en su voz había súplica y desconcierto, pero ella no podía reconocer más que el temor que la removía nerviosa e incómoda bajo su manta.

El amo dirigió su mano hasta su pelo, y la esclava sintió sus dedos rozando lentamente su oreja, recogiendo su cabello y sujetándolo detrás del cartílago de su piel.

La desesperación le latía cada vez con más fuerza, desbocada, incontenible...

—No debes temerme. —Casi le susurró una súplica—. Creo que él ya no volverá.

Pero Atia continuó sin contestarle y, sin poder reprimirlo, comenzó a temblar, hasta que Marco constató su pavor y alejó sus dedos de ella.

—No voy a hacerte daño, muchacha. Solo quiero que me digas qué sucedió entre nosotros. Solo eso.

A pesar de todo, la muchacha supo que debía enterrar sus palabras, porque de otra forma acabaría escupiéndole la bilis del desprecio, y todo sería mucho peor.

—¿Qué sucedió? —insistió él.

La esclava movió su cabeza sobre el jergón y buscó reconocer el tizón de sus ojos invisibles, lastimándola. Entonces no pudo contenerse ya más.

—No sucedió nada —acabó mascullando sin pensarlo—. Nada, amo.

Le hubiera dicho de buen grado que lo odiaba, y que todo lo que había sucedido era que se había cansado de forzarla hasta que el dolor le punzaba en el vientre. En lo más profundo de su ser, ansiaba eructarle todo su rencor, pero no le dijo nada más, y se propuso soportarlo con valor.

—¡Eres a la única persona que recuerdo de esta villa!

Silencio.

Marco Grato nuevamente alargó su mano izquierda hacia ella, y por primera vez la esclava recordó que su amo era diestro. Siempre lo había sido. Él le acarició el rostro hasta descender por su barbilla, y la confusión se apoderó de ella sin saber qué hacer. Aquel hombre no era el mismo, y aquello lo presintió con certeza en aquel momento, aunque esperó el momento en que la tumbara para echársele encima.

Pero no lo hizo. El *dominus* se puso en pie inesperadamente.

—No puedo suplicarte que me hables, y lo sabes. Y no voy a obligarte.

Ella apretó sus ojos con fuerza, aliviada, deseando que su presencia desapareciese para siempre, como cuando lo habían sepultado en el jardín durante el invierno, y ella sintió aquella paz drenando su vida. Y en aquel momento, Atia también ansió que la olvidara a ella, como había hecho con su mujer, y así poder espantar definitivamente aquel miedo, porque el recuerdo de su mezquindad todavía retumbaba en su memoria con asco, y el dolor del pasado le dejaba un regusto tan áspero en su boca, que le daban ganas de escupir. Por eso comenzó a tararear momentos cálidos con los ojos cerrados, como si aquella placidez pudiese alejarlo cada vez más, como si nunca hubiese sucedido lo de aquella noche, ni lo de otra cualquiera.

Y como si de un conjuro se tratase, al abrir sus ojos comprobó que su presencia se había esfumado en el silencio de la oscuridad. Ni un ruido, ni una sombra, nada del halo de su presencia. Todo estaba vacío, como si jamás hubiese sentido sus manos volviéndola a acariciar, como si ella no hubiese visto nada, como si no acabara de estar allí.

Apenas podía explicarlo.

La piel se le erizó sobrecogida, y se incorporó para constatar que estaba despierta. Su pecho tamborileaba todavía temeroso, vapuleado por aquel misterio que le tironeaba su razón.

No quería creerlo, pero acabaría haciéndolo.

Annia Publia recordaba perfectamente la chispa de aquel odio. Solo ella, y nadie más conocía el génesis de aquel veneno que fue infectando su matrimonio. Desde entonces había ido incubando su rencor en silencio, intentando que Marco olvidara a aquella mujercuela que se había encaprichado de él muchos años atrás, cuando de jovencitos veraneaban en Cosa, al norte de Roma, en la costa de Tirrenia. Su suegro, Valerio Grato, y el mismo emperador Vespasiano, eran oriundos de aquella ciudad, y Marco había crecido a la vera de su prima, la hija de su tío Marcio, hermano de su padre. Con Domitia se había iniciado en el amor, revolcándose a escondidas, con toda la impaciencia de la adolescencia, urgido por un desenfreno al que su prima se brindó como una hembra en celo.

Annia no podía saberlo con exactitud, pero aquella relación proscrita fue zanjada con el matrimonio de Domitia, quien fue unida con precipitación a un rico mercader de oro, plata y cobre proveniente de Hispania. Era viudo y casi le doblaba su edad. La *domina* no podía imaginar cuánto le importó a Marco aquella maniobra de su tío Marcio, solo supo que por aquel entonces él apenas tenía dieciocho años y que había sido destinado como tribuno en la Galia.

Sin embargo, Annia se enteró de todo aquello mucho tiempo después, hacía unos diez años, el día de su enlace con Marco Grato, un joven militar con aspecto gallardo y atractivo a quien había conocido a través de su padre, el exgeneral Publio Laberio Frugi. En aquel momento, a Annia le importó bien poco quién hubiese amado al que sería su esposo, recién nombrado cuestor en Lugdunum. Más bien, la joven Annia, siete años más joven que Marco, se sintió atraída por el prestigio y la prosperidad de aquel muchacho de carácter áspero, aunque solícito y encantador con ella. El mismo que apenas tres años después sería enviado como legado de la séptima legión en Dalmacia.

Pero la *domina* no tardó en descubrir la existencia de aquella mujer, aunque lo hiciese en el momento menos apropiado: el día de su matrimonio. Aquel día todo se había llevado a término tal y como había de ser. Annia se reconocía hermosa, vestida con una túnica blanca y recta, ajustada a la cintura con doble nudo, con un velo anaranjado sobre su cabello peinado con seis mechones reunidos con cintas en un exquisito moño, apenas visible entre aquel céfiro y la *palla* descendiendo desde la cabeza hasta la cintura. Coronándola, una aureola de flores, y a sus pies, unas sandalias igual de anaranjadas. Su riqueza brillaba con el oro de su collar y sus brazaletes.

En la *domus* paterna, toda la comitiva de amigos y familiares se habían apiñado frente aquel improvisado altar doméstico en el jardín interior. Frente al larario, el cuerpo expuesto de un cabritillo sin despellejar parecía un higo abierto, y el recuerdo

de Annia se embriagaba al recordar a aquella maestra de ceremonia derramando la sopa de espelta sobre el animalillo, mientras ella y Marco masticaban sonrientes la torta de trigo.

Todo había transcurrido impecable y los auspicios de la mañana habían sido de prosperidad. Por ello, los diez testigos que habían estampado su nombre en el contrato parecían jubilosos por el futuro de aquel matrimonio, y ambos se habían tomado de las manos para recibir la bendición de aquella *pronuba*. Luego, su padre había dispuesto diferentes manjares en un banquete al aire libre, entre esculturas, un par de fuentes y la columnata adornada con discos de mármol esculpidos y pintados con figuras de los dioses.

Fue durante aquella noche cuando comenzaron a desvanecerse los augurios, aunque todo se hubiese desarrollado escrupulosamente como marcaba la tradición, más allá de que la víspera de aquella *confarreatio*, Annia hubiese ofrecido sus muñecas a los lares de su antiguo hogar, tal como correspondía, bien dispuesta a iniciar una nueva vida limpia de todo mal. Todo había sido tal como había sido estipulado.

Pero ella apenas supo reconocer los signos de la desdicha.

Todo sucedió después de haber peregrinado en cortejo hacia la *domus* del Aventino, donde residirían hasta la muerte de su suegro. El camino desde su antigua morada lo hicieron cuando brilló la primera estrella. Pero Annia en aquel entonces no comprendió que la diosa Juno suspiraba por ella y, con su exhalación, las antorchas languidecieron entre los callejones de la ciudad, por más que los invitados coronados de hojas las agitaran con fuerza, como un estandarte luciendo ante su enemigo.

La oficiante la guiaba y la novia se dejaba arrastrar por dos niñas y un pequeño pícaro que portaba una tea de espino blanco encendida en el que había sido su hogar. Un manojo de flautistas despertó el júbilo de los vecinos que les lanzaban flores desde los balcones de las *insulae*, entre gritos obscenos y risas que clamaban por su fecundidad, mientras Annia no cesaba de avanzar saludando sobre el empedrado de basalto, mientras Marco se mantenía detrás de la novia, lanzando pequeñas monedas de bronce y algunas nueces para que la diosa Juno les enviase descendencia.

Hasta que alcanzaron el portón de la *domus*. Allí Marco empujó la tachuela de bronce y esperó junto a un umbral ataviado de flores y cintas de lana pendiendo de las jambas, por donde los invitados cargaron a la novia y la hicieron entrar en volandas para que no tropezara con la piedra del paso, signo de desdicha y estrechez, y Lucio entre ellos, jaleando aquella dicha, apenas todavía un muchacho.

Y llegó el momento de la consumación de la *confarreatio*, y la *pronuba* los condujo hasta el lecho acomodado visiblemente en el *tablinum*, entre una biblioteca cubierta de rollos de papiro y un ventanal que se abría a un jardín enmarcado por dos columnas dóricas. Y aquella noche, en aquel momento, cuando ya por fin estuvieron solos y Annia se desnudó por primera vez para él, fue cuando supo de la existencia de Domitia. Entregada y nerviosa, bajo aquel cuerpo nervudo que se esforzaba en amarla

con atropello y aturdido por los efectos del vino, él no supo domar su pasión y, mientras la joven *domina* lo abrazaba y se dejaba conducir al paroxismo, de pronto todo se esfumó.

—Domitia... —exhaló él olvidado del mundo, escalando aquel frenesí desbocado y sin haber sido consciente de la palabra que se había rasgado de su boca.

Aquella fue la primera vez que Annia Publia oyó aquel nombre, y la primera vez que la odió sin haberla conocido. Era tarde para parar, era inoportuno derrumbar aquel delirio que se convertiría en la primera semilla de su matrimonio, pero la *domina* sintió cómo se le desafinaba toda la pasión mientras el novio vaciaba su dicha.

—¿Quién es ella? —le preguntó inmediatamente después.

—No sé de qué me hablas —le contestó sin aliento.

El fuego de los ojos de Annia y su pronunciada mandíbula lo amenazaron en aquella media luz como un lobo en los bosques de la Galia.

—Acabas de nombrar a una mujer.

—He dicho tu nombre —titubeó él.

—No —sentenció ella—. No has dicho mi nombre.

—No sé lo que quieres decir. —Se mostró desconcertado—. ¿Qué te sucede, mujer?

—Se llama Domitia —insistió Annia—. ¿Quién es ella?

Y el semblante de Marco cambió y, como si hubiese comprendido, intentó acariciar el rostro de la muchacha. Pero ella no le dejó y sacudió su cabeza intentando esquivar cualquier contacto.

—Estás confundida —le dijo todavía algo mareado—. Olvídalo.

—¿Quién es ella?

—No es nadie, Annia —concluyó con voz firme—. Nadie.

Entonces la noche se apagó definitivamente, como si ya no hubiese estrellas. La *domina* todavía no sabía quién era aquella mujerzuela que acababa de enviudar y vivía en Roma. Annia solo podía intuir que la había estado viendo recientemente, pero no podría imaginar cuánto habría de temerle. Sobre todo aquella noche, con aquel intruso respirando en el *cubiculum* contiguo al suyo, y Lucio tan lejos de ella.

Habría de temerle mucho más de lo que había imaginado aún cuando estaba viva.

Después de aquella cuarta noche, el hálito del Hades pareció soplar como un torbellino sobre los vivos. Algo inexplicable comenzó a gestarse en la mañana de su quinto día en la villa, mientras Marco Grato deambulaba por su hacienda como un espectro al que ya no sabían cómo temer. Para él, los recuerdos de Judea estaban a punto de emerger como un cadáver a la superficie, aunque todavía no pudiese llegar a entender lo que estaba sucediendo dentro de su cabeza.

—¡Amo! ¡Amo! —lo sorprendió uno de sus esclavos—. Velina está muy mal.

Marco acababa de dejar atrás el *impluvium* donde grandes peces de piedra escupían agua en arcos que acababan por entrecruzarse, y se dirigía por un senderillo floreado de rosas, laureles y violetas hacia el rincón donde yacía su tumba. Allí estaba él, tallado en piedra, con un busto que parecía observarlo como un espejo, con una frase visiblemente esculpida para que todos la rezasen al verla: «Marco Grato siempre estará en los labios de los hombres».

Pero no pudo llegar hasta allí.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—No puede levantarse, amo. Necesita...

Esdras casi no se atrevía a proponerlo, pero había corrido hasta allí dispuesto a humillarse cuanto fuese necesario para salvarle la vida a la muchacha.

—Necesita un médico.

—¿Nadie puede ayudarla? —preguntó Marco.

—No, mi amo. ¡El niño no se mueve!

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro, amo.

—Llévame hasta ella.

El esclavo lo condujo hasta el cobertizo y allí la encontró tendida boca arriba, acomodada entre espuestas de esparto, arneses y herramientas terrosas y oxidadas. Todos los esclavos se habían reunido frente a ella, como si su murmullo fuese una súplica, como si aquella plegaria sirviese para conmover a la diosa Juno, la que debía ayudar a la primeriza en aquel trance. Mientras tanto, Velina miraba el techo con una lividez amoratada y sudorosa y su rostro parecía una luna brillante. Los otros esclavos, Helvio, Antio, Idalin y Atia se volvieron suplicantes al verlos llegar.

—Necesita un médico, amo —volvió a repetir Esdras nerviosamente.

Los quejidos de la muchacha eran roncros y contenidos, pero a veces se quebraban como una cítara rompe sus cuerdas entre ondulaciones tristes.

—Ella no quería, amo... Pero ya no puede más. ¡Por eso os he llamado!

El *dominus* se arrodilló sobre el herbaje que cubría el suelo, frente a la estera de cuero donde se tendía la muchacha. Su túnica había sido elevada hasta su pecho y la

colina de su vientre se elevaba pálida e inmóvil ante sus ojos.

—Necesita un médico —insistió la anciana—. El niño no se mueve, amo.

Un fogonazo tembló en su mente y, como si se estuviese proyectando allí mismo, por primera vez pudo reconocer los ecos de un mundo extraño y desconocido. Fue tanta la nitidez y tan inesperada, que aquel destello lo cegó por un momento, y todo comenzó a nublársele por un instante, como si una energía más poderosa que él mismo vibrara en su interior.

Marco no podía reconocer lo que le sucedía, pero en aquel momento también él tuvo la sospecha de que había traspasado un limen del que ya no podría volver.

Todos lo miraban silenciosos, sin atreverse a preguntarle qué le ocurría. Sin embargo, después de un tenso silencio, el *dominus* volvió a dejar que las palabras se tambalearan en su boca.

—¿Cuánto hace que no lo sientes? —Se dirigió a Velina.

—No lo sé, amo —le contestó sufriendo.

Y sin saber bien por qué e impelido por una fuerza que enervaba su conciencia, apoyó la mano derecha sobre el vientre de la esclava, y sintió el tacto duro y tibio de su superficie. Entonces, sin poder remediarlo, un mareo le hizo perder el equilibrio y lo tumbó hacia atrás.

—¡Amo! —le dijo Esdras, acuclillándose junto a él—. ¿Qué os sucede? ¡Por todos los dioses!

No podía explicarlo todavía, pero cerró los ojos como si le pesaran, esperando que aquellas pesadas losas comenzaran a astillarse.

Fue un silencio incierto y los esclavos no sabían qué hacer.

—¡Amo! ¡Amo! —insistió.

Marco se incorporó con la ayuda de Esdras, como un soldado se recupera en la batalla después de haber sido herido, pero nunca vencido.

—¡Sentaos, amo! —insistió, acercándole un taburete—. ¡Sentaos aquí!

—No es necesario... —le dijo, repasando sus cabellos desde su frente hasta su nuca, como si así pudiese masajear sus ideas—. No es necesario, Esdras. No hay tiempo. Esta muchacha puede morir... Su hijo ya lo ha hecho.

Esdras lo miró trémulo y expectante. En los ojos del *dominus* había decisión.

—¿Estáis seguro, amo? —le preguntó con pesar.

Sumido en un vaho inexplicable en su memoria, Marco intuyó que aquel sería el padre del crío, y sintió una sincera conmiseración por él, al tiempo que los hipidos silenciosos de Atia brollaban sobre su corazón hasta inundarlo, mientras Antio, Helvio e Idalin observaban la escena mudos y resignados.

—¡Puedo correr en busca de un médico a la ciudad, amo! —le suplicó—. Velina es demasiado joven para morir, y es una buena esclava. ¡No la dejéis morir! Por lo que más queráis, no la dejéis morir.

La mirada de Marco parecía ida, llena y vacía a la vez. No obstante, estaba atento a lo que sucedía a su alrededor y a las punzadas de su interior.

—Quiero que cumplas mis órdenes y que me traigas todo lo que te pida, ¿me entiendes?

El esclavo asintió atónito.

—¿Dónde está Mevio?

—Con la señora. —Se anticipó Idalin—. Iba a volver a acompañarla a la ciudad.

—¿Quién de los tres sabe montar?

Los esclavos se miraron confusos.

—Yo, mi amo —le dijo Antio—. Todos sabemos, pero yo soy el más veloz.

—Pues entonces quiero que vayas a los establos, ensilles uno de los caballos y que corras como el viento en busca de un médico. ¿Conoces a alguno?

—A Asclepiades, el que suele venir cuando la ama lo requiere.

—¿Sabes cómo encontrarlo?

Él asintió rápidamente.

—Dile que lo envíe llamar con urgencia y, si llegase a darte largas, dile que nunca más esta villa contará con él, que en Roma hay médicos de sobra. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Dile que traiga todo el instrumental que necesite para un parto —le ordenó decidido y seguro de sí mismo—. Y que no olvide traer opio o raíz de mandrágora. La necesitaremos para anestésicarla. Ahora corre, Antio.

Luego, mientras el esclavo se alejaba de aquel escenario con paso ligero, se dirigió a Atia, como si estuviese en el campo de batalla coordinando a sus tribunos para controlar las cohortes.

—Quiero que me consigas paños de lino blanco, un bacín con agua fresca y que, junto con Idalin, le humedezcáis su cuerpo. ¿Lo has entendido?

—Sí, amo —respondió cada vez más pasmada.

—Tú, Esdras, prepara maderas de olivo para un brasero.

—De acuerdo —asintió agradecido.

Luego Marco se volvió a arrodillar frente a Velina y, sujetando su mano derecha con ternura, le habló con una quietud sobrenatural, como si sus palabras fuesen un bálsamo para su espíritu.

—Tu hijo ha muerto, muchacha. Yo lo sé y tú también deberías haberlo sabido. Sin embargo, eso ahora no importa. Si no lo extraemos pronto de tu vientre, tu vida también corre peligro. ¿Lo entiendes?

La esclava asintió lastimeramente.

—Yo voy a ayudarte —le dijo con sus ojos oscuros clavados en su pena—, pero tendrás que soportar mucho dolor.

Idalin y Helvio permanecían en pie, mirándose absortos, sin atreverse a hacer ningún comentario. El *dominus*, mientras tanto, palpaba a la parturienta, como si estuviese convencido de lo que un médico debía hacer.

—Vamos a llevarla a la habitación que le preparasteis ayer, Helvio. La cargaremos entre los dos. Allí será todo más sencillo. —Y giró la cabeza para hablar

a Idalin—: Procura que todo esté listo allí, ¿de acuerdo?

—Sí, mi amo —le contestó atascada por la tos.

Marco mantuvo la mirada apuntándole y la germana percibió un nuevo brillo en él. Era como si quisiese comunicarse con ella, aunque sus labios sellaran lo que se estaba desatando en su interior.

En aquel momento, la anciana comenzaba a encontrarse muy agotada, como si supiese que su vida se le iba evaporando también. Pero Idalin todavía habría de vivir para confirmar sus sospechas.

En el *cubiculum* donde había pasado aquella noche, juntaron los jergones y colocaron a la esclava de través, por expreso deseo de Marco. Obligó a salir a los esclavos, desnudó a la muchacha completamente y las mujeres empaparon su cuerpo con paños tal como les había pedido el amo. Luego, el *dominus* les ordenó que sujetaran sus piernas para que la enferma no pudiese cerrarlas, y para elevarlas, bajo sus nalgas le acomodó varios cojines. De este modo, su entrepierna dilatada quedó expuesta frente a él, como fruto tajado y rojizo.

Ninguna de las esclavas se atrevía a decir nada. El *cubiculum* olía a olivo ahumándose desde el brasero, y el silencio se desafinaba entre quejidos que se extinguían lastimeramente, hasta volver a empezar. Jamás podrían haber imaginado a un general así, jamás podrían haber comprendido que el *dominus* se arrodillara como un médico para servir a una esclava.

Por eso la duda y el miedo latían muy juntos. Pero mudos.

—Creo que sé lo que hay que hacer. Dejad de temer —pronunció como si hubiese interpretado sus cavilaciones.

—No tememos, amo —mintió Idalin.

—Sí lo hacéis. Pronto llegará el médico y podrá atenderla. Confiad.

Sin embargo, como si una luz fuese iluminando algunos huecos de su extraña memoria, el *dominus* comenzó a entender que comprendía lo que sucedía y que sabía cómo intervenir a la parturienta. Era inútil que se preguntara dónde había aprendido aquellas nociones de sanador. Solo podía asegurar que a cada instante que pasaba se sentía más confiado en poder ayudar a Velina. Y así, siguiendo su instinto, Marco introdujo el dedo índice untado de aceite en la vagina, hasta alcanzar la matriz, justo en el momento en que el cuello estuvo relajado. La esclava se estremeció y él se espeluznó con todo su sufrimiento. Pero no podía evitárselo. Marco sabía que el opio y la mandrágora eran imprescindibles para soportar las puñaladas del dolor, aunque también sabía que no debía detenerse si quería que sobreviviera. Así, repitió aquella operación varias veces, hasta que, poco a poco, fue introduciendo su mano en aquella humedad viscosa intentando averiguar la posición del niño.

Entonces los alaridos de dolor atravesaron la villa.

El galeno llegó dos horas después cabalgando junto a Antio e irrumpió nervioso en el *cubiculum* con una talega de piel colmada de utensilios. Marco evitó tenderle su mano ensangrentada, e intentó limpiársela mientras hablaba con él. Se trataba de un hombre delgado, de mediana edad, con las patillas encanecidas y su cabello ondulado y desordenado, salpicado por hebras blancas que lo envejecían aún más. Su rostro no era agraciado.

—¡Estáis vivo! —exclamó el médico—. El esclavo no mintió. ¡Estáis vivo!

Marco le estrechó la mano y lo miró indiferente, sin ganas de explicarle nada.

—Vuestro esclavo me ha advertido de todo lo sucedido, y he venido todo el camino interrogándolo y dándole vueltas a algunos casos como el vuestro. Pero realmente es muy extraño.

—No habéis venido a hablar de mí...

—Oh, sí. Me llamo Asclepiades, y ya nos hemos encontrado otras veces.

—El niño está muerto —le dijo Marco, mirando hacia Velina.

—¿Estáis seguro? —le preguntó algo anonadado por la situación.

—Sí, lo estoy. He podido tocarlo, y no vive.

El médico se había situado frente a la esclava y se quedó observándola despatarrada, como un títere abandonado, desmontado sin sus cuerdas. Luego le devolvió la mirada a Marco, atónito, sin comprender.

—¿Habéis traído los anestésicos? —Se adelantó a preguntarle.

—Opio. Yo utilizo el opio, general.

Se volvió y buscó en su bolsa, de donde extrajo una vasija cubierta con un pequeño sudario y anudada con un cordel.

—Aquí está —dijo desatándolo.

—Yo mismo lo prepararé.

—Debe hervir primero...

—Sé cómo hacerlo. No os preocupéis —le dijo, buscando la salida. Luego se dirigió a Idalin—: Ven, mujer. Tú me ayudarás.

Tardaron muy poco, e Idalin siguió silenciosa las instrucciones del amo. Al volver con el brebaje, la anciana incorporó la cabeza de Velina y le hizo beber aquel líquido blancuzco, amargo y maloliente en un cuenco de barro.

—Esto te calmará —le susurró al oído, y Atia, Marco y el médico lo pudieron comprender perfectamente.

—Tardará en hacer efecto —agregó Marco—. Es mejor que cierres los ojos e intentes relajarte.

El médico estaba sentado en un taburete, frente a aquella caverna en donde había introducido la mano hasta empaparla de babas bermellón. Sobre una alfombrilla del suelo se extendía todo su instrumental, como si fuese a iniciar una tortura: un espéculo de cuatro valvas, pinzas, tenazas y unos ganchos.

—Necesito hablar con vos, general —le dijo incorporándose y conduciéndolo hacia el exterior, a la galería que rodeaba al *impluvium*.

Marco lo siguió.

—No sé cuánto precio le tenéis a esta esclava, pero debéis saber que esta intervención es muy riesgosa. Es probable que muera.

—Lo sé.

El médico titubeó y se rascó la barbilla con su muñeca, evitando el contacto de sus manos todavía manchadas.

—¿Cómo sabíais qué debíais hacer? —le preguntó algo incrédulo—. Ignoraba

que también fueseis médico militar.

Marco calló y volvió a sentir la fuerza de lo invisible arreciando su espíritu, rondándolo como un efluvio que no podía distinguir.

—La legión me ha enseñado algunas cosas útiles, y otras muy inútiles.

—Desde luego. Podéis jurarlo.

El médico sonrió, pero al instante mudó su expresión y bajó su cabeza algo incómodo.

—No estoy seguro de poder hacerlo —le confesó al fin.

El *dominus* se sorprendió y lo miró a los ojos.

—Es decir, no estoy seguro de conseguir que sobreviva, ¿me entendéis? Nunca lo he hecho. Nunca he tenido que asistir a una parturienta así... Estoy seguro de que la desangraré, general, y que acabaré sacando a ese niño a pedacitos. No sé cuánto aprecio tenéis a vuestra esclava, pero no es una intervención fácil. Creedme.

—Quiero que viva —afirmó—. Por ello estáis aquí.

—Lo sé, pero prefiero advertiros.

El fogonazo de un recuerdo incomprensible volvió a inundarlo como una noche de luna llena, pero esta vez a raudales. Entonces el pasado no era como pensaba, una penumbra cada vez más diáfana. Todavía no era capaz de encajar su vida, aunque comenzara a comprender que ya no era el mismo, tal como sospechó desde que pisó aquella villa, y que desde su interior latía una fuerza inverosímil que lo transformaba completamente.

—Lo haré yo, Asclepiades —le dijo finalmente el general Grato.

El galeno agigantó los ojos y lo miró desconcertado.

—¿Sabéis lo que estáis diciendo, general?

—Sí.

—No sé lo que podéis haber aprendido de mi oficio en estos últimos años, pero os aseguro que es una intervención muy complicada.

—Lo sé. Solo necesito vuestro instrumental.

Los ojillos del médico intentaban no perderse en aquel laberinto en el que estaban sumidos todos en aquella villa. No podía dejar de preguntarse qué era lo que estaba sucediendo, como si todavía no fuese capaz de digerir aquella demencia.

—No lo entiendo. ¡Por todos los dioses! No lo entiendo. Pero se hará como vos queráis. Al fin y al cabo, se trata de vuestra esclava. —Su tonillo se volvió irritante—. Podéis practicar con ella si lo deseáis, desde luego. Ahí dentro tenéis todo lo necesario.

—Voy a intentarlo, Asclepiades —le dijo, zanjando aquella decisión—. Vos no estáis seguro de salvarla, ni yo tampoco. Pero si tiene que morir, mejor que lo haga en mis manos.

—Ya os he dicho que es vuestra. Podéis practicar lo que os plazca con ella.

Volvieron a entrar en la habitación. El semblante del médico dibujaba un rictus incómodo, y las esclavas lo percibieron con temor.

—Si tenéis idea de lo que hay que hacer —le acabó diciendo Asclepiades—, os aconsejo que lo hagáis antes de que empeore.

Pero Marco negó con la cabeza.

—Voy a esperar a que el opio haga efecto. Vamos a evitarle un poco de sufrimiento a esa muchacha.

Y al escuchar sus palabras, Atia apenas pudo creer lo que estaba oyendo. ¿Qué pretendía el amo con todo aquello? ¿Por qué no podía permitir que la vida de Velina pendiese de la habilidad del médico? ¿Por qué? Y sin pretenderlo, volvió a resbalar sobre el miedo, pero esta vez por su compañera.

Idalin, mientras tanto, callaba. En su interior ya intuía que el espíritu que se escondía bajo la piel del amo estaba bregando para emerger completamente y desenmascarar su rostro oculto.

Velina había sufrido el efecto del estupefaciente. Tendida como una parturienta, pendulaba su cabeza boquiabierta, con los párpados cerrados y un errante gemido que a cada tanto se descosía de su boca. Atia e Idalin intentaban mantener abiertas las piernas de la paciente que se desplomaban flácidas y sin fuerzas. Sentado en el taburete, Marco tenía la mano introducida en la matriz de la mujer, con la entrepierna desgarrada solo unos dedos, mientras Asclepiades contemplaba de pie el empecinamiento de aquel hombre.

—Está atravesado, sin duda —recitó en voz alta Marco.

El galeno observaba incrédulo la pericia con la que se desenvolvía el *dominus*. Pero, a su derecha, el rostro arrugado de Idalin reflejaba una clara preocupación.

—Voy a colocarlo de cabeza —volvió a decir.

La montaña de su vientre oscilaba y Marco gesticulaba su esfuerzo. El lamento sordo de Velina era una melodía a la que ya se había vuelto insensible. El *dominus* intuía que aquella era la posición más ventajosa para un parto de aquella índole, y que al sujetar la cabeza con las tenazas debería ser muy cuidadoso para que el cuerpecillo no se partiese. Así, con destreza, consiguió introducir un gancho romo y sujetarlo en la órbita de uno de sus ojitos, tal como podía constatar con el tacto. Sin embargo, antes de tirar, se detuvo unos instantes.

—¿Qué sucede? —le preguntó el médico—. ¿Por qué os detenéis? Es ahora cuando debéis estirar.

—Lo sé, Asclepiades. Pero fijaos —le dijo, apuntando con su barbilla hacia aquella boca negra y ensangrentada—. El orificio del útero está contraído y podría desgarrarle la cabeza al niño. Hay que intentar evitarlo tal como me advertisteis antes.

El galeno asintió pasmado, algo avergonzado delante de aquellas esclavas.

—Esa era una de las dificultades a las que me refería antes. Es verdad —admitió—. Pero creo que vos ya habéis hecho esto en alguna ocasión, ¿no es cierto?

En ese instante, Marco Grato se volvió hacia Atia y la miró a los ojos con tristeza. La esclava no pudo soportar el yugo de aquella mirada misericordiosa, pero terrible a la vez, como si contuviese ecos de otro mundo, aquel de donde venían los manes, los *genii* y los lémures, aunque Idalin no pudiese asegurar de cuál de ellos se trataba.

—Es la primera vez que lo hago —dijo quedamente—. Al menos que yo pueda recordar.

Luego volvió a fijar su atención en la operación, sin la menor intención de explicarle cómo se iba rasgando su oscuridad. Marco sabía que, si se precipitaba, podía comenzar a generarle convulsiones y condenarla definitivamente a morir. Por ello continuó esperando, pacientemente, escuchando el delirio de dolor de Velina, hasta que pudo estirar con las tenazas sostenidas por su mano derecha, suavemente,

mientras con la izquierda se ayudaba para dirigir al niño con el gancho. Marco insistió cuidadosamente, hasta que la corona vellosamente negra del crío se asomó del todo. Pero no pudo evitarlo y, mientras se lamentaba en voz alta, supo que la había desgajado del cuerpo.

—¡Qué torpeza! —masculló.

Sin embargo, continuó tirando con las tenazas bien sujetas, hasta que estuvo completamente desprendida. Entonces Atia soltó un grito que ella misma reprimió llevándose su mano a la boca.

—Colocad aquel sudario en la canasta. —Se dirigió al galeno.

Asclepiades lo hizo y Grato posó la cabecita ensangrentada dentro. Tenía los ojitos cerrados, como si durmiera dolorosamente ausente.

—No te inquietes —le dijo a Atia—. No ha sufrido nada. ¡Ya estaba muerto!

La mirada de la esclava continuaba de acero, pero la ponzoña del rencor parecía diluirse en aquella habitación. La hija de Abel comenzaba a comprender que era inútil aferrarse a su pasado, porque aquel hombre que ella había conocido parecía haber vuelto transformado del desierto. Ya no era el mismo. Lo sintió aquella noche y en aquel momento también.

—Debéis tener mucha pericia. —Le acabó por decir el médico—. Habéis de aseguráros de que no quede ninguna parte del niño dentro.

Marco se giró y asintió, pero en ningún momento cedió en su decisión de acabar con aquella extraña intervención.

—Creo que el resto del cuerpo podré extraerlo entero, Asclepiades.

Luego miró a Velina, evaluando su estado. Su rictus de paciencia y dolor impresionaron a Marco que esperó a que Idalin le humedeciese nuevamente su cabeza y le susurrase algo al oído.

—Queda poco —se atrevió a decir en voz alta el *dominus*.

Ante la expectación de todos los que se hallaban en la habitación, alumbrados por un candil y un pequeño ventanuco, Grato se propuso continuar. Se levantó, limpió el gancho con un paño hasta dejarlo ensangrentado, y luego se lo pasó al médico, quien se ofreció para purificarlo con el agua de una jarra de barro vertiéndola sobre un bacín. En aquel momento, Asclepiades ya había superado su incredulidad y oscilaba entre el respeto y la admiración. ¡Aquel general había participado en la guerra de Judea junto al emperador y era capaz de operar a su esclava con manos de experto! Ignoraba cuál era la destreza de los *medici legionis*, y si Marco Grato había aprendido algo de ellos, pero no podía dejar de asombrarse ante lo que veían sus ojos.

—Aquí tenéis —le dijo, devolviéndole el instrumental.

Marco asintió con un ademán de aceptación y volvió a introducirse en la matriz cuando el cuello estuvo relajado y, decidido, localizó la axila del pequeño, la enganchó y comenzó a tirar poco a poco.

Entonces la puerta se abrió abruptamente, como azotada por un vendaval, y las esclavas se quedaron hieráticas. Marco apenas se giró para ver lo que sucedía, sin

poder desconcentrarse de su quehacer, pero imaginó a Annia Publia repasando perpleja aquel ambiente que humeaba olivos desde un brasero, sin palabras. Esdras la había puesto al tanto de lo que sucedía allí dentro, pero jamás esperó encontrar aquello.

—¡Annia Publia! —Avanzó hacia ella Asclepiades—. Vuestro esposo lo está haciendo con gran habilidad. —Y al decirlo, lo manifestó con admiración—. ¡Jamás pude imaginar su destreza!

Pero ella lo ignoró y se quedó observando absorta a aquel hombre.

—¿Qué estás haciendo, Marco? —le preguntó con un hilo de voz—. ¿Qué haces asistiendo a la esclava?

El débil y espinoso comezón de la *domina* parecía crepitar como una hoguera. El *cubiculum* fue aplastado por un silencio solo desentonado por los débiles lamentos de la parturienta. Pero Marco no se volvió, y continuó manipulando el gancho y extrayendo al niño.

—¿Te he hecho una pregunta, Marco? —insistió nerviosamente, sin poder domar su enajenación.

—¿Acaso no lo estás viendo? —le contestó con desdén—. El niño ha muerto y la esclava puede morir también.

A la *domina* le temblaban los labios. Todo su recelo, todo su reparo, todo su miedo... Y se le erizó la piel. No solía llorar, pero sintió el ardor de las lágrimas vidriando sus ojos. Entonces inspiró profundamente abriendo su boca para que el aire fluyese hacia sus pulmones hasta henchirlos. No quería demostrar su debilidad en público, ni que supiesen que aquel terror que sentía la estaba maniatando como las enredaderas trepaban por los muros de la villa.

—¡Tú no eres médico, Marco! —Le surgió de la boca, como un suspiro, como si ya hubiese sido aletargada por una certeza a la que ya no podía negarse.

El *dominus* calló y meditó un momento.

—En la guerra se aprenden muchas cosas, Annia.

La *domina* estaba inmóvil. La tensión oprimía aquel instante y nadie osó manifestarse de ninguna manera. Su esposo volvió a retomar su quehacer, y tiró del gancho debajo de aquel bracito todavía invisible, hasta que el cuerpo comenzó a surgir decapitado, como uno de los pequeños hijos de Saturno, ensangrentado entre las fauces de su padre, que entonces se trataba de la entrepierna de una esclava. Así, Marco insistió meticulosamente, deteniéndose en cada contracción, paciente y decidido.

—Presionad su vientre con fuerza —le ordenó al médico—. Como en un parto normal, Asclepiades. Me entendéis, ¿verdad?

—Desde luego —contestó algo molesto.

El galeno obedeció como un aprendiz, registrando con humillación cada uno de los detalles de aquella intervención, hasta que, pasado un tiempo, consiguieron extraer al pequeño completamente.

Annia se apartó repugnada y se dirigió hacia la puerta silenciosa, pero esta vez sin atravesarla completamente.

Marco dejó el tronco del niño junto a la cabecita en la canasta de esparto y lo envolvió todo con el sudario que, rápidamente, se tiñó de granate.

—Vuestro marido es un gran médico, Annia —se atrevió a decirle Asclepiades incómodo—. No lo juzguéis mal. Ha hecho un gran trabajo.

La *domina* escuchó aquella afirmación cabizbaja y aturdida, como si ya nada le pudiese impresionar, y atravesó el umbral callada, cerrando la puerta tras de sí. Entonces el galeno comprendió que algo extraño y oculto estaba sucediendo allí mismo, aunque él no fuese capaz de comprenderlo.

—Aseguraos de vaciar todo, general —le recordó una vez más.

—Así lo haré.

—¿Queréis que cosa yo? —preguntó el galeno, ya algo incómodo.

Marco, extrayendo todos los restos de la placenta como moluscos sanguinolentos, miró nuevamente a Atia, y esta vez pudo comprender que la muchacha ya no lo despreciaba con miedo.

—Hacedlo —le contestó el *dominus*—. Pero aseguraos de ligarlo todo bien.

Luego salió de aquella habitación agotado, transpirado por la tensión y con las máculas de sangre ensuciando su túnica, aunque iluminado. Sabía de sobra que la vida de aquella esclava se tambaleaba en el mundo, condenada a infecciones que solo la fuerza de su naturaleza podría resistir. Quizás muriera, pensó, pero él ya nada más podría hacer para salvarla.

Entonces, de pronto se detuvo a recordar y su memoria fluyó a borbotones. Lo reconoció meciéndose entre sus pensamientos: era un médico, se llamaba Adael y vivía en Jericó. Y supo con certeza que lo que había hecho había sido el fruto de sus hábiles manos. Un resplandor de recuerdos lo fue cegando mientras intentaba reconocer quién era y cómo había llegado a inmiscuirse en su vida. Cerró los ojos y se sumergió en su interior para hallar la verdad, desesperado por asir aquella perla que le devolviese el sentido a su existencia, arañando su presente, hasta que en las profundas aguas de su mente halló a aquel judío materializándose cada vez más, como desde hacía unas horas.

Casi pudo sentir aquella brisa caliente y seca agrietando su rostro, casi pudo saborear aquel bálsamo salitre que emanaba el mar de Sal tintado de un azul turquesa esperanzador. El cielo era un vapor espeso y ocre, una inmensa nube de arena que cubría el desierto. Repasó con su memoria aquel pedregal arenoso y yermo, y pudo divisar aquellas montañas rojizas afiladas por el viento junto al poblado, y supo que el médico de Jericó yacía allí, bajo un montículo de piedras.

Todavía aturdido por la luz de su memoria, estuvo convencido de que se había llamado Adael, y que su tumba estaba en el desierto.

SEGUNDA PARTE

EL ENIGMA DEL DESIERTO

Adael había heredado la destreza de su padre desde muy niño. Su primera lección había sido que los médicos eran servidores del alma y que, para ser un buen sanador, no bastaba con ser un buen cirujano y coser y hacer sangrías como los médicos militares. Aquello no era suficiente si no comprendía que el alma del mundo estaba omnipresente en todas las cosas, uniéndolo todo, vivificándolo todo. Demetrio, su padre, lo llamaba *pneuma*, y le enseñó que llegaba innatamente al hombre a través de la respiración y se desarrollaba con el calor vital que se alborotaba bajo la piel. Muchos curanderos lo ignoraban, pero el *pneuma* se repartía desde el corazón y, a través de los vasos, era conducido por la sangre fluyendo por las arterias. Lo único que mataba era su ausencia, porque él era el que alentaba las ideas del cerebro, y el que lo encendía todo, y el que lo apagaba todo.

Tenía apenas diez años cuando lo escuchó por primera vez. En aquel entonces, a Adael le goteaban los lagrimones sobre el sepulcro de su madre.

—Cuando el espíritu de todas las cosas te deja, somos como muñecos movidos por el viento. Pero tu madre no fue abandonada por ese aliento, sino que ella misma se fue convenciendo de que no era digna de que el espíritu de Yahvé habitara en su interior, y lo dejó escapar.

—¿Y ahora dónde está? —preguntó él—. ¿Ya no se encontrará con Él?

Demetrio acarició la cabecita del niño e inspiró el aroma de los olivos plantados junto al camino.

—Yahvé protege a todos sus hijos, y tu madre era una hija muy querida.

El niño lo miraba encogido, acucillado sobre la tierra rojiza bajo la que yacía ella. En aquel entonces, Adael ya sabía que debía callar, que había cosas que era mejor no mentar, cosas que debía espantar de su memoria, como los miedos y los espíritus extraños. Sin embargo, nunca podría olvidar los ojos blancos de su madre, tendida sobre los mosaicos de su casa en Jerusalén, flotando en un charco de sangre que fluía de sus muñecas. No hizo falta que nadie le explicara que aquello estaba prohibido, y que debía callarlo.

Y así lo hizo, y hasta lo enterró en su corazón.

—Tú eras lo que más quería, Adael. No lo dudes.

—¿Y por qué lo hizo? —le dijo llorando, con sus ojos clavados en el sepulcro.

—Ya te lo he dicho —le contestó sin dejar de acariciarlo—. Por algún motivo ella dejó de respirar el espíritu que inunda todas las cosas, y dejó de vivir antes de tiempo.

—¡Yo la quería! —Hipó entre sollozos.

—Y ella también a ti.

—Entonces, ¿por qué se ha ido?

Pero Demetrio no pudo contestarle. Solo pudo arrodillarse junto a él y abrazarlo

como si fuese su coraza.

—Ella no se ha ido, Adael. Créeme, velará por ti lo que quede de vida. Ya lo verás.

Aquella fue la primera vez que el niño creyó en la existencia material de los espíritus que aleteaban por el mundo, aunque tardara muchos años en percibir la presencia de lo intangible. A pesar de todo, en aquel momento jamás podría haberla reconocido sobrevolando su vida porque se sentía demasiado culpable. A Adael le costó mucho comprender que era la cizaña la que había ido emponzoñando el interior de su madre, y no él. Por ello abandonó la infancia trillada de remordimientos por no haber sabido hacerla feliz, y creció mecido por la tristeza, a la sombra de un padre que lo desarraigó demasiado pronto de todo lo que había conocido hasta entonces.

Demetrio, que había llegado a Jerusalén desde Asia para probar fortuna, abandonó el ajetreo de la ciudad con el mismo desapego con el que se había alejado de su tierra. La vergüenza y las murmuraciones sobre el trastorno de su esposa lo acabaron conduciendo hacia Jericó, aquel oasis en el desierto, manchado de un verde aderezado de palmeras, sicomoros, rosas, naranjales y limoneros. Allí, el padre cobijó a su hijo en un mundo de ciencia, brebajes y curaciones. Pero lo alejó del mundo.

Demetrio se propuso formarlo de la misma manera que su padre había hecho con él y, a la vez, su abuelo con este. Habían pasado muchas generaciones para que él llegase a ser un sanador honrado y respetado y, aunque bien era verdad que años atrás Julio César había promulgado una ley para obtener la ciudadanía al ejercer su profesión en las grandes ciudades, al padre no le importó refugiarse en Jericó si allí podía encontrar su lugar y legarle a su hijo el tesoro que él había recibido.

Entre las sombras del dispensario que construyó su padre, el muchacho aprendió a hurgar entre los cadáveres, como el vendimiador prensaba la vid para extraer el vino. Demetrio le había enseñado que solo se podía aprender abriendo los cuerpos, aunque no pudiesen profanar a los muertos. Por eso lo adiestró en su oficio diseccionando monos, a los que ahogaban en agua para no afectar ninguna de sus partes, y así arrancarles la piel lentamente sin que pudieran gritar. De esta manera, Adael pudo conocer las venas, ese canal musculoso, húmedo y cálido por donde fluía la sangre y el espíritu del hombre, y constatar que el corazón, el hígado y el cerebro eran órganos esenciales para la vida humana.

Con su padre había aprendido casi todo lo que sabía, y por ello había llegado a conocer los múltiples males que afectaban a los hombres: letargos, convulsiones, espasmos del tétanos, epilepsias, apoplejías, hinchazones, paraplejias, el cólera, la ictericia, la cefalea, el asma, la diarrea, la gonorrea, la disuria, la ciática, la erisipela, las lesiones oculares, la sarna, las osteopatías, junto con los traumatismos, fracturas, luxaciones...

Adael llegó a su juventud con una habilidad que solo carecía de la experiencia de Demetrio, pero que no había acabado de hacerlo feliz, porque desde que había abandonado Jerusalén jamás había dejado de sentirse vacío.

—Iré al desierto, padre —le dijo un día.

—¿Qué estás diciendo?

—Partiré mañana con los hombres que venden sal en el mercado.

—¿Con los esenios?

—Sí, padre.

—Esos ilusos viven enterrados en vida. ¿Acaso te has vuelto loco? Eres un médico excelente, y con un futuro magnífico allá donde vayas.

—Ellos conocen a Yahvé.

—Yo también lo conozco, Adael, y para ello no necesito vivir escondido de todos.

—Ya he tomado la decisión, padre. Ayúdame aceptándola.

El médico sintió que la vida volvía a desafinarsele como una cítara mal ajustada. Había sido sin pretenderlo, tal como uno percibe la brisa, que a veces viene del norte y otras del sur. No podía retenerlo, y tuvo que resignarse a verlo partir, porque aquella prédica silenciosa y solitaria de la secta del mar de Sal caló en el corazón del muchacho como una semilla da frutos en un pedregal.

Así, Adael se obstinó en aquel erial rojizo junto al salitre del mar, y pasó varios años a la sombra del calor, de la oración y los tinteros. Se convirtió en un asceta entregado al estudio y a la redacción de manuscritos de la ley, y solo dedicó las habilidades sanadoras que le había enseñado su padre para ayudar a los hombres de su comunidad. Renunció al mundo y creyó que la sociedad se había olvidado de él, pero cuando pensó que jamás sería capaz de volver, en su existencia brilló el pasado de una manera inexplicable.

Y regresó a Jericó.

Entonces ni los ancianos pudieron convencerlo para que volviese al desierto. Adael desanduvo el camino trazado muchos años atrás y llegó a su casa donde su padre yacía postrado, y ya muy grave. Solo tuvo que empujar la puerta de cedro y esta cedió sin resistencia. Él que había sanado a tantos, ya no pudo hacer nada por él mismo, y su hijo al verlo sintió el agujoneo del remordimiento por haberlo abandonado a su destino.

—¡Padre! —exclamó.

—¿Quién eres? —respondió con la mirada vacía y tendido sobre el jergón con su frente perlada de sudor.

—Soy yo, Adael.

Su aspecto era febril y macilento.

—¡Adael! ¡Eres tú!

—¿Qué te sucede, padre?

—Sabía que vendrías... —le dijo él—. Solo estaba esperándote para morir en paz.

Adael desnudó a su padre, humedeció su cuerpo con un paño e intentó analizar qué le sucedía.

—No puedes alargarme la vida, muchacho. Sin embargo, sí puedes perdurar la

mía.

Lo miró conmovido. Su cuerpo se había consumido y estaba ciego.

—Tus manos son las manos de Yahvé, Adael. Nunca lo olvides. Ese es tu oficio. Ha llegado la hora de que vuelvas.

Su hijo le acarició el rostro como Demetrio había hecho con él desde niño, con mansedumbre y ternura.

—Prométemelo, Adael. No puedes malgastar el don que se te ha dado.

—Siento haberte abandonado como lo hizo mi madre.

—No tienes nada que sentir. Solo tienes que recordar que tu oficio es una dádiva que has heredado, y que no puede esconderse bajo la tierra o lanzarla voluntariamente bajo el mar. Prométeme que regresarás. Solo necesito saberlo para morir en paz.

La emoción hirvió por todo el cuerpo de su hijo, quien abrazó a su padre arrepentido de aquella distancia que había interpuesto entre los dos.

—He venido a quedarme, padre. Ella me pidió que regresara.

La piel del médico se erizó y una sonrisa iluminó su rostro.

—¿De quién hablas?

—Ella vino a verme, padre. La he visto varias veces, pero nunca como hace unos días. Tenía las muñecas cicatrizadas y parecía como si no hubiese muerto. Habló conmigo como estamos aquí ahora los dos. Me pidió que dejara de sufrir y que volviese junto a ti para quedarme contigo.

—¡Era tu madre!

—Sí —dijo Adael asintiendo.

—Te dije que velaba por ti... Te lo dije, ¿lo recuerdas?

—Sí, padre, lo recuerdo.

Lo había creído desde pequeño, después de la muerte de su madre, pero lo acabó constatando durante aquellos días. Se trataba de la existencia material de los espíritus, aquello de lo que no era conveniente hablar, aquello que era tan visible como inaudito.

—Ella me sacó del desierto, padre.

Y el médico sonrió. La vida estaba tallada por momentos inexplicables.

—Háblame del pasado, Idalin —le pidió a la anciana liberta—. Hay cosas que nunca podré saber.

—Hace mucho que os vi crecer, mi amo.

—Deja de llamarme amo. Te lo ruego, ya no lo soy.

Ella intentó hablar, pero cuando iba a hacerlo, tosió insistentemente y se le atoraron las palabras. Llevaba tres jornadas empeorando, como si el parto de Velina hubiese sido el detonante de aquella afección. El *dominus* la miró con piedad, tendida en su camastro boca arriba. La liberta yacía con fiebre, con una opresión en el pecho, aunque sin dolor. Marco sabía que se trataba de la inflamación de los pulmones, quizás a causa de una vida recostada en el suelo. Por eso la obligó a recluirse en su habitación sin importarle la opinión de Annia.

—¿Te duele? —le preguntó, palpando su pecho.

—No —respondió ella.

El pulmón era blando y esponjoso, insensible, porque sus nervios pequeños y delgados no servían más que para el movimiento. Solo podía haber dolor cuando también enfermaban las membranas que lo cubrían, y Marco aquello ya lo sabía muy bien.

—¿Qué queréis saber? —dijo, intentando reponerse.

—Quiero saber si él solo fue un desalmado.

Los párpados arrugados y cansados se abrieron con esfuerzo para contestarle, como si la liberta germana pretendiese captar los destellos de la verdad.

—¿Quién sois vos?

Marco le devolvió la mirada a sus ojillos enfermos, y atravesó su alma con un chispazo incomprensible para ella. Solo supo que su chasquido resonó en su interior.

—Eso no importa, Idalin.

—A mí, sí. Quiero saber si habéis venido a buscarme.

Marco calló durante unos momentos rumiando en su interior, y luego asintió con bondad en sus ojos.

—Háblame de tu amo —insistió—. Por favor.

El aliento le quemaba y la respiración se le hacía difícil. Por eso se movía inquieta para encontrar una mejor postura. El *dominus* la estudió con semblante preocupado y decidió ayudarla a incorporarse.

—Así respirarás mejor. Hazme caso —le dijo, estirándole una mano y ayudándola a que su espalda se sostuviese entre un cojín y el muro.

El rostro de Idalin comenzó a encarnarse, como si el esfuerzo también la afectara.

—Debes comer, mujer —le dijo él—. ¿Cuánto hace que no pruebas bocado?

—Ya no tengo hambre.

—Debes comer, ya lo sabes. Si no, morirás pronto.

—Habéis venido a buscarme. ¿Qué importa ya?

Marco le acarició sus cabellos encanecidos.

—No quiero que te vayas todavía.

—Ya es demasiado tarde, deberíais saberlo.

El general suspiró y cerró los ojos como si orara, e Idalin lo observó con alivio.

Junto a ella, tumbada en el otro camastro, Velina luchaba por sobrevivir. La fiebre también aturdía a la esclava. Sus heridas no solo debían cicatrizar, ella también debía esquivar las infecciones que podían arrastrarla con sus pesadas cadenas hacia la muerte. Pero los dos sabían que estaba ausente.

—Velina se quedará aquí, ¿verdad? —le susurró—. Es mi hora, no la de ella.

Marco la miró compasivo. Aquella muchacha era fuerte y él comenzaba a creer que vencería su extenuación, aunque fuese demasiado pronto para asegurarlo. En aquellos tres últimos días, desde que había sido intervenida e Idalin había enfermado, el general había ordenado a Atia una dieta especial para ambas, pero sobre todo para Velina. El *dominus* había propuesto un régimen con carnes saladas y asadas, condimentadas con mostaza, aceitunas verdes aderezadas con sal, y siempre acompañadas de vino. Y que, pasados tres días, añadirían pescados frescos, pan y verduras, que pensaba podían ayudarlas a fortalecerse. Además, el mismo Marco había ayudado a Atia a humedecer el cuerpo de la muchacha con paños, hasta que la propia esclava pudiese ser conducida para recibir un baño, algo que jamás había sucedido en aquella villa con una esclava. Por ello, el *dominus* sabía perfectamente que Annia ya lo odiaba. Recordaba que le había exigido que si la vieja no se levantaba pronto, debía ir al mercado a comprar una nueva cautiva que pudiese dirigir los fogones, porque Atia ya no podría con todo. Tanta consideración con las esclavas no solo era algo que irritara a la *domina*, sino que alteraba el ritmo de la villa. Para Annia, desde su regreso, todo parecía desmoronarse a su alrededor, y él ya lo sabía.

—Yo ya no tengo fuerzas —le dijo Idalin.

—Pronto partirás. Serénate. —Y volvió a acariciarla.

—¿Por qué no queréis decirme vuestro nombre?

—Porque no importa.

—Decidme si sois el resucitado de los judíos. He oído hablar de él. En Roma, los esclavos también le rezan. Es el único que regresó de entre los muertos.

La liberta miró al *dominus* a los ojos, y Marco comprendió que en ellos no existía el miedo y el desprecio que albergaban los de su esposa. En ellos no había más que un anhelo que no sabía cómo satisfacer.

—No importa quién sea, Idalin. Solo que estoy aquí.

La mujer intentó inspirar hondamente y guardó silencio.

—Vuestra esposa os teme. Ella también sabe que es otro el que ha vuelto.

—Lo sé.

Idalin lo miraba feliz, como si ya se estuviese deslizando irremisiblemente hacia

otro mundo. Sus ojos eran rescoldos de una vida que se consumía.

—Ojalá hubieseis venido a buscarme antes.

Marco sonrió por primera vez. Era una mueca blanda y benévola, como la de un padre hacia un hijo que comienza a descubrir la verdad de las cosas. Ella intentó tocarlo y lo rozó con los dedos.

—Sé que este es el cuerpo del amo, pero él ya no sé dónde está. Quizás esté todavía vagando por el desierto, quizás en el Hades. ¿Quién puede saberlo? Solo creo que el espíritu que está en vos ha venido a buscarme y a hacer justicia.

El *dominus* la miró fijamente.

—¿De qué justicia me hablas, mujer?

—De la joven Domitia... Vos lo sabéis.

Marco se quedó desmenuzando pensamientos que se enlazaban en su cabeza.

—Háblame de ella.

Entonces Idalin volvió a toser con languidez y llenó de aire sus pulmones enfermos.

—En ella he pensado muchas veces, y por ella he rezado todos los días ante el larario. Se llamaba Domitia, Domitia Sulla. Ojalá haya venido a perdonarme.

Marco la miró con compasión.

—Hace mucho que lo he hecho, Idalin.

Había sucedido hacía más de seis años, pero Annia Publia podía reconstruirlo como si volviese a suceder entonces. A Domitia nunca la había visto hasta aquel día, pero su presencia había sido una sombra levitando en su matrimonio. Ni en Dalmacia ni en Roma, Marco jamás le había mentado su presencia, así como tampoco Annia le había llegado a desvelar todas las averiguaciones que había obtenido sobre sus veranos en Cosa, en la costa de Tirrenia. Domitia era un espectro que bullía silencioso entre sus vidas, como si nunca hubiese existido para él, como si nunca hubiese existido para ella, como si aquel nombre que Marco le había suspirado en su noche nupcial hubiese sido enterrado en la memoria de ambos.

Pero no había sido así. Aunque Marco no lo sospechase, no había sido así. Por eso cuando Annia desenmarañó toda la verdad, aquella saña acumulada durante años se le reventó muy dentro, como si una de sus arterias vertiese veneno por una herida invisible, y se ofuscó de tal manera que casi no fue capaz de comprender sus actos. Todo había sucedido inesperadamente aquel día de *maius* del año 63, cuando la conoció por primera vez.

Annia todavía no comprendía de dónde había arrancado el valor aquella mujer, solo sabía que se había presentado en la villa acompañada por un esclavo. La *domina*, cuando Abel le anunció su presencia, apenas tuvo fuerzas para sostener el cálamo con el que estaba escribiendo y, con un movimiento rápido y nervioso, volcó el tintero sobre su escritorio, manchando el papiro sobre el que trazaba sus cuentas.

—¿Domitia Sulla?

—Así me dijo, mi ama. Domitia Sulla —le comunicó su esclavo.

Annia miró el estrago oscuro tiñendo sus láminas y un pellizco en el estómago le auguró la desdicha.

—Condúcela hasta aquí. La recibiré.

Cuando la vio entrar en el *tablinum* aquella mañana, Annia pudo reconocer a una mujer hermosa, vestida con una estola de seda color cobre y con un cinturón ajustado al pecho realzando sus curvas firmes. Sus rizos dorados enmarcaban un rostro lozano, iluminado por dos zafiros azules y redondos que, cuando la joven sonreía, le daban a su rostro un aspecto perfecto. Además, aquella patricia deslumbraba con sus dos brazaletes de oro, donde se había tallado las cabezas de dos serpientes enfrentadas, con los ojos esmeralda, y en sus lóbulos lucía pendientes en forma triangular, ataviados con perlas, mientras que en su fino cuello, una alhaja de oro con la imagen de la diosa Isis llamaba la atención de quien la mirase.

—Es un placer conocerte, Annia —le dijo, exhibiendo sus dientes nacarados y alargándole la mano.

La *domina* forzó una sonrisa, intentó tragar su odio e intentó ser amable

devolviéndole el saludo.

—Prepara las cosas para refrescar a la señora —le dijo a Abel.

—No es necesario, Annia. No ha sido tan largo trayecto...

—No importa —la interrumpió—. Eres mi invitada, y en mi casa es costumbre ser serviciales con todos.

—Eres muy amable —le contestó, sentándose en uno de los sillones del *triclinium*—. Ya me habían hablado de tu cordialidad.

La *domina* se mordió el labio inferior, como cuando se ponía nerviosa, y prefirió callar.

Con una habilidad ya entrenada, en un instante, Abel desató sus sandalias y, con una jarra de plata, vertió el agua fresca sobre sus pies níveos. Primero lo hizo con uno y luego con el otro, mientras las gotas llovían sobre una jofaina.

—¿A qué se debe tu visita? —le preguntó mientras su esclavo manipulaba sus pies.

—Es una larga historia, Annia. No sé por dónde empezar... —La mujer titubeó—. Quizás Marco te haya hablado de mí alguna vez.

La *domina* la atravesó con la mirada y meditó rápidamente su respuesta. Luego fue sincera y tajante.

—Nunca lo hizo. —Su mirada era desafiante—. Hay cosas que nunca se hablan. ¿No crees? —concluyó.

Domitia sonrió incómoda, pero continuó como si no hubiese sido aludida.

—Crecí junto a Marco. Soy hija de Marcio Sulla y viuda de Rustio Rufo, quien murió inesperadamente hace cuatro años.

—Siento tu pérdida —le dijo asintiendo con la cabeza.

—Te lo agradezco, Annia. Sin embargo, mi matrimonio con aquel hombre fue una imposición de mi padre cuando todavía no tenía los dieciocho años. Rustio era demasiado mayor para mí y nada apropiado para una niña de estos tiempos. Más aún cuando yo amaba perdidamente a otro hombre. Pero la voluntad de mi padre se impuso y yo tuve que obedecerle. Era un hombre obstinado en las costumbres arcaicas de nuestro pueblo, como si todavía viviésemos en tiempos del rey Numa. A aquel matrimonio solo le debo mi prosperidad e independencia actual, ya que, aunque no he vuelto a casarme, mi padre vive conmigo, pero demasiado envejecido como para imponerme su voluntad.

La *domina* agigantó sus ojos, asombrada. Desde su matrimonio, ella ya había procurado recabar información sobre aquella mujerzuela, y todo lo que le había dicho ya lo sabía. Todo, menos la sospechosa muerte de su marido. Aquel era un rumor que Annia no podía constatar, pero que a ella no le costaba nada creer. Sobre todo en aquel momento, al convencerse de la osadía de aquella víbora que se había arrastrado para confesarle con tanta sinceridad toda su ignominia, así como la vida libertina que llevaba.

Annia calló y la dejó continuar.

—Sería difícil que comprendieras la amistad que me unió a Marco cuando éramos niños, y también ya muy jóvenes.

La *domina* soltó el latigazo de su mirada hacia Abel, todavía arrodillado ante aquella inesperada huésped. Entonces la mujer reaccionó pronto, sabedora de que las palabras de Domitia acabarían comprometiéndola delante de sus siervos.

—Retírate ya mismo —le ordenó.

Y el esclavo se levantó con agilidad y se esfumó entre pasos ligeros, dejando el efluvio de su sudor tras de sí.

—No entiendo qué quieres decirme, Domitia Sulla. —Se dirigió a ella, molesta por primera vez.

La invitada se recostó sobre su sillón y le devolvió a Annia una mirada insegura, pero decidida.

—Fueron los años más felices de mi vida, Annia... Junto a Marco. —Hizo una pausa, y luego agregó—: Nos queríamos.

La *domina* no podía creer lo que escuchaba. El pasmo aletargaba sus palabras, pero su boca acabó explotando indignada.

—¿Qué me importa a mí todo aquello? ¡Eso fue hace mucho tiempo, Domitia Sulla!

—No fue hace tanto tiempo.

Su voz se deslizó con suavidad, como una culebra se escurre silenciosa por la orilla antes de asomarse al agua.

—¿A qué has venido, Domitia? —Y elevó el tono de su voz—: ¿Qué vienes a insinuar?

—No sé cómo decírtelo, Annia. Quizás sea una locura este encuentro, pero ante todo deseo que veas buena voluntad en mí. Cualquier otra mujer en mi circunstancia jamás se le hubiese ocurrido venir, pero yo sí lo he hecho.

—¿Qué es lo que quieres que comprenda? —le preguntó cada vez más alterada.

Domitia se puso en pie y se exhibió delante de Annia. Estaba bellísima. La estola de seda hacía honor a su coste, y cualquier romana identificaba aquel tejido con el exotismo de Asia que pocos podían pagar. La mujer presionó su vientre y lo repasó con la palma de su mano, como si pudiese sacarle brillo a aquel tono cobre del vestido. Entonces Annia palideció. En su expresión no solo tembló la rabia, sino también el miedo. No le daba tiempo a asimilar lo que estaba sucediendo e hizo un gran esfuerzo por concentrarse en lo que veían sus ojos, convenciéndose de que todo era real.

—¡Es de Marco! —dijo al fin Domitia.

Su corazón era un tizón y le pesó como una piedra. Miró hacia el escritorio y la mácula de tinta le pareció un eructo del destino. Sobre él, la serpiente que acechaba a Aquiles en el fresco de la pared, también se le antojó premonitoria. A Annia comenzó a faltarle el aire. El viscoso calor que anunciaba el verano comenzó a envolverla en un mareo que sentía arder en sus mejillas. Domitia percibió su zozobra, pero no dio ni

un paso. La *domina* percibía su fruición y paladeaba su deshonra.

—¿Qué locura estás insinuando? —Atinó a decirle.

—Espero un hijo de él —le dijo calma.

—¡Sabes que es mentira! —le rugió desencajada—. Él está en Salona. ¡Yo misma me reuniré con él el próximo mes!

—Lo sé —le contestó sin perder la compostura.

—¿Y cómo quieres que me crea que ese... ese bastardo que llevas es su hijo? ¿Cómo quieres que crea eso y que encima tengas la osadía de venir a confesarme tu desvergüenza?

Domitia permaneció inmutable, pero esta vez parecía sonreírle con cinismo. La *domina* volvió a admirar su beldad, y los celos comenzaron a corroerle el ánimo.

—Ahora ya me da igual que lo sepas, pero he pasado el invierno en Dalmacia.

—¡Mientes!

La otra negó con la cabeza y volvió a acariciar su vientre.

—Fue él quien me envió llamar. ¡Fue él mismo quien me puso una escolta y me alojó en una *domus* cercana al pretorio! Jamás deberías haberte enterado, pero esto lo ha cambiado todo.

—¡Has perdido el juicio! —le dijo, acercándose a ella para intimidarla con su puño cerrado.

—En eso tienes razón, Annia —continuó, intentando aparentar serenidad—. ¡No creas que venir aquí fue fácil! Reconóceme cierto valor.

—Lo único que puedo reconocer en ti es desprecio. ¡Te has vuelto loca si crees que voy a creerte algo de lo que me dices!

—Él me quiere. De no ser así, no habría venido a buscarme como lo hizo hace unos años, Annia. Ya estabais casados y yo acababa de enviudar. Desde entonces nos hemos visto en Roma, pero varias veces en Salona. Siento que te enteres de esta manera.

El odio chispeó por su sangre que hervía como si fuese aceite.

—¿Qué es lo que quieres, zorra?

—¡No deberías tratarme así, Annia! —Se dirigió a ella sin perder su aplomo—. ¡No deberías! No he venido a discutir contigo, sino a prevenirte. Cuando mi padre me entregó en matrimonio, creí que iba a morir. ¡Jamás hubiese permitido que me casara con alguien de mi sangre! Y Marco es mi primo. Para él, las tradiciones romanas eran inflexibles y prefirió venderme a cualquiera que una deshonra. ¡Ya una vez estuve encinta de él!, ¿lo entiendes? Pero mi padre me obligó a beberme varios brebajes de ruda, mirto y pimienta, hasta que sangré a mi hijo. ¿Sabes lo que significó eso para mí? ¿Lo imaginas? —La joven tragó saliva y aquel fue su único y tímido gesto de emoción—. Fue entonces cuando me casaron y cuando renuncié a todo. ¡Pero ahora no quiero! ¡No quiero ni voy a hacerlo!

Con su mano derecha, Annia Publia se abalanzó sobre Domitia y la sujetó del cuello, mientras la joven sentía la imagen de oro de la diosa Isis clavándose en su

garganta. Se dejó sujetar, impasible, como si aquella tormenta no pudiese empaparla a ella también.

—¡Marco, me quiere! —le dijo Annia exhibiendo sus dientes como una hiena—. ¡Y yo lo quiero a él! Puede que se desfogue contigo, pero eso también lo hace con las esclavas.

—¡Tú no puedes darle hijos, y un hombre necesita descendencia!

La furia enloqueció a la *domina*, que estuvo a punto de golpearle el vientre. Pero se contuvo, y optó por un sonoro bofetón que le borró toda la flema a aquel rostro blanco y terso.

—¡Tú qué sabes, perra!

En los ojos de Domitia titiló el miedo, pero Annia todavía podía reconocer una frialdad inaudita. A ella le pareció que solo una perturbada podía atreverse a tanto.

—Lo sé. No puedes darle hijos —le dijo pausadamente, sintiendo el fuego de su garra presionando bajo su mandíbula—. Él me lo ha dicho, y yo me niego a negarle un padre al mío. ¡Por eso he venido!

—¡Tú estás loca! ¡A Marco no le importan los hijos! —Casi deliraba de odio—. Me lo ha dicho infinidad de veces.

—No es verdad. ¡Todos los hombres quieren un hijo, y él también! ¡Y tú lo sabes!

—¡Muchas mujeres no tienen hijos pronto! ¡Tú qué sabrás! La diosa Juno no me ha bendecido con ninguno todavía, pero tal vez pronto lo haga, maldita. ¿Tú qué puedes saber sobre mí?

—Sé lo que me ha contado Marco. Quizás, si él creyese que puedes dárselo, jamás reconocería el mío. Pero sé que lo hará, ¿entiendes? —Y sus ojos de un azul transparente la desafiaron con aquella convicción—. ¡Lo hará! Probablemente Marco no me quiera como yo a él, pero él desea ese hijo. Lo sé. Y por eso he venido.

La voz de Domitia era sumisa, pero afilada como un puñal. Por un momento, su cabeza se ofuscó y deseó estrangularla. Pero se contuvo. La idea de separarse de Marco le parecía inconcebible, incluso entonces, cuando la mujer podía decidir hacerlo, y no como antaño, cuando el marido solo tenía que decirle *tuas res habeto*^[8] delante de un testigo, y aquella unión quedaba disuelta. Entonces no era como un par de siglos atrás, cuando los repudios eran escasos, pero desfavorables para ellas. En aquel tiempo, las familias se tambaleaban ante la decisión de cualquiera de las dos partes, y muchas mujeres solían despedir a sus maridos legalmente en busca de una oportunidad mejor, y sin mayores problemas.

Pero aquello jamás había sido elucubrado por ella. Jamás.

—Divórciate de él. Sé tú la primera en separarte y así protegerás tu deshonor. ¡No esperes a que Marco lo haga! Tú puedes hacerlo primero con dignidad, Annia. ¡Es la única concesión que puedo darte y por ello he venido!

—¡Has perdido el juicio, zorra!

—Como quieras. Sé que ahora me odias, pero te juro por todos los dioses que hay generosidad en mi gesto. Si no, espera que sea él quien te repudie, y entonces te

acordarás de mi visita.

—¡Él jamás haría eso! —Rabiaba—. Marco me ama, y no pienso caer en tu trampa.

—He querido hablar contigo antes de enviarle un mensajero, pero cuando te reúnas con él durante el próximo mes, podrás tantearlo y saber qué piensa. ¡Yo ya lo sé, Annia! Si dudara, no hubiese venido.

—¡No conoces a Marco! Él nunca se separaría de mí.

La mano de la *domina* relajó su esfuerzo. Aquella mujer sabía lo que decía. Más bien era ella la que había vivido ciega ante los planes de su esposo, quien había mantenido a su prima como amante durante los últimos años y, muy probablemente, tampoco llegaría a importarle reconocerla como su mujer. Al fin y al cabo, Annia sabía que los principios que habían elevado a Roma como la civilización que era se desmoronaban poco a poco aventados por los nuevos tiempos, sembrados de hombres sin escrúpulos y de mujeres como Domitia, que izaba su desvergüenza con orgullo. La disciplina, el respeto y la fidelidad habían cimentado una civilización que renegaría de aquel reptil de aspecto divino.

—Es posible lo que dices, es posible que te quiera. ¡Eres su esposa! Quiero mostrarme sincera. De lo que sí estoy convencida es de que desea este hijo y hará lo imposible para reconocerlo. Sé que te causo dolor, pero con el tiempo comprenderás que con este sufrimiento he venido a proteger tu dignidad, Annia.

La villa se tambaleó bajo sus pies. Su existencia cimbrió como una vara oscilando antes de caer sobre la tierra. La *domina* sintió que la rabia se disolvía en el ácido de una desesperación que la venció. El llanto tembló en su boca y se dirigió hacia la pequeña estantería detrás del sillón donde se había sentado Domitia. No quería que la viese llorar. No quería concederle aquella victoria, aunque sabía que era inevitable. No obstante, en aquel momento le bastó con no verla, con dejarla a su espalda, como si no hubiese existido, como si fuese un mal sueño.

Annia quería contener la emoción, pero le costaba. La pena le brotaba a borbotones, y ya no le bastó ocultar su rostro con sus manos mientras se arrinconaba entre las cápsulas que contenían algunos rollos. El eco de su llanto rasgó el silencio del *tablinum*, y Domitia no supo qué hacer.

—Sé que te he lastimado, Annia. Pero debes entenderme. Yo también lo quiero, y espero un hijo suyo —le dijo, volviéndose a sentar en un triclinio—. Yo también sufrí siendo una muchacha, Annia. Te pido que lo entiendas.

Pero la *domina* no podía entenderla. Aquello le parecía un desvarío, aunque Domitia supiese demasiado para que lo fuese. Annia permanecía inmóvil, orientada hacia la estantería, como si orara ante un gran larario. Intentaba controlar su respiración, intentaba recuperar un hálito de dignidad que le permitiese despedir a aquella insolente.

Sin embargo, no lo conseguía.

—Debes perdonarme, Annia —insistió, sentada y con la mirada perdida en el

comedor contiguo a aquella habitación—. Marco todavía no lo sabe. Tú lo has sabido antes que él, y esta es mi concesión y tu oportunidad. Debes valorarla.

La *domina* en aquel momento no podía discernir si era fruto del destino o de la casualidad. ¿Quién sabía por qué sucedían las cosas? Quizás fuesen los lémures, quizás los dioses... ¿Cómo saberlo? Solo percibía que su mente zumbaba en un vacío en el que ella flotaba como si pudiese hacerlo por las nubes. Por ello, cuando sus ojos barnizados en lágrimas descubrieron una barra de bronce junto a la estantería, ella ni siquiera recordó que Idalin estaba arreglando un cortinaje, sino que simplemente la sujetó como quien se aferra a un asidero para evitar despeñarse por un abismo recién abierto bajo sus pies, y así, sin pensárselo dos veces, con un movimiento rápido, pero sigiloso, se giró hacia el sillón, elevó aquel metal con las dos manos hasta que sobrepasó su cabeza y, con todo el veneno que pudo concentrar en su sangre, vació su ira sobre el cráneo de Domitia, que se derrumbó sobre los mosaicos del suelo con un grito seco.

Annia, al percibir un hilillo de sangre sobre su coronilla rubia, supo que había cometido una locura. Y pese a ello, volvió golpear su cabeza, hasta que la joven dejó de moverse, y pensó que estaba muerta.

Cuando Adael conoció a Sara, todavía faltaban casi tres años para que Marco Grato tomase Jericó junto al general Vespasiano. Por aquellos días, al hijo de Demetrio le era imposible imaginar que sus vidas se acabarían fundiendo en el desierto. Sin embargo, ya entonces sabía que el destino estaba escrito más allá de la vida de los hombres y que las casualidades no existían, porque fue así como conoció a la que sería su esposa.

Fue la última vez que su madre se volvió a materializar ante sus ojos, apenas un año después de regresar del desierto. Adael había cenado en aquel patio pálido bajo la luna, bajo el imperceptible silbido de las lámparas que se fundía con el zumbido de los grillos entre la brisa fresca. Podía oler los jazmines, las rosas y el pequeño limonero, pero también el aroma a vino y carne asada más allá del muro. Desde su casa no podía verlas, pero sí imaginar las palmeras y las alheñas trepando por las casas, entre las callejuelas que intentaban dormir mientras un centinela vagaba por la ciudad velando la noche.

Era el receso de la asfixia del verano.

Adael estaba completamente solo, sentado sobre una estera de piel y saboreando unos higos. Su mente era silencio, con la mirada clavada en el suelo, absorto a los ruidos que le llegaban apagados, entre el vocerío lejano de algún transeúnte que buscaba su morada transitando la callejuela.

De pronto, supo que estaba allí. Adael apenas podría describirlo, pero su interior se entibió como un oscuro templo se ilumina poco a poco, igual que si un vapor de claridad se elevara lento entre sus muros. Y al levantar su cabeza, la vio.

Un escalofrío lo sobrecogió y se quedó hierático.

—No ha nacido el hombre para estar solo —le dijo ella.

Una sarta de ladridos cercanos cesó súbitamente y el universo comenzó a titilar sobre su cabeza. No podía hablar ni moverse, mientras comprendía que todo se había transformado en un silencio hueco y apacible. Era como si la noche se hubiese detenido a su alrededor, mecida por un amor que comenzaba a reconocer.

—Sabes que no debes temerme.

Él intentó hablar, pero no pudo, y dejó que el tiempo fluyera plácidamente, hasta que consiguió desencajar su boca, y pudo responderle.

—¿Has venido a llevarme contigo?

Pero la mujer negó con la cabeza.

—No, Adael. He venido a guiarte hacia tu esposa.

Ella estaba de pie, con sus manos recogidas sobre su vientre, y su rostro era tal como él la recordaba.

—Necesitas una compañera, y ha llegado la hora de que salgas a su encuentro.

Debes confiar en mí.

La miraba abstraído, intentando volver a retener aquel instante como cuando se le había aparecido en el desierto antes de volver a Jericó.

—¿Y cómo haré para encontrarla? —se atrevió a decirle.

El silencio lo inundaba todo, lo acallaba todo, lo cegaba todo. Entonces todo parecía real.

—Sal de tu casa y camina calle abajo, y al llegar a la plaza del pozo, sabrás quién es.

—Pero ¿cómo podré saberlo?

—Lo sabrás. Mañana, cuando el sol esté en lo alto. Lo sabrás.

—Pero ¿de qué forma, madre?

—Confía en mí y confía en ti.

Adael la escuchaba atónito, sin comprender.

—Todo tiene un porqué, hijo mío. Nunca lo olvides.

Su corazón estaba sereno, pero en su interior galopaban las preguntas.

—¿De dónde vienes, madre?

—Son preguntas inútiles... Solo debes recordar lo que te dijo tu padre. Nunca caminarás solo, y esa debe ser tu fuerza.

Entonces, sin pretenderlo, las lágrimas le nublaron los ojos, y Adael se los secó con las manos. Sin embargo, en ese mismo instante, cuando volvió a inspeccionar el rincón del patio junto al limonero, su madre se había esfumado, y sus sentidos comenzaban a volver a percibir los ruidos del mundo.

Por la mañana le sucedió como la última vez que la había visto, y sintió la zozobra de la duda tironeando de su voluntad. A medida que avanzaban las horas, aquella presencia sobrenatural se le derrumbaba de su certeza y, de tanto elucubrarlo, también llegó a dudar de su existencia. No obstante, aquel mediodía no fue su imagen la que lo empujó calle abajo, sino la quietud que había sentido en su alma durante la última noche, y la que sentía en aquel instante al recordarlo.

Por ello, y guiado por una fe inconfesable, Adael correteó por la estrecha callejuela de casas blancas y hacinadas, hasta alcanzar una plazoleta sombreada de sicomoros. Allí, en medio, un enjambre de mujeres llenaban los cántaros que iban extrayendo de un pozo, mientras tarareaban una tonada alegre que las animaba en su trabajo. El hijo del médico contempló la escena y sintió que su ánimo se desplomaba, como si se le hubiese ocurrido lanzar una moneda en el fondo de aquella sima en donde tiraban de una cuerda que arrastraba los recipientes de madera. ¿Cómo habría de reconocer a nadie entre aquel gentío de velos y voces que hormigueaban por las calles que se dispersaban por Jericó? Adael se sintió solo, muy solo, como le solía suceder desde niño, y la última noche osciló en su memoria sin convicción, como si su madre hubiese sido un espectro que habría nacido de la soledad de su interior.

Y la fe se fue licuando en dudas, y las dudas animaron sus pasos para desandar su camino.

—Sois vos el médico, ¿verdad? —Oyó que una voz le gritaba a sus espaldas.

Adael sintió que su corazón cimbrea y se giró esperanzado. Pero su sorpresa se fue entumeciendo viendo correr a aquella mujer hacia él. Llevaba la cabeza cubierta por un velo negro, de rostro tostado y surcado por los años.

—¿Sois vos el hijo de Demetrio? —insistió la mujer.

Sin poder abstraerse de su asombro, Adael asintió con su cabeza.

—¡Yahvé os ha conducido hasta mí! —le dijo comenzando a lagrimear.

El susurro del misterio volvió a bambolear su corazón, pero suavemente.

—¿Qué quieres decir? —le dijo atento.

—Mi marido hace varios días que no puede levantarse ya para ir al campo. Es un hombre fuerte, pero algún demonio se ha apoderado de él. Se niega a pedir ayuda porque cree que pronto volverá a ser el de antes, pero esta mañana lo he visto muy mal, y ahora, al veros siento que es Yahvé quien os ha conducido hasta mí.

Adael la miró con piedad y todavía no supo atar lo que estaba sucediendo.

—Llévame hasta él, mujer. —Acabó por decirle.

El hijo de Demetrio la siguió por las callejas que conducían hacia un barrio lejano y sucio, esquivando los regueros de orines que enfangaban la tierra apisonada de las travesías. En aquel arrabal de casas pequeñas y desportilladas, el aliento del calor era espeso, como el vapor de los olores a excrementos y animales. La mujer zigzagueó por entre aquellas arterias hasta que se detuvo en un chamizo aseado, pero pobre. Empujó la puerta hacia dentro y Adael pudo ver al hombre tendido sobre una estera junto a los utensilios que servían para cocinar. Estaba pálido y enjuto, con su sentencia de muerte sellada en sus ojos taciturnos.

—¿Por qué lo has traído mujer? —Aún tuvo fuerzas para decir aquel hombre—. No podrás pagarle, ¿no lo entiendes?

—No podía verte así. —Lloriqueó ella.

—Debéis iros —le dijo a Adael lamentándose dolorosamente—. Siento que mi esposa os haya hecho perder vuestro tiempo.

Pero el hijo de Demetrio se arrodilló frente al enfermo y constató rápidamente que poco podía hacer para salvarle la vida. Solo aliviarle el dolor.

—No os cobraré nada. No os preocupéis.

—¡Yo os pagaré! —Oyó que le decía la mujer a sus espaldas.

Sin embargo, el médico negó con la cabeza y se giró lentamente para serenarla.

—No lo harás, mujer. ¿No fue acaso Yahvé quien me trajo hasta aquí?

Ella asintió, incrédula ante aquella caridad.

—Haré todo lo que pueda por él.

Fue entonces cuando la vio por primera vez. Se asomó de la habitación contigua y se situó junto a su madre.

—Es médico —le dijo dirigiéndose a ella—. Y salvará a tu padre.

La muchacha le sonrió con timidez, y a Adael creyó poder comparar sus dientes con un desfile de ovejas subiendo del baño recién esquiladas. Y sin proponérselo,

sintió el torbellino del deseo azotando su vientre y la contempló resplandeciendo en la penumbra, con sus ojos como palomas y sus cabellos como un manantial oscuro. Sus labios le parecieron cinta de grana y casi pudo imaginar la granada de sus mejillas cuando él se le acercase para estrecharla entre sus brazos. Era bella como una gacela paciendo entre azucenas.

—Es mi hija. —Lo arrancó la mujer de su ensimismamiento—. Se llama Sara.

Sin embargo, Adael no se atrevió a hablar. En su interior estaba temblando y, como le había dicho su madre, estuvo convencido de que aquella muchacha sería su esposa. Y un rayo de felicidad atravesó aquel lugar que olía a muerte, como su futuro, aunque aún no pudiese sospecharlo.

Dos semanas después del regreso de su marido, Annia Publia se movía como una sombra entre las paredes de la villa. Le temía en silencio y ya no dudaba que fuese un extraño. Lo había rumiado muchas veces, observándolo muda, discreta, escuchando su sueño tras la pared de su *cubiculum*. Lo había visto tratar con los esclavos, practicar sus hechizos asistiendo a Velina y, como desde el principio, le seguía espeluznando aquel cuerpo transformado con el que convivía. Su marido era otro hombre, alguien desvirtuado, con un carácter suave y apocado, y con una personalidad que en nada recordaba a la osadía que había tenido durante toda su vida. Aquel Marco Grato había sido un hombre temido y respetado tanto en la Galia y en Dalmacia, como en Siria o en Judea. Su sombra estremecía a sus esclavos y no los hacía ronronear igual que a gatitos domésticos como desde que había regresado de entre los muertos. Aquel timorato que aparentaba desconocerlo todo, aquel flojo que ya no sabía ni amar a su esposa, le erizaba la piel como si fuese una niña amedrentada por lo desconocido.

—¡Quiero que lo saques de aquí, Lucio! —le había dicho a su cuñado, paseando por el huerto, más allá de las legumbres, entre los limoneros, los manzanos y melocotoneros.

—¿Acaso te has vuelto loca? ¡Estás hablando de Marco! ¡Es tu marido!

—¡Déjate ya de idioteces! —le dijo, sujetándolo de los brazos, como si lo intentase zarandear para que despertase—. ¡Ese no es tu hermano! ¿Cuándo te darás cuenta?

—No me gustan esas habladurías, Annia. ¡No es bueno que te oigan hablar así! Ya no eres la misma. No sé qué está pasando con Marco, pero también sé que tú tampoco estás igual.

—¡Por todos los dioses! —exclamó furiosa—. No me importa que no me creas. Es más, ¡me da igual! Sé lo que tengo que hacer. Pero necesito tu ayuda.

—¿Qué estás tramando, Annia? Creo que estás llevando todo esto demasiado lejos.

Calló un instante, se mordió el labio inferior y luego le dijo:

—Necesito que Marco abandone la villa aunque sea unas horas, es lo único que te pido.

—¿Y a qué viene eso? Pídeselo a él.

—¿A él? —Y se rio forzando la burla—. ¿A él? —De pronto, su rictus se volvió ceñudo—. ¿A él? —repitió—. Ese que se pasa las horas entre las esclavas, sanándolas con mañas de otro mundo. Al que se niega a visitar un médico que pueda darle alguna opinión diferente. ¿A ese quieres que se lo pida? ¿A ese?

—¡Es Marco, Annia! ¡Es tu marido!

—¡Qué necio eres, Lucio! No todo es lo que parece —replicó enajenada—. Yo sí sé quién es. ¡Claro que lo sé! Solo está esperando el momento para darme el zarpazo final. ¡No sé cómo se ha apoderado de su cuerpo, pero sí sé que ese lémur ha vuelto a hacerme daño! Y creo que ya lo está consiguiendo.

—¡No te reconozco, Annia! —le dijo apesadumbrado.

—No me importa, ya no me importa. Solo quiero que te lo llesves durante unas horas. ¿Tan difícil es lo que te pido?

—No creo que sea difícil, y mucho menos ahora. ¡Pero no entiendo por qué piensas que no quiere salir de aquí!

—Trama algo, Lucio. Trama... —se interrumpió y tragó saliva—. Solo saldrá cuando haya acabado conmigo, como hizo con Marco.

—¡Basta, Annia! —le ordenó, zarandeándola esta vez él—. ¡Deja de enredarte! ¡Por todos los dioses!

Ella se revolvió y se desasíó de su amante. Sabía que debía medir sus palabras.

—¿Piensas ayudarme o no? ¿Tan difícil es conseguir que te siga?

El pretoriano negó con la cabeza.

—¡Menos de lo que crees! —le dijo finalmente—. El general Tito ya está en Roma y el emperador quiere que se reúna con Marco. Ya te dije que Vespasiano ha llegado a desconfiar de Marco, y cree que la llegada de su hijo desde Alejandría es la oportunidad para comprender algo más de lo que le sucedió en el desierto.

—¿Acaso sigues creyendo que tu hermano intentó conspirar contra el emperador? ¿Marco Grato, el general de la duodécima legión? ¿El que acompañó al emperador durante toda la guerra? ¿Eres consciente de lo que dices, Lucio?

Lucio miró sus ojos oscuros como escarabajos y meditó su respuesta.

—No importa lo que yo piense, y ni siquiera importa lo que pienses tú. He oído rumores, solo rumores. Pero, al fin y al cabo...

No concluyó la frase porque creyó que Annia podía ya intuirlo.

—Al fin y al cabo, ¿qué?

—Al fin y al cabo, soy su hermano, y eso no me sitúa como buen confidente, sino más bien me comprometo como oficial pretoriano, ¿entiendes?

Una nueva sombra oscureció su semblante.

—¿Crees que debes preocuparte?

Lucio se rascó la barbilla pensativo. No quería inquietarla demasiado, pero era consciente de que ella todavía no podía calibrar lo que significaba tener al emperador en contra.

—No lo sé, Annia. Lo único que sé es que Marco quizás calle más de lo que pensamos, y que sus acciones pueden acabar afectándonos. En el Palatino y en el *Castra Praetoria* suspiran como buitres por mi cargo, ¿entiendes?

—¡No digas eso, Lucio! El emperador confía en ti.

—No lo creas. Desde el retorno de Marco, algo ha cambiado. No solo lo percibo en Vespasiano, sino también en su consejero Partenio. Así que, si lo que te preocupa

es que salga de aquí, no dudes que lo hará. El próximo *solis dies*^[9] se prepara el desfile triunfal del general Tito, y Marco estará conmigo, por la cuenta que le trae.

—¿Cuándo llegó Tito?

—Ha llegado hoy mismo. Como si lo enviara Júpiter. Él cargará con toda la gloria de la guerra de Judea y nadie más que él puede sacar de dudas al emperador sobre las últimas horas de Marco en Jerusalén. Fue Tito quien habló con él antes de su partida y, tal vez él pueda orientarnos sobre qué está sucediendo. O se trata de una funesta enfermedad o hay algo que nos oculta Marco. Y de ser así, querida Annia, de ser así, acabarás olvidándote de tus fantasmas para darte cuenta de que es posible que tu marido se haya inmiscuido en alguna traición.

Annia Publia lo miró de hito en hito, sin poder dar crédito a aquellas sospechas. Pero prefería morderse la lengua antes de explicarle lo que estaba sucediendo. Estaba convencida de que todo estaba trazado dentro de un mismo plan, una treta tejida por aquella perra, la causante de todos sus males. Pero la *domina* sabía mucho más de lo que estaba dispuesta a confesarle a Lucio, quien no imaginaba que el destino de su prima Domitia era un profundo misterio que enterraba aquella casa.

Annia Publia todavía podía volver a sentir el azogue de sus nervios. Todo había sucedido a la *hora sexta*, y podía recordarlo porque miró el reloj de su escritorio. El agua goteaba sobre el recipiente y las muecas en el cristal apuntaban el mediodía. Entonces podía comprender que aquella jornada más de seis años atrás había cometido una insensatez, como si el *genius* que la acompañaba se hubiese evaporado de su lado cuando sujetó la barra de bronce para descalabrar a Domitia. Pero aquel día no había podido dominarse, y el odio y los nervios acabaron inyectando de sangre toda su razón, hasta convertirla en un coágulo. Solo pudo entenderlo cuando ella ya no se movía, cuando su cuerpo inerte yacía desplomado sobre los mosaicos color mármol y salpicados de puntos ocre. El brillo bermellón de su cabeza goteaba cada vez más espeso, hasta encharcar a su alrededor. Fue en aquel instante cuando por fin se percató de la realidad tal y como era, y comenzó a desesperarse.

No obstante, supo controlarse. Annia respiró hondo e intentó recuperar la calma. Rápidamente, evaluó la situación y buscó soluciones. Con movimientos ágiles, apresuró sus pasos hacia el *triclinium*, y luego hacia el jardín. Echó un vistazo alrededor y vio cómo el esclavo de Domitia dialogaba con Abel, quien podaba los setos. Dio media vuelta, volvió a entrar y esta vez se dirigió a la cocina. Su mente se activaba como una noche de tormenta con el cielo cuarteado de rayos, y su plan se fue bosquejando. Como siempre, las esclavas se afanaban entre cacerolas, morteros, ollas de cobre y sartenes de barro. Idalin dirigía aquel trajín sin cháchara, concentrada en las brasas donde humeaban un par de recipientes. Annia se le acercó y le dio la orden de que nadie debía abandonar la cocina mientras ella mandase lo contrario, y la germana asintió obediente. Luego volvió al *triclinium*, para conducirse nuevamente hacia el jardín, balanceando su estola como si estuviese danzando nerviosa.

Cuando se acercó a Abel y al esclavo de Domitia Sulla, ambos se irguieron ante ella con temor. El rostro de Annia lucía pétreo y severo, demasiado impenetrable para que ellos comprendiesen lo que habrían de ver.

—¿Cómo te llamas? —Se dirigió al esclavo de la muchacha.

—Aquiles, señora, para servirlos en lo que necesitéis.

—¿Desde cuándo eres esclavo?

Se quedó callado un momento, meditando lo que iba a decir. Tenía aspecto ladino, de constitución gruesa, nada propia de aquellos esclavos que habían crecido en cautividad.

—Hace unos diez años.

—¿Te gustaría dejar de serlo?

El hombre agigantó los ojos y sonrió exhibiendo su boca amarillenta.

—¡Haría lo que fuese!

Annia lo miró satisfecha, pero no le dijo ni una palabra. Solo les hizo una señal con la mano para que ambos la siguiesen. Al llegar a los ventanales que traslucían el *triclinium*, la *domina* le ordenó a Abel que permaneciese allí fuera, y que impidiese el paso de cualquiera hasta que ella le diese una nueva orden. El esclavo asintió obediente a su propietaria y Aquiles siguió a la mujer hasta el *tablinium*, donde no tardó en reconocer aquel bulto envuelto en seda color cobre y un reguero oscuro que se despeñaba desde el tajo en su coronilla rubia.

—¡Señora! —exclamó, arrodillándose frente a su ama, como un can bien adiestrado se arrima a su amo para olisquearlo—. ¿Qué ha sucedido?

Observó la faz de Domitia y su rictus de sufrimiento. Tenía los ojos cerrados y una mueca de dolor que fruncía su rostro. La sangre no había empapado su cara, pero sí encharcado su cabello.

—¡La habéis matado!

El esclavo se volvió hacia Annia con su expresión desencajada, pero sin atreverse a pronunciar una palabra indebida.

—Te has vuelto loco. Has discutido con ella y la has matado —insistió ella fríamente—. ¡Yo misma se lo comunicaré a su familia!

El espasmo de su rostro rollizo lo había paralizado. Aquiles comenzó a transpirar y palidecer.

—Ahora mismo enviaré un mensaje a los *vigiles* de la ciudad, y en pocas semanas te ejecutarán en el anfiteatro por haberle pagado de esta manera a tu ama.

El esclavo se puso en pie y agachó su cabeza. Entonces constató que se había manchado de sangre la túnica. Annia no se movía y aguardaba con aparente apatía sus reacciones, pero en verdad juzgaba muy atenta cada uno de sus gestos.

—Me has dicho que tu nombre es Aquiles, ¿no?

Él asintió mareado, con su lengua esclerotizada por el miedo.

—Las cosas pueden ser de otra manera, ¿sabes? —se regodeó generosa—. Tal vez yo no deba enviar a nadie. Es más, quizás, quién sabe, hoy puedas ganarte tu libertad.

El esclavo levantó su cabeza sorprendido.

—Eso, si quieres. Desde luego —afirmó con convicción.

El silencio pesaba con su hálito pegajoso, y el esclavo comenzaba a comprender.

—¿Acaso no deseas ser libre? —insistió la *domina*.

Se la quedó mirando apocado, como si fuera un pequeño rapaz abandonado en las calles de la ciudad y al que, de pronto, un tendero le promete toda su frutería para él solo.

—Es lo que más deseo —contestó al fin con una voz queda, como si no se atreviese a confesarlo.

—Pues, entonces, sigue mis indicaciones. Si cumples lo que te mando, te doy mi palabra de que te haré libre y te ayudaré a vivir como nunca has imaginado. De lo contrario...

—Obedeceré, señora —se apresuró a contestarle sin pensarlo—. ¿Qué debo hacer?

Los chispazos de lucidez iban activando aquel plan en la cabeza de Annia Publia. Aquiles debía deshacerse del cuerpo de Domitia con la ayuda de Abel que, al entrar arrastrado por la *domina* y encontrar aquel escenario, tampoco se atrevió a cuestionar nada, sino a obedecer ciegamente el mandato de su dueña.

Y a temerla.

—Consigue todos los ladrillos que encuentres en el cobertizo —le ordenó Annia—. Si no los hay, búscalos en la ciudad, o en cualquiera de las fincas cercanas. Pero quiero que lo hagas de inmediato.

—De acuerdo, ama —asintió nervioso.

—Pero primero trae las herramientas que tengas para derribar un muro. Súbelas a la última habitación de arriba —le ordenó—. Ahora corre, no quiero que pierdas más tiempo.

Él se volvió y comenzó a trotar hacia el jardín.

—Y si quieres conservar la vida, no te pares a hablar con nadie, Abel —le gritó antes de que abandonara el *tablinum*—. ¿Lo has entendido? Ni una palabra a nadie.

Él se giró, asintió y continuó corriendo.

Annia consiguió un lienzo donde el esclavo de Domitia envolvió el cuerpo como si fuese a amortajarlo. Luego lo cargó y, con él, siguió a la *domina* hasta un *cubiculum* del primer piso. La habitación adornada con una sencilla cenefa estaba vacía, solo ocupada por unas estanterías de madera rellenas de rollos, tablillas y muchas fundas. La mujer entrecerró las contraventanas que daban al exterior de la villa, y le pidió ayuda al esclavo para vaciar aquella biblioteca y mover el mueble. Aquiles dejó el cuerpo inerte sobre los mosaicos, y comenzó a ahuecar los espacios con rapidez, hasta que pudieron arrastrar el mueble de pino hacia la otra pared. Entonces, cuando parte del espacio que ocupaba la estantería quedó libre, ella comenzó a golpear con los nudillos, hasta percibir el eco de un espacio vacío detrás. Y sonrió.

En aquel momento, a Annia le pareció que aquella falsía en el muro había sido escondida para aquel momento, como si Jano, el dios que protegía los hogares, hubiese previsto todo aquello alguna vez. La *domina* jamás lo hubiese descubierto de no haber sido por aquellos cubos de cuero donde guardaba los pergaminos, porque cada vez que subía a archivar algo en aquel rincón, el impacto hueco contra la pared le recordaba la imperfección de la obra. Entonces ella evocaba aquellas construcciones de la ciudad, levantadas con una mezcla de tierra y paja, y sostenidas por enclenques viguetas de maderas entrecruzadas. Aquellos edificios no eran más que un esqueleto cerrado por tabiques endebles que, en cuanto la madera comenzara a ceder, el edificio amenazaba ruina entre pronunciadas grietas que se repararían hasta que todo se viniese abajo, si un incendio no los sentenciaba algo antes. Sin embargo, Annia Publia sabía que no era el caso de aquella villa, donde el ladrillo y el hormigón

habían levantado muros sólidos, sino que aquello se trataba de algún defecto de los constructores que habían solventado corrigiendo sobre lo trazado y dejando alguna oquedad recubierta, como si no existiese.

—Esto es lo que he conseguido, ama —le dijo Abel al entrar en la habitación.

Junto al cuerpo cubierto de Domitia, dejó un hacha, un pico y una azada.

—He visto que también hay ladrillos, pero no sé si son suficientes. —Y observando el muro descubierto, frunció el ceño—. Todo depende de lo que se quiera hacer.

Annia miró hacia la pared y después al cuerpo.

—Comienza a romper la pared. —Se dirigió al esclavo de Domitia—. Lo suficiente como para entrar el cuerpo de pies o cabeza. Pero no demasiado.

El esclavo asintió y con el pico comenzó a hacer saltar los añicos rojizos del muro, mientras Abel cargaba con una espuerta ladrillos desde el cobertizo. El padre de Atia reunió allí unos veinte bloques, todo lo que encontró, junto con algo de arena, agua y cemento de Puteoli. Aquiles había abierto una entrada de dos codos de ancho y aproximadamente otros dos de alto, y había comprobado que junto a uno de aquellos pilares de hormigón se abría un hueco estrecho, pero suficiente como para emparedar aquel cuerpo.

—Esto no es bueno, ama —se atrevió a decir Abel.

Al esclavo de Domitia se le veía amedrentado y sudoroso, pero decidido a obedecer. Pero en sus ojos brilló la misma duda que en aquel momento exponía el otro.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó ella.

Abel movía la cabeza nervioso, con todo su cuerpo trémulo.

—Tengo miedo, ama.

La *domina* lo miró furiosa, con sus ojos feroces.

—¿De qué tiene que tener miedo un esclavo?

—De que el espíritu maldito de esta mujer nos atormente.

Annia relajó su expresión y elevó su barbilla con altivez.

—Ningún lémur vendrá a molestarnos, descuida. Ellos pertenecen al mundo de los muertos, y nosotros al de los vivos. ¡No creas todo lo que oyes por ahí, y duerme tranquilo! Confía en tu ama.

El padre de Atia no se atrevió a contravenirla nuevamente y cerró los ojos resignado.

—Ahora enclaustradla. —Les mandó—. ¡Y sin más quejas!

Annia se ausentó de la habitación, como si no quisiese ser testigo de aquel crimen que ella había cometido. Entonces Aquiles descubrió levemente el rostro de Domitia y le arrancó su collar de oro, los pendientes y luego destrabó sus brazaletes.

—Toma —le dijo a Abel—. Escóndetelo bajo la ropa antes de que vuelva. A mi ama ya no le hace falta y a nosotros sí.

—¡No quiero nada! Guárdalas tú.

—El crimen de esta mujer caerá sobre mí, necio. Salir de aquí con estas joyas sería mi sentencia definitiva. Guárdalas, si no las quieres, ya te las pediré si sobrevivo. Descuida.

Abel titubeó, pero finalmente guardó las alhajas entre su *subligar*. Luego alzaron el cuerpo y lo introdujeron por la cabeza en aquella oquedad, hasta desplomarlo como un bulto.

—¿Sabes preparar la mezcla?

El padre de Atia esparció la arena sobre los mosaicos, agregó agua y cemento, y comenzó a hacer una pasta mientras Aquiles contabilizaba si tendría suficientes ladrillos. Luego, entre los dos, fueron reconstruyendo la pared que, cuando seicara al cabo de algunas horas, Abel debería recubrir con yeso y pintar. Sin embargo, cuando estaban a punto de cubrir todo aquel boquete, el padre de Atia se sobresaltó quedándose paralizado.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Aquiles.

—¿Acaso no oyes?

—No te entiendo.

—Calla un momento, por favor —insistió.

Los dos guardaron silencio y se mantuvieron alerta mientras Abel se llevaba el índice a los labios para que el otro ni respirara. El silencio del *cubiculum* era traspasado por los murmullos del viento que silbaba afónico entre las rendijas de la contraventana de madera. Todo era un sigilo incómodo que el esclavo de Domitia no comprendía qué podía significar para el otro.

Hasta que él también lo oyó.

Era un gruñido imperceptible, como si tras aquel muro algún roedor lijara la pared, pero débil, muy débil. Los dos esclavos continuaron así, constatando con la piel erizada lo que no deberían haber oído, y se miraron temerosos.

Entonces Aquiles rompió el silencio.

—Con cuatro ladrillos más lo habremos cubierto todo. Pásame más pasta, y acabemos cuanto antes.

Adael había aprendido a ser feliz junto a su esposa durante casi dos años, pero a partir de su primer embarazo el embeleso de la dicha se fue diluyendo como la sal en el agua. El médico sabía que había una razón para todas las cosas y que Yahvé había permitido que su madre lo condujese hacia aquella muchacha. Sin embargo, Adael comenzó a cavar su tumba cuando Sara ya no pudo levantarse de la cama, y toda su esperanza comenzó a extinguirse.

Aquello sucedió a finales del mes de *nisan*, pasada la Pascua del año 68, seis semanas antes de que Marco y la duodécima entraran en una ciudad vacía, casi sin resistencia, y dirigidos por el general Vespasiano. Cabalgaban desde una Jerusalén rebelde, asolada por unas legiones que todavía no habían podido someterla.

A pesar de todo, durante aquel mes, Jericó se agitaba serena, como toda la región, mientras Adael solo podía sentir el tamborileo triste de sus pálpitos, pero sin aceptar la guerra y, por supuesto, sin sospechar lo que le era inimaginable.

La felicidad era un instante, ya lo sabía, y al médico comenzaba a resbalársele de las manos.

—Llévate todo lo que necesites, Adael —le dijo el mercader—. Vienen tiempos difíciles.

El médico lo miró asombrado, como si el malestar de su mujer lo hubiese abstraído del mundo. El mercado de Jericó rebosaba de transeúntes y de bullicio, y bazares variopintos se amontonaban a lo largo de una ancha calle de basalto, donde se elevaban edificios de dos y tres plantas, hasta acabar en la plaza con una enorme sinagoga de grandes arcos, piedra y mármol. Desde la tienda de especias, el médico podía ver a un sacerdote aleccionando a un grupo de hombres desde el pórtico.

—¿Qué es lo que sucede, amigo mío? —le interrogó desconcertado.

—La revuelta ya ha comenzado aquí también.

—¿Por qué dices eso? —se asombró.

—¡Siempre en tu mundo, Adael! Es como si todavía vivieses en el desierto —se burló, sacudiendo su hombro con gesto amistoso—. ¿Acaso no sabes lo que sucede?

El médico negó con la cabeza como un niño asustado. Adael de sobra sabía que la provincia vivía agitada por la revuelta contra los romanos desde hacía un par de años, que Galilea y Judea ardían con sicarios dispuestos a vengar una ocupación que llevaba más de un siglo y que Jerusalén se había convertido en un nido de rebeldes dispuestos a resistir hasta la muerte.

—Se prepara una sedición en Jericó —le susurró al oído—. Quieren hacerse con la ciudad mientras las legiones se entretienen en Jerusalén.

—¡Es una locura! ¡Por Yahvé!

—Quizás haya llegado el tiempo de nuestra libertad... ¿No lo crees? —murmuró

el mercader poco convencido.

—¡Jerusalén no puede resistir mucho tiempo, Edi! —le dijo el médico preocupado—. Las legiones acabarán por someterla, como a toda la región. ¡La guerra es algo inútil! Solo trae más dolor y sufrimiento.

—¡Tú siempre con tus proclamas de esenios y nazarenos! Tus proclamas pacíficas sirven muy poco a nuestro pueblo.

Adael se volvió y observó el tumulto en la sinagoga.

—Son ellos, ¿verdad?

El tendero elevó sus hombros y agachó la mirada.

—Debes hacerme caso, amigo mío —insistió—. Llévate lo que necesites. Vienen tiempos difíciles, aunque tú no puedas verlo.

Adael repasó con la mirada las ánforas y las vasijas apiñadas bajo el toldo. Todo era un estallido de olores y colores con los que el médico imaginaba sus ungüentos: benjuí rojizo, gálbano amarillo, láudano, resinas de enebro, de cedro o la de jara siria, con su peculiar color amarillento. El médico cerró los ojos y, como si se dispusiese a hacer una oración, aspiró el delicado aroma del codeso, el exótico efluvio del aro egipcio o el de la resina lechosa de olíbano.

—Los mercaderes cada vez viajan menos, Adael. Debes proveerte de todo lo necesario. Te lo dejaré a mitad de precio, amigo —le susurró esto último, mientras un par de mujeres merodeaban por la mercancía cubiertas con sus velos de lino color hueso.

—Eres muy amable, Edi. Pero no será necesario.

—¿Cómo está tu esposa?

—Muy cansada. Mi padre sabría qué hacer, pero yo no acabo de estar seguro.

—Tú eres un buen médico, Adael. No hay nadie en la ciudad que lo ponga en duda.

Los labios del médico se ondularon en una sonrisa amarga, mientras continuaba repasando con su mirada los frascos de cristal con aceites de oliva, almendra, adormidera, lirio, croco, bergamota, jazmín, azafrán dorado en polvo y pétalos de rosa y azucena. Todos estaban bien ordenados, casi sujetando algunas cepas que trepaban contra la pared enlucida de cal. Eran raíces de lirio secas y trenzadas unas sobre otras, bayas de enebro, tréboles, agujas de conífera, raíces negras de mandrágora...

—Necesito díctamo, opio y raíz de mandrágora, Edi.

—¿Solo eso? Aprovecha lo que te digo, Adael. Carga todo lo que puedas.

—No necesito nada más.

—Como quieras. No volveré a insistirte.

El médico le pasó su alforja y el hombre comenzó a surtirla de lo que se le había encargado. Aquel tendero debía saber que el díctamo cicatrizaba las heridas, la raíz de mandrágora anestesiaba y que el opio aletargaba y aliviaba el dolor. Todo muy necesario para tiempos de guerra.

—Te cobraré lo mismo, amigo. Pero te pondré más de lo que precisas. Estoy seguro de que en estos días lo acabarás necesitando. Mucha gente recurrirá a ti.

—Como quieras, Edi. Pero debes saber que solo llevo cinco denarios.

—Será suficiente, no te preocupes. Ya te lo he dicho.

El tendero llenó su talega de mercancía mientras Adael saboreaba los livianos aromas del anís, las ciperáceas, el comino, la canela, los nardos... Su cuerpo se llenó de esa satisfacción que sentía cuando aspiraba el bálsamo tallado con una piedra afilada y parecía como si rezumara lágrimas de sus ramas. Al médico le gustaba el preparado de aquel unguento que nacía de su savia, como el hervor de la planta que luego mezclaba con el aceite de oliva para obtener un óleo aromático único en todo el imperio.

—Aquí tienes, Edi —le dijo soltando las cinco monedas de plata sobre la mesa de aquel tenderete—. ¡Cuídate!

Entonces el médico lo abrazó afectuosamente.

—Y tú a tu esposa, Adael. Recuerda lo que te he dicho.

El médico asintió y luego se despidió.

Adael descendió las calles que conducían hasta su casa a través de un Jericó tumultuoso. Por sus arterias fluían acémilas saturadas de mercaderías, carros arrastrados por los hombres sudorosos o bien mujeres cargando sus canastos o sus niños. Aquel mosaico desencajado de callejuelas empedradas bullía de vida desde temprano, mientras los jornaleros trabajaban en los campos con el ganado o en los huertos de bálsamos, naranjas y limones que regaban con el agua de una fuente cercana a la ciudad. Caminando por sus calles, aquella ciudad a las puertas del desierto era todo lo que podía asemejarse a un vergel, con sus palmeras, alheñas y sicomoros ensombreciendo jardines con rosas y azucenas. En la zona donde vivía, las casas se levantaban a dos alturas, con el ojo de una ventana asomándose al exterior desde arriba, alisadas con cal y con detalles de mármol y franjas de pinturas vistosas en sus fachadas. En aquel zigzag de viviendas de grandes puertas de madera con dinteles de bronce, a Adael le gustaba contemplar las rosas en algunas ventanas, y los ruedos con balsameras y plantas aromáticas.

Al abrir la cerradura de su vivienda, percibió el perfume a nardos de Sara. La casa estaba silenciosa, tal como se había convertido la vida de su mujer. Antes de dirigirse a su habitación, entró en su dispensario. Junto a una cama que rozaba el suelo había un armario, y más allá una mesa cubierta de utensilios quirúrgicos, balsameras, vasijas y una jarra. Abrió su alforja y dejó allí todo lo que había traído para después clasificarlo. Luego se dirigió al armario y repasó el contenido de las ánforas: moras silvestres, cilantro, angélica, hinojo, eneldo, salvia, artemisa, aladierna, mejorana, poleo, raíz de avellano y varios opiáceos como el cáñamo, el incienso, la mirra, y algo de bálsamo que todavía tenía.

El médico fue al jardín e introdujo sus manos y sus brazos en una de las dos grandes tinajas con agua. Empapó su rostro para refrescarse y luego se quedó

observando el telar de su esposa. Los pesos de arcilla pendían inertes y la urdimbre de lino entre los dos extremos de un palo se tensaban como si en cualquier momento Sara fuera a volver a ponerse allí, junto al limonero, donde su madre se le había aparecido aquella noche. Pero Adael sabía que la normalidad tardaría y que, probablemente, tuviese que contratar a algún criado para que lo ayudase. La situación de Sara lo desconcertaba, pero sabía que podría perdurar incluso después del parto.

Al principio Adael había creído que su debilidad venía asociada a su embarazo, pero al octavo mes ya no pudo ponerse en pie. El médico comenzó a preocuparse más de lo que lo había hecho hasta el momento. No solo no encontraba las causas a su enfermedad, sino que también se aproximaba el momento del nacimiento. Adael creía haberse concentrado en todo lo que conocía, en todo aquello que le había enseñado su padre, y no podía llegar a saber qué humor se estaba descompensando sin él percibirlo.

El universo estaba formado por cuatro elementos esenciales: el agua, el aire, el fuego y la tierra, que no significaban más que humedad, sequedad, calor y frío, y todos ellos debían estar en armonía, sobre todo los opuestos. Así funcionaba toda la naturaleza, y el cuerpo de Sara también. Dentro de ella, Adael sabía que había que procurar ese equilibrio en los humores, por ello la sangre y la flema debían ser calientes y húmedas a la vez, mientras que las bilis amarillas y negras debían mantener la proporción adecuada entre el calor y la sequía. Por increíble que pareciese, cualquier alteración podía provocar la eliminación del humor que se desarrollaba en exceso, y por ende desembocar en la muerte.

Adael, desde que se había iniciado el malestar de su esposa, había estado atento a sus excreciones, pendiente de cómo regular aquellos humores que nada parecían tener que ver con la bilis de la muchacha. Aquel le parecía un desafío de Yahvé, pero un desafío que se veía incapaz de descifrar. ¡Cuántas veces había controlado los cuerpos drenando heridas de pus y limpiando úlceras con ungüentos minerales y mezclas vegetales! Ojalá hubiese sido tan sencillo, porque así el médico no solo calmaba el dolor, si no que equilibraba los humores.

El hijo de Demetrio abandonó el jardín y entró en la penumbra de la habitación donde dormía. Empujó el picaporte de bronce y vio que los ojos de Sara se entreabrían cansados.

—Ya estoy aquí, mi luz —le dijo, dándole un beso en la frente.

Ella simplemente sonrió.

—Voy a retirarte las ventosas.

Levantó la sábana y contempló su cuerpo desnudo, y Adael pensó que era hermosa como el monte Hermón en primavera, con sus cipreses reverdecidos, sus gacelas y sus ciervos correteando entre los lirios.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí —le contestó sin convicción.

El médico fue extrayendo lentamente todas las ventosas que le había colocado.

Creyó que era una alternativa para conseguir que fluyera mejor su sangre y compensar los humores, ejerciendo mayor presión sobre los órganos por encima del diafragma. Al acabar, con una esponja repasó con agua y vinagre todo su cuerpo.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

Adael se la quedó mirando sin saber qué contestar.

—La primavera comienza a caldear el desierto —le contestó.

—¿De qué hablan en el mercado? ¿Qué está sucediendo?

—Nada que deba preocuparte, mi vida.

—Mi madre me ha dicho que hay zelotas que se preparan para resistir contra Roma.

—Son rumores... No hagas caso. La ciudad respira como siempre.

Guardaron silencio y Adael le acarició sus mejillas pálidas.

—Tengo un presentimiento —le dijo ella.

Él la miró lleno de amor, pero no movió sus labios.

—Siento que nuestro mundo se acaba.

—¡No digas tonterías, mujer! —sonrió, llenándola de besos—. Nuestro mundo está a punto de nacer. Lo hará con nuestro primer hijo. ¡Ya lo verás!

Sara dejó vagar su mirada por la habitación, como si intentara imaginar aquel horizonte de dicha para ambos. Luego cerró los ojos exhausta.

Adael miró hacia la mesita de pino junto a la cama y llenó una vasija de agua fresca con la jarra de barro. Luego se la dejó todo lo a mano que pudo, sin que cayese al suelo de piedra. No podía evitar amedrentarse de miedo, como si los cuervos tironearan de su corazón todavía latiendo. No estaba seguro de lo que le sucedía a su mujer, pero sí de que si continuaba igual no sería capaz de afrontar el parto.

Fue entonces cuando acarició la colina su vientre todavía húmedo, la morada del hijo por el que hubiese corrido a Jerusalén para honrarlo ante Yahvé con el holocausto de algunas tórtolas, aunque durante aquellos días jamás se le hubiese ocurrido pisar aquella ciudad sitiada y amenazada por los campamentos enarbolados por el águila de Roma. Repasó su piel cobriza, tersa por su juventud, y esperó a que el crío se moviese ante la energía de su mano, como si ya fuese capaz de reconocer a su padre. Pero no sintió nada. Buscó la forma del niño y comenzó a provocarlo, intentando despertarlo de su plácido letargo, presionándolo con los dedos, zarandeándolo como si intentara separar el trigo de la paja.

Pero no se movió.

Y en aquel momento tuvo la sospecha de que los había perdido a los dos.

—Ha llegado mi hora, ¿verdad? —le dijo Idalin antes de extinguirse.

Y él asintió sereno.

—Debéis enseñarme el camino.

—Vendrán a buscarte.

Luego le sujetó las manos con afecto. Su pulso era blando y vacío, y su contacto, caliente y suave.

—Dejadme partir.

—Nadie puede saber ni el día ni la hora, Idalin.

Le costaba respirar y dentro debía sentir fuego. Podía percibirlo por el ardor de su aliento, por la aspereza de su lengua, por la sed constante y la ansiedad continua por respirar aire fresco.

—¿Queréis que os siga hablando del padre de Marco?

—Ya me has hablado demasiado —le contestó, presionando el paño húmedo de su frente—. No quiero que te canses más.

—Valerio Grato fue un buen amo.

Una tos húmeda y espesa interrumpió sus palabras. Marco le acercó un bacín para que escupiese una babaza de bilis teñida de sangre. A ninguno de los dos ya les impresionaba aquello, pero les recordaba lo inevitable.

—Ya me has contado todo lo que necesitaba saber. No te esfuerces más.

La anciana cerró los ojos exhausta e intentó respirar dolorosamente. El silencio los atrapó en un momento y Marco dejó que en su cabeza aleteara una bandada de recuerdos. Estaba atardecido.

—Si ha llegado mi hora, debéis dejarme partir.

Ella intentó sonreír y él fue como su espejo.

Idalin volvió a cerrar los ojos pesadamente e intentó volver a henchir sus pulmones enfermos. Por el ventanuco del *cubiculum* podía oír el piar de los gorriones entre los pinares, y si se concentraba, llegaba a percibir hasta el murmullo del agua del *impluvium*. Velina dormía.

—Debéis hablar con Atia. Decídselo a ella también.

Él volvió a sonreír y a presionar fuertemente las manos de la liberta germana, alargadas y recogidas sobre su vientre. Luego meditó un momento y la miró a los ojos con toda la sinceridad que pudo.

—Pronto todos lo acabarán sabiendo, Idalin.

—Siempre supe que vendrías —insistió ella mientras su rostro demacrado se iluminaba—. Siempre lo supe.

La mirada de Marco era piadosa, conmovida por su paciencia ante el dolor. Habían pasado casi cinco días y la anciana se consumía lentamente, atrapada por el

insomnio y la asfixia. Estaba a punto de morir, y él lo sabía.

—Te espera la eternidad.

Hubo silencio, y una respiración ronca, dolorosa... callada.

—Yo siempre supe que vendríais —volvió a insistir.

Y volvió a cerrar los ojos.

Marco estaba acostumbrado a verla así, como si durmiese. Él la velaría hasta que se fuese. A Annia ya no le importaba, como si hubiese desistido de entenderse con él. Su esposa ya habitaba lejos, desquiciada ante su presencia, completamente enajenada, capaz de cualquier cosa. El *dominus* no podía calcular hasta dónde sería capaz de llegar, pero comenzaba a comprender que desde sus miedos podría traerle demasiados problemas.

—Traedme un espejo —masculló Idalin.

Marco se sorprendió.

—¿Un espejo? —le preguntó asombrado.

—Un espejo —recitó tristemente.

—¿Para qué lo quieres?

—Quiero ver el rostro de la muerte.

Marco la miró con conmiseración.

—Como quieras —le contestó—. Te lo traeré.

El *dominus* abrió la puerta y corrió a su habitación. Estaba colgado en la pared y solía mirarse en él todas las mañanas. Se observaba para reconocerse, para aceptarse a sí mismo. Él era el *dominus*, él era el general Marco Grato, y no quería olvidarlo. Era aquel, el del reflejo, el del rostro duro, con pómulos afilados, moreno, con el color de los hombres del oriente. Sus ojos eran negros, serios, protegidos por cejas poco pobladas; sus labios tenían algo de la belleza femenina, carnosos, sinuosos como pequeñas colinas; su cabello era de un castaño terso y suave, pero espeso, con ondulaciones si se lo dejaba crecer. Podía distinguir cómo nacían las arrugas en la comisura de sus ojos y que el encanecido trepaba por las patillas y salpicaba la oscuridad de su pelo.

Era él.

—Abre los ojos —le dijo, situando el espejo frente a ella.

Ella despegó sus párpados y se contempló: sobre su rostro macilento y arrugado se hundían dos cavernas lóbregas. Su aspecto era lúgubre, como si el fárrago de su cabello blanco se sostuviese pegado a una calavera. Entonces también elevó sus manos e intentó contemplarlas cerca de su rostro ya que sus ojos estaban cansados. Las sentía frías, sarmentosas, con las uñas lívidas y encorvadas.

—Es tu hora, Idalin, y no estás sola.

Marco la contempló piadosamente y se asombró de la fortaleza de aquella esclava.

—No tengas miedo. Lo peor ha pasado.

—Lo sé —contestó tosiendo—. No temo. Creo en un Dios que me ama y me

espera.

Y al decirlo, los ojos de Idalin se iluminaron de una alegría que pincelaba su suplicio, y por primera vez al *dominus* se le bambolearon las palabras en la boca. Y calló.

—Decidme quién sois —pidió la anciana exhausta, intentando arañar el aire—. Necesito saber vuestro nombre.

Se detuvo abruptamente. Su tos volvió a ser espesa y el *dominus* volvió a colocarle el bacín. Se le escapaba la vida. Todos eran signos de una muerte inminente. Marco sabía que cuando el pus se condensaba en los pulmones lo mejor era expulsarlo a través de los intestinos o de la vejiga, o bien haciendo una incisión por un costado para que supurara el mal, incluso si la herida permanecía mucho tiempo abierta. Pero Idalin no había conseguido drenar aquel mal de dentro de su cuerpo y lacerarla no tenía sentido. Con suerte, podía transformarse en una úlcera que concluiría en una tisis, pero Marco sabía que su absceso era demasiado grande y la mujer demasiado mayor para soportar aquel nuevo sufrimiento.

Estaba sentenciada. Y ella lo entendía igual que él.

—Quiero escucharlo de vuestros labios.

Se derrumbaba de prisa, cerca ya de las sombras del abismo. Marco repasó su frente febril con la mano, sonriéndole. Los ojos enardecidos de la anciana ya casi no podían distinguirlo.

—Tú siempre lo has sabido. Ya no necesitas saber su nombre.

—¡Sois el profeta de los judíos! —Intentó sonreír—. Es el único que ha resucitado de entre los muertos. Sois vos, ¿verdad?

Marco respiró profundamente, la miró a los ojos y quiso tranquilizarla. Se moría.

—Lo soy, mujer.

Idalin exhaló aliviada y masculló ya sin fuerzas:

—Abel no hubiese muerto si yo...

—Estás perdonada —sentenció interrumpiéndola con su voz serena—. Es hora de olvidar todo aquello.

Y Marco ya sabía que Idalin había sido una víctima más de lo que había pasado, y casi pudo ver a Annia bajando las escaleras como un torbellino, obligándola a limpiar la sangre del *tablinum* sin hacer preguntas, desafiándola con una mirada amenazadora que la germana sabía de sobra lo que podría significar. Y la imaginó recordándole su lealtad y cómo aquello también debería morir con ella. Aquel crimen habría de esfumarse de la memoria si no quería morir sufriendo hasta su último aliento. Y ella había callado, y luego se había arrodillado sobre los mosaicos para absorber la sangre con unos paños, intentando no dejar el más mínimo rastro de lo que allí había sucedido.

Pero Marco ya sabía que los crímenes siempre dejan rastro, y algunos muertos no suspiraban desde los lararios, sino de entre las paredes, atrapados, penando por ser escuchados.

—Dejadme partir. —Fue lo último que dijo la anciana tendida en su lecho.

La respiración de Idalin se ahogaba entre los estertores, y él estaba allí para aliviar su último paso. Tampoco a ella le diría la verdad. No tenía sentido. Entonces le susurró lentamente, acariciando sus huesudas manos, entre los silbidos de su respiración enferma:

—Ya eres libre —le dijo él—. Busca la luz.

Los despojos de Idalin yacían enjutos e inertes sobre su lecho. Su cuerpo se enfriaba lentamente, mientras la verdad fluía en su interior. El *dominus* se mantuvo quieto y silencioso. Hasta que una voz irrumpió en aquella habitación.

—¿Ha muerto?

Marco se giró y vio a Atia. Sus ojos se habían nublado de lágrimas. Pero no le contestó, y ella se arrodilló junto a la anciana sujetándole su mano delgada y fría.

—¡Idalin! —exclamó balbuceando.

Velina abrió los ojos desde su cama y se unió a aquella realidad. El hilillo de su llanto rasgó el silencio.

—Había llegado su hora —dijo él.

—¡Fue muy buena con nosotras! —comentó Atia.

—Lo sé.

—No debería haber muerto.

—Todos morimos algún día.

Algo se conmovió en ella al escucharlo, pero su mente estaba ofuscada en aquel cadáver. Todavía no comprendía. Su mundo temblaba, y el silencio volvió a conmover la habitación. Entonces Marco sintió conmiseración por ella y alargó su brazo para acariciarle el cabello. Era fino y suave, tal como lo recordaba.

—Lo siento —le dijo al hacerlo—. No pude hacer nada más.

La muchacha se estremeció y el *dominus* pudo percibir su miedo rígido, y lentamente alejó su mano.

—No debes temerme, Atia.

Ella no se atrevía ni a levantar su cabeza. Ya no sabía en quién se había convertido su amo. Simplemente, no podía olvidar nada de lo que había sucedido entre ellos.

—Te arrebaté a tu padre injustamente, y después pensé que humillándote volvería a acabar con él. Pero ese ya no soy yo, Atia —insistió—. Debes intentar olvidarlo.

La esclava ya no sentía aquel odio bullendo en su corazón, y la voz de Marco hacía días que había comenzado a embaucarla. De todos modos, no podía olvidar, ni dejar de temerle.

El silencio volvió a cubrir con su manto de luto toda la estancia y Marco Grato se puso de pie.

—Quiero que llames a Esdras.

Atia también se irguió y permaneció frente a él.

—Dile que quiero que prepare una tumba.

Atia bajó su mirada y buscó el cuerpo de Idalin.

—Debe cavar al lado de mi sepulcro, junto a mi estatua de piedra.

Ninguna de las dos esclavas se atrevió a contradecirle, y aquel momento se prolongó con la tensión de unos timbales y, poco a poco, se fue afilando como un desafío. Atia no se movía y él se la quedó mirando expectante, hasta que por fin la esclava se decidió a contestar.

—No deberíais enterrarla en el jardín —le dijo—. Los amos no descansan junto a sus esclavos. La señora se pondrá furiosa.

El *dominus* la miró decidido, como nunca lo había hecho hasta entonces, y Atia percibió sus ojos llenos de una luz que resplandeció en su alma. Y fue como si todo se detuviese, como si todo se acallase, sordo, vacío, inexistente... Solo ella y él, porque el mundo se había apagado completamente.

—¿Acaso todavía no puedes entenderlo?

Una paz extraña la conmovió como nunca había recordado, y sintió que su alma temblaba en su pecho.

—Sabes de sobra que tu amo no está en esa tumba. Él ya no está aquí. —Y al decirlo le sujetó las manos entre las suyas, y la esclava se las dejó acariciar atónita, comenzando a reblandecer su corazón—. Ya no va a volver.

Y un escalofrío recorrió todo su cuerpo y sus ojos se abrieron como dos candiles en la noche.

—Llama a Esdras, Atia, y que comience a cavar.

Antes de morir, Sara le había rezado a Yeshua, aquel rabí nazareno que treinta años antes habían crucificado en Jerusalén, el mismo que Idalin había visto tras los ojos de Marco Grato. La esposa de Adael había hablado de aquel maestro muchas veces, porque había escuchado a sus seguidores en la sinagoga de Jericó y porque le gustaba el resplandor de aquella prédica fresca, tan cercana a la comunidad de los esenios, con los que su marido había vivido en el desierto.

Sin embargo, tal como llegó a pensar el médico en su desesperación, las súplicas parecían no haberle servido demasiado, y Sara se fue apagando igual que un cirio sin aire.

—*Mah amuláh libatéj!*^[10]. —Fue lo último que él le había oído decir mientras su madre le sostenía su mano.

Luego se le fue resbalando por aquel abismo insondable, mientras Adael se empapaba de sangre intentando extraer del vientre de Sara a su hijo muerto, hasta que ella no pudo más y se evaporó pálida sin llegar a ver el cuerpecillo inerte del niño.

Murió como un gorrión exhausto se aferra con sus uñas débiles a una rama encerada.

No obstante, Adael bien sabía que Sara no había muerto aquella tarde entre las sábanas de lino bermellón, pálida como la nieve del monte Hermón. Su esposa se había ido poco a poco, como la luz pervive en la penumbra después de que el sol era engullido por las montañas; como la humedad de la lluvia se instala durante horas después de vaciarse sobre los campos de balsameras, naranjos y limoneros. La muerte era así, igual que ese aroma a mirra e incienso que perduraba después de haberse alejado del Templo. Así sucedió con Sara. Fue yéndose lentamente, porque mucho después todavía continuaba adherida en los perfumes de su túnica, ligada al telar solitario del jardín, en los rincones de toda la casa, o como un espectro que Adael solo podía percibir cuando le punzaba el alma.

Ella no se fue el primer día del mes de *iyyar*^[11] del año 68. Sara continuó muriendo muchos días después, hasta que Jericó comenzó a consumirse también al mes siguiente, en el comienzo del verano, en el *sivan*, cuando Adael decidió abandonarse para dejarse morir.

Todo se le derrumbaba. Incluso Jericó, que acabaría ensombreciéndose también.

Supo que la ciudad se doblegaría ante Roma cuando el verano comenzó a exhalar su aliento hirviendo y una tarde golpearon a su puerta suplicándole su auxilio. Adael, ovillado sobre su lecho, no contestó. Sin embargo, continuaron insistiendo entre gritos que invocaron a Yahvé y, finalmente, a su padre, Demetrio. Fue en aquel instante, al oír el nombre de su progenitor, cuando la voz de su memoria despertó su

lealtad y, como un enfermo, descorrió el pestillo con su cabello revuelto y una espesa barba que escondía su aspecto habitual.

Al abrir, vio a un viejo sosteniendo a un muchacho que empapaba de sangre su túnica desde su abdomen hasta los pies.

—¡Tienes que ayudarnos! —le suplicó el anciano, que sostenía al herido como un cayado que se arqueaba igual que un junco—. Mi hijo está muy malherido. Tu padre me hubiese ayudado. Han sido los soldados.

Ebrio de tristeza y con la razón mareada, Adael los dejó pasar y tendió al hombre sobre la cama que tenía en el dispensario. Su padre, desde pequeño, siempre le había recordado que Yahvé había iluminado sus manos, y eso significaba una responsabilidad y una honradez que le sería premiada en una vida nueva a la que estaban llamados los justos.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó, despojándolo de su túnica manchada.

—Nos defendimos —rugió el viejo con rabia.

El herido se quejó intentando decir algo, pero el dolor le hizo desistir de aquella pequeña hazaña.

—Dime lo que sucedió —le exigió Adael mientras examinaba las puñaladas que ocultaba la sangre.

El viejo frunció el ceño, agitó su cabeza y comenzó a rumiar lo que iba a decir.

—Eran más de una centuria y venían a ocupar la ciudad.

—¿Os habéis enfrentado a una centuria? —Agigantó sus ojos, volviendo su mirada hacia él.

—¡Iban a ocupar Jericó! —le espetó el anciano, golpeando con su puño la palma de su otra mano abierta—. Si Jerusalén resiste, ¿por qué no íbamos a hacerlo nosotros también?

—¿Cuándo ha sucedido?

El médico llevaba días abandonado, apenas sin comer, deambulando por la vida sin moverse.

—¿Acaso no te has enterado de nada? ¿Dónde has estado durante estos últimos días?

El médico ni se preocupó en contestarle.

—¿Cómo ha sido?

—¡Les impedimos entrar! ¡Resistimos!

—¿De esta forma? —le preguntó, señalando el cuerpo de su hijo.

—¡Por supuesto! ¡Es la única manera en la que podemos resistir! Además, no han podido atravesar nuestros muros y acabamos con unos cuantos de ellos. ¡Resistiremos como lo está haciendo Jerusalén!

—¿Acaso habéis perdido el juicio?

El viejo se tambaleó de ira ante Adael y, como si su brega todavía no hubiese terminado, mientras el médico examinaba el cuerpo del sicario, extrajo del cinturón de cuero una daga con la que apuntó a su cuello.

—¡Más te vale que lo asistas!

Adael, sin inmutarse, se giró lentamente y le increpó:

—¿Acaso te hubiese recibido si no fuese a hacerlo? Si quieres matarme, me harás un favor, de verdad.

Al decírselo, sus ojos traspasaron a los del anciano con el brillo azabache de una valentía absurda: aquella que no le temía a la muerte.

—Solo quiero que lo ayudes, como hubiese hecho tu padre —le pidió, bajando el cuchillo.

—Haré todo lo que pueda. El resto no dependerá de mí.

El médico preparó agua en una vasija ancha, paños de lino, hilo, una aguja, ánforas con bálsamo y díctamo para cicatrizar. Acomodó todo sobre la mesa y luego comenzó a preparar en un bacín un brebaje de raíz de opio y mandrágora para anestesiarlo todo lo que pudiese.

—Tienes que colaborar —le dijo al viejo—. Suelta tu cuchillo y utiliza tus manos para ayudar a tu hijo mientras preparo esta pócima. Usa los paños y el agua para limpiar suavemente las heridas y que yo pueda reconocerlas.

Él obedeció repasando su cuerpo desnudo, solo cubierto por un taparrabos. Luego Adael se acercó al muchacho, incorporó su cabeza y le dio a beber de aquel brebaje que el herido apenas tenía fuerzas para tragar.

—Ha perdido mucha sangre —dijo en voz alta.

Y al pronunciarlo, recordó a Sara, cómo se había apagado por una anemia que él no había sabido sanar y, cuando al fin comprobó que sus heces eran cada vez más oscuras, aunque casi imperceptible, supo que poco podía hacer con la alimentación para fortalecerla antes de la intervención. Probablemente su estómago tuviese alguna pequeña herida que él jamás sería capaz de zurcir, como en aquel momento habría de hacer con aquel rebelde.

—Pero ¿podrás salvarlo?

—No lo sé —replicó, examinando sus cortes—. Está en las manos de Yahvé.

Adael repasó aquellas hendiduras que surcaban su abdomen y su pierna derecha. Eran grietas oscuras de las que borboteaba la sangre y que se ahondaban como cráteres dentro de su carne rojiza y blanzuca.

—Tengo que coserlo. Le dolerá.

—Haz lo que sea preciso.

El médico untó las heridas con sus ungüentos y dejó que transcurriera un tiempo para que el opio y la mandrágora hiciesen su efecto. Luego comenzó a coser entre los quejidos del sicario y los reproches mudos del viejo, quien le humedecía la frente y lo acompañaba en su delirio, hasta que se desmayó de dolor.

—¿Ha muerto? —renegó el viejo.

—No ha muerto, pero puede que lo haga. Está muy débil.

—Quiero que viva. Necesitamos sus brazos.

De la boca de Adael, de pronto, brotó una sonrisa entre la espesura de su barba.

—Creo que ninguno de nosotros vivirá cuando Roma envíe una legión para arrasar Jericó.

El viejo lo miró iracundo.

—Cóselo y haz tu trabajo. Nosotros haremos el nuestro y salvaremos a Israel.

El médico continuó su intervención con todo el esmero que pudo y, una hora después de haber comenzado, hizo su última atadura. Entonces fue cuando oyó la inesperada tormenta. Los truenos crujieron sobre Jericó y el viento comenzó a aullar por las rendijas de la ventana. Nadie esperaba aquella agua, pero todos bendecirían la lluvia inesperada en el valle del Jordán. Entonces, sin pronunciar ninguna palabra, dejó allí a los sicarios y salió al patio. Los primeros goterones comenzaban a caer sobre la barriada. En la tapia, el médico vio los excrementos húmedos de unas tórtolas que levantaban el vuelo entre el griterío de los niños y el balar del cabrito de un vecino. Hasta que el aguacero fue una cortina que dejó que le empapara todo el cuerpo.

A Sara le hubiese maravillado aquella lluvia, pensó él.

—No puedo llevármelo. —Oyó la voz del viejo a sus espaldas.

Adael no se giró. El agua alisaba sus cabellos y se precipitaba como ríos por todo su cuerpo.

—No podría, aunque quisiese. Está muy débil para caminar. Debe permanecer conmigo. Pero tú debes irte.

—Puedo buscar algo para transportarlo.

—No me importa que se quede —insistió el médico—. Pero no puedo asegurarte que vaya a vivir.

—Está bien. Volveré mañana.

—De acuerdo —le dijo sin volverse, mirando hacia el cielo.

Guardaron silencio y probablemente el viejo esperó que el médico se girase. Pero Adael no lo hizo.

—Cuando se recupere, me lo llevaré, y entonces te pagaré.

Pero Adael no le contestó. Sospechaba que aquella sería la última tormenta antes de que volvieran las águilas de Roma.

Y así fue. Un par de semanas después, Marco Grato estaba a punto de llegar con sus estandartes, dirigiendo a la duodécima legión y bajo el mando del general Tito Flavio Vespasiano y, cuando los cascos de su caballo repiquetearon sobre el empedrado de Jericó seguido de solo una cohorte, la ciudad se había vaciado como un hormiguero sin sus reinas. El pueblo, en cuanto supo que Vespasiano avanzaba desde Jerusalén para arrasarlos, huyó amedrentado sin prestar atención a los discursos estériles de los rebeldes, ya demasiado diezmados desde la resistencia que habían intentado apenas una semana atrás.

Solo los ancianos, los niños y algunas mujeres se agazaparon en sus casas.

Y Adael también.

—Es mejor que me arrastres a la calle —le dijo el muchacho que había sufrido

una infección interna a causa de las puñaladas—. Si los soldados entran aquí y te encuentran conmigo, te matarán o te esclavizarán. No temas a mi padre. Él no va a volver. Me habría llevado con mi familia si pudiese moverme, pero ya no volverá... Debes salvarte.

—No le temo a tu padre. Le temo a Yahvé.

El sicario agonizaba y solo los brebajes aletargaban su sufrimiento. El viejo lo había visitado tres veces, pero aquella mañana él ya sabía que no regresaría. Jericó bullía de miedo. Eran conscientes de que el ejército avanzaba hacia allí, e intentarían cruzar el Jordán para salvarse.

—Sabes que todavía no tengo fuerzas para huir.

—No te dejaré.

—¿Acaso quieres morir?

Adael estaba de pie, frente a la cama del rebelde. Podía ver su rostro perlado de sudor y su cuerpo afiebrado. Las heridas de su abdomen se hinchaban de pus, y en su rostro de ojos vacíos, piel pálida y labios lívidos podía leerse su destino.

—Dame algo para morir... y deshazte de mí.

Pero el médico negó con su cabeza.

—Si ha de ser, acabarás muriendo conmigo.

Annia Publia se fijó que hasta la esclava Velina se mantenía en pie. Todavía no podía entender cómo su marido había logrado recuperarla después del parto, pero allí estaba, junto a los otros esclavos, rodeando lo que quedaba de Idalin. Marco no había organizado ninguna celebración. Ni el sacrificio de un *porcus femina*, ni perfumes, ni bálsamos, ni incienso, ni pebeteros ardiendo con aceite. Nada. Solo el susurro de algunas palabras, con aquella voz extraña, con aquel tono suave como una brisa, como si Annia estuviera escuchando a otro hombre.

Todo fue demasiado sencillo. Sin embargo, la había sepultado en la villa. A Idalin, una liberta que había vivido como una esclava, pero había muerto como una *domina*. La había depositado junto al monumento de Marco, mientras a ella se le erizaba la piel y apretaba los dientes hasta que la mandíbula le dolió.

Ella sabía lo que le había sucedido a Idalin. La anciana había llegado a saber demasiado, y por ello aquel intruso la había empujado hacia la muerte. ¿Qué importaba que hubiese velado junto a ella? El *dominus* se había encargado de que la liberta se extinguiera lentamente, por algún motivo arcano que Annia no acertaba a comprender. La *domina* estaba convencida de ello, y le daba igual lo que pensara Lucio. Él no podía ver a los muertos. Para él resultaba difícil entender, al igual que lo era para ella antes de que Marco regresara. Pero ahora ya no. Ya no. Nunca jamás había imaginado aquel temor, y no estaba dispuesta a enloquecer aún más, sino a acabar con él. Como fuese. ¿Acaso no se avergonzaba de pensar así? ¿Cómo una mujer cuerda podía tramar acabar con su marido enfermo? Pero para Annia Publia aquel hombre no era él. Para ella, era un intruso que respiraba como Domitia o, quizás, por qué no, como aquel esclavo al que había abandonado a su suplicio, Abel, al que se le había acercado en su inmolación para susurrarle que sellara sus labios si quería que viviese su niña Atia, mientras su marido afilaba su muerte. Entonces, él había dejado de arañar la vida y se había entregado al tormento por ella, por su hija, pero maldiciendo a su ama y jurando regresar del Hades para vengarla.

Lucio no podía entenderlo, pero ella sí.

Le daba igual lo que pensara de ella. Nadie sabía cómo amanecía en su *cubiculum*, arrodillada y descalza frente al larario, solo cubierta por la túnica con la que había dormido. Las figurillas de madera la observaban con sus rostros deformes, caricaturas de existencias pasadas, recuerdos de que la muerte convivía con ellos, mientras Annia chasqueaba sus dedos hacia arriba antes de ponerse en pie. Luego colocaba frente al larario una jofaina para purificar sus manos, y junto al recipiente, un plato de habas negras que acababa llevándose a la boca de un puñado, para saborearlas durante un instante, vomitarlas sobre su mano y luego arrojarlas una a una por encima de sus hombros, sin mirar hacia atrás, repitiendo nueve veces: «Lanzo

estas habas para liberarme del espíritu del mal». Y no se volvía, no lo hacía, no mientras la sombra de los muertos devoraba su sustento y la dejaban en paz.

Solo entonces los lémures se evaporaban. Solo entonces...

¡Menos él! ¡Menos él!

¿Acaso se estaba volviendo loca?

Pero ya no le importaba nada. Lo había decidido.

Por eso se había dirigido hacia la ciudad. Había atravesado el Campo de Marte y había dejado que Mevio la condujese más allá del *pons Fabricius* y de la isla Tiberina. El esclavo la había sumergido en la herrumbre del barrio del puerto, un embrollo de callejuelas apretadas, como la turba de ratas que merodeaban en las trastiendas de las tabernas. La *domina* intentó no mirar los rostros extranjeros, aquellos desperdicios del imperio que sobrevivían entre la miseria de una Roma esplendorosa. El carro avanzaba entre los ladridos de los perros sarnosos, que perseguían las ruedas de hierro como las moscas sobrevolaban los comestibles de las tiendas.

Annia vio que el carro de Glycon había girado en la esquina de un lupanar, donde las prostitutas orientales se asomaban a la calle con sus cabellos coloridos y sus atuendos brillantes. La callejuela era tan estrecha que la *domina* pudo distinguir las facciones de las cilicias, bitinias o cirenaicas, y ni qué decir de las esbeltas nórdicas, que la observaban pasar con sus ojos transparentes. Annia podía oler aquel tufo a orines esparcidos por la calle, mezclado con la espesura de los efluvios a vino, pollo frito y salsa de pescado. Algunos racimos de niños merodeaban con sus cabecitas rapadas en busca de algún botín, mientras se abalanzaban sobre la *domina* extendiendo sus manos sucias y correteando junto a ella. Annia maldijo su suerte y abrió su parasol blanco, como si sospechase que los desperdicios podían lloverle desde los ventanucos de las *insulae*, como si la pobreza escupiese sobre su vida. Al fin y al cabo, ella había decidido enfangarse en aquel suburbio colmado de mugrientos talleres, posadas y maleantes que disimulaban jugando a los dados mientras la veían pasar con sus dientes podridos.

—Es aquí, ama —le dijo Glycon acercándose a ella.

El carro del administrador de las *insulae* de Annia Publia se había detenido delante del de Mevio, pegado a un muro ennegrecido por el moho y cubierto de pinturas obscenas con los nombres de algunas pandillas. El esclavo mauritano que había remolcado a Glycon jadeaba su cansancio.

—Más te vale que sea así, zampón —le murmuró sin atreverse a levantar la voz en aquel escenario—. Como me llegue a pasar algo, se acabó tu fortuna.

El hombre hizo un gesto bobalicón y se dirigió hacia la puerta de un cuartucho cerrado bajo el soportal del edificio, arrinconado entre canastos de dátiles, nueces, ciruelas, higos y otros frutos nublados por las moscas. Estaba aplastado bajo un gigante desportillado y agujereado de ventanas que vomitaban túnicas y lienzos al sol de la mañana. Glycon sabía de sobra que la *domina* estaba demasiado irritada desde

el día en que lo había visitado en su apartamento, cuando le había mandado extraer el cuerpo de Domitia Sulla de la villa, como también sabía que el que no lo hubiese enviado llamar todavía para resolver aquel asunto la soliviantaba aún más. Sin embargo, el orondo administrador sospechaba que todas aquellas andanzas por el barrio del puerto estaban relacionadas con todo aquello.

Annia lo esperó sentada en el carro, observando cómo gruñía la cerradura de la puerta por donde se asomaba una mujer inmunda y repulsiva, con una guedeja de cabellos encanecidos y erizados. La *domina* no pudo escuchar lo que dialogaban, pero sí vio a Glycon señalarle su presencia y ella asentir asombrada, sonriendo con sus dientes astillados, bien dispuesta a demostrarle a aquella patricia lo que muchos tachaban de engaños, mezcla de medicina, religión y astrología. Una mezcolanza de ritos griegos, egipcios y mesopotámicos que buscaban la alteración del orden lógico de las cosas con sus formas ilícitas y supercherías.

—Es muy buena, ama —le dijo el administrador, volviéndose a acercarse a Annia y ayudándola a bajar—. No os guíeis por su aspecto. Esta mujer es bien conocida por sus trabajos. Tiene buena fama.

Pero la *domina* prefirió no contestarle. Sentía repulsión de poner un pie en aquel tugurio, y no sabía muy bien qué tipo de fama se habría granjeado aquella bruja, ni con qué gentes. Pero ella estaba desesperada, y en aquel momento pudo verlo con claridad, porque de otra manera jamás hubiese pisado aquel suburbio de rufianes.

Annia Publia siempre había sabido que la ciudad estaba infectada de hechiceros y encantadores en busca de desgraciados crédulos, pero también era consciente de que se trataba de una actividad proscrita. Ya hacía unos cien años que el triunvirato de Octaviano, Antonio y Lépido había expulsado de Roma a astrólogos y magos y, algunos menos, que Tiberio había deportado no solo a los magos, sino a los adeptos de cultos extraños, como judíos y egipcios. Aun más, la práctica de la magia estaba proscrita en las XII Tablas, y existía la pena de muerte para magos y adictos a ellos, quienes podían ser arrojados a las bestias, crucificados o deportados. ¿Quién podía imaginar que una patricia se postrara ante una hechicera? ¿Quién podía sospechar una escena semejante? Nadie, desde luego, y ella lo sabía perfectamente.

A pesar de eso, en aquel momento no parecía importarle mucho todo aquello. Solo quería recuperar su vida y, aunque fuese un enigma, quizás salvar al que alguna vez había sido su esposo, aquel hombre que ahora reconocía con una voz desvaída, en un cuerpo transfigurado y con un espíritu que amenazaba su existencia.

La vieja hechicera la recibió excitada por aquel momento y la invitó a entrar en su hura. Annia se sobrecogió y les ordenó a Mevio y a Glycon que se mantuviesen allí fuera, vigilantes, mientras ella seguía a aquella anciana como si fuese el Caronte que había de ayudarla a transitar su infierno.

—No os asustéis, señora —le dijo con el graznido de su voz—. No os dejéis engañar por mi humilde morada.

Annia examinó aquel escondrijo y volvió a dudar. Era un ambiente oscuro,

escasamente ventilado por una pequeña ventana. En un rincón, bajo la sombra de un candil apagado, recipientes con pócimas que ella imaginaba demoníacas y, probablemente, elaboradas con ungüentos de laurel, malva, eléboro, rubia, beleño, sal o gálbano. Y rodeando aquel cubil, todo un elenco de bichos acomodados en repisas, desde liebres, mochuelos y lagartos, hasta un ibis de pico largo y corvo embalsamado como si todavía pudiese zanquear por las lagunas.

—Sentaos, por favor —le insistió, apartando una de las sillas que tenía bajo una mesa de madera desvencijada—. Os lo ruego. Yo soy Livilla, para servirlos en lo que necesitéis.

Ella se dejó caer en aquel asiento como si estuviese mareada, sobrecogida por aquel ambiente que la oprimía, y al hacerlo pudo ver bajo aquel tablero un pequeño pajarraco de cabeza redondeada que la observaba con sus ojos amarillos y su plumaje oscuro. Estaba insólitamente inmóvil, y Annia dio un respingo instintivo que la vieja sofocó con una sonrisa desdentada.

—Es un alcaraván. No debéis temerle. Me hace mucha compañía.

La hechicera lo espantó de un puntapié y el ave aleteó despavorida hasta situarse en un anaquel junto a los disecados. Luego la vieja se sentó frente a su visitante.

A la *domina* se le atoraban las palabras, pero al fin superó sus miedos y escupió lo que quería.

—Mi marido ha muerto y alguien ha suplantado su cuerpo. Antes no hubiese creído en esto, pero ahora estoy convencida.

La bruja agigantó sus ojos con fruición.

—¿Quién es vuestro marido?

Annia meditó un momento, pero acabó por contestarle sin dudas.

—¡No pienso dejar caer el nombre de mi esposo en este lugar! ¡Su nombre es lo de menos!

La vieja mudó su gesto y arrugó el rostro.

—No puedo trabajar sin un nombre.

—Pues tendrás que hacerlo.

—No puedo. Nada puede salir bien sin su nombre y sin saber alguna cosa de su vida. Los muertos no oyen a los vivos si no se los llama por su nombre.

—En realidad, no es de mi marido de quien quiero hablar —insistió dubitativa—, sino de los malditos lémures que se han apoderado de él.

La bruja ni se inmutó y el chillido de su voz sonó decidido.

—Si queréis que os ayude, necesito saberlo todo, señora.

Annia Publia no sabía si la vieja percibía su miedo y su necesidad, pero sí comprendía que la hechicera parecía segura de lo que decía, y que no la sentía titubear. Al fin y al cabo, era ella la que había descendido hasta las profundidades de Roma, y todo lo que antes le parecía jocoso e imposible, en aquel momento se había convertido en el asidero de su desesperación. ¿Quién iba a decírselo? Toda aquella brujería rechazada por el mundo, de pronto adquiriría sentido para ella.

—Debéis confiar en mí, señora. Si habéis venido hasta aquí, es porque creéis que puedo ayudaros, y voy a hacerlo, pero necesito saberlo todo. Olvidaos de lo que maldigan de nosotros. El mundo teme nuestro poder, y por eso nos odia. Pero ¿acaso hacer bajar la luna del cielo para que llueva, detener el granizo, disipar las nubes, calmar los vientos o alargar las nubes es malo? ¿Es terrible hacer fecundas las plantas y las ubres de los ganados? Y es verdad que a veces la magia puede llegar a mayores, como resucitar a los muertos, encantar a los enemigos o hechizar envidiosos. Pero ¿acaso el pueblo no suplica estas cosas algunas veces? ¿Acaso no estáis aquí por algo semejante?

La vieja respiró profundamente mientras observaba los efectos de su oratoria en el rostro de Annia, quien cada vez parecía más permeable a las palabras de la bruja.

—Si habéis venido hasta aquí, debéis confiar, señora. De lo contrario será mejor que os vayáis.

La *domina* se la quedó mirando indecisa, hasta que al fin le contestó:

—Te diré todo lo que necesitas, pero si me traicionas, te juro por todos los dioses que ordenaré que te despellejen como a un cordero y luego mueras lentamente. ¿Lo has entendido?

Livilla asintió, pero continuó inmutable. Probablemente estaba demasiado acostumbrada a las amenazas y sabía que estaba a punto de cerrar un negocio importante, y que no se le podía escapar.

Annia Publia le contó quién era su marido, cómo lo habían dado por muerto y de qué forma había regresado imperceptiblemente cambiado para los desconocidos, pero no para ella. Le habló de que su cuerpo ya no parecía el mismo, y no solo por haber perdido el vigor de la legión, sino porque ni siquiera podía reconocer sus lunares ni encontrarle sus cicatrices, ni su pulso diestro. Para ella, la voz de Marco Grato se había vuelto tan blanda como su carácter; parecía haberse transformado en un sanador generoso, con una habilidad que no acertaba a comprender dónde había adquirido. La *domina* le habló de su certeza, y apenas le avergonzó reconocerlo delante de aquella maestra en hechizos, como si ella fuese la más indicada para escuchar sus desvelos. Entonces también le habló de Domitia, convencida de que si aquella anciana decidiese traicionarla, nadie daría crédito al testimonio de una bruja que no solía relacionarse con ciudadanos romanos y mucho menos con *vigiles*, jueces o senadores. Al hablarle de la amante de Marco, Annia supo que desenterraba un cadáver que aquella vieja nunca podría cargar, y que si lo hacía, no solo acabaría con su negocio, sino con su precaria y oscura vida. Mencionó asimismo a Abel, narrando su estúpida muerte ejecutada por Marco, y todas las sospechas que revoloteaban por su cabeza, como los cuervos picoteaban a los crucificados hasta matarlos.

—No puedo hablar de esto con nadie —acabó admitiendo la *domina*—. Pero estoy convencida de que es el espíritu de esa mujer el que se ha apoderado de mi marido, o el de ese esclavo que la emparedó.

La bruja entrecerró los ojos como si aguzara el instinto.

—Nunca he tratado un caso igual, pero he oído hablar de extrañas posesiones. A veces nadie llega a descubrirlas y los lémures acaban con los vivos.

Annia, al escucharla, se echó hacia atrás. Entonces, el rostro de la anciana se iluminó de oscuridad.

—Hay que intentar acabar con los dos.

—¿Con qué dos?

—Con el espíritu del esclavo y con el de la muchacha. Ahora no sabemos quién es, pero se acabará manifestando.

La *domina* asintió, como si aquella bruja pudiese leer sus pensamientos.

—¿Qué hay que hacer?

—Debéis traerme los huesos de esa mujer y, si se trata de ella, os aseguro que un conjuro liberará a vuestro marido de las garras de ese demonio.

Annia volvió a asentir, pero esta vez más decidida.

—Luego me ocuparé del esclavo.

—No conservo nada de él. Ya ni recuerdo dónde Marco lanzó sus huesos.

Sin embargo, esta vez la bruja sonrió con los pocos dientes que bailaban en su

boca. Su rostro era un pellejo que ocultaba un brío extraño.

—¡Claro que tenéis algo suyo!

La *domina* abrió los ojos desmesuradamente comprendiendo.

—Debéis traerme a la muchacha, a su hija. Si se trata del esclavo, os aseguro que también se manifestará.

—¿Y si no lo hace?

—Si no lo hace, la esclava morirá y él acabará siendo responsable de su muerte —aseveró con autoridad—. Creedme, ese espíritu se revelará tarde o temprano, surgiendo bien de entre los vivos, bien de entre los muertos. Pero vendrá.

Annia Publia bebió sus palabras como si se tratase de un bálsamo, y pensó que si aquella loca la engañaba no tenía nada que perder, y sí mucho que ganar.

—¿Cuándo puedes hacerlo?

La hechicera la desafió con su mirada.

—¿Cuándo podéis conseguir lo que os pido? —preguntó a su vez.

—Mañana será el gran desfile por la victoria del general Tito en la guerra de Judea, y Marco estará alejado de nosotros todo el día. Será entonces cuando Glycon sacará los huesos de la villa y estarán disponibles para que hagas lo que quieras con ellos. Lo de Atia, la hija del esclavo, será mucho más fácil. Ella irá donde yo le mande. Incluso hasta la muerte.

La vieja volvió a sonreír y se frotó sus callosas manos como si sintiese frío.

—Prepararé lo necesario para el ritual —le dijo—. Pero no nos veremos aquí.

—¿Y dónde entonces?

—Debemos buscar un cruce de caminos lo más alejado que podamos de la ciudad, donde no seamos molestados absolutamente por nadie, ¿me entendéis?

La *domina* asintió con atención.

—¿Y cómo lo encontraré?

—¿Por qué puerta de la ciudad saldréis? —le preguntó la vieja.

—Por ninguna. Vivo fuera de Roma, en la campiña, al norte.

La hechicera barruntó un momento rascándose la barbilla poblada de pelillos blancos.

—Os será muy fácil, y más si Glycon os acompaña. Él conoce ese lugar. Debéis buscar la *via Triumphalis* y después dirigíos hacia el oeste por la *via Aurelia Nova*. Avanzad cuatro millas, hasta llegar a un sendero que os adentrará en el bosque. Allí lo haremos.

—¿Y si me pierdo?

—Alguien os esperará en la *via Aurelia Nova*, pero si ese gordinflón que viene con vos os acompaña, no creo que os perdáis.

—¡Me da igual! —sentenció Annia—. No quiero problemas. ¡Más te vale que alguien esté pendiente!

—Dejad eso de mi cuenta, señora.

La vieja la miró a los ojos durante una pausa calculada.

—Pero esto costará muchos denarios, ¿me entendéis? —le dijo al fin.

—Eso no será ningún problema. Mañana por la noche, al acabar el conjuro, cobrarás.

Pero la hechicera negó con la cabeza.

—Debéis entenderme, señora —se lamentó—. Tengo que involucrar a más gente y para ello debo convencerlos... En fin, dándoles algo, ¿comprendéis?

—¡No pienso poner un cobre hasta que no vea resultados! —le contestó, poniéndose en pie.

La bruja continuó sentada, sin irritarse. Era como si los hilos invisibles que atrapaban a Annia ya fuesen movidos por ella.

—Entonces no podré ayudaros, señora —le dijo sosegadamente—. Solo os pido un pequeño adelanto. Nada más.

Annia se crispó y apretó su mandíbula con fuerza. Sabía que estaba atrapada y que no se había arrastrado hasta allí para regresar con las manos vacías.

—¿Cuánto quieres ahora?

La vieja aparentó calcular arqueando los labios y rascándose la barbilla.

—Quinientos sestercios estará bien.

La *domina* no se lo pensó. Ya había previsto aquello, por eso buscó su talega y descargó unas cuantas monedas sobre la mesa. Luego salió sin mirar atrás.

—Mañana acudiré con lo que me has pedido.

Annia Publia regresó a la villa excitada por los nervios, haciendo cábalas sobre lo que podría suceder al día siguiente. Estaba convencida de que se exponía demasiado, pero ella no creía poder pasar muchos más días de la misma manera y bajo el mismo techo que Marco, aquel intruso al que llamaba por el nombre de su marido. Las dudas repicaban en su cabeza como las pulgas entre los animales del establo. ¿Estaba realmente muerto? ¿Qué sería de aquel cuerpo cuando el espíritu inmundo lo abandonase para siempre? ¿Cómo era posible que le estuviese sucediendo algo así?

Ella no podía saberlo. Sin embargo, sí que estaba convencida de que el espíritu de Marco Grato ya había descendido al Hades aquel día que murió en Judea, la provincia en la que se había asomado al mundo. Y fue solo en aquel momento cuando cayó en la cuenta de lo extraño y confuso de su destino. Judea lo había visto nacer y Judea lo había visto morir. Aquello nunca se le había cruzado por su cabeza, pero entonces le pareció tan increíble como sospechoso. Marco había nacido en Jerusalén poco antes de que su padre abandonara el gobierno de la ciudad y regresara a Roma con su esposa. El albur había querido que Marco Grato naciese donde habría de morir.

Todo era insólito, absurdo e increíble a la vez.

Annia no podía dejar de rehilar sus ideas, intentando tejerlas en un vestido incómodo y desconocido.

—¿Adónde has ido? —le preguntó Marco pasado el mediodía.

Su esposa se había recostado sobre uno de los sillones del *triclinium*. El trajín de aquella mañana la había cansado.

—¿Acaso te importa? —le contestó nerviosa—. Creí que lo único que te importaban eran tus esclavas.

Marco guardó silencio e ignoró el envite.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Su tono era arcano y extraño.

—¿De qué quieres que hablemos? ¿De que debo comprar una nueva esclava? ¿De que tendré que hacerlo yo porque te pasas los días encerrado en esta villa? ¿De eso quieres que hablemos? ¿O quizás de tu memoria? De ese muro extraño que no te permite mirarme como lo hacías antes, ni recordar nada, como si yo no hubiese existido para ti.

El *dominus* la miró sorprendido. La actitud de Annia parecía más delirante que furiosa y, de pronto, estuvo convencido de que su mujer estaba desquiciada, y sería capaz de cualquier cosa.

—Seas quien seas, yo ya te he descubierto —le aseguró con terror en sus ojos—. Bajo el cuerpo de Marco ocultas tu rostro. Pero yo ya sé quién eres, y no permitiré que vuelvas a atormentarme.

—Tenemos que sentarnos a hablar, Annia —le dijo—. Hace ya varios días que debo hacerlo. Quizás haya llegado el momento de que hablemos.

Annia apretó sus sienes con las dos manos. Le dolía la cabeza por la tensión del día.

—Atia me está preparando el baño —le dijo midiendo sus pasos—. Ahora no tengo ganas de nada, Marco. Aléjate de mí.

—Sé que dudas de mí, Annia.

La *domina* tragó saliva e intentó respirar, pero Marco caminó hacia ella en silencio y la mujer se puso en pie temerosa. En el tizón de sus ojos había un destello sobrenatural que le erizaba la piel, y comenzó a sobrecogerse.

—Todavía no puedes comprenderme —le dijo el *dominus*.

A ella su voz le pareció sepulcral y todos sus miedos volvieron a estallar en su pecho. No podía soportar su presencia.

—¡Aléjate de mí! —le dijo, dando lentos pasos hacia atrás—. ¡No quiero hablar contigo!

Marco dejó de avanzar. Podía percibir la agitación de Annia en su respiración.

—Debes tranquilizarte —insistió—. Ha llegado el momento de acabar con todo esto.

La *domina* continuó su avance hacia atrás intentando esquivarlo.

—¡Déjame en paz! —Y sus ojos se irritaron de lágrimas—. ¡Vete! Seas quien seas. No te permitiré que te quedes. No lo haré.

—Estás demasiado nerviosa. No sabes lo que dices, Annia.

Ella temblaba y había perdido las riendas de su vida.

—¡Te conozco, Domitia Sulla! —le espetó ella finalmente, sin meditarlo, como si el miedo de su alma hubiese supurado sin darse cuenta.

—Tienes que escucharme, Annia.

Pero ella estaba aterrorizada y calculó todos sus movimientos hasta conseguir escabullirse de él y alejarse del *triclinium*, convencida de que las cosas se precipitaban sin remedio.

—¡Tú la has matado! —le dijo mientras huía—. Yo ya lo sé.

Cuando el general Vespasiano ordenó que algunas centurias permaneciesen en Jericó, Adael ya había decidido que resistiría sin huir. Velaría la muerte del rebelde que agonizaba junto a él y luego esperaría que su vida se derrumbase sobre los dos, sin importarle nada más. No obstante, el médico desconocía la fuerza de Yahvé, que exhalaba su aliento sobre los hombres como el suspiro cálido que erosionaba el dorado del desierto y que saldría a su encuentro casi sin darse cuenta.

Pero ¿cómo iba a saberlo entonces? ¿Cómo iba a verlo en aquel zelota que agonizaba en su dispensario? ¿Cómo iba a contemplar el soplo de una fuerza sobrenatural en el arrojito de aquel muchacho que no quería morir? Más bien, el rebelde se aferraba a la vida como una enclenque zarza entre las dunas del desierto, y Adael estaba dispuesto a mantenerse junto él, no solo porque no tenía nada que perder, sino también porque había aprendido que Yahvé habitaba entre los hombres que él situaba en su camino, y que aquel cielo de esperanza prometido no comenzaba más allá del monte Hebrón, sino allí, junto a aquel muchacho que un día su padre había abandonado para huir.

Así, el zelota se propuso resistir, y Adael veló para que lo consiguiera. El médico lo vio revivir al tiempo que Jericó se desperezaba inocente y sin resistencia. Con la ciudad custodiada por el águila y sus estandartes, las mujeres, los ancianos y algunos comerciantes se asomaron de sus madrigueras, y Adael invirtió los denarios que le quedaban en lo poco y caro que se podía conseguir en el mercado. A medida que veía que su cuerpo resistía los zarpazos de la muerte, el médico estableció una dieta que le permitiese robustecerse. Pescado del Jordán, cereales, lentejas, garbanzos, cebollas fritas con vinagre y pan rallado complementaron un régimen que no escatimó en frutas, queso y vino. A la vez que le obligaba a ingerir la hiel, el hígado y el corazón de los peces.

Los días pasaban y Adael se sentaba en el patio bajo el limonero, dejando consumir las horas moliendo el grano y contemplando cómo se marchitaban las rosas y amarilleaban los jazmines. El médico dejaba caer el grano sobre la abertura entre dos piedras de basalto y comenzaba a girar en círculo la redondez de la parte superior de aquel pequeño molino, hasta convertirlo todo en harina. Trabajaba con esmero, como si su vida ya no tuviese horizonte, como si ya no le importase nada más que su hospitalidad, rezando tozudamente para aligerar su espíritu.

Hasta que un día aquel zelota se puso en pie con firmeza, con sus heridas limpias, y con su corazón insumiso, pero piadoso, le dijo agradecido:

—¿Cómo podré pagarte?

Nadie había hecho tanto por él a cambio de nada.

—Abandona las armas, cuida a tu familia y ayuda a quien puedas. Se lo debes a

Yahvé, no a mí.

—No hubiese sobrevivido sin ti.

El médico sonrió con amargura, y luego le dijo:

—El agua del mar de Sal te acabará de sanar. Intenta sobrevivir en los campos del Jordán y acércate a él. Te encontrarás mejor. No malgastes más tu vida.

El rebelde bajó los ojos, masculló algo en silencio, y un par de horas después se fue.

Entonces Adael se quedó solo frente a su vida y contempló a su alrededor todo con nostalgia, pero ya no pudo recordar ni su perfume a nardos. Sara se había evaporado lentamente y Jericó latía enferma y desconfiada. Su mundo se despenaba en silencio y el médico pensó que jamás debería haber regresado del desierto para quedarse, como si la aparición de su madre hubiese sido un espejismo del que ya desconfiaba. Todo aquel sufrimiento era un eco de aquella partida que sus hermanos ascetas tanto habrían lamentado. Entonces Adael creyó que ya había llegado el momento de volver. Al fin y al cabo, estaba muerto en vida.

No encontró a quien vender su vivienda, pero la cerró como quien gira la piedra de un sepulcro, y puso rumbo hacia el desierto. Buscó el camino del mar de Sal y dejó atrás la verde y fértil vega del Jordán, como una gran mancha de color que tintaba el páramo. Se adentró en la nada, y anduvo más de media jornada entre sinuosos valles de arcilla algunas veces, barro otras y, a medida que se acercaban hacia el mar, por montañas de roca y basalto se doraban bajo un sol inhóspito. Las sandalias arañaron el polvo de los pedregales y el camino serpenteó yermo, sin vida, apenas herido por algún arbusto o la sorpresa de un frondoso ajeno, bajo cuya sombra verde se cobijó a descansar.

Con el sol ardiendo sobre sus mejillas, alcanzó aquel vergel como si apenas hubiese pasado el tiempo, como si se hubiese alejado más de la cuenta y no hubiese sucedido nada más. Ni siquiera Sara. Adael había pasado casi ocho años en aquella residencia que se elevaba sobre el mar, y desde la lontananza, observó las higueras y las palmeras refrescando las huertas junto a los edificios de la comunidad esenia y, cuando pisó la explanada, en sus ojos volvieron a brillar sus muros de piedra y su torre de guardia.

—Bienvenido seas, Adael —le dijo Jaim, el hermano que regía la comunidad—. Jamás pensé que te volvería a ver.

—Todo tiene su tiempo y todo tiene su lugar —le contestó él—. Aquel no era ni mi tiempo, ni mi lugar.

El anciano Jaim lo miró sereno. Su espesa barba encanecida ocultaba un rostro pequeño, pero todavía vivaz. Lo condujo hacia la cocina, donde vació una jarra para saciar su sed, mientras los hermanos circulaban para abrazarlo con afecto. De improviso, aquel lugar se refrescó en su memoria: el refectorio, los baños y las albercas, la sala de los copiados, la de las cerámicas, las huertas, las grutas, el establo. Aquel retiro verde sobrevivía en una tierra ocre y yerma, pero que podía oler el mar.

Jaim lo dejó descansar, y solo quiso saber la verdad al día siguiente.

—¿Por qué has vuelto?

El médico se arrodilló frente a su maestro y le contó todo lo que había sucedido desde que los había abandonado: su fama como médico, su matrimonio con Sara, su aciaga enfermedad, sus días sin sentido en una Jericó insegura.

—Aquí no te ha traído Yahvé —le dijo el hermano—. Te han traído tus miedos.

El médico todavía recordaba que aquel esenio lo había despedido con decepción, como si la tutela sobre su discípulo no solo lo hubiese entristecido, sino que también le hubiese significado un fracaso.

—Quiero estar aquí, rabí.

El anciano sonrió con cariño y le acarició sus cabellos como si fuese un padre.

—Hace cinco años, cuando te vi marchar, comprendí que hacía mucho tiempo que tu corazón estaba inquieto, y que tu vida estaba más cerca de Jericó que del desierto. La muerte de tu padre fue el detonante para que te alejaras de nosotros, pero lo hubieras hecho de todas formas, hijo mío. La vida entre nosotros es serena y apacible cuando se la desea, pero punzante e incómoda cuando se anhela el mundo.

Adael lo miró confuso, y pronto recordó lo que significaba aquella comunidad tan extraña como acogedora, tan calma como radical. Mansos como corderos, los hombres entregaban su vida en las huertas, como alfareros y amanuenses, además de cultivar peces en albercas y extraer sal y asfalto del mar cercano. Aquellos hermanos despreciaban a los hijos de las tinieblas, todos aquellos que quebrantaban las leyes de Moisés, pero comerciaban con ellos para aumentar un tesoro escondido. Unas riquezas que a ellos no les interesaba en su pobreza y desprendimiento, pero que les garantizaba la posibilidad de sobrevivir, si fuese necesario, con aquel estilo de vida y en cualquier otro lugar. De hecho, el médico sabía que los esenios creían que su reino no era de este mundo, y que despreciaban de igual manera a los romanos como la degradación del Sanedrín y del Templo judío. Para aquella comunidad, su isla en el desierto ni siquiera seguía el calendario lunar de su pueblo, sino que se regía por el del sol. Además, para ellos, todos los hombres eran sus hermanos y despreciaban la esclavitud que vilipendiaban los hebreos, a la vez que eran capaces de ejercerla sobre los más débiles. Y aunque vivía en celibato y alejados de las tentaciones, condenaban el divorcio y la poligamia.

Estar allí no era sencillo, y se debía estar decidido.

—Antes no estaba seguro, rabí —insistió Adael—. Sin embargo, ahora creo que aquí seré feliz.

El anciano volvió a sonreír.

—A veces la desesperación enreda nuestro corazón —le dijo Jaim—. Y la muerte de tu esposa ha debilitado tu voluntad.

—No es verdad. Tenéis que darme una oportunidad.

El hermano esenio cerró los ojos, meditó en silencio y dejó que el tiempo pasase con su discípulo arrodillado en el suelo.

—Ve al desierto, Adael —le dijo Jaim—. Despréndete de todo y piensa en lo que te he dicho, y cuando lo hayas conseguido, vuelve.

Y él aceptó.

Pasó una semana vagando por aquel paisaje desolado y muerto, entre espejismos que se evaporaban de una superficie ocre y dura, buscando las sombras de los ajenjos y de las montañas. Bebía de un pellejo de agua, asaba langostas, comía hierbas, frutos y miel silvestre que hallaba cercana a la franja del Jordán y, en su soledad, esperó volver a encontrar a su madre. Pero no lo consiguió. Solo el susurro de Yahvé se le manifestó en su silencio y le mostró cómo la vida brotaba en la frontera de la muerte de la misma forma que el bosque se convertía en desierto, el agua viva en mar muerto y la luz en un calor sofocante.

Y Adael comprendió que el dolor y el amor florecían juntos, y que a veces para acercarse había que alejarse.

El día que volvió a la comunidad su cuerpo estaba consumido y reseco, pero su alma tibia y ligera.

—Estoy preparado para cambiar de vida, rabí. Solo espero que podáis aceptarme —le dijo Adael.

—Nosotros también te necesitamos —le contestó Jaim, estrechándolo en un abrazo.

Pero la voluntad a veces no es suficiente. Adael lo intentó todo para permanecer con ellos, pero un año y medio después de haber regresado, pasaba los días anestesiando su recuerdo y buscando el sendero del olvido.

El médico había obedecido al maestro Jaim con disciplina y humildad, y se había vuelto a habituar al cáñamo y al tintero, copiando con esmero los libros de la ley acomodado en la frescura de las grutas, o bien se entregaba a la tierra en silencio junto a sus hermanos, donde disfrutaba del contacto con la huerta, entre manzanos, perales, higueras, lechugas, nabos, perejiles y otras tantas legumbres. Y a las horas en que el sol castigaba con su azote, la comunidad se recogía en el refectorio para orar entre cantos, que se dejaba caer en la serenidad de sus almas como el agua sobre el desierto.

Pese a ello, nadie podía luchar contra la voluntad de Yahvé cuando él se empeñaba en salir al encuentro del hombre. Todo acabó sucediendo un día inesperado, uno como cualquier otro, cuando la comunidad todavía desconocía que Jerusalén había sido arrasada.

—Tienes que ir a Jericó, Adael —le dijo el maestro Jaim, preocupado.

—¿A Jericó? ¿Qué he hecho, rabí?

El esenio negó con su cabeza.

—No se trata de eso, hijo mío. Sabes que este es tu hogar y eres bienvenido, pero ya me has dicho desde hace tiempo que pronto se agotarán nuestras medicinas.

—Así es, rabí. Apenas queda dícamo, opio y muchas de las hierbas con las que preparamos los brebajes se han terminado.

—Quiero que vayas a conseguir las, Adael.

El médico lo miró incrédulo.

—¿Por qué queréis que lo haga yo, rabí? Puede ir el hermano Abil. Él sabe todo lo que hay que hacer. En los últimos meses ha progresado mucho en todo lo que le he enseñado, y yo le haré un listado perfecto.

—Tú eres médico, Adael. Sería estúpido enviar a otro. ¿Acaso tienes miedo?

Adael meditó un momento.

—Hace un año y medio que no he salido del desierto, rabí —le dijo dubitativo.

—Si no puedes superar esta prueba, dudo mucho que tu vocación sea estar con nosotros. Podría enviar a cualquier otro, como cuando comerciamos con la sal, la cerámica o el asfalto, pero esta vez prefiero que lo hagas tú.

Entonces todavía no lo sabía, pero el destino rugía con fuerza y él ya podía escucharlo sin llegarlo a comprender.

Y por eso le temía.

—Que se haga vuestra voluntad, rabí —le dijo sumiso—. Partiré de inmediato.

—Lo harás mañana.

Al día siguiente, salió junto a su hermano Abil antes del amanecer. Se dirigieron hacia la franja del Jordán con un camello y a paso ligero, decididos a comerciar lo que pudiesen en el mercado de Jericó y volver en el mismo día. Llegaron a media jornada a la ciudad, pero a Adael ni se le ocurrió volver a la que había sido su casa. Su destino fue la tienda de especias, donde el tendero festejó su regreso y le contó que Jerusalén acababa de ser arrasada. Pero el médico sonrió con beatitud, como si su vida ya no estuviese ligada al mundo. Nada le importaba entonces. Solo llenó una bolsa de cuero de raíces y hierbas, pagó con algo de sal y algunos denarios, y volvió por el mismo camino por donde había venido, sin ni siquiera atreverse a saborear su pasado, como si no lo mereciera, como si no estuviese dispuesto a dejarse tentar por los destellos de una vida que todavía no había olvidado.

Volvieron por la ruta que conducía hacia Jerusalén, montados en aquel camello azulado por su hermano Abil, y fue en aquel lugar la primera vez que lo vieron.

—¡Es una emboscada, Adael!

Aletargado por el calor y el cansancio, el médico levantó la cabeza y miró por encima del hombro del esenio.

—¡Es una patrulla romana! —insistió atemorizado—. ¡Están muertos!

Adael sintió que se le erizaba la piel y que su corazón galopaba desconocido.

—¡No podemos ignorar lo que vemos, Abil! —le dijo al fin—. Tenemos que acercarnos.

Su compañero temblaba, pero azuzó al camello hasta el desfiladero. Adael todavía no podía imaginar que el rebelde que había sanado estaba detrás de todo aquello y que en aquel momento, y por él, corría hacia su destino irremediadamente.

Derribar el muro en el que había sido emparedada Domitia no sería una tarea difícil, lo más costoso sería reconstruirlo sin que el *dominus* sospechara nada, sin que apareciese a husmear por allí arriba, y en tan pocas horas. Sin embargo, a Annia no parecía importarle aquello y a Glycon le sorprendió su desdén.

—Solo quiero que saques su cuerpo de aquí. El resto es cosa mía.

—Pero, ama, vuestro esposo puede llegar a sospechar si...

—No me importa —zanjó, esbozando una sonrisa—. Mi esposo no es quien tú crees y, en cuanto Domitia salga de aquí, creo que todos vamos a poder ver todo más claro.

Glycon abrió sus ojos confuso, y se rascó con las uñas de su mano derecha uno de sus rubicundos mofletes.

—¿Qué queréis decir, ama?

—Nada —le contestó con indiferencia—. ¡Tú límitate a llenar ese saco de huesos! Lo demás no te importa. Puedes trabar la puerta. Si tanto te preocupa, hazlo.

El hombre negó con su rubicunda cabeza sin entender.

—¿Y qué hago con los restos?

—Eso ya vendrá. ¡Esta noche lo sabrás!

La *domina* respiró profundamente e hizo sonar las articulaciones de sus dedos al entrecruzarlas como una malla.

—¡La lanzaría a los perros si pudiera! —murmuró, pensando que no lo oiría.

—No os entiendo, ama.

—No tienes nada que entender, imbécil. Solo tienes que sacarla de allí. ¡Obedéceme, que demasiado me debes!

Y Glycon sabía que decía la verdad. Se lo repetía siempre, pero estaba en sus manos. Su vida había cambiado seis años atrás, durante aquel *maius* del 63. ¿Quién era él entonces? ¿Quién? Nadie. Solo un desgraciado cilicio que había sido esclavizado cuando su *liburna* fue abordada en las inmediaciones de Mileto. Es verdad que se había dedicado a la piratería, ¿pero acaso el imperio no era una forma de imponerse a los pueblos más débiles? ¡Claro que sí! Cada cual hacía lo que podía para sobrevivir: Roma esclavizaba, y ellos secuestraban y abordaban mercantes. ¿Acaso ante los dioses eran diferentes? Evidentemente no, o al menos eso pensaba Glycon, quien sonreía con sorna cuando oía hablar de los pocos salvajes que todavía surcaban el Mediterráneo atentando contra la civilización. Siempre se trataba de hombres con desgreñada melena, bárbaros que cabalgaban sus caballos sin monturas ni arreos, bestias que no estaban a la altura de Roma. Al recordararlo, Glycon no soltaba grandes risotadas, pero la ironía de aquel recuerdo le demostraba la estupidez de aquella ciudad prepotente y jactanciosa, que miraba con desaire todo lo que no

llegaba a comprender. No obstante, él sabía que no era miedo lo que le inspiraban a la marina romana, claro que no, sino envidia. Los corsarios disfrutaban irritando con su odiosa ostentación, con sus mástiles de oro, sus cortinas púrpura y sus remos plateados. Para los navegantes era como si se jactaran de sus fechorías, mientras bailaban con sus flautas y sus instrumentos de cuerda, emborrachándose a lo largo de toda la costa. Y él echaba de menos aquella vida. Todo lo que había sido, todo lo que había añorado ser. Todo lo que nunca sería.

A Glycon ya hacía unos dieciséis años que se le había esfumado todo aquello, cuando apenas era un mozo y la esclavitud le parecía un imposible. Fue entonces cuando el destino lo engulló y quedó atrapado por las cadenas de un cautiverio ligero, en una *domus* noble que no lo maltrataba, pero al fin y al cabo era un esclavo, y quizás para siempre. Hasta que Annia Publia le devolvió una libertad que durante aquella mañana de *maius* no podía ni sospechar.

—¡Me debes demasiado para no obedecerme! —Solía amenazarlo.

Y él asentía temeroso y agradecido. Glycon sabía que si había podido acabar con su ama, también podría ingeniárselas con él y aplastarlo como a un insecto, y por ello intentaba no contravenirla, como no lo había hecho durante aquel día del año 63. Entonces, a él no le había quedado ninguna otra opción: esclavo, sospechoso del asesinato de su ama y con el testimonio de la esposa del general Marco Grato en su contra, ¿qué otra posibilidad le había quedado?

—Te daré tu libertad y una fortuna, desgraciado —le había dicho Annia—. Pero como intentes traicionarme...

De todos modos, a Glycon jamás se le hubiese ocurrido aquello. Ni siquiera el día del crimen, cuando la *domina* lo envió a esconderse en una *insula* de la ciudad mientras ella tramaba un futuro en el que pudiese tenerlo dependiente y controlado. A él jamás se le habría ocurrido huir, porque probablemente no hubiese llegado muy lejos con su collar de bronce soldado al cuello y sin ninguna acreditación de hombre libre. ¿Adónde iría como esclavo? ¿Adónde podría llegar con el ronroneo de una esperanza de bienestar como le había mentado la esposa del general Grato? ¿Acaso aquel mismo día no habría podido enviar a alguno de los suyos para que lo zumbaran hasta matarlo en la misma villa?

Glycon creía que sí, y por ello se aferró a la promesa de la mujer.

Annia Publia no solo había sabido cómo enterrar a su ama Domitia, sino que había sabido cómo construirle un porvenir y sepultarlo en el olvido. Al principio, lo había hecho desaparecer durante semanas, hasta que consiguió falsificar unos documentos de compra y nombrarlo como Glycon. Entonces, aquel esclavo que una vez se había llamado Aquiles, fue comprado por la *domina* con la ayuda de un mangón que lo había apretado durante una noche entre otros esclavos asiáticos y del norte del imperio, para pocos meses después regalarle la libertad que le había prometido.

No obstante, aquello no habría de ser gratuito. Glycon debía guardar silencio y

mantener el negocio de las *insulae* a flote, donde necesitaba de un administrador que supiese desenvolverse en un mundo avieso y contaminado de inquilinos poco dispuestos a pagar y a mantener su alquiler.

Por ello, a él jamás se le hubiese ocurrido escapar. Sabía de sobra que si la *domina* no hubiese querido recuperarlo como esclavo, no habría tenido más que abandonarlo en el mercado a su suerte. Nadie la había obligado a aquella manumisión. Bien era verdad que existía la remota posibilidad de que lo comprara algún patricio que diese crédito a su historia, pero aquel riesgo era tan remoto como improbable.

Lo único cierto era que la *domina* había cumplido la palabra que le había dado. Y él no le iba a fallar.

Fue por eso por lo que aquel segundo día de *aprilis* del año 71, más de seis años después de haber bajado aquellas escaleras por última vez, Glycon ascendió obediente cada peldaño, balanceando su figura pesada y oronda, aceitada por el sudor. En su brazo derecho cargaba un pico y un par de bolsas tejidas con esparto, y al imaginarlas repletas de la osamenta sintió una pereza que le agobió un poco más aquel momento. Él, que una vez había sido el esclavo de Domitia, trepó hasta su pasado sin miedo, pero reacio a llenarse los brazos de polvo y huesos, y mucho menos a profanar la paz de los muertos. Sin embargo, ya había aceptado que era lo que debía hacer. Al fin y al cabo, Glycon bien entendía que era inocente, y que si existía algún lémur proveniente de aquella mujer, era inútil que se ensañara con él, ya que ni siquiera había participado en su muerte, ni habitaba aquella villa. Y por supuesto, se negaba a responsabilizarse de que Domitia respirara antes de que sellaran la pared, como si la muchacha hubiese sido condenada con el golpe, sin que él ya pudiese hacer nada para evitarlo.

El *cubiculum* estaba cerrado, tal como le había advertido la *domina*. Con la llave que ella le había entregado, destrabó el cerrojo y halló aquella biblioteca como antaño, pero con el vaho del encierro estancado en una penumbra que cesó en cuanto Glycon entreabrió la ventana. Una bocanada de aire fresco comenzó a filtrarse por ella, como un lametazo del mar sobre el desierto, y el golpe de la brisa sobre su piel sudada lo emborronó, como si el espíritu de su antigua ama lo rozara para recibirlo.

Como aquel día, vació las estanterías de fundas, rollos y tablillas, y luego empujó el mueble jadeando. Fue entonces cuando recordó a Abel, aquel esclavo que había arruinado su vida por no enterrar las alhajas de Domitia. En las *insulae* que administraba se había acostumbrado a cerrar los ojos ante la injusticia y a patear a los inquilinos si no tenían para el arrendamiento, pero la muerte del padre de Atia lo sobrecogía por su crueldad y ensañamiento. Pensaba en él mientras astillaba el yeso y los ladrillos que lo separaban de Domitia. Ya de nada valía lamentarse ni por ella ni por Abel. Nada cambiaría su suerte. En aquel momento, solo importaba él y acabar con aquel derribo cuanto antes. Por eso su pico se crispó sobre el muro, que esta vez debía ser derrumbado hasta el suelo.

—¡Por todos los dioses! —exclamó cuando el aliento pútrido ahogó la habitación.

Su rostro adiposo se deformó con una mueca de asco y se maldijo por no haber previsto traer un pañuelo para taparse la nariz. Pero no se detuvo. No podía hacerlo. Solo decidió abrir más la ventana y a continuación descargar toda su fuerza sobre la pared, conteniendo su repugnancia mientras recordaba aquel día en que la emparedaron inconsciente. Su mente elucubraba, discurría confusa, sin poder esquivar el veneno de la memoria. Y continuó derrumbándola, casi sin darse tiempo para recuperar el aliento, hasta que por fin se iluminaron unos huesos envueltos en harapos ennegrecidos, junto a un cráneo vacío, pero manchado por la putrefacción y rodeado por una guedeja oscurecida y enredada entre el polvo. Domitia yacía extendida, con sus extremidades cerca de la calavera, como si se hubiese quedado dormida como un niño.

Glycon volvió a sentir un escalofrío, como si todavía fuese Aquiles, aquel esclavo que un día acompañó a aquella mujer hacia su último destino. Al principio pensó que era por la náusea de la repulsión, por los escalofríos que le suscitaba el recuerdo...

Pero no era así.

En un instante pudo comprenderlo, y supo con certeza que al abrir aquel sepulcro ya no estaba solo. Fue un sentimiento instantáneo, tan cierto como el viento que fluía por la ventana.

Y se giró lentamente. Pero ni siquiera tuvo fuerzas para gritar.

—¡Te dimos por muerto! —le dijo el general Tito, abrazándolo sin afecto—. Tu terca obsesión acabó saliéndote demasiado cara, ¿no crees?

Marco no le contestó y se dejó estrechar de una forma fría.

—¡Me refiero a tu obsesión por Jericó! —insistió con tono ladino.

El general Grato lo había visto venir caminando como un zambo, ligeramente más bajo que él, con su complexión recia y hombruna, y nada más verlo, supo que su cerco iba a estrechársele.

—No debería haber ido. Fue una tontería —confesó al fin.

Estaban situados cerca del meandro del Tíber, al norte de la ciudad. El Campo de Marte era un amplio espacio verde que en otra hora había servido de esparcimiento, entrenamiento y recreo. Sin embargo, en los últimos años se había ido nutriendo de calles porticadas, acicaladas de santuarios revestidos de mármol, edificios gris violáceos y lujosas *domus*. La muchedumbre se había hacinado ruidosa allí, agitando la alegría del triunfo, y el desfile estaba a punto de comenzar. El Campo de Marte era un estallido de colores, voceríos y sonidos de músicos que afinaban cítaras, timbales y trompetas. Senadores, magistrados, legionarios, cautivos y público esperaban que se iniciara el cortejo que estaría guiado por el emperador Tito Flavio Vespasiano.

—Los legionarios están deseando que te acerques a ellos para que los dirijas con los demás oficiales. Tu hermano nos dijo que vendrías y te están esperando. —Y señaló hacia el este.

—Ya los he visto —le dijo Marco.

—Ahora no es el momento, pero tenemos que hablar, Marco. Estoy seguro de que yo te haré recordar algunas cosas. Dalo por hecho.

El rostro del general Tito parecía tener un aspecto afable y bonachón por naturaleza, pero Marco lo percibió hostil, como si ya hubiese comenzado a atar los cabos sueltos de su vida.

—He ido recuperando algunos recuerdos —le dijo sin mirarlo—, pero son demasiadas las cosas que todavía no reconozco.

—¿Y a mí? —le preguntó irónico—. ¿A mí me recuerdas?

Marco se sintió incómodo.

—No, no te recuerdo. Lo siento.

Los ojos del general se alargaron con astucia.

—Seguro que tampoco podrás recordar lo que me dijiste antes de partir hacia Jericó, ¿verdad?

—Desde luego —respondió con recelo.

Las palabras del general eran agresivas y pesaban como piedras.

—Me confesaste cuál era tu cometido en Jericó, Marco, y yo te di mi palabra de

que no lo hablaría con nadie. Y así lo hice.

—Te lo agradezco.

Su mirada era afilada y segura, y Marco supo que Tito comprendía más que nadie lo que estaba sucediendo, y tuvo la certeza de que todo comenzaba a precipitarse.

—¿Acaso lo encontraste? —le preguntó suspicaz—. ¿Acaso descubriste lo que te mentó aquel viejo que crucificamos en Jerusalén?

Hacía una hora, cuando los dos pretorianos enviados por Lucio lo guiaron por el enjambre enfervorecido por la fiesta, tuvo deseos de salir corriendo y escabullirse entre la multitud que poblaba las calles de Roma y desaparecer. Todo comenzaba a complicarse, y él ya no podía contener la situación. Con Annia no había vuelto a hablar desde el día anterior, cuando le rehuyó histérica. Sabía que su esposa había comenzado a perder el juicio y le preocupaba que intentara tramar alguna estupidez. Sin embargo, en aquel momento frente al general Tito, todo lo que más le preocupaba estaba allí, rodeándole como si fuese una presa.

Todos comenzaban a comprenderlo, y su hermano también. Lucio se había apartado de la cohorte que protegía al emperador y le había estrechado su brazo con frialdad, como si hubiese decidido dejar de creer en él definitivamente y así sumarse a un silencioso complot que comenzaba a urdirse en su contra. ¿Y qué podía decir del emperador? Aquel con el que había luchado en Judea codo con codo, aquel con el que tantos lazos tenía a causa de la amistad de su padre, aquel hombre que lo conocía desde pequeño y que entonces era el *dominus* de todo el mundo y para gloria de Júpiter. Aquel hombre ni siquiera había sido capaz de invitarlo a acercarse hacia él, sino que lo había mirado con tanta dureza y lejanía, que sintió como si una saeta se le clavase en el corazón.

El filo de la mirada del emperador Vespasiano había perforado su letargo, justo en el momento en el que Lucio se acercaba hasta él acompañado por Tito, quien en aquel momento lo estaba desafiando tan claramente, que el general Marco Grato fue consciente de que lo sabían.

—¿O es que tampoco recuerdas lo que te dijo aquel viejo? —insistió el general.

La tensión iba a estallarle en las sienes y luego en todo el cuerpo, como si estuviese a punto de extenderse por su uniforme militar impecable.

—No lo recuerdo —admitió.

—Cuando acabe el desfile, yo te lo recordaré, Marco. Ahora no es el momento. Ahora tienes que disfrutar tú también, porque Jerusalén cayó gracias a ti. Toda Judea se arrodilló ante nosotros, gracias a ti, y este desfile, también es por ti. ¿Cómo ibas a faltar?

—Jamás se me hubiese ocurrido.

De pronto, Lucio Grato se volvió a arrimar a ellos y dijo:

—General, el desfile triunfal debe comenzar. Es hora de situarse.

—Gracias, Lucio.

—Marco, te acompañaré hacia donde forman las legiones —le dijo su hermano

—. Tienes un caballo preparado para desfilarse al frente de algunos de tus hombres. El general Lépido está aquí. Estuvo también en Judea.

Él asintió pálido y nervioso, pero aun así fue capaz de adelantarse a Tito.

—¡Mucho éxito! —le dijo estrechándole su antebrazo.

—Lo mismo para ti, Marco.

Entonces, el hijo del emperador se giró hacia su posición, pero cuando iba a dar sus primeros pasos, se volvió.

—Por cierto, he visto que ha mejorado mucho la cicatriz de tu mejilla.

Marco dibujó una expresión confusa.

—La que te hicieron en Jericó —insistió sonriendo astutamente.

El general Grato asintió como un autómatas y después se alejó sin contestar, siguiendo a su hermano.

Lucio lo guio hacia donde formaba una miscelánea de legionarios de la quinta, la décima, la duodécima y la decimoquinta. Todas las legiones habían participado en la campaña. Algunos hombres se le acercaban para palmearlo y animarlo como a un héroe, pero el general Grato no les hizo comentarios, solo sonrió agradecido y montó el caballo que un soldado sujetaba de sus bridas junto al general Largio Lépido.

—¡Por fin nos volvemos a ver, Marco! —le espetó el general de la décima legión

—. Me alegro muchísimo de que estés vivo.

—Yo también —contestó vacilante—. Yo también.

Lucio lo miró de pie junto al animal y le preguntó:

—¿Estás bien?

En los ojos de su hermano volvió a leer desconfianza, pero en aquel momento era el que menos le preocupaba.

—Estoy bien.

—De acuerdo, entonces. Nos veremos en el banquete al acabar el desfile.

Marco afirmó con su cabeza y lo vio alejarse.

—¡Por todos los dioses! Cuando me dijeron que vivías, tuve que sentarme para no caer redondo —insistió Lépido, montado en un caballo de pelaje pardo reluciente, como el del general Grato.

Se volvió hacia él y lo miró amable, pero distante.

—Los dioses me protegen, Lépido.

—Y lo de tu memoria. ¿Es posible que no recuerdes nada? En Alejandría oí hablar de un caso similar que le sucedió a un soldado egipcio, pero en aquel caso su memoria no había desaparecido por completo, y al tiempo la acabó recuperando del todo.

Marco hinchó sus pulmones y luego expiró con lentitud.

—Yo recuerdo muy poco —volvió a mentir con desgana—. Espero que el tiempo haga el resto.

—¡Seguro que será así! Además, ¡al menos conservas la vida! Me dijeron que el derrumbe de parte del muro de Jerusalén no te aplastó porque Marte había decidido

protegerte.

—Es posible —contestó lacónico.

El general Largio Lépido se volvió hacia atrás y contempló a los soldados en formación. Un sólido conglomerado de escudos y corazas musculadas descansando sobre cinturones de donde pendían sus espadas de un acero terso. Bajo sus túnicas, las grebas metálicas que protegían desde la rodilla hasta la garganta del pie deslumbraban, como los escudos, pero mucho menos que los cascos. Los penachos rojos bajo el bronce, el hierro, y a veces plata, ordenaban a la legión que se agrupaba tras sus estandartes.

—Gírate, Marco —le dijo—. Aquel tribuno te saluda con la mano.

Pero esta vez Marco ni se inmutó y decidió sellar sus labios y, clavando su mirada hacia el frente, intentó concentrarse en la comitiva del emperador y del gran hijo de Júpiter Óptimo Máximo, el gran Tito, el vencedor de la guerra de Judea. En la lejanía, el séquito imperial se acompañaba de magistrados y senadores, ataviados con fastuosas togas blancas, entre la algarabía que brotaba sin protocolo. A Marco le costaba verlo porque delante de las legiones marchaban los lictores, con sus túnicas púrpura y sus fasces, portando vasos y pebeteros de perfumes, junto a citaristas y flautistas que marcaban el ritmo de la fiesta. Y más allá, los desgraciados cautivos, algunos con la soga al cuello, otros arrastrando cadenas al pie. Aquellos rebeldes, nada más llegar a la colina del Capitolio, serían enviados a la cárcel Tullianum, donde de ordinario serían ejecutados los cabecillas, mientras la mayoría se destinarían a la esclavitud. El general Marco imaginaba su humillación y su ignominia, con su rabia exprimida por largos días de sufrimiento. Para ellos sería muy fácil contemplar los despojos de su ciudad, porque hacia delante, justo después de los toros blancos preparados para el sacrificio, rodaban los carros y angarillas con el botín del Templo de Jerusalén: el candelabro de los siete brazos, la mesa de los sacrificios y decenas de símbolos de una derrota terrible.

Marco Grato también trotaba apagado y trémulo como ellos. No podía evitarlo. Le daba igual lo que rumorearan de él, que evaluaran su mutismo como una rareza más de todas las que le atribuían. Su mente había elevado los muros donde se recluyó a pergeñar un plan que habría de haber trazado antes de llegar allí. Y aunque Largio Lépido intentó dirigirse a él unas cuantas veces más, el general Grato ya no le contestó, como si cabalgara enajenado, con su atención en el movimiento de aquel desfile.

Aquel primer *solis dies* de *maius* del año 71 se estaba grabando en la historia con trazos solemnes y apoteósicos, con una caligrafía de oro, como las estrellas que sembraban la toga del triunfador, enhiesto como su gloria, y avanzando sobre una cuadriga tirada por cuatro caballos blancos. Tito resplandecía entre la multitud que vociferaba su nombre, coronado con laureles, como el ramo de su mano izquierda, mientras sostenía un cetro con cabeza de águila en su mano derecha. Detrás de él, su esclavo sostenía la corona de oro de Júpiter, demasiado pesada para lucirla en la

cabeza.

El desfile comenzó a avanzar en orden, mientras Marco Grato asimilaba su situación y encajaba las piezas de su extraña vida. A cada paso del cortejo, no podía dejar de analizar las insinuaciones del general Tito, quien parecía tener las pruebas para que acabase confesando. Estaba convencido de que esperarían a que finalizase la jornada, o quizás todas las que se sucediesen con celebraciones, pero tarde o temprano lo harían presentarse en el Palatino o en el *Castra Praetoria*, y entonces su vida correría peligro.

El ahogo del miedo lo paralizó. Apenas tenía fuerzas para sostener las bridas de su alazán, pero el bramido de las trompetas y timbales que avanzaban detrás de los magistrados y senadores lo despertó de su pasmo. En ese instante comenzó a ver más claras las cosas y decidió que debía escapar de allí cuanto antes. Solo tenía que buscar el mejor momento para pasar desapercibido, y tener valor.

El desfile atravesó la *Porta Triumphalis* y luego el Circo Flamínio, donde el pueblo se sentó para ovacionar aquel espectáculo y aplaudir entre silbidos. Continuó avanzando por el Velabro, el llano entre el Capitolio y el Palatino, por el Foro Boario, hasta alcanzar el Circo Máximo. Marco analizaba las calles y las plazas adornadas con guirnaldas, los templos abiertos y todas sus aras elevando al cielo columnas de incienso, y cuando la marcha comenzó a ascender por la *via Sacra* hacia el Capitolio, el general pudo contemplar el esplendor del templo de Júpiter en su cima, donde Tito ofrecería las insignias de la victoria y la inmolación de sus víctimas al dios protector de Roma: unos toros blancos con guirnaldas entrelazadas entre sus cuernos.

Sin embargo, Marco Grato no llegó a atravesar los muros que ceñían la cima del Capitolio, ni siquiera llegó a situarse en su explanada. Desde allí, en la cúspide de la ciudad, resplandecía el templo con su hilera de columnas blancas como dientes, y el frontón de figuras mitológicas en bronce dorado brillaba sobre la ciudad como un sol. Pero Marco no llegó a contemplar aquel espectáculo, ese laberinto de calles desordenadas, donde brillaba el mármol de los templos, entre rojos tejados, jardines y enormes peristilos. No lo hizo porque nada más observar que en el ascenso se iniciaba un tímido desorden, supo que había llegado su oportunidad.

Cuando la *via Sacra* comenzó a estrecharse y el ascenso se hizo tumultuoso, Marco saltó de su caballo sin que el general Lépido pudiese percibirlo trotando unos cuantos pasos más adelantado junto a otros jinetes.

Camuflado entre el desconcierto, el vocerío y la música, el general de la duodécima comenzó a desandar la pendiente ante la mirada incrédula de los legionarios, quienes lo veían correr hacia ellos con los ojos perdidos, como enloquecido. Y aprovechando un estrecho pasillo que persistía entre filas, se fue colando entre la legión como cuando avanzó entre su tropa después de su última victoria en Jerusalén, ovacionado entre saludos y palmas que lo tocaban como a un dios. Marco corrió desenfrenado hasta zambullirse entre un gentío que lo engulló como una marabunta, mientras él corría sin saber qué sería de él.

Marco corrió en dirección al Circo Máximo y ladeó el Tíber para escabullirse por el Aventino e intentar alejarse del desfile. Las calles eran un hormigueo de viandantes que intentaban conglomerarse cerca del monte Capitolio. Roma estaba sometida al *imperium* militar y por las arterias de la ciudad fluía la bulla, con las tiendas cerradas a cal y canto, pero con los mendigos, malabaristas y encantadores de serpientes salpicando las aceras.

Marco Grato trepó por las calles del barrio del Aventino, intentando que aquellas arterias se despejaran del bullicio del centro, mientras la gente lo observaba desconcertada vestido con su uniforme militar y alejándose del corazón del desfile triunfal. Al percatarse de aquello, supo que lo que menos le convenía era llamar la atención y que debía deshacerse de su atuendo, aunque primero debía decidir dónde podría hacerlo.

Entonces dos esclavos que cargaban un ánfora vacía calle abajo dirigieron su atención hacia una taberna muy poco concurrida en aquel momento, situada bajo los soportales de un edificio. En los bancos adosados a la pared del exterior del comedero, un hombre se quedó petrificado al verlo y, como si hubiera visto a un *vigil* del que tenía que esconder algo, dejó de masticar el muslo de pollo que se llevaba a la boca con la mano. Marco lo ignoró rápidamente para que no se fijara más en él y echó un vistazo en el interior del establecimiento. Las mesas y las sillas se agrupaban vacías, mientras una mujer rolliza atendía a otro cliente en el mostrador de mármol. Parloteaba entre chanzas, a la vez que introducía su cuchara en uno de los orificios que permitía acceder a las ánforas de salsa de pescado, aceitunas o cualquier otra cosa, y templaba vino en una cazuela situada sobre un brasero. Al verlo, la mujer también se quedó paralizada, como si se hubiese metido en algún problema.

Sin embargo, el general reanudó su camino afinando su mirada, buscando cualquier apagado callejón donde deshacerse de sus ropajes, hasta que se le iluminó la solución al descubrir unas letrinas públicas. Entró en el local y vio a un esclavo sentado en un taburete y un plato de barro con monedas en el suelo. A aquellas horas, el lugar debía estar repleto, con los hombres haciendo cola, pero el general lo encontró vacío. El muchacho, al verlo, demudó su rostro y saltó del taburete como si fuese un soldado para entrar en formación.

—¿Cuánto cuesta? —le dijo Marco, intentando mostrarse afable.

—Dos ases, señor.

Él hurgó en la bolsa de piel que colgaba del cinturón y extrajo cuatro monedas de cobre. Dos las lanzó sobre el plato de barro, las otras se las entregó al esclavo.

—Guárdatelas.

—Gracias, señor —le contestó sonriendo.

—¿Hay mucha gente en las letrinas?

—No hay nadie. Están todos en el desfile —le dijo, mirando extrañado su atuendo militar—. ¿Acaso vos no venís de allí?

Pero Marco Grato no le contestó. Entró rápido a la habitación continua y la fetidez le llegó suavemente a su nariz. El recinto era amplio, decorado con un estuco cálido y con nichos en donde se protegían a diferentes divinidades de Roma. Sobre la pared frontal, la diosa Fortuna vertía agua, igual que si regase a sus visitantes con salud y felicidad, y en el muro lateral, protegido de la visión de la entrada, una hilera de retretes vacíos sobre una alargada tabla de madera sin ningún tipo de separación entre sí. Y frente a ellos, un canal de agua que circulaba a los pies, más tres pilas de mármol con varias varillas acabadas en esponjas.

Marco no se sentó en las letrinas, sino que comenzó a desnudarse quitándose el manto, la coraza, las grebas, el cinturón y su espada. Solo mantuvo su túnica y las sandalias. Luego, sujetó debajo de ella la bolsa de cuero con algunos denarios y salió de allí sin dilación, abandonando su uniforme junto al casco, todo lo disimulado que pudo en un rincón. Había tenido suerte de que no hubiese nadie, pero no quería tentarla y tener que cruzarse con alguien más que con aquel esclavo.

Salió de las letrinas sin mirar al muchacho, sabiendo que debía remontar toda la ciudad para alcanzar la *via Flaminia*. Si intentaba volver a la villa por el sur, siguiendo la *via Ostiensis*, debería rodear Roma entre bosques y villas para retomar el rumbo del norte. Fue por ello por lo que decidió retornar por donde había venido y confundirse entre la muchedumbre. Pero al atravesar la *porta Trigemina*, en las antiguas Murallas Servianas, Marco esquivó el Capitolio y corrió hacia el Campo de Marte donde contrató un carro liviano tirado de dos caballos que lo conduciría hacia su villa.

Fue Mevio quien le abrió las puertas como el primer día que llegó desde Judea. El muchacho estaba sorprendido. No se atrevió a preguntarle nada, pero el *dominus* imaginó que el esclavo supondría que algo extraño sucedía cuando en el momento del gran banquete él ya no estaba en Roma.

—¿Dónde está tu ama?

—No lo sé, amo. Solo me pidió que no la molestase.

—¿Y de quién es el coche y el esclavo de ahí fuera?

—Es de Glycon, el que lleva la administración de algunos de los asuntos del amo y de la ama.

—¿Y mi esposa te pidió que nadie la molestara?

Mevio asintió indeciso.

Atravesó el pasillo que lo conducía hacia el jardín rodeado por el atrio y decorado con mosaicos de aves y con el *impluvium* del que manaba agua con un murmullo apacible.

—La señora me pidió que nadie entrase en la casa —le insistió titubeando y, mientras lo seguía, repitiendo aquel mandato como si no tuviese voluntad.

—¿Qué quieres decir, Mevio?

El joven esclavo no sabía qué contestar. Sus ojos pequeños y tristes buscaron en el suelo.

—La señora me dijo que si quería conservar la vida, nadie debía entrar. Solo Atia, que está en la cocina. Vos sois el amo... Pero creo que debía decíroslo de todas maneras.

Marco no entendía muy bien lo que le sugería el esclavo, pero desde luego, en él también vibraba aquella suspicacia que revoloteaba por toda la villa. Sin embargo, aquello iba a terminar. Ya no tenía otra alternativa y debía hablar con Annia, y lo haría en aquel mismo momento. No le importaba que estuviese en su *cubiculum*, ni siquiera que hubiese pasado el pestillo. Estaba dispuesto a tirar la puerta abajo, porque ya era hora de que comprendiese su transfiguración, antes de que el emperador enviara a su guardia personal para detenerlo.

—No te preocupes —le dijo, intentando forzar una mueca amable—. Imagino que se referiría al resto de los esclavos o a cualquiera que llegase de fuera, ¿no crees?

El muchacho asintió temeroso y sin convicción.

El *dominus* entró en el *triclinium* y lo encontró silencioso y desierto. Se asomó al *tablinium* y tampoco vio a nadie. Todo aquello le pareció sumamente extraño y, cuando iba a subir por las escaleras, meditó si hacía lo correcto manteniendo su decisión de entrar en el *cubiculum* de su esposa. ¿Qué podía encontrarse allí? ¿Acaso Annia estaría apagando sus penas con el administrador de las *insulae*? Aquello era absurdo, verdaderamente absurdo, porque de sobra sabía todo lo que había ocurrido en aquella villa en su ausencia. Idalin se lo había contado todo, y ya se había enterado de que era Lucio el que subía a su habitación, que era su hermano el que sofocaba su soledad mientras él estaba en el oriente, ajeno de que su mujer se vengaba de sus andanzas con su prima. No, aquello no le parecía lógico.

No lo era. ¡Claro que no!

Y de pronto...

¡Había que ser necio para no descubrirlo antes!

Fue entonces cuando comprendió. Un resplandor de claridad lo iluminó y, como si hubiese sido abofeteado por la evidencia, supo lo que iba a encontrar: se trataba de Domitia. Glycon había venido a buscar a Domitia Sulla.

El *dominus*, con todo el sigilo del que fue capaz, se aferró al pasamanos de hierro y subió los escalones lentamente. Su corazón retumbaba como los tambores al avisar para la batalla, y a cada paso que daba se convencía de que debía hablar con Annia Publia antes de que fuese demasiado tarde. En el fondo, nada le importaba ya su prima, ni su muerte, ni su destino en el más allá. Solo quería explicarle a qué había venido. Y había llegado el momento de hacerlo.

Al llegar arriba, examinó ambos lados del pasillo, pero su mirada se entretuvo en la habitación del final, la de las estanterías, aquella que siempre había visto cerrada. No le hizo falta demasiada intuición para sospechar más, porque un siseo extraño

surgió desde allí. Era el zumbido de un movimiento, el rechinar de cosas. Allí estaba Glycon, ¿cómo no se había dado cuenta desde el principio?

Y súbitamente, tuvo la sensación de que Domitia Sulla lo empujaba hasta el final, arrastrándolo como a un bulto vivo para que lo viese todo, para que lo averiguase todo. Marco aguzó el oído e intentó percibir voces, pero ni la de Annia ni la de su administrador rasgaban el silencio.

El *dominus* caminó cada vez más decidido, hasta que se situó delante de la puerta entreabierta de la habitación y se diluyeron sus dudas. Allí estaba él, tal como lo había imaginado, junto a un muro derruido, una osamenta y la herrumbre. Glycon estaba de espaldas. Un olor nauseabundo presionaba el ambiente y el *dominus* se quedó inmóvil frente a la puerta, observando aquel escenario tan escondido durante años, donde habían comenzado los desvelos de Annia y donde se había enterrado la pasión prohibida de Domitia Sulla.

Marco empujó suavemente la puerta y Glycon dejó de moverse durante unos instantes, hasta que se giró lentamente.

Su rostro fue de horror e incredulidad, y su papada sebosa pendía bajo su mandíbula desencajada. Parecía un cerdo degollado con los ojos bien abiertos.

Pero no gritó.

—¿Adónde la llevas? —le preguntó sin darle tiempo a asimilar su perdición.

A Glycon le temblaban las manos y comenzó a sudar aún más de lo que estaba. No se atrevía a hablar y unas punzadas en el pecho lo pusieron aún más nervioso.

—Yo no sé nada de esto, señor —le dijo suplicante.

—¿De quién se trata?

El administrador titubeó y, como si se estuviese hundiendo en el fondo de Tíber, intentó bracear para ascender hacia la superficie, y le contestó:

—Es un esclavo, señor.

—Mientes.

—¿Cómo iba a mentiros?

—Sabes que no es un esclavo.

—¿Quién podría ser si no, señor? El ama lo compró y luego lo enterró. —Y mientras pronunciaba estas palabras, supo que aquello no tenía sentido.

—¡Domitia Sulla! —pronunció con autoridad Marco, atronando toda la planta.

Glycon sentía que las piernas le pesaban y no sabía qué hacer con su desdichada existencia. Se dio cuenta de que aquel callejón no tenía salida y comenzó a agitar la cabeza como un demente, hasta que acabó por arrodillarse ante Marco Grato.

—Yo no sé nada de esto, señor. ¡Por Júpiter! —suplicó—. Solo obedecía, solo obedecía...

El *dominus* no se movía. Él tampoco sabía qué hacer. El orondo administrador comenzó a llorar y sus lágrimas le dieron brillo a sus mofletes enormes.

—Os prometo que haré lo que me pidáis. Yo no quería venir, pero la señora me lo pidió. Yo cumplo órdenes nada más, tenéis que entenderlo, señor.

—¿Adónde llevas el cuerpo?

El administrador había juntado sus manos implorante, pero de pronto las separó para secar su cara.

—La señora quiere llevar sus restos a una hechicera. No sé nada más. Os lo juro.

—¿Una hechicera?

—Vuestra esposa está demasiado nerviosa, amo. No puedo deciros nada más. Hoy mismo debemos llevar sus restos, pero yo os juro que no quería. No quería.

Entonces Marco sintió curiosidad y, dejando a Glycon arrodillado, avanzó hacia la oquedad en el muro. Sus sandalias de legionario esquivaron los ladrillos y la bolsa donde se acumulaban los restos putrefactos, e introdujo su cabeza en la pared. C.si podía ver el rostro de Domitia, era como si todavía estuviese allí suspirando justicia desde el otro mundo.

Y cuando se iba a girar, sintió el golpe en su cabeza. Y, de súbito, como si la vida se le resbalara de nuevo, volvió a estrellarse contra la oscuridad y se desplomó junto a los restos de la que había sido su amante.

Annia Publia sostenía el pico entre sus manos respirando agitadamente. El odio se congestionaba en sus ojos que vidriaban una emoción extraña.

—¿Qué habéis hecho, señora? —preguntó Glycon desconcertado.

El administrador, arrodillado, había visto venir de frente a la *domina* sujetando sigilosamente la herramienta para descargarla en la cráneo de su marido, que sangraba por la coronilla, como cuando Annia golpeó a Domitia para matarla.

—¡Tú no lo entiendes!

Sus ojos miraban vacíos y de sus manos pendía el pico con el que lo había golpeado.

—¡Habéis matado a vuestro esposo!

—Él no es mi esposo —rugió—. ¿Acaso no te has dado cuenta?

Glycon ya se había puesto en pie y se había arrodillado nuevamente para girar el cuerpo de Marco que manaba una sangre espesa y oscura. Si no lo había matado aquel golpe, lo haría el desangrado incesante.

—Todavía respira, señora.

—Él no es mi esposo —insistió.

Y Glycon sospechó que aquella mujer había perdido el juicio. Y la temió más que nunca.

Marco abrió los ojos y sintió retumbar su cabeza. Por un momento le costó darse cuenta de dónde estaba, pero pronto reconoció a su esclavo Esdras palmeando sus mejillas.

—¡Amo! ¡Amo! —le repetía.

El *dominus* distinguió su *cubiculum* y luego miró hacia los pies de su cama donde estaban Helvio, Antio y Velina. Lentamente, iba recuperando aquella sensación de haber vuelto a transitar por un mundo de sombras y vaguedad. Sin embargo, a diferencia de la última vez que le había sucedido en Jerusalén, en aquel entonces sabía perfectamente dónde estaba y quién habitaba en él.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Toda la tarde, amo —le contestó Velina.

Intentó incorporarse, pero sintió las punzadas del dolor atenazando su cráneo, y volvió a dejarse caer sobre los lienzos.

—¿Qué ha sucedido?

—Alguien os ha golpeado en la cabeza, amo —le dijo Esdras—. Y tenéis una brecha que hemos intentado taponar con trapos y ungüentos, tal como vos hicisteis con Velina.

Marco intentó llevarse sus dedos a la coronilla, donde agujijoneaba el dolor y palpó la humedad de la sangre y una fisura que calculó de casi un dedo. La ironía del destino había querido que aquel golpe fuese muy similar al que había recibido en Jerusalén cuando cayó intentando esquivar parte de aquel muro que podría haberlo aplastado.

—¿Dónde está la señora?

Los esclavos se miraron entre sí dubitativos y Esdras acabó por contestarle.

—Se ha ido, amo.

De repente, el *dominus* cayó en la cuenta de que la habitación estaba iluminada por los candiles y que ya era entrada la noche.

—Pero ¿qué hora es?

—Ya ha caído el día, amo.

—¿Dónde puede haber ido a estas horas? ¿Qué está sucediendo?

—Se ha ido con Mevio y Atia, amo —le dijo Esdras.

—¿Con Atia?

—¡Con Atia, amo! —explotó Velina—. ¡Se la ha llevado para vengarse de los lémures, amo! Se ha ido a una celebración de magia y hechicería, amo, donde se hacen sacrificios humanos, y donde una pobre muchacha, que no ha hecho nada más que sufrir en esta vida, va a morir en secreto.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Se agitó su voz—. ¿Qué es lo que está pasando?

Entonces Velina se lo contó todo. Al menos hasta donde podían saber los esclavos, que veían a la *domina* desquiciada y pidiendo ayuda a sus siervos para que ayudasen al amo, para que lo cargasen y lo depositasen en su *cubiculum* para ser atendido con todos los cuidados que tenían a su alcance, pero negándose a llamar a un médico. De ninguna manera había querido, y solo había insistido para evitar la hemorragia. Pero ella se había mantenido alejada de su *cubiculum*, como si ya no le importara absolutamente nada. La *domina* no les había contado nada, y sabían que jamás habría de hacerlo. Lo único que sabían es que habían encontrado al *dominus* tendido en el pasillo de la primera planta, sangrando, con un trapo presionando su cabeza y encharcado de sangre. Nadie se había atrevido a preguntar qué había sucedido, pero todos intuían que había tenido que ver con Glycon y con aquella habitación de la que habían extraído aquel saco que el administrador cargó hasta su carro maldiciendo en silencio. A los esclavos la *domina* no tenía por qué explicarles nada. A los esclavos se les mandaba. Pero encontrar al *dominus* en aquel estado fue tan sorprendente como encerrarlo en su habitación con su vida pendiendo de la voluntad de ellos. A los esclavos no se les miraba, ni se les escuchaba, solo se les vendía y se les compraba, pero ellos podían ver, entender y afirmar lo que venían viendo desde hacía días. Y todos se daban cuenta de lo mismo, todos constataban lo mismo: la *domina* estaba enloqueciendo. Nunca jamás habían visto nada igual, y todo había comenzado con el regreso del *dominus* y su sospechosa presencia que lo había desbaratado todo. Pero no sería Velina la que le dijera que ellos también sospechaban de la naturaleza humana de Marco. No sería la esclava la que le dijera que no entendían absolutamente nada desde que él había vuelto, y que ellos sospechaban que algún espíritu bueno había anidado en él, porque el mundo estaba lleno de manes que sobrevolaban a los vivos, aunque apenas los pudiesen ver, y aunque a veces, aun pudiéndolos ver, no podían ser reconocidos. Como al amo.

Pero Velina no le contó nada de eso en aquel momento, y tampoco le confesaría que donde la *domina* veía lémures, ellos veían manes. Solo le insinuó que el ama había perdido el juicio, y que había revoloteado por la villa como enjaulada, esperando el atardecer delirando gritos a todo el mundo, mientras Atia taponaba el boquete de la cabeza del *dominus* con más paños y más ungüentos, como si en aquel momento la joven esclava por fin pudiese comprender que aquel hombre estaba tan indefenso como ella, y que si no hubiese sido por su mimo y esmero, se habría desangrado como un cordero, mientras la *domina* luchaba quién sabía contra qué fantasmas.

Pero Velina sí relató a Marco cómo Annia se había llevado a Atia, y cómo la hija de Abel había subido al carro junto a su ama, mientras Mevio dirigía los dos caballos que tiraban de él. La esclava iba pálida como una luna, temblando hacia un bosque donde nadie podría oír sus gritos. Pero Atia no se resistió. Subió obediente, como toda su vida había sido, y se dejó llevar hacia donde ya sabía que se dirigían, porque Mevio se lo había contado todo, y aunque la muchacha todavía no podía imaginar por

qué, todos los esclavos sabían de las muertes entre amuletos, hechizos y conjuros en lugares distantes. Allí donde no llegaban los *vigiles* ni nadie de la guardia urbana. Allí donde la magia acababa siendo sangre, locura y desenfreno.

—¡Se ha vuelto loca! —exclamó Marco en voz alta, como si él fuese el único que lo pudiese mentar.

—Lo sé, amo —insistió la esclava—. El ama cree que en vos habita el espíritu de Abel, y con un conjuro estoy segura de que quiere obligarlo a salir de vuestro interior, y para ello utiliza a su hija.

Marco apretó los puños y los ojos todavía tumbado sobre el lecho. Se sentía responsable de todo lo que estaba sucediendo.

—¡Es un disparate! —acabó diciendo—. ¡Un disparate!

Los esclavos lo observaban en silencio, confusos por lo que estaba sucediendo en la villa, pero también por aquella humanidad tan extraña del *dominus*. Ellos veían igualmente que no era el mismo. Y se habían percatado de la transfiguración de su espíritu, de su voz, y a veces creían asimismo que de su rostro. Por eso, al mirarlos, Marco no encontró miedo en sus expresiones, sino un desconcierto que todavía no podían descifrar.

El silencio pesaba sobre todos, y el general supo que ellos esperaban algo de él. Como si tuviese algún poder sobrenatural.

—¡No soy Abel! —les dijo abriendo los ojos con decisión—. ¡No lo soy!

Todos se mantuvieron amedrentados, sin atreverse a pronunciarse. Los ojos de los esclavos vacilaban.

—¿Acaso todavía pensáis que estoy muerto? ¿No comprendéis que los muertos caminan en silencio y de otra manera? ¿Acaso no lo sabéis?

Ellos no respondían, y a Marco le pesaba su regreso como nunca hasta aquel momento. Guardó silencio un instante e intentó encajarlo todo en su memoria.

—¡Todo es culpa mía! —se lamentó en voz alta—. Yo soy el responsable del destino de esa muchacha, de la locura de Annia y de todo vuestro recelo. ¡La culpa es mía!

—No digáis eso, amo —se atrevió a intervenir Velina.

—Tú no entiendes nada, mujer. Tú no puedes entenderlo todavía.

Marco agitó su cabeza y sintió el bamboleo del dolor. Sabía que no tenía tiempo que perder. Debía intentar evitar la muerte de Atia. Él no quería que muriera, y aún menos por su culpa. Pero Annia Publia estaría decidida a todo, absolutamente a todo, incluso a matarlo a él mismo. Los esclavos no se habían atrevido a decírselo, pero él imaginaba que había sido ella quien lo habría golpeado. Glycon estaba arrodillado, y ninguno de sus esclavos estaba allí, ni se hubiesen atrevido. Él era el amo, el *dominus*, el dueño de sus vidas y de toda aquella hacienda. No había sido él. Había sido ella, y quizás ya entonces sería demasiado tarde para salvar la vida de Atia. Casi un imposible.

—Velina —le dijo, incorporándose entre el aturdimiento.

—Mandadme, amo.

—¿Puedes andar bien?

—Sí, mi amo. Gracias a vos.

—Busca en tu habitación todo lo que he dejado desde tu curación, y súbeme hilo, aguja, los ungüentos y las pócimas que están preparadas. Ayúdala, Antio, y cuando lo tengas todo, corre.

Los dos esclavos salieron, y Helvio también los siguió. Marco permaneció solo con Esdras, intentando poner los pies en los mosaicos del suelo. Entonces sintió un leve mareo, pero pronto se recuperó. Las imágenes del desfile le vinieron a la cabeza como un bofetón, y cayó en la cuenta de que la amenaza de la que huía podía ser inminente. Él mismo había empujado a los problemas. Sin embargo, no podía abandonar a aquella esclava. Él lo sabía. No debía hacerlo, aunque la noche hubiese engullido su destino y no supiese cómo encontrarla.

Debía hacer algo. Lo que fuese.

Entonces comprendió que era inútil. Solo Mevio sabía su ubicación, y Annia había cerrado esa senda llevándose con ella.

—¡Atia está perdida! —Se dirigió a Esdras—. Ojalá hubiese podido ayudarla.

—Si vos fueseis allí, vuestra vida también correría peligro —le comentó el esclavo—. Ahora estáis demasiado débil.

—Aunque quisiera, no podría, Esdras. ¿Quién puede imaginar en qué rincón se ocultan? Sería como buscar un perro o un gato vagando por la inmensidad de la ciudad.

El esclavo lo vio ponerse en pie intentando recuperar su firmeza sin tambalearse, como un estandarte derrotado que es vuelto a alzar con decisión para ser apuntalado frente al enemigo. En aquel momento, volvió Antio seguido unos pasos atrás por Velina. Dejaron las ánforas, el cordón y la aguja sobre la mesilla junto a su cama y el *dominus* destapó uno de los recipientes para beber directamente de él aquella mezcla hecha de opio y raíz de mandrágora.

Era posible que se debilitase algo más, pero le vendría bien para el dolor.

—Debes coserme, Velina.

La muchacha agigantó los ojos, desconcertada.

—¡Yo no sé sanar, amo!

—Es como con las túnicas y los lienzos, solo tienes que atar bien. Si lo aprendí yo, puedes aprenderlo tú también.

—No sé si seré capaz —le dijo suplicante.

—Lo serás. Yo te ayudaré.

Marco se volvió a tumbar sobre su cama, pero esta vez boca abajo. Y al hacerlo, pudo contemplar mejor las máculas bermellón reseca en la sábana. La esclava se sentó junto a él e intentó no ponerse nerviosa. Hilvanó el hilo, limpió la herida con un paño húmedo y comenzó a cerrarla desde los bordes blanquecinos de su carne abierta. El general apretó los dientes y soportó el dolor rugiendo en silencio, mientras Velina

clavaba una y otra vez el hierro atravesando el cuero cabelludo.

Al terminar, el *dominus* se sintió exhausto, pero se volvió a incorporar herido por las punzadas de dolor en su coronilla. Y se quedó sentado.

—¡Ojalá hubiese despertado antes! —se lamentó—. Entonces nada de esto habría pasado.

—El ama se fue muy pronto —intervino Antio—. Estoy seguro de que no quería estar cuando vos despertaseis.

—Sea como sea, ahora esa muchacha está perdida.

Esdras miró a Antio intentando interpretar su parecer, y el otro asintió.

—Os equivocáis —le dijo—. Mevio me describió el lugar en donde se celebrará el ritual. Glycon se lo había explicado.

El *dominus* se puso en pie como si hubiese sido succionado por alguna fuerza irradiada desde el techo.

—¿Sabrías conducirme hasta allí?

—No será fácil de encontrar. Aquel bosque es grande.

—No importa. Debemos irnos. ¿A cuánto está de aquí?

—Lo bueno es que no está demasiado lejos de la villa... Pero vos estáis demasiado débil, amo.

—Podré cabalgar, te lo aseguro. El desierto es mucho más duro, créeme.

—Como mandéis, amo —le contestó asintiendo—. Prepararé los caballos.

No obstante, cuando estaba a punto de salir del *cubiculum*, un jaleo lejano y algo difuso proveniente de fuera lo paralizó.

—¿Qué sucede? —preguntó Marco.

—Helvio está abajo —comentó Esdras, saliendo de allí hacia las escaleras.

El *dominus* se dirigió hacia la ventana desde la que se podía divisar la campiña y el camino escoltado de olmos que conducía hacia la villa, y al asomarse, su corazón se heló.

Su hermano Lucio estaba allí, pero esta vez acompañado por más de diez pretorianos. Y Marco supo que venían en nombre del emperador, pero esta vez a detenerlo.

El galope de los caballos avanzando entre las sombras del camino retumbó en la quietud de la villa, que dormía nacarada más allá de los pinares y bajo la luz de la luna. Lucio Grato se detuvo frente a la propiedad de su hermano y se mantuvo sobre su montura observando el muro confuso. Lo acompañaban una decena de pretorianos uniformados y reluciendo sus cascos plateados. Sin embargo, él vestía una fina toga ataviada con franjas doradas.

—No quiero que entréis, Fabio —le dijo, dirigiéndose a su tribuno y descendiendo del caballo.

El legionario asintió sin preguntas. Sabía que aquella era la villa del general Marco Grato. De todos modos, debía intuir que algo grave había sucedido para que el jefe del pretorio se presentara con una guardia de soldados a aquella hora de la noche.

Lucio se ajustó el cinturón que llevaba bajo la toga y se acomodó el puñal. Luego se dirigió a la puerta estrecha y la golpeó con fuerza. La conversación con el general Tito agujijoneaba su razón, y en su mente apenas podía calibrar el secreto al que se enfrentaba, y solo deseó que Annia estuviese bien.

¡Cuánta razón tenía ella! ¡Lo había sabido desde el principio! Pero él había estado ciego. Completamente ciego, como si no conociese a su hermano. Pero el general Tito le había abierto los ojos definitivamente.

—Necesito hablar contigo —le había dicho aquella tarde el general Tito.

La *Domus Flavia* era un bullicio de voces y música que se expandía entre los diferentes patios rodeados de columnas y enfundados en mármoles que brillaban por todo el Palatino. El hijo del emperador avanzaba junto a Lucio por un largo pórtico que se alejaba de la baraúnda de la fiesta. Tito parecía cansado, enrojecido por el vino y la comilona. El desfile había sido un éxito como Roma no podía recordar.

—¡Lo siento mucho, general! —le dijo el pretoriano.

—No tienes por qué disculparte. Tú no lo sabías. Nadie podía imaginarlo.

—¡Yo tampoco llego a comprenderlo!

—Por eso el emperador no había enviado a detenerlo todavía, ¿entiendes? No solo es inexplicable y absurdo, sino que era posible que hubiese algún error, y que yo me equivocara. Más bien que todos nos equivocáramos. Pero esta mañana no me ha quedado ninguna duda, Lucio, y aún menos después de su desaparición. De verdad que lo siento.

Y al decirlo, el general Tito apoyó su mano sobre el hombro del jefe del pretorio.

—No tienes nada que sentir —afirmó Lucio—. Tú no tienes la culpa de nada.

—Ha llegado el momento de detenerlo. Es la única manera de entender lo que sucede, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo.

Y el repiqueteo de dudas había aumentado más y más, hasta estallarle en su cabeza.

Pensaba en ello, cuando el esclavo le abrió la puerta de la villa y le avanzó que la *domina* no estaba y que el amo había tenido un accidente.

—Pero ¿él está aquí?

—Sí, señor.

—¿Y tu ama? —preguntó alterándose—. ¿Qué le ha sucedido a tu ama?

—La señora se ha ido, señor. El amo os lo explicará.

—¿Dónde está?

—En su habitación, señor.

Lucio sacó su puñal, apartó a Helvio de un empujón y buscó corriendo el atrio por donde colarse hacia el *triclinium*. Al llegar, lo encontró desierto, como el *tablinium*, y a zancadas trepó por los escalones que lo conducían al pasillo que distribuía las habitaciones, y cuando entró en la de su hermano, Velina lo miró pálida.

—¿Dónde está tu amo? —le preguntó iracundo.

La esclava temblaba temerosa.

—Ha ido a buscar a su esposa, señor.

—¿Adónde?

Velina titubeó. No sabía cómo decírselo.

—La señora ha ido a reunirse con una hechicera.

—¡Con una hechicera! ¿Qué estás diciendo? —le dijo desconcertado y zarandeándola.

—Os lo juro, señor. Debéis creerme.

—¿Y el amo? ¿Dónde está el amo?

—Os lo acabo de decir. Ha ido a buscarla.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Ahora mismo, señor. ¡Debéis habérselo cruzado!

Las ideas chispearon en su cabeza como rayos. No tenía tiempo que perder. No podía estar muy lejos, ni podría ir a ninguna parte con los pretorianos en la puerta. A pesar de todo, de pronto comprendió que estaba actuando con torpeza, como si fuese un simple soldado de dieciséis años. ¿Acaso no había venido a detenerlo? ¿Cómo era posible que no hubiese ordenado rodear la casa? Y de inmediato lo comprendió. Fue como un relumbrón. Desde los establos, en la parte trasera de la villa, junto a la huerta, había una salida a la campiña por donde en aquel momento intentaría huir. Sus músculos se tensaron y un grito de rabia le explotó en la boca, y se echó a correr escaleras abajo sujetando su puñal. Se lo había prometido a Tito y todo su honor estaba en juego.

—Yo me encargaré de detenerlo —le había dicho Lucio a Tito—. Yo mismo se lo comunicaré al emperador.

Los pasos de los dos se habían detenido en unas escaleras que conducían a un patio inferior de la *Domus Flavia*, que se extendía una planta más abajo adornado con

estatuas, vegetación y flores.

—Ignoro lo que trama —dijo Tito—. Pero lo averiguaremos.

—Pero ¿qué fue lo que te dijo exactamente aquel día antes de partir?

—Ya te lo he dicho, Lucio. Lo he intentado recordar muchas veces, pero creo que no se me escapa nada.

—¡Te lo ruego! Necesito estar seguro. Debes entenderlo.

El general Tito lo miró con sus mejillas sonrosadas y asintió.

—Marco parecía tan confuso como tú lo estás ahora, ¿sabes? Pero todo fue por lo que le había dicho aquel viejo, o al menos así me lo transmitió él. Y por lo visto aquella alimaña no se equivocaba. Ahora sé que no se equivocaba.

—¿Cuándo habló con él?

—Llevaba varios meses con aquello en la cabeza. Parece ser que fue poco después de que yo tomara el mando de la guerra, cuando mandé sitiar Jerusalén y conseguimos ahogarla. Fue entonces cuando comenzamos a avanzar con nuestros arietes, y algunos intentaron escapar, los muy perros. ¡Pero yo ya les había dado la oportunidad de hacerlo! ¡Claro que lo había hecho! Por ello di la orden de que los crucificaran frente a la puerta del Pescado, al norte de la ciudad. Los que vigilaban desde las torres de la Fortaleza Antonia podían verlo perfectamente, y los que trepaban a las atalayas de los muros de Jerusalén, también. Fue una lección para esos rebeldes, te lo aseguro, Lucio. Mi padre había tenido demasiada paciencia con esos judíos, y al fin y al cabo, ellos mismos se buscaron lo que tuvieron.

—¿Y cuándo habló con él?

—Cuando tu hermano se acercó al suplicio de más de un centenar de hombres que clavamos allí, aquel anciano le gritó y lo maldijo, como hacían muchos. Pero el viejo fue el que le dijo lo que le desconcertó.

—¿Qué fue exactamente? —le pidió el pretoriano—. Dímelo.

—Le dijo que lo conocía.

Lucio continuaba recordando la conversación que acaba de tener con el general Tito mientras atravesaba el jardín de la villa y corría hacia los establos como un caballo sin bridas. Y al toparse con el esclavo Helvio, le dio la orden de que abriese las puertas a los pretorianos, mientras él buscaba aquel rincón que conducía a la campiña directamente. Entonces fue cuando los vio. Los candiles de la estructura de madera donde se guardaba a los animales estaban apagados, pero la luna fue suficiente para percibir sus sombras.

—¡Marco! —le gritó, acercándose a zancadas—. ¡Marco!

El pretoriano cada vez podía distinguirlos mejor. Tenían los caballos fuera, pero el *dominus* ya no se movía. Esdras y Antio sostenían los animales de sus ronzales y desconcertados.

—¿Adónde huyes, Marco? —le dijo ya frente a él, agitando su puñal. Los esclavos observaban la escena aturridos, sin saber cómo reaccionar.

—Annia ha perdido el juicio y está en problemas. Una de las esclavas de la villa,

mucho más. Están en un ritual de magia, Lucio. Nuestro tiempo corre en contra.

—¡No sé lo que tramas! Pero tú no vas a ninguna parte. Ha llegado el momento de que confieses la verdad, pero en el *Castra Praetoria*, ¿entiendes?

—No hay tiempo, Lucio —le contestó nervioso—. Debes creerme. Annia puede estar en grave peligro.

—¡No pienso creerte ni una mentira más, Marco! Dime toda la verdad.

—No te estoy mintiendo.

—Entonces tendrás que demostrarlo y decirme ahora mismo quién eres. O lo haces, o no darás ni un paso más. Te lo juro por todos los dioses.

Marco Grato lo supo poco antes de morir su padre, cuando él mismo se lo acabó confesando, sin saber muy bien por qué lo hacía después de tanto tiempo, cuando ya solo servía para desenterrar un pasado irremediable. Quizás fuese por la muerte de su madre, bien porque le pesaba en su conciencia, o simplemente, quizás, porque creyó que él tenía derecho a saberlo. Lo cierto es que lo supo, y desde entonces algo cambió en él, y aquel secreto le estalló con tantas dudas, que en muchas ocasiones le hubiese gustado no haberlo conocido, como su hermano Lucio, que nunca lo había llegado a saber.

—No se lo cuentes a tu hermano —le había ordenado su padre—. Nunca puedes saber si esto te alejará de él. Nunca lo hagas, Marco.

Y Marco no se lo había contado. Ni siquiera estaba enterada Annia, que lo único que sabía era que había nacido en Jerusalén. Pero nadie más. Nadie.

Sin embargo, aquella noche supo que había llegado el momento de revelárselo, y comprendió que Lucio no solo venía a detenerlo para ser interrogado, sino también para comprender la verdad. Aquella que había conducido al general Marco Grato hacia Jericó aquel día de *iunius* del año 70, poco después de que Jerusalén fuese arrasada.

Y aquella noche su hermano también habría de comprender, aunque él no conociese todos los detalles de aquella historia, pero sí los suficientes para hacerlo.

Todo había sucedido en el año 26. Por aquel tiempo, su padre, el general Valerio Grato, llevaba más de diez años como procurador de Judea, y estaba próximo a regresar a Roma con su esposa, quien había residido en Jerusalén junto a él durante el último año. Hacía ya varios meses que a Marco no le sorprendían los guiños del destino, y le era imposible no ver la mano de los dioses en todo aquello que había sucedido. Y no era por el hecho de que su padre hubiese accedido a que su esposa compartiera su estancia en Jerusalén, al igual que él haría con Annia en Siria, pero muchos años después. No era por eso. Claro que no. Al fin y al cabo, la compañía de las esposas era algo habitual entre generales y procuradores. No obstante, que sus esposas fuesen estériles obedecía a una casualidad tan extraña como sospechosa, o quizás más bien a algún guiño del más allá.

Aquilia Severa, la madre de Marco, había aprendido a arrastrar aquel lastre con decepción, ofrendando a Juno y a Cibeles para que regaran su vientre y la despertaran de una tristeza que a Valerio Grato le dolía. Y es que el padre de Marco amaba a su esposa más que a nadie, pero también ansiaba un heredero que año tras año le era negado, y al que él no era capaz de resignarse a renunciar.

Fue entonces cuando comenzó todo.

Marco no sabía si había sido su frustración, el placer o más bien el deseo de hacer

feliz a Aquilia o a él mismo. Tal vez un poco de todo, pero eso jamás llegaría a saberlo. Lo cierto fue que aquella idea surgió como un relumbrón, y sus ojos comenzaron a codiciar a su esclava como si la viese por primera vez, como si repentinamente se hubiese encumbrado ante sus ojos igual que el Templo custodiando toda la ciudad.

Ella se llamaba Sima, y a Valerio Grato no le importó cómo había llegado hasta Judea, ni dónde la había conseguido uno de sus oficiales. Para él aquella muchacha no tenía pasado, solo un presente y una beldad limpia que le provocaba un cosquilleo en el estómago. Además, no poseía esos rasgos orientales tan frecuentes en Jerusalén, sino que parecía provenir de Tracia, Macedonia o Acaya. De todos modos, el padre de Marco nunca le preguntó su origen, ni nada que tuviera que ver con su vida más allá de la Fortaleza Antonia, donde se ocupaba de mantener el orden en las dependencias privadas del procurador.

A Valerio Grato lo único que le interesó fue su belleza y que su piel no estaba tintada por una raza tiznada.

Una mañana en que su esposa había salido de la fortaleza para pasearse por el mercado de la Ciudad Alta junto a otra doncella, el procurador arrinconó a la muchacha y le preguntó su nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Sima —le contestó sumisa.

La muchacha apenas tenía veinte años y en su tez pálida se torneaba un rostro sereno, como el de las estatuas griegas con las que decoraban el teatro y algunas casas del suntuoso barrio a los pies del Templo.

—Quiero que seas amable conmigo, y te prometo la libertad.

La muchacha tembló como los gorriones que se tambaleaban y caían sobre los estanques de purificación que sembraban la ciudad. Pero no se atrevió a hablar. Las lágrimas surcaron sus mejillas y temblaron en su boca cuando el procurador la desnudó sobre su lecho de seda. Luego se dejó tumbar, cerró los ojos y permitió que el padre de Marco la poseyera con frenesí.

Aquella fue la primera vez de muchas otras. Valerio la buscaba en secreto por la noche, mientras las antorchas y lucernas iluminaban el amplio enlosado de columnas por donde se accedía a su habitación. Entonces los soldados miraban hacia otro lado y el procurador entraba para amarla cada vez con más ternura, mientras Sima se acostumbraba a su vergüenza y esperaba que Valerio se cansara de ella.

Marco sabía que su padre nunca había amado a su esclava, pero no imaginaba que le había susurrado que jamás olvidaría su olor a menta, ni su rostro suave como el algodón de Egipto. Y así, con el transcurso de los días, el procurador comenzó a anhelar esos momentos en los que la estrechaba contra él, y aunque le hablaba poco, se acostumbró a tratarla con respeto y a alisar sus cabellos rozándolos con sus labios, como si ansiara protegerla.

Pero Aquilia Severa nunca llegó a sospechar nada de aquello. Simplemente

empezó a atar cabos cuando el vientre de la muchacha se redondeó y la esclava bajaba la cabeza en silencio en lugar de responderle.

—¿Sabes quién ha sido? —le preguntó a su marido el día que se dio cuenta.

—Fue un tribuno —le respondió—, pero eso no debe importarte.

—¡No sé cómo lo has permitido, Valerio!

—¿Y a ti qué, mujer?

—Es una de mis siervas.

Valerio miró a su esposa, la estrechó entre sus brazos e intentó prepararla para comprender.

—Yo sabía lo que sucedía, Aquilia...

Su esposa se apartó de él asombrada, sin entender. No podía imaginar lo que iba a escuchar.

—Siéntate, por favor —le dijo, conduciéndola hasta el triclinio—. Quiero proponerte algo.

Su esposa se reclinó con comodidad y Valerio buscó la forma más sencilla de empezar. Sin embargo, las dudas lo marearon y solo supo soltarlo sin más:

—Quiero que Sima dé a luz, Aquilia... Y que nosotros conservemos al niño.

Aquilia abrió desmesuradamente los ojos y comenzó a agitar su cabeza entre el desconcierto y la humillación. Apenas podía creer lo que oía y tuvo que mirar fijamente a su marido para saber que no era una broma.

—¿Acaso no te importa que adoptemos el hijo de un soldado y una esclava? ¿Hablas en serio?

—No me importa porque nadie lo sabría. Llegarías a Roma con nuestro hijo, y probablemente conmigo. Se rumorea que el año próximo nos asignarán destino. Pero sea como sea, llegarías con tu hijo en brazos, y nadie haría preguntas. Solo bendiciones.

Aquilia Severa se incorporó y comenzó a sollozar. Para ella aquello suponía una humillación que no sabía si podría soportar.

—Será tu hijo, y nadie dudará de ello en Roma. Sima tiene rasgos parecidos a los nuestros. Debes meditarlo porque es tan inteligente como me fue posible encontrar. Por eso la elegí —le comunicó Valerio.

La esposa levantó su cabeza y apuntó con decisión hacia los ojos de Valerio Grato.

—Lo has tramado desde el principio, ¿verdad?

Él asintió y le dio la espalda. Temía que sus gestos lo delatasen y estaba muy cerca de conseguir algo bueno para los dos. Sabía que la sospecha azuzaba el corazón de su esposa, pero no estaba dispuesto a confesarle su paternidad.

—Piénsalo, Aquilia. Nadie lo sabrá y, a partir de ahora, tú también podrás disimular un embarazo. De esa forma, ni los tribunos podrán murmurar.

Se giró y observó los ojos vidriosos de su mujer.

—Quizás no vuelvas a tener una oportunidad así, Aquilia. Piénsalo. Yo solo

quiero hacerte feliz.

—Es lo que tú deseas, ¿verdad? ¿Es lo que más deseas?

El procurador asintió sin mirarla y el silencio se alargó durante un tiempo.

—Ella se alejará de aquí nada más nacer el niño. —Claudicó Aquilia finalmente—, y tú te encargarás de encontrar una nodriza en la ciudad para que cuando dé a luz, ella ya esté conmigo.

—Así será, Aquilia.

La abrazó y pensó en Sima, y en que los esclavos sabían sufrir.

Tres meses después, a la muchacha la tumbaron los dolores de parto y Valerio envió llamar a un médico griego. Marco solo podía intuirlo, pero el corazón de su padre se ablandaba al ver sufrir a la muchacha, y llegó incluso a sostenerle la mano durante un instante, sin que nadie percibiese aquel desliz de compasión.

—Te daré la libertad, Sima.

La joven deliraba lamentos ante las acometidas del nacimiento.

—¡No me quitéis a mi hijo! —le dijo rabiando de dolor—. Os lo suplico.

—Te daré la libertad —insistió—, y podrás tener muchos más.

—No lo hagáis. Os lo suplico, amo. No sé si podré soportarlo. —Lloró.

El médico la asistió desde el atardecer, mientras Sima aullaba sin consuelo por los envites del sufrimiento y por el vacío de su desasosiego, mientras Aquilia se mantenía alejada de aquel escenario, pero esperando impaciente junto a la nodriza que habían instalado en sus dependencias privadas.

Ya de madrugada, la esclava luchó por su vida y por la de su hijo, y cuando se abrió de piernas definitivamente rezó a Yahvé para que la ayudara a aceptar su destino.

—Sé fuerte —le dijo aquel médico apretándole la mano.

Él se llamaba Demetrio.

—No sé si podré —rugió Sima.

Pero ella sabía que aquel era el precio de su libertad. Y de su olvido.

En un calvero del bosque se había trazado un círculo con antorchas y, en su centro, una hoguera lamía la noche crepitando. La luna era un sol pálido que se ocultaba entre la fronda del bosque y que ninguno echaba en falta obnubilados por el fuego. La anciana gesticulaba con sus brazos, con su cara posesa de tanto beber alcohol. Vestía un blanco lino con franjas púrpura, cargada de talismanes que tintineaban sobre su pecho al moverse alrededor de la pira donde ya se consumían los huesos de Domitia. Cerca del corazón de aquel rito, el cuerpo de la esclava había sido sujeto en forma de cruz, atada a cuatro estacas hundidas en la tierra. La hechicera no cesaba de invocar a Hécate, a la Luna y a su hija Circe, mientras pulverizaba la sal con un pequeño molinillo y esparcía una fina lluvia sobre el cuerpo desnudo de Atia. Sobre su pecho, la anciana había depositado un amuleto rojizo que oscilaba con su respiración.

La muchacha ya ni gemía, aturdida por los brebajes y los golpes.

—Si quieres que tu hija sobreviva, arrástrate desde el Hades, Abel —susurraba en silencio una y otra vez.

La *domina* permanecía en pie, y repetía con fe su conjuro. Las llamas crepitaban en sus pupilas, mientras Mevio sollozaba mudo, intentando que su ama no lo percibiese semioculto en la penumbra. Junto a él, Glycon y su esclavo analizaban con desconfianza los rostros posesos de los tres rufianes situados en el otro extremo de aquel círculo de poder. Aquellos borrachos pendencieros, que habían conducido a la bruja hasta allí, observaban con deleite a la esclava, quizás esperando el momento de poseerla como en otras ocasiones.

—¡Morirá! —gritaba—. Si te resistes, morirá.

Desde que habían iniciado la celebración, Annia Publia se había esforzado en creer en el poder de aquella magia, y había repetido las mismas palabras del hechizo cuando la anciana abrió en canal a un perro negro que aullaba entre las manazas de los hombres. Y cuando los restos de la amante de Marco se esparcieron por el fuego, también ella participó en las oblações de harina, vino y miel, y ayudó a encender los sahumerios de perfumes y hierbas aromáticas. Luego escupió el conjuro para que aquella zorra se manifestase o se alejase del cuerpo de su esposo.

Sin embargo, nada aparentemente había sucedido entonces. Nada que ellos hubiesen podido ver, porque era posible que el cuerpo del *dominus* ya se hubiese derrumbado exánime, desarmado como un títere sin las manos de su dueño. Quería estar segura de que aquel rito surtiría su efecto en la villa, mientras ella se obstinaba en ello. Nada perdía en creerlo, y nada en desearlo con toda su fe.

Pero ¿y si se trataba de Abel? ¿Y si era aquel maldito lémur el que poseía a Marco? Entonces, no solo habría de abandonar el cuerpo de su esposo, sino manifestarse aquella noche y salvar de la muerte a su hija Atia.

Aquel era el plan de la hechicera, y Annia estaba dispuesta a llegar hasta el final.

Había pasado más de dos horas desde el inicio del ritual, y la hechicera escupió sobre el cuerpo de la esclava.

—Ha llegado la hora de que ese mequetrefe sepa hasta dónde estamos dispuestos a llegar, señora.

La *domina* la miró decidida y asintió.

—Es hora de que vengan o se vayan —pronunció en voz alta.

En ese instante, la bruja se tambaleó andando hacia uno de aquellos jayanes y le susurró en su oído. El hombre desenfundó un cuchillo de su cinturón y avanzó hacia la muchacha. Se arrodilló delante de la esclava y contempló su cuerpo níveo y húmedo de los salivazos de la hechicera, retorciéndose entre gritos que herían la noche.

Aquel truhán acercó el cuchillo a la sombra de su entrepierna y miró a la vieja cuando el filo punzó su piel y un alarido desgarró el silencio.

—Manifiéstate —gritó la hechicera—. Es tu hora.

Fue entonces, exactamente en aquel momento, cuando una brisa bailó sobre el calvero y el fuego se agitó como si aullara sordo. Las antorchas temblaron y el jayán se detuvo con su rostro aterrado.

—Está aquí —sonrió delirante la hechicera—. Está aquí.

Annia levantó su cabeza y miró hacia el cielo. El suave cendal de la luna clareaba la negrura. Aguzó todos sus sentidos como un lobo levanta las orejas y afina su olfato con el rumor del bosque. Sintió la excitación del momento, como si aquel soplo del otro mundo diese sentido a todos sus desvelos, y se le erizó la piel con el roce del silencio.

De improviso, la noche se había detenido y la hechicera comenzó a cimbrear su cuerpo. Lo amuletos rechinaban sobre su pecho mientras ella recitaba conjuros obscenos y desafiaba al espíritu invisible que rozaba el círculo.

Entonces todos pudieron escucharlo con claridad. Mevio cayó de rodillas y Glycon dio varios pasos hacia atrás, mientras la bruja detenía todos sus movimientos y agigantaba sus ojos.

—Es él —dijo esta vez Annia—. Siento su presencia como el calor del fuego.

Y el temblor de la tierra se convirtió en un rumor que fue creciendo.

Podían percibir crepitar el fuego, y algo más.

Todos se miraron incrédulos, como si apenas diesen crédito a aquella conmoción. La hechicera transmutó su expresión y, por un instante, Annia pudo percibir el deslumbre del terror en sus ojos. El rufián arrodillado frente al cuerpo desnudo de Atia se puso en pie temeroso y arrojó su puñal sobre la hierba.

—Esto no me gusta —se quejó.

Y el temblor aumentó, pero fue como un tamborileo seco, como el redoble de unos tambores que anunciaban lo inminente, hasta que fue tan perceptible como el trote de unos caballos que avanzaban en aquella dirección.

Solo se dieron cuenta de la realidad cuando la Guardia Pretoriana los arrancó de aquel embeleso mágico. Al verlos, la anciana y sus lacayos corrieron en desbandada hacia la penumbra del bosque, pero Annia permaneció petrificada, y ninguno de los suyos se atrevió a moverse. Al frente, junto a Lucio, cabalgaba el mismísimo Marco, y la *domina* sintió un desconcierto que le costó demasiado resolver.

En aquel instante, se sintió sola y supo que aquel espíritu era mucho más fuerte de lo que ella hubiese podido imaginar. Y sin darle tiempo a que abortara su plan, Annia se lanzó sobre el cuchillo en el suelo y corrió sobre el cuerpo de su esclava. La daga presionó el cuello de Atia mientras el *dominus* saltaba del caballo.

—Abandona el cuerpo de mi esposo o acabaré con ella —rugió furiosa.

—No le hagas daño, Annia —le exigió Marco, avanzando hacia ella.

Al verlo acercarse, ella fue tajante:

—Un paso más, y morirá.

Entonces el general se detuvo.

Algunos pretorianos se habían dispersado por el bosque persiguiendo a los hechiceros, pero Lucio y cinco de ellos observaban la escena sin atreverse a transgredir el círculo de antorchas.

—Escúchalo, Annia —le gritó Lucio.

—¡Estás ciego, Lucio! —le contestó—. Te ha engañado todo el tiempo.

La punta de la daga hendía la piel de Atia, y Marco no se atrevía a dar un paso.

—Haré lo que me pidas, Annia —le dijo con suavidad—. Mándame, y haré lo que me pidas. Pero no la mates.

—Abandona el cuerpo de mi marido, seas quien seas.

El *dominus* tragó saliva e intentó no pestañear ni siquiera. Pero se lo dijo lentamente.

—Tu marido ha muerto, Annia.

La mujer sintió un escalofrío que acalambro su cuerpo. No entendía.

—Yo no soy Marco Grato, Annia Publia. Él murió en el desierto.

Adael acabó sabiendo lo que sucedió la noche en que se asomó al mundo. Demetrio se lo había contado cuando él ya pudo comprender y su madre era ausencia nada más. Fue poco antes de que partiese al desierto por primera vez, cuando todavía le dolían sus lágrimas humedeciendo su sepulcro. Fue cuando comenzó a estirar los hilos de su existencia, pero solo pudo atarlos mucho tiempo después, cuando encontró a Marco desangrándose entre el polvo. Estaba extendido sobre un pedregal yermo, junto a los cuerpos de otros legionarios degollados, y en aquel momento estuvo convencido de que Yahvé escribía la historia del mundo con un cáñamo diferente y con trazo invisible.

El médico siempre recordaría el seísmo del mundo al verlo y la increíble certidumbre de que aquel momento había sido imaginado desde mucho antes de que su madre hubiese tenido que aceptar su sacrificio aquella noche del mes de *iulius*, cuando Sima empujó aullando la simiente del procurador y, ante el asombro de su padre, parió dos pequeños que acabaron en los brazos de una esclava. A Adael le costaba reconstruir aquel momento. Apenas podía imaginar la desesperación de su madre que rabiaba su pena, mientras Demetrio la cosía y aquella muchacha limpiaba los cuerpecillos embadurnados de babas, hasta que apareció Valerio Grato observando anonadado la escena, como si jamás hubiese podido predecir aquello.

—No me los quitéis, amo —le suplicó la muchacha.

El rostro del procurador estaba desencajado. Miró al médico, luego a Sima, y la muchacha supo que la suerte de los niños ya estaba echada.

—Os lo ruego, amo. —Lloró.

Valerio Grato agitó la cabeza e intentó espantar su confusión.

—Mi esposa está ahí fuera esperando su hijo, muchacha. ¿Es que no puedes entenderlo?

Y ella balbuceaba que no agitando su cabeza, tragando aquella pena que la estaba envenenado, mientras el procurador miraba a sus hijos desconcertado, como si apenas pudiese haber previsto aquel inconveniente. No solo se trataba de los dos niños, sino también de aquella inesperada compasión que había comenzado a conmovirlo.

—Te daré la libertad, Sima. Tenías mi palabra, y la cumpliré. Quizás eso pueda consolarte, y que los dioses han querido que también te dé un hijo.

Ella agigantó los ojos en su abismo, y sintió que su dolor se agrietaba.

—Para mí, será como si jamás hubiese nacido —dijo él—. Será como si jamás hubiese existido.

Adael sabía que fue allí donde nació la unión de su madre y de su padre, el único que había conocido, aquel que había ayudado a Sima a sobrevivir cuando su libertad podría haber sido una miseria. Fue él quien le había contado que Sima había

abandonado la fortaleza como si le hubiesen arrancado la mitad del corazón, pero que apretó a Adael contra su pecho como si aquel cuerpecillo fuese toda su libertad.

Sin embargo, aquel día en el desierto, Adael no esperaba reencontrarse con parte de su pasado y, mucho menos, que con él Yahvé salía a su encuentro. Aquella jornada, quizás, deberían haber esquivado los cadáveres por prudencia. Si alguna cohorte avanzaba a unas millas de distancia, los esenios también podrían haberse visto enredados en aquella emboscada. Pero no lo hicieron y corrieron hacia la muerte, donde uno de los cuerpos todavía culebreaba vivo encharcado en polvo y sangre.

El hermano Abil fue el primero en acercarse a él, temeroso y distante, como si observara el sacrificio de un cordero en la gran ara del Templo. Pero, de pronto, pudo reconocer aquellas facciones sudorosas.

—¡Eres tú, Adael! —exclamó, dando unos pasos hacia atrás—. ¿Qué es lo que está sucediendo?

Entonces fue cuando Adael se arrodilló frente a él y distinguió perplejo la expresión agónica de su hermano, como quien intenta recuperar su imagen en el reflejo de una alberca agitada, sin apenas poder asimilar lo que le estaba viendo.

—He venido a buscarte —acabó mascullando en *latium*.

En la voz de Marco ya palpitaba la muerte. Tendido sobre aquella tierra ocre, Adael podía ver la sangre manando bajo su cota de hierro. En sus ojos la vida cada vez era más vaporosa.

—Mi nombre es Marco Grato, general de la duodécima legión acampada en Jerusalén —insistió lastimosamente.

De repente, el médico sintió el peso de la realidad y se giró hacia el esenio que lo acompañaba.

—Tenemos que ayudarlo. Este hombre es mi hermano.

—¿Tu hermano? —se asombró Abil—. ¿Acaso tú eres...?

Adael conocía de sobra todas las reticencias que tenían sus hermanos de comunidad hacia los romanos, pero en aquel momento no podía explicarle lo que estaba sucediendo.

—Ya te lo explicaré. Yahvé lo ha puesto en mi camino para que sobreviva.

Adael le desencajó su cota, rasgó su túnica con el puñal del general y se enfrentó a una herida negra y profunda. Marco se estremeció cuando le palpó su vientre, y Abil negó con su cabeza.

—La herida es muy grave —le susurró al oído a Adael—. Y ha perdido mucha sangre.

—No importa. Debemos vendarlo, Abil —le dijo al esenio—. Ayúdame a cortar mi túnica.

Con su ayuda, el médico fue rasgando el lino poco más alto que sus rodillas y, con pericia, fabricó una ligadura para que cesase la sangre. El general apretó los dientes y se dejó hacer mientras lo miraba de cerca, con su vida desvaneciéndose en

silencio.

—Tengo que sacarte de aquí —le dijo en *latium*.

Vació parte del pellejo de cuero en su boca y refrescó su cabeza. El esenio, de pie, presenciaba aquel escenario con repulsión. Los cadáveres se esparcían con los cuellos abiertos y muecas de dolor bajo sus yelmos.

—No me podrás cargar. Me estoy muriendo.

Adael observó el lino empapándose de sangre y el rostro macilento del general.

—Después de tantos años, Yahvé no puede haberte puesto en mi camino para morir. ¡No tiene sentido! —continuó hablando en su lengua.

—No fueron los dioses, hermano —le farfulló muy débilmente—. ¡Fue una casualidad! Me acaban de confundir contigo y por eso no me han degollado.

—No te entiendo, ¿qué quieres decir?

—El muchacho iba a degollarme... —Y al decirlo, se detuvo de inmediato con una mueca de dolor, pero intentó continuar—. Me miró con desprecio, como si me conociera, y me dijo en arameo que no podía degollar al hombre que lo había salvado de la muerte. Entonces me escupió, y me abandonó... Ese fue tu dios.

Adael sintió el espasmo de lo divino rozando su piel. Aquel rebelde no podía ser otro que aquel a quien había salvado de la muerte antes de volver a adentrarse en el desierto. Entonces miró hacia lo alto y contempló un cielo azul térreo, limpio y despejado. A veces dudaba de su presencia, pero en aquel momento casi podía escuchar su voz.

—¡Voy a sacarte de aquí! —afirmó Adael—. Soy médico.

Marco cerró los ojos como si ya no tuviese fuerzas ni para sostenerlos, y su hermano comprendió que aquella vida se extinguía como el calor se elevaba de aquel páramo inhabitado. Y no lo dudó ni un instante más, y se volvió a arrodillar para recostar la espalda del general sobre sus piernas. La sombra refrescó su rostro.

—Me llamo Adael —le dijo al fin.

El general Grato sonrió lacónico, mientras el médico acariciaba su rostro. Abil observaba atónito aquel reencuentro que todavía le resultaba inexplicable, y a la vez ojeaba el camino nervioso temiendo una nueva emboscada o la aparición de una cohorte romana.

—Quería encontrarte... —le dijo balbuceando—. Venía a buscarte.

—Estaba escrito desde que nuestra madre te abandonó en la fortaleza.

Pero Marco ya solo pudo suspirar.

La anemia de la muerte tiñó su rostro como un velo blanco y translúcido, y Adael comprendió que los guiños del Creador jamás eran claros como los luceros que resplandecían en la noche del desierto. ¿Por qué había esperado hasta aquel momento? ¿Qué sentido tenía aquel reencuentro? De todas formas, aquellas preguntas arderían luego en su conciencia, porque en aquel momento sintió cómo su hermano se le escurría del mundo. Entonces, sin comprender por qué lo hizo, acercó sus labios a su oído y le murmuró:

—Arrepiéntete de todo el amor que no hayas dado.

Y Adael podía recordar perfectamente cómo su hermano asintió dos veces, y a continuación se precipitó hacia un abismo de luz del que había escuchado hablar.

El médico se quedó arrodillado en silencio, como si todavía pudiese sentir los destellos de la eternidad. En su corazón crepitaba un misterio tan insondable que el tiempo se le detuvo.

—Tenemos que irnos, Adael. —Lo zarandéó Abil—. Nos estamos exponiendo demasiado.

El médico reaccionó y asintió pasmado, como si todavía no pudiese asegurar que todo acababa de suceder.

—No voy a dejar aquí el cuerpo de mi hermano —afirmó.

Abil guardó silencio.

—Voy a cargarlo en el camello.

—No podemos hacerlo, Adael.

—No lo abandonaré yo también, Abil.

—No creo que al maestro...

—No voy a dejarlo aquí —zanjó decidido—. Si tú no quieres, lo cargaré yo mismo.

Y el esenio asintió mudo, ya sin atreverse a replicar.

Al llegar a la comunidad, Adael le contó al maestro Jaim todo aquello que nunca jamás había contado a nadie, pero él no le permitió que lo enterrara junto al resto de los hermanos.

—Es un legionario romano, y ya el hecho de que lo hayas traído aquí puede traernos graves problemas, ¿lo entiendes?

—Es mi hermano, y no podía dejarlo para que lo devorasen los buitres.

—Los legionarios lo buscarán y no podrán encontrarlo. Su familia jamás sabrá de él.

—No podía dejarlo allí, rabí.

—A veces, es más doloroso lo correcto, Adael.

El médico hinchó los pulmones y bajó la cabeza.

—No puedes enterrarlo entre los nuestros. No está permitido.

Aquel día fue la primera vez en muchos meses que Adael sentía el runruneo de la decepción en su interior. Las palabras del maestro no solo lo habían defraudado, sino que habían eructado lo que Jaim le había insinuado al regresar ya hacía menos de dos años. Para permanecer en el desierto, había que amar aquella vida, y se debía renunciar al mundo. Y el médico lo había hecho, era verdad, pero nunca como aquel día pudo reconocer aquel resquicio de insatisfacción en su alma. El deseo de otra vida era como un pequeño brote verde que se asomaba débil entre un pedregal árido.

Cargó el cuerpo de su hermano sobre sus hombros y caminó en dirección hacia el mar Muerto, y cuando se hubo alejado lo suficiente de la comunidad y sin perder el horizonte de un turquesa refrescante, en ese momento se detuvo y comenzó a cavar

sobre aquella tierra arcillosa y dorada, y lo enterró allí. Nadie lo acompañó en su decisión. El médico observó el huerto, las palmeras y el cementerio, y luego volvió su mirada al montículo donde descansaría Marco, y sintió que parte de él también moría en aquel desierto.

Con los días, aquella sensación de vacío no fue más que una sombra en su corazón, pero con las semanas el anhelo de conocer sus raíces acabó por devorar toda la paz que había construido en aquel lugar. A pesar de todo, Adael dejó que pasara todo el verano para tomar una decisión, y cuando lo hizo acabó de comprender los designios de Yahvé. Entonces sujetó la placa metálica con el nombre del general Marco Grato y se despidió de sus hermanos.

—Esta vez ya no podrás regresar, Adael —le dijo el rabí.

Pero el médico lo abrazó y se puso a andar sin mirar atrás.

Y él no era Marco. Jamás lo había sido. Todo el mundo se había empeñado en repetírselo, y él también lo había hecho en silencio, enredado en su memoria, intentando aferrarse a lo único que sabía cierto, que él era Marco, Marco Grato, el general de la duodécima legión romana.

Pero él no era su hermano. Él era Adael, aquel al que su madre rescató de la Fortaleza Antonia, aquel que se había criado al abrigo del médico griego, ese bonachón que lo había ayudado a venir al mundo, había cobijado a su madre y le había enseñado todo lo que sabía de medicina, *latium* y griego, quizás porque aspirara a que su único hijo no tuviese fronteras, o simplemente porque sospechase que algún día su pasado podría llegar a envolverlo nuevamente.

Y aquella noche había llegado el momento de dejar caer el velo secreto que distorsionaba su vida. A Lucio no había podido contarle todos los detalles del pasado, pero sí lo suficiente como para que lo siguiera hacia el bosque y así romper aquel maleficio que él había acabado propagando con su silencio. Sabía que su detención era inevitable, pero también era consciente de que no podía cargar en su conciencia la tortura y muerte de una esclava inocente. Y menos ella, aquella muchacha que su amnesia había enredado con Sara, cuando su mente todavía era un lío de sombras que no sabía descifrar. ¡Cuánto se parecía a su joven esposa! Se parecía tanto que su cabeza se había convertido en un laberinto que hacía muy poco había acabado de recorrer. Entonces ya sabía que no era ella, porque Sara yacía en Jericó, enterrada como su madre, y en aquel momento, Atia estaba a punto de perder su vida también, y nuevamente ante sus ojos.

No obstante, a su hermanastro no le habló de Atia. Al jefe del pretorio poco y nada le habría importado la esclava, y por ello fijó su atención en Annia. La *domina* corría un gran peligro aferrada a aquel delirio absurdo, y en las manos de quién sabía qué truhanes y hechiceros.

Y al llegar a aquel claro en el bosque, y ver su expresión desencajada de odio y locura, Adael supo que no sería sencillo salvar la vida de aquella esclava, pero también supo que solo él podría ayudarla. E iba a hacerlo.

—Yo no soy Marco, Annia —le repitió.

La vacilación centelleó en los ojos de la *domina* y su pulso se relajó sin dejar de herir el cuello de la esclava.

—Escúchalo, Annia —insistió Lucio.

—¡Tú no lo entiendes! Juega con nosotros, por eso ahora dudas —insistía ella.

El pretoriano continuaba montado en su caballo y escoltado por cinco soldados, pero Adael se había apeado y aguardaba inmóvil frente a la *domina* y a Atia. Entonces, el médico decidió arrodillarse sobre el herbaje. Debía intentar medir las

palabras y no ceder al vértigo que le producía el golpe en su cabeza que podría haberlo desangrado hasta morir.

—Dame una oportunidad, Annia —le dijo con una voz queda y débil—. Y si no me crees, no podré evitar que la mates.

El aspecto desvaído y derrotado de Adael oprimía la voluntad de la *domina*. En su mirada menguaba el odio sin todavía entender bien por qué.

—¡Dime quién eres! —Le escupió con rabia.

—Marco nació en Jerusalén, Annia, ¿lo sabías?

Ella asintió sin darse cuenta, como si comenzase a comprender sin haber comprendido.

—Tu suegra era estéril, Annia, y no fue ella quien alumbró a Marco, sino una esclava. Años después, inexplicablemente, la fortuna quiso que naciese Lucio, pero durante aquel tiempo en Judea, ella no albergaba ninguna esperanza de tener hijos. Por eso el procurador recurrió a una esclava para tener descendencia. Sin embargo, aquel día no nació un único niño.

Los ojos de la *domina* se hicieron enormes, y su piel se erizó.

—Aquel día no nació solo tu marido, Annia.

Adael hizo una pausa intentando medir sus reacciones, y vio cómo el cuchillo se le resbalaba de las manos.

—Fueron dos. Pero Valerio Grato solo adoptó a uno como suyo. El otro fui yo, que crecí junto a mi madre, que jamás pudo perdonarse haber abandonado a Marco. Jamás lo hizo, y por ello...

De pronto, se interrumpió, como si no fuese capaz de recordarlo, como si todavía quisiese guardarle el respeto que se merecía.

El mohín de la *domina* era de estupor. El resplandor de la verdad la estaba aturdiendo, y la magia comenzó a desvanecerse. La realidad fue en ese instante como un manto de acero desplomándose sobre su cuerpo.

—¡Fue el destino el que nos unió en Judea! Pero yo no soy Marco —insistió, poniéndose en pie para acercarse hacia ella—. Yo nunca fui Marco. Él murió con sus hombres en aquella emboscada camino a Jericó, tal como te contaron, pero fui yo quien lo enterró en el desierto.

Annia negó con la cabeza y se cubrió el rostro con ambas manos. Adael caminó hacia ella y le extendió su brazo. Pero la *domina* ni se inmutó y comenzó a llorar sosteniendo su cabeza entre sus palmas. Entonces, el médico de Jericó buscó la expresión atemorizada de Atia, desnuda y sujeta a las estacas, e intentó serenarla con una sonrisa. Luego se sacó su túnica y la cubrió.

—Debes perdonarme, Annia —insistió.

En aquel momento Lucio se acercó, se arrodilló junto a ella y la abrazó.

—¡Tenías razón! —le susurró el pretoriano besando su cabello.

La mujer descubrió su rostro enardecido por las lágrimas y se separó del pretoriano. Su rostro estaba enrojecido y desencajado. Lo miró como si no lo

reconociese.

—No lo entiendo, no lo entiendo... ¿Por qué no me lo has dicho antes? —le dijo, balbuceando la rabia—. ¿Qué es lo que pretendías?

—Cuando llegué no recordaba nada, Annia. Todo fue como sabes. El destino quiso que encontrara a mi hermano en el desierto y que muriese en mis manos. Solo pudo decirme su nombre, que me estaba buscando, y poco más. ¡Todavía no puedo llegar a entender cómo Yahvé lo puso en mi camino! ¡Créeme, Annia! Después de toda una vida, una casualidad nos unió. Una casualidad que no existió, porque Yahvé quiso que muriese en mis brazos, y ese fue su designio.

—¡Por eso nos engañaste! —lo interrumpió ella—. ¡Por eso! ¿De qué maldito dios me hablas? ¡Eres un impostor!

Adael negó con la cabeza y continuó:

—Fui a Jerusalén con su identificación para que informar de su muerte. Solo pretendía eso. En aquel momento iba a explicarlo todo. ¡Te suplico que me creas! —Tragó saliva, inspiró y continuó, cansado—: ¡Pero también quería conocer mi otra vida! Bullía por dentro por saber de mi padre y de mi hermano. ¿Acaso no es humano? ¿Acaso no lo es? Había aprendido su lengua y podía explicarme. Pero yo no quería ser él, no quería suplantarlo. ¡Debes creerme! Solo me dirigí hacia allí para contar lo que había sucedido y no sabía muy bien para qué más, porque la intriga y el miedo por conocer detalles de su existencia me empujaron. En aquella ciudad derruida estaba mi pasado y el de mi hermano. Pero el destino jugó conmigo.

La *domina* lo miraba de hito en hito, intentando encajar las piezas que Adael había comenzado a reconstruir a partir de la intervención a Velina.

—¡No te creo! —le rugió ella—. ¡Tú lo has matado!

La mirada lánguida de Adael se tornó desafiante y firme.

—¡Yo no he matado a mi hermano! —pronunció con lentitud—. Nunca he matado a nadie.

Sus palabras parecían una amenaza velada y el filo del silencio que vino después atemorizaron a Annia.

—¿Para qué iba a hacer una cosa así? ¿Para qué? ¿Y luego presentarme en su casa como un extraño?

—Para suplantarlo, para robarme, para tener esa vida que tú no has tenido.

Adael agitó su cabeza abatido. Había perdido demasiada sangre, y lo notaba.

—Piensa lo que quieras. Solo comencé a recuperar la memoria cuando ayudé a salvar a tu esclava de aquella muerte segura. Yo soy médico y fue entonces cuando el pasado se fue iluminando lentamente, hasta que durante los días siguientes lo fui comprendiendo todo.

—¿Y por qué me lo ocultaste?

—Al principio solo quería saber sobre mi padre, sobre mi hermano, sobre todo aquello de lo que me habló Idalin. ¡Quería conocer quiénes habían sido mi padre y mi hermano! Al fin y al cabo, aquel había sido el motivo que me llevó a Jerusalén.

La *domina* había comenzado a subyugar su llanto, pero su mirada era áspera y dura.

—Quise saber, solo eso —continuó Adael—. Pero luego me equivoqué. Lo sé. Temía esto, exactamente esto, que nadie me creyera y, a la vez, me resistí a escapar. Hasta ahora.

Súbitamente, la quietud de la noche fue alterada por la aparición de los pretorianos que se habían adentrado en la enramada del bosque. Arrastraban con cuerdas a la hechicera y a sus secuaces, mientras Mevio, Glycon y su esclavo permanecían paralizados como desde el principio, observando aquella escena.

—¡Te denunciaré ante un juez!

—¡Annia! —la contuvo Lucio—. ¡Debes tranquilizarte!

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —le dijo, dándole un empellón en el pecho.

Lucio, que permanecía arrodillado junto a ella, no perdió el equilibrio, pero se puso en pie.

—Es el hermano de Marco... Y el mío. ¡No hará falta ningún juez! Yo pondré al tanto al emperador, y él decidirá qué debemos hacer con él.

—¡Es el hijo de una esclava! —le gritó Annia—. Te lo acaba de decir. ¿No lo entiendes? ¿Acaso vas a creerle?

—¡Tu marido también lo era!

Entonces la *domina* se levantó resollando como los caballos. Todo lo que había sucedido la dejaba en ridículo y, además, a su marido ya jamás lo volvería a ver.

—¿Acaso quieres protegerlo? —Se encaró hacia el pretoriano—. ¿Te has vuelto loco? ¡Nos ha estado engañando!

Pero esta vez Lucio no le contestó. Se volvió hacia sus hombres.

—Marcio, Tulio —los llamó—. Escoltad a la *domina* y a sus esclavos hasta su villa.

Los dos hombres asintieron.

—Y a esta gentuza conducidla al Tullianum —ordenó dirigiéndose al resto de sus hombres.

La hechicera comenzó a farfullar insultos mientras una cuerda le sujetaba ambas manos por sus muñecas. Los hombres callaban y escupían en tierra parte del alcohol que habían bebido.

—Adael —le dijo utilizando por primera vez su verdadero nombre—, desata a esa esclava y prepárate para venir conmigo. Debo conducirte al *Castra Praetoria*.

El médico se acuclilló junto a Atia, cortó las sogas con el cuchillo con el que había sido amenazada, y la soltó. La muchacha, al sentirse liberada, con una mano se sujetó la túnica con la que él la había cubierto y, con la otra, apretó el brazo de Adael. Entonces él aprovechó para acariciar la cicatriz de su mejilla por primera vez, aquella que le había hecho su hermano después de torturar a su padre.

—Te dije que no debías temerme —murmuró él.

Ella parecía aturdida, pero lo había comprendido todo.

—Yo jamás te habría hecho daño.

—Lo sé —balbuceó ella.

—Ahora me tengo que ir.

—¿Qué será de ti? —le susurró.

Él sonrió.

—Yahvé me trajo aquí para algo. Pronto lo sabré. Si él me lo permite, volveré a buscarte.

Se puso en pie y se dirigió hacia su hermanastro, que ya trepaba a la montura de su caballo. Se sentía débil, pero liberado al fin. La *domina* permanecía queda, con su mirada clavada en aquel intruso. La rabia y la decepción se diluían bajo su piel.

—Trata bien a los esclavos —le dijo acercándose a ella.

La mirada de Annia brilló altiva.

—No son tuyos.

—Bien dices la verdad. Eso no te lo he cuestionado. Pero recuerda que quizás permanezca en Roma algún tiempo, y si puedo intentaré comprártelos.

—¿Tanto confías en tu libertad? —le preguntó irónica.

—Solo confío en Yahvé —dijo con autoridad—. Y si él me lo permite, el emperador entenderá la verdad, como lo ha hecho mi hermano.

Ella sonrió nerviosa, sin dominar su estupefacción.

—Pues olvídate de ellos, ¿me entiendes? Olvídate de tus malditos esclavos.

Entonces Adael, muy lentamente, se acercó a su oído. Lo suficiente como para que la *domina* escuchara su susurro.

—No olvides que yo sé qué fue de Domitia Sulla, Annia.

Ella agigantó sus ojos y apretó los puños.

—Tu secreto morirá conmigo si eres benévola con ellos, y no buscas mi mal. No lo olvides.

Pero la mujer no pudo ni contestarle. Adael le dio la espalda y caminó exhausto hacia su destino.

AGRADECIMIENTOS

No quisiera cerrar este libro sin dar las gracias especialmente a mi esposa, Silvia Rosell Álvarez, mi lectora más próxima y sin la que sería imposible ninguna de mis obras. Compaginar una carga docente muy amplia con tres hijas y la literatura supone un esfuerzo que solo es posible gracias a su colaboración y compañía. Muchas veces me preguntan cómo puedo escribir en mis circunstancias y yo les digo que no solo se trata de disciplina y trabajo, sino además de la fiel colaboración de mi mujer. Ella no solo es un pilar, también es una asesora oportuna que va orientando mis tramas.

En segundo lugar, debo recordar a algunas personas que me ayudaron a madurar este trabajo. Aunque no se llegue a percibir, accionar los resortes de esta novela no fue una tarea fácil. El suspense es el principal protagonista de esta historia y para conseguir que cerrase a la perfección me fueron de inestimable ayuda los consejos de mi agente literaria, Silvia Bastos, así como los *feedback* de algunos lectores generosos que, desde su lectura atenta, me iluminaron para que pudiese alcanzar este resultado final. Por ello no quiero dejar de expresar mi agradecimiento a Aída Albiar García, a Lino Remesal y a Eva Jiménez Beltrán, quienes pacientemente leyeron los primeros borradores que fueron evolucionando lectura tras lectura. A ninguno de ellos les movió más interés que la confianza en mi trabajo.

Y, como no podía ser de otra manera, quiero agradecer a Berenice Galaz Villasante su apuesta editorial y su confianza.



JAVIER ARIAS ARTACHO nació en 1972 en Barcelona, aunque residió durante muchos años en el país que considera adoptivo, Argentina. Es licenciado en Filología Hispánica y Diplomado en Ciencias Religiosas. Actualmente, ejerce como profesor de Secundaria y Bachillerato.

En 1996 publicó su primera novela, *Más allá del recuerdo*, pero no será hasta el 2007 cuando aparezca su primer proyecto editorial serio: *Las lecciones del mar*. Al año siguiente, en el 2008, su carrera literaria se verá reforzada por la publicación de *Náufragos*, con una gran acogida en el mundo de la educación.

En 2009 fueron publicadas *La sombra de Masada* y *Argentina, un sueño extinguido*. Posteriormente, en 2011 publicó la novela histórica titulada *Eitana, la esclava judía* con la cual ha conquistado por igual a crítica y público. Y *El general maldito*, ya en el año 2014, ambientado en la antigua Roma.

Notas

[1] ¿Qué está pasando? <<

[2] El muro ha caído. <<

[3] ¿Qué ocultáis? <<

[4] Si no habláis... <<

[5] No tenía nada. <<

[6] Pero nosotros no matamos a este hombre. <<

[7] ¿De dónde vienes? <<

[8] Toma tus cosas. <<

[9] Día del sol. <<

[10] ¡Qué débil es tu corazón! <<

[11] Según el calendario judío, entre los meses de abril y mayo. <<